

33
A

HESPERIA

LIBROS HISPANICOS

ZARAGOZA

ESPAÑA

CO. 1181610

143563



De esta edición se han tirado cien ejemplares en papel especial de hilo, reservados exclusivamente para los suscriptores de la COLECCIÓN DE AUTORES REGOCIJADOS



COLECCION D AUTORES REGOCIJADOS

A. R. LE SAGE

EL
BACHILLER
DE
SALAMANCA

O
AVENTURAS DE DON
QUERUBIN D LARONDA

M. AGUILAR, EDITOR, MADRID

Prólogo del Editor

Alain René Le Sage nació en Sarzeau, pueblo de Bretaña, en 1668. Hijo de un notario real del tribunal de Rhuys, hizo sus primeros estudios con los jesuitas de Vannes, y luego se doctoró en Derecho en París. Casóse a los veintiséis años con María Isabel Huyardo, y en 1695, atraído intensamente por la literatura y hastiado de la aridez e infecundidad de la abogacía, decidió consagrarse al mundo de las letras, iniciando su carrera literaria con traducciones de escaso éxito.

Tuvo la suerte, empero, de conseguir la ayuda del abate Lyonne, el cual le impulsó, por otra parte, a saturarse plenamente del caudal opulento de las letras españolas. Le Sage estudió a fondo nuestras costumbres y a nuestros escritores, y ayudado de su fecundo ingenio, supo trasplantar a su lengua algunas de las mejores producciones de los novelistas y dramáticos españoles, adaptándolas a las costumbres de su pueblo e imprimiéndoles el sello de su poderosa originalidad.

Así fueron leídas y gustadas como nuevas en Francia obras diversas de Rojas, Lope, Calderón y Hurtado de Mendoza, siendo una genial versión de Los empeños del mentir, de este último, la que, con el título de Crispín, rival de son maître, inició su fama de dramaturgo, coronada después con el estreno de su notable comedia Turcaret, violenta sátira contra los agiotistas de su tiempo, quienes opusieron una tenaz resistencia a su representación.

En el campo de la novela, donde hubo de cosechar sus mayores triunfos, Le Sage utilizó asimismo materiales tomados de escritores españoles como Vélez de Guevara, Espinel, Moreto, Mateo Alemán, Castillo Solórzano, etc.; pero esta utilización de frutos ajenos era consciente y meditada, y no mera copia, por lo que su originalidad no perdía nada con ello. Le Sage no se limita a presentarnos una serie de aventuras inconexas, sino que da a su narración una trabazón lógica y perfecta, presentándonos a la vez un vasto cuadro de la vida social.

La obra que le dió a Le Sage renombre universal y merecido fué la Historia de Gil Blas de Santillana, en cuya compo-

sición invirtió varios años de paciente y escrupuloso trabajo. Pero entre sus restantes producciones descuellan notablemente *El diablo Cojuelo* y *El bachiller de Salamanca* o *Aventuras de Don Querubín de la Ronda*. *El diablo Cojuelo*, aun cuando lleva el mismo título que la obra de Vélez de Guevara, sólo conserva de ésta la sugerencia inicial, siendo muy distinta de ella por su estilo y su desarrollo típicamente franceses.

El bachiller de Salamanca apareció en 1735, recién publicado el último volumen del *Gil Blas*, y era una de las obras que más había cuidado y estimado el autor. Según propia confesión de éste, la historia estaba sacada de un manuscrito español, lo cual ha de entenderse en el sentido de que *Le Sage* se inspiró en un escrito ajeno para escribir una obra propia, pues se advierte en la narración, junto a una gran fidelidad de las descripciones, el estilo trabado y unido y la profundidad observadora característicos del escritor francés.

Cuéntase en esta obra la vida azarosa de un preceptor que rueda de casa en casa observando costumbres, zahiriendo procederes y topando alternativamente con reveses y venturas, hasta que un cambio de profesión le lleva por extraordinarios derroteros a la más insospechada prosperidad.

Aun cuando la narración es de corte picaresco, hallándose repleta de lances graciosos y atrevidos, no es, sin embargo, de una crudeza tan descarnada como la mayoría de las obras españolas de este género, advirtiéndose, al contrario, el esfuerzo del autor por eludir este escollo sin sacrificar el donaire y dejando ver al mismo tiempo un fondo moralizador que no excluye el gracejo.

Prueba de lo mucho que estimaba *Le Sage* esta obra es que no cesó de pulirla y perfeccionarla aun después de publicada, y cuando murió en 1747 se encontró el manuscrito notablemente corregido y con el encargo expreso de su autor de que se atendieran sus modificaciones en la segunda edición de su obra, que es la que ha servido para la edición presente.

El bachiller de Salamanca ha aparecido en diversas ediciones, tanto en Francia como en España; pero, por lo que a las versiones castellanas respecta, todas ellas dejan mucho que desear. Para la edición que aquí ofrecemos al público nos hemos servido de la versión de D. Esteban Aldebert Dupont, que es la que mejor refleja la obra original; pero hemos cuidado de modernizarla y corregirla con especial esmero para que el lector contemporáneo pueda saborear en toda su plenitud la excelente novela del gran escritor francés.

BIBLIOGRAFIA

Claretic: *Histoire de la littérature française*, t. II.

Idem: *Le Sage romancier*.

Lintilhac: *Lesage*.

Dowden: *Historia de la literatura francesa*.

Villemain: *Tableau de la littérature française au XVIII.^e siècle*.



Parte primera

CAPITULO PRIMERO

De la familia y crianza de don Querubin. Muerto su padre, un pariente le recibe en su casa. Sus adelantamientos en los estudios. Marcha a Madrid, donde hace conocimiento con un cura. Conversación que le tuvo éste sobre la carrera que queria tomar.



FUÉ mi padre don Roberto de la Ronda, quien de las cercanías de Málaga, en donde había nacido, pasó a vivir al reino de León, y allí llegó a ser secretario de don Sebastián de Céspedes, corregidor de Salamanca, que le hizo alcaalde de Mollodiro, villa grande inmediata a esta ciudad.

Mi padre tomó de su propia autoridad, en virtud de su empleo, el título de *don*, y tuvo la fortuna de que nadie le armase pleito sobre ello. Como había sido siempre amigo de divertirse y muy desinteresado, fué tan poco el caudal que juntó, que, cuando una temprana muerte se lo arrebató a su familia, apenas dejó de qué mantenerse a su viuda y a tres hijos de que quedó cargada. Yo y mi hermano mayor, don César, estábamos entonces estudiando en la Universidad de Salamanca, y no sé cómo hubiéramos podido continuar a no ser por el amparo del señor corregidor; pero este generoso caballero cuidó de nosotros, sin que nos faltase nada. Era mucho lo que nos quería, y siempre que íbamos a verle nos decía que nos miraba como a hijos suyos. Quién sabe si lo éramos en la realidad, bien que no lo creo, aunque mi madre había tenido la fama de ser algo alegre.

Quiso la mala ventura que nuestro favorecedor muriese antes de que concluyésemos los estudios; de suerte que, viéndo-

nos reducidos a vivir de nuestra hacienda, que no daba bastante para mantenernos, tuvimos precisión de ponernos en manos de la Providencia. Don César, que era inclinado a las armas, sentó plaza en un regimiento de caballería que la corte enviaba a Milán, y valiéndome yo del cariño que me profesaba un pariente mío ya anciano, doctor de la Universidad, admití la oferta que me hizo de alojarme de balde en su casa y darme de comer. De este modo, no quedándola ya a mi madre más que Frasquita, mi hermana, que entonces sólo tenía siete años, pudo ir pasando tal cual con ella.

Fué tanto lo que adelanté en la Universidad, que en ella no se hablaba sino de don Querubín de la Ronda. Me aventajaba especialmente en la filosofía por el talento extraordinario que en mí se conocía para el *ergo*. Finalmente, me ataré de manera que tuve la honra de recibir el grado de bachiller.

En este estado, mi viejo doctor, que tal vez empezaba ya a cansarse de mantenerme, pues es de saber que el buen señor era algo cicatero, me habló en estos términos:

—Amigo Querubín, ya estás en edad de pensar en colocarte y en disposición de buscar el sustento por ti mismo, poniéndote a preceptor, que es el mejor partido que puedes abrazar. No hagas más que ir a Madrid, que allí encontrarás con facilidad alguna buena casa, de la que, después de haber enseñado al señorito, te retirarás con una renta para toda tu vida, a lo menos con un beneficio. Tú eres muchacho hábil, tienes cara de hombre de juicio, y por lo mismo has nacido para ejercer el ministerio de preceptor.

Como yo veía en Salamanca dos o tres preceptores, que mostraban estar contentos con su suerte, se me puso en la cabeza que en su empleo se gozaban muchas conveniencias. Por eso mi viejo doctor logró con poca dificultad el persuadirme. Díjele estaba pronto a marchar, y dándole gracias por sus favores, me puse con efecto en camino para Madrid con los arrieros, llevando conmigo un arca en que iba todo mi equipaje, el cual se reducía a alguna ropa interior, los hábitos de estudiante y unos cuantos doblones que el viejo había soltado y dádome a pesar de su codicia.

Fuí a apearme en una posada, en la que también daban de comer decentemente, y estaban hospedados varios sujetos de forma. Hice conocimiento con ellos, y tomé amistad con algunos, entre los cuales fué uno el cura de Leganés, a quien cierto asunto de importancia había traído a Madrid. Confióme el motivo de su venida, y yo le declaré el de la mía.

No bien le dije que mi deseo era ser preceptor, cuando puso un gesto tan extraño, que me río siempre que me acuerdo.

—¡Lástima os tengo, señor bachiller—exclamó—. ¿Qué vais a hacer? ¿Qué género de vida vais a abrazar? ¿Sabéis en qué empeño os metéis? En sacrificar vuestra libertad, vuestras diversiones y los años floridos de vuestra mocedad, a unas ocupaciones penosas, ignoradas y fastidiosas. Tomaréis a vuestro cargo el enseñar a un niño que, por más bien nacido que sea, no le faltarán nunca defectos. Es preciso que os dediquéis sin descanso a instruir su entendimiento y encaminar su voluntad a la virtud; tendréis que domar sus antojos, que vencer su pereza y que corregir su mal humor. No quedaréis libre—prosiguió—con los sinsabores que os hará sufrir vuestro discípulo; antes bien, habréis de experimentar de parte de sus padres malos procederes, y aun a veces tragar bochornos muy amargos. Y así, no discurráis que el empleo de preceptor sea cosa tan apetecible; y pensad, sí, que es una esclavitud que para reducirse a ella es preciso ser algo más o menos que hombre. Acerca de esto—añadió el cura de Leganés—podéis darme crédito, pues yo he hecho el oficio que tenéis gana de hacer. Exceptuando el de capellán de obispo, es el más miserable que yo sepa. Yo enseñé al hijo de un alcalde de corte, y aunque a la verdad no perdí del todo mis afanes, pues produjeron el curato que obtengo, os protesto que éste me está bien caro. Pasé ocho años en un cautiverio más trabajoso que el de los cristianos en Argel. Mi discípulo, que de todos los niños del mundo era quizá el menos capaz de recibir una perfecta crianza, aborrecía enteramente toda sujeción y deber; de manera que por más que sudase y me esmerase en doctrinarle, era lo mismo que hacer rayas en el agua. Sin embargo, lo hubiera llevado con paciencia si el señor alcalde, menos ciego del amor de padre, se hubiera hecho cargo de lo que era su hijo; pero no pudiendo persuadirse a que fuese tan rudo, como lo era en realidad, la tomaba conmigo, echándome la culpa del ningún fruto de mi enseñanza, y yo sentía tanto esta sinrazón como los malos modos con que me lo decía. De esta suerte—continuó el cura—tenía que aguantar así al padre como al hijo, a cada uno por su término; y además de eso, los criados eran otros tantos tiranos de mi sosiego, unos espías vigilantes y unos inferiores dispuestos siempre a faltarme al respeto.

—¡Oh, qué mala casa!—le dije yo entonces al cura—. Aún os tengo por muy dichoso, pues no salió usted de ella sin premio.

—Así es—me respondió—; pero habéis de saber también, si os parece, que se me están debiendo cerca de ochocientos ducados de mi sueldo, y que el señor alcalde no piensa en dármelos o, por mejor decir, cree haberme pagado bien con haberme hecho lograr el curato de un lugar.

—¿Y el discípulo—repliqué yo—, no se muestra agradecido con vos de los malos ratos que os costó? ¿No se manifiesta muy cariñoso cuando os encontráis?

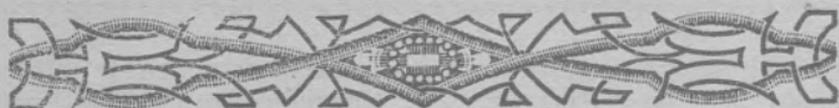
—No le veo ni le oigo—replicó el cura—; lo mismo ha sido verse en el mundo, que ha olvidado la gramática y a su maestro.

Tales fueron las razones que me dijo el cura de Leganés para quitarme la gana de ser preceptor. Sin embargo de lo juiciosas que eran, me hicieron tan poca impresión como las que se dicen a una muchacha inclinada al amor para disgustarla del matrimonio. Lo conoció, y discurriendo que perdería el tiempo en querer hacerme desistir de mi intento, prosiguió de esta manera:

—Veo claramente ser en vano querer disuadiros de vuestra determinación. ¿Conque queréis absolutamente probar a qué sabe el empleo de preceptor? Sea enhorabuena; pero ya que mi elocuencia no alcanza a haceros mudar de opinión, acordaos a lo menos de un consejo que quiero aquí daros: vivid muy alerta si estáis en casa donde haya mujeres, porque mirad que el diablo gusta de tentar a los preceptores, y por poco lindo que sea el instrumento de que se vale, pocas veces se libran de la tentación.

Di palabra al cura de Leganés de seguir puntualmente su consejo, siendo con efecto el sexo femenino un escollo temible para mí, pues veía demasiado que la naturaleza me había dado una complexión contra la cual tendría mucho que batallar mi virtud.





CAPITULO II

De la primer casa en que entró de preceptor don Querubín. Carácter de los niños, sus discipulos, e imprudencia de su padre.



VIÉNDOME resuelto el cura de Leganés a seguir la carrera de preceptor, me dió conocimiento con el R. P. Fr. Tomás de Villarreal, religioso de la Orden de la Merced, el cual tenía singular habilidad para descubrir las casas en que se necesitaban preceptores. Este buen religioso me dió pronto noticia de una, o por mejor decir, me llevó consigo a la del señor Isidoro Montanos, vecino rico de Madrid, quien en fuerza de los buenos informes que su reverencia le dió de mi persona, me recibió, señalándome trescientos ducados al año. Nuestro Montanos había sido mercader y retirádose del comercio, así para pulirse como para pasar una vida más tranquila. Tenía dos hijos, el uno de diez y seis años y el otro de quince, los que me hizo ver, y cuyo aire no me cuadró. El mayor era tartamudo, y jorobado el menor. Híceles algunas preguntas con la mira de tantear su capacidad, y de sus respuestas colegí que sólo consistiría en ellos el aprovecharse de mis lecciones.

Mi primer cuidado en aquella casa fué ir observando a todos, desde el amo hasta el último criado, e hice ánimo de manejarme de modo que no me notasen defecto alguno, lo cual venía a ser tan difícil como el no tener absolutamente ninguno. En poco tiempo conocí los genios, y este conocimiento me causó pesadumbre. El buen señor Isidoro era un pobre hombre, que queriendo parecer gracioso, siempre tenía algún dicho majadero que decir. Ufano de verse con diez mil ducados de renta, hinchaba de vanidad los carrillos y hacía de persona. Finalmente, era grosero, extravagante, áspero y caprichoso. Sus hijos, por otro lado, tenían malísimas inclinaciones; y aunque según sus años no habían llegado todavía a ser hombres, lo eran ya por sus vi-

cios, habiéndoles concedido la Naturaleza dispensa de edad, digámoslo así, para ser viciosos. Serviales un lacayo favorito suyo, que era como ayuda de cámara, el cual lograba de su confianza, y les hacía iguales servicios que si hubieran sido ya hombres barbados. Yo a lo menos así me lo discurrí; y los motivos que tuve para creerlo me hicieron tanta fuerza, que no pude menos de decírselo a su padre.

Yo entendía que dándole semejante noticia conocería lo importante de ella y se enardecería, como a cualquier otro padre le hubiera sucedido en igual caso. Sin embargo, me engañé, pues en vez de mostrarse sentido al oírlo, se me puso a reír, y me dijo:

—Vaya usted, vaya usted, señor bachiller; déjelos usted, que ya se cansarán como yo. Cuando mozo, era yo vivo como una pimienta, y me tenían miedo los padres y maridos de mi vecindad; y no es mi ánimo que mis hijos vivan de otro modo que yo. No le doy a usted los trescientos ducados para que los haga ningunos santos. Enséñeles usted la Gramática y la Historia, y juntamente inspireles usted el espíritu del mundo, que es lo único que quiero.

Cuando vi que el señor Montanos tomaba con tanta frescura e indiferencia la mala crianza de sus hijos, dejé de cansarme en observar las acciones de éstos, y conteniéndome dentro de los límites prescriptos, me contenté con desempeñar las demás obligaciones. Empleábame en hacer construir en castellano a mis discípulos los autores latinos y poner en latín buenos autores castellanos. Léales la historia de las guerras de Granada u otras obras históricas; y además de eso, con el fin de instruirlos, hacía varias reflexiones sobre aquello mismo que había leído. Fuera de eso, cuando se les soltaba decir o hacían algo opuesto a la decencia o a la caridad, jamás dejaba yo de reprendérselo; pero mis correcciones de nada les servían, porque su padre las inutilizaba con sus conversaciones imprudentes y peligrosas. Cuando estaba de buen humor se alababa de haber sido disoluto en sus mocedades. A la verdad que al oírle parecía que les contaba expresamente sus liviandades a fin de estimularlos a que siguiesen su ejemplo. A igual de éste, hay algunos padres que no guardan recato delante de sus hijos, y ellos mismos les diestraen del camino de la virtud.

Fuera de eso, si el señor Isidoro no hubiese tenido más defecto que aquél, nos hubiéramos avenido bien los dos mucho tiempo, y aun le hubiera sufrido todavía otros muchos que tenía, excepto su mal humor. No había aguante cuando reinaba

éste en él, que era con sobrada frecuencia; y entonces, sin costarle dificultad alguna, profería palabras duras y sensibles, llegando a tanto su sinrazón, que me echaba la culpa de las faltas de sus hijos.

—¿Por qué—me decía—no enseña usted al grande (que era el tartamudo) a hablar claro? ¿En qué consiste que el chico (que era el jorobado) no anda derecho? ¿Por qué el uno está tan descolorido? ¿Por qué el otro tiene llenos de manchas y polvo los vestidos?

¿Cómo era posible no alterarse al oír hacerse semejantes cargos? Una mañana me faltó la paciencia, y me salí de casa de Montanos, resuelto a no poner más en ella los pies, después de haberle dicho que no me acomodaba un sujeto que quería que el preceptor de sus hijos fuese su médico, su maestro de baile y su ayuda de cámara, todo en una pieza.





CAPITULO III

Pretente don Querubin entrar de preceptor en casa de un consejero. Conversación extraña que éste tuvo, y respuesta de don Querubin.



QUEL mismo día fui a buscar a mi fraile de la Merced, que no llevó a mal que hubiese yo dejado al señor Isidoro; antes bien, me dijo sentía haberme colocado en una casa tan mala.

—Señor bachiller—prosiguió—, volved de aquí a tres días, que en ellos habré tal vez descubierto otra conveniencia mejor.

Con efecto, luego que nos volvimos a ver me expresó tenía una que proponerme.

—Un señor consejero—me dijo—busca un preceptor para su hijo único; id de mi parte a presentaros a este magistrado, a quien ya le tengo hablado de vos; y me parece que os avendréis bien. Sólo os prevengo que es un hombre soberbio; pero fuera de eso, es afable y de un genio muy bueno, según me han dicho. Me alegraré que os vaya mejor con él que con el señor Montanos.

Fuí a su casa, y me encontré que iba a tomar el coche para ir al Consejo. Lleguéme a él con muchísimo acatamiento, y le dije que yo era el bachiller de quien le había hablado el Padre Fr. Tomás de Villarreal.

—A mal tiempo venís—me dijo con aspecto serio y desabrido—; ahora no puedo escucharos; volved a la tarde, a las seis.

Hallándome con esta cita, no falté de comparecer a su presencia, aun antes de la hora señalada. Entráronle recado de estar yo allí, y después de haberme hecho esperar en la antecámara dos horas largas por lo menos, me recibió en su estudio, en donde estaba sentado en una silla poltrona; hícele una reverencia tan profunda, que por poco no pego con las narices en

el suelo, a la que correspondió bajando un poco la cabeza; y mostrándome con el dedo un taburete chico, que semejaba bastante a un banquillo, me hizo señal de que me sentase.

En mi vida he visto persona de aspecto más orgulloso. Me estuvo mirando con cierta atención crítica, digámoslo así; y disponiéndose a hacerme un interrogatoria, me habló de esta manera:

—¿Sois hidalgo?

—Yo no creía, señor—le respondí—, que fuese necesario serlo para ejercer el ministerio de preceptor.

—Enhorabuena—me replicó—que esta circunstancia no sea precisamente necesaria; pero además de que no daña de ninguna manera, me parece que la doctrina tiene más eficacia en boca de un maestro noble que no en la de un plebeyo.

El respeto que yo debía guardarle a un consejero me contuvo para que no diese una carcajada de risa así que oí estas últimas palabras, por tan ridículas como me parecieron.

No obstante—siguió—, aun cuando no fueseis hidalgo, no quiero insistir sobre este punto, con tal que por otra parte os asistan todas las cualidades del preceptor que busco para mi hijo, quien con el tiempo podrá quizá obtener, como yo, plaza en el Consejo.

Preguntéle entonces de qué circunstancias quería estuviese adornado aquel preceptor, y me respondió:

—Yo busco un sujeto que sea hombre grande, hombre docto, hombre de Dios y hombre del mundo al mismo tiempo; ha de saber de todo y poseer todas las ciencias divinas y humanas, desde el catecismo de la doctrina cristiana hasta la teología mística, y desde el blasón hasta el álgebra. Este es el preceptor que quiero; y siendo puesto en razón recompensar liberalmente a una persona de semejante mérito, le daré trescientos ducados al año y de comer. No está ahí el todo—añadió—, pues al fin de la enseñanza podré con mi valimiento hacerle conferir un beneficio o bien gratificarle con alguna corta pensión para mientras viva.

Quedé admirado de la generosidad de aquel magistrado; y conociendo yo en mi interior que no era el pedagogo de quien él había formado una idea tan perfecta, me levanté de la cáncana, y al despedirme le dije:

—Beso a usía la mano; ojalá encuentre usía el sujeto que busca; pero hablando francamente, me parece que es tan difícil hallarlo como el orador de Cicerón.



CAPITULO IV

El Padre Fray Tomás acomoda al bachiller en casa del marqués de Buendía. Carácter de su nuevo discípulo. Sálese de allí y por qué.



ESTA conversación fui a contársela al P. Fr. Tomás, y ambos nos reímos un poco a costa del consejero, a quien calificamos de hombre extravagante.

—No estaré contento—me dijo después el religioso—hasta haberos acomodado bien, pues cuanto más os veo, más afecto os tengo. Voy a practicar nuevas diligencias, y mucha será la desgracia si al fin no os acomodo en alguna de aquellas buenas casas en donde los preceptores son los que tienen la sartén por el mango.

Con efecto, al cabo de pocos días, pensando este religioso haber hecho mi fortuna, fué a mi posada, y con un gozo que realizaba el valor del servicio que me hacía, me dijo:

—En fin, mi querido bachiller, tengo una colocación primorosa que ofreceros. El marqués de Buendía, uno de los señores principales de la corte, quiere fiar a vuestro cuidado la enseñanza de su hijo, en vista del buen informe que le he dado de vuestras apreciables cualidades. Venid mañana a buscarme; os llevaré a su casa, y veréis un señor de los más atentos. Quedaréis enamorado de la afabilidad con que os recibirá, y no pongo la menor duda en que estaréis perfectamente con este cortesano.

Al día siguiente por la mañana me acompañó el P. Fr. Tomás a casa del señor marqués, quien acababa de levantarse de la cama; recibíome con agradable semblante, diciéndome estaba persuadido de mi habilidad, una vez que su reverencia, que era amigo suyo, me había elegido para enseñar al marquesito su hijo.

—Yo os admito a cierraojos—prosiguió—de mano de su reverencia; tocante al sueldo, os daré cien doblones al año, y no

saldréis de mi casa sino recompensado dignamente de vuestro esmero y con arreglo a mi agradecimiento.

Aquel mismo día hice llevar allá mi cofre, y encontré un cuarto mueblado de intento para mí. Era mi discípulo un niño de siete años, bonito como un sol y muy dócil. Estaba todavía al cuidado de un aya; pero inmediatamente que yo entré en la casa, lo pusieron al mío y destinaron un ayuda de cámara y un lacayo para que nos sirviesen. Como los niños nacen comúnmente con ciertas inclinaciones que necesitan de corrección, me dediqué a observar las suyas; pero no advertí en él cosa mala, pues el aya que le había criado no le había consentido ningún defecto, extendiéndose a enseñarle a leer y escribir, de suerte que ya sabía medianamente las letras.

Compréle una gramática y le empecé a enseñar los primeros rudimentos de la lengua latina; y queriendo irle formando el entendimiento, divirtiéndole al mismo tiempo, mezclaba yo en mi explicación algunas fábulas propias para el caso, las cuales retenía él en la memoria con admirable facilidad; y cuando se las repetía a su padre, lo ejecutaba con tanta gracia, que el marqués lloraba de gozo. Es constante que aquel señorito daba muchas esperanzas, y yo estaba contentísimo de sus felices disposiciones y ufano desde luego de la honra que me daría su enseñanza.

Me hallaba tan satisfecho de mi suerte, que no pude menos de ir a decirselo al fraile de la Merced.

—Mi reverendo padre—le dije, con una alegría tal, que por ella al instante adiviné el fin de mi visita—, vengo lleno de agradecimiento a dar a vuestra reverencia las gracias que le debo por haberme puesto en una casa en donde me estiman y miran con atención y respeto. Tengo por discípulo la criatura más dócil del mundo, sin que manifieste tampoco ningún defecto; no es un niño, sino un angelito.

Fray Tomás que me oyó decir esto, me dió un abrazo de alegría, diciéndome:

—¡Cuánto celebro saber que estáis tan prendado de vuestro discípulo!

—No lo estoy menos de su padre—le repliqué con el mismo alborozo—. El marqués de Buendía es un señor que se hace querer; es mucha su cortesía y le debo atenciones que me tienen avergonzado. Siempre está de un mismo humor, sin notarse en él aquellos ratos de capricho en que las personas de distinción dan a conocer su superioridad; y así, nunca me habla sino para honrarme; y también ha mandado delante de mí a sus criados

que me obedezcan como a su misma persona cuando les mande alguna cosa.

—Os repito—me dijo el religioso—que me regocijo en oiros hablar de esa manera, y no hay que dudar que haréis vuestra fortuna en casa de ese señor.

Yo estaba, pues, contentísimo con mi empleo, y deseaba que el cura de Leganés, que ya se había ausentado de Madrid, supiese mi estado. «En su opinión—me decía yo a mí mismo—, no hay preceptor que no esté miserable, y, sin embargo, yo gozo de una suerte digna de ser envidiada.»

Logré tranquilamente de mi dicha durante un año entero, y aunque no percibía un maravedí de mi sueldo, esto no me daba ningún cuidado. Me hacía la cuenta de que, en acabándose el dinero, don Gabriel Pámpano, que así se llamaba nuestro mayordomo, me suministraría, y de que con una palabra que le dijese me daría al instante tanto cuanto yo quisiese.

Confiado en esto, dejé correr aún seis meses sin impacientarme; pero, al fin, la necesidad en que insensiblemente me vi de algunos cuartos para vestirme llegó a apretar tanto, que, no admitiendo dilación, hablé de ello al señor don Gabriel.

—Hacedme el favor—le dije—de darme algunos doblones a cuenta de mi sueldo.

—Señor bachiller—me respondió fingiéndose afligido—, me cogéis sin dinero y lo siento muchísimo. Contad con que os daría cien doblones en vez de treinta si me hallase con caudal; pero os protesto que no hay cien reales en mi gaveta.

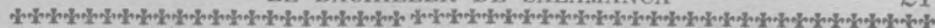
—Vaya—le dije yo—, ese es un antiguo modo de hablar los mayordomos; si tuvierais gana de servirme, no me negaríais lo que os pido. Ya se me deben novecientos ducados y me hace falta dinero: os suplico os hagáis cargo de mi situación.

Mi ruego fué en vano; y así, por más que dije y por más que le estreché a Pámpano para que me socorriese con diez doblones, no me fué posible ablandar a aquel tigre. Sépase que el corazón de un mayordomo está hecho de pedernal.

Entretanto, mis vestidos se iban usando a ojos vistas, sin saber yo cómo remediarlo. Un día llamé aparte al maestro de baile que venía a enseñar a casa, y le pregunté si le pagaban corriente las lecciones.

¡Qué pagar!—me respondió—. Hasta ahora no sé a qué sabe el dinero del señor marqués, aunque hace ya seis meses que vengo aquí tres veces a la semana; a vos puede ser—añadió—que os esté sucediendo lo mismo.

—Así es—le dije—; pero quiere mi mala suerte que no ten-



go vuestros arbitrios, pues enseñando a veinte discípulos, si diez no pagan, a lo menos cobráis de los otros diez con que comer, pagar la casa y vestiros. Yo soy, como veis, más digno de lástima.

Después de haber vuelto a hacer, bien que en vano, algunas tentativas para ablandar al cruel Pámpano, determiné exponer mis urgencias al marqués. Confieso que me costó mucha dificultad semejante resolución; pero, sin embargo, la necesidad me obligó a tomarla. Hice presente a aquel señor el apuro en que me veía y los pasos dados en balde con don Gabriel, aunque le había pedido una cortísima cantidad en comparación de la que se me debía. El marqués se puso o, por mejor decir, se fingió muy enfadado contra su mayordomo; dijo que le daría un buen jabón y que su voluntad era que se me pagase puntualmente al fin de cada mes.

A vista de esto, ¿quién no hubiera creído que iba yo a coger unos trescientos ducados por lo menos? Sin embargo, nada adelanté con eso, ya fuese porque Pámpano y su amo estuviesen, con efecto, muy cortos de medios, o ya fuese, que es lo más verosímil, que ambos a dos se entendiesen entre sí para tratarme como a sus demás acreedores.

No pude menos, en el estado violento en que me hallaba, de desear salir de allí. Valíme por la cuarta vez del P. Fr. Tomás, quien, compadecido de mi desdicha, me colocó en casa de un contador. No obstante, antes de dejar al marqués le escribí una carta en que le exponía respetuosamente que, no siendo yo bastante rico para poderle servir sin interés, me veía en la precisión de buscar otra casa que la suya, lo que le suplicaba muy humildemente no llevase a mal. Por justo motivo que tenga un sujeto de la clase común para estar descontento con una persona de distinción, con todo está obligado a hilar delgado con ella.



CAPITULO V

Pasó el bachiller de Salamanca a ser preceptor del hijo de un contador. Su alegría de entrar en una casa tan buena. Páganle el sueldo adelantado. Enamórase de una criada joven, y su competidor es causá de que le despidan.

PASÉ de un extremo a otro. Aunque el contador no gastaba aquella urbanidad del marqués de Buendía, tenía en recompensa mucha más moneda. ¡Oh, qué famosa casa! Todo el día desde por la mañana hasta la noche no se oía sino estar contando oro y plata, y aquel sonido armonioso me regalaba los oídos.

Era el contador uno de aquellos hombres que van al instante al grano, y así quiso saber qué sueldo ganabo yo en casa del marqués de Buendía.

—Este señor—le dije—me asignó cien doblones al año, pero no ha sido puntual en cumplir su palabra.

Sonrióse el contador al oírme decir estas últimas palabras, y me dijo:

—Pues bien, yo os ofrezco ciento y cincuenta doblones, que cobraréis adelantados si los queréis.

Dicho esto, llamó a su tesorero y le dijo:

—Raposo, entregad al instante seis mil seiscientos reales al señor bachiller; y siempre que pida dinero, no dejéis de dárselo.

Semejantes palabras confieso que me ofuscaron. «¡Cómo diantre—dije yo para mí—un marqués y un contador son dos personas bien diversas! El uno no paga lo que debe, y el otro no aguarda a deber para pagar.» Luego que el tesorero me hubo entregado aquella cantidad, envié a buscar un sastre, a quien mandé hacerme un vestido completo, y para imitar el estilo de los contadores, le adelanté veinte doblones.

Viéndome de repente con dinero, recobré mi buen humor,

que el marqués y su mayordomo me habían quitado, y empecé a ejercer con gusto el cargo de preceptor. Mi nuevo discípulo no estaba muy adelantado, pues aunque tenía ya diez años, todavía no sabía leer y yo era su primer maestro.

—Señor bachiller—me dijo su padre—, yo os entrego mi hijo y descanso en vos en cuanto a su enseñanza. No es mi ánimo que vaya a romper cátedras, y me contento con que aprenda algo de gramática. Enseñadle lo que se llama modales y buscadle algún buen maestro de contar que le explique el modo de hacer todo género de cuentas y cálculos. Servíos de hacer este encargo.

Dediquéme, pues, a contentar los deseos del contador y a acepillar aquel tronco, el cual quería tomase alguna forma. No fué poco el trabajo que me costó el hacer conocer a mi discípulo las letras de la cartilla. Tenía una disposición para llegar a saber igual a la del discípulo del cura de Leganés. Sin embargo, tantos fueron los medios de que me valí, que tuve la fortuna de enseñarle a leer de seguido toda clase de libros españoles. Di parte inmediatamente de esta importante novedad a mi señora, su madre, que se puso muy gozosa de saberlo. Aunque quería con pasión a su hijo, no dejaba de conocer lo que él era; y considerando como cosa prodigiosa el fruto feliz de mis lecciones, me dió toda la gloria de él, con lo cual gané su estimación y afecto.

Porcia, que así se llamaba la esposa del contador, fué aficionándose poco a poco de mi talento, y escuchaba con tanto gusto mi conversación, que todas las tardes, después de siesta, me hacía ir a su cuarto con el pretexto de ver a su hijo, que yo le llevaba agarrado de la mano. Su edad era la de treinta y cinco años a lo más. Su entendimiento, muy grande, y tanta su reserva, que quizá me engaño cuando pienso que me profesaba alguna inclinación. Con todo eso, no me fué posible dejarlo de creer, y el lector juzgará por lo que voy a referir si fué un simple en discurrirlo así.

Aunque Porcia estaba todavía de buen parecer y me miraba con ojos que me hacían sospechar llevaba algún fin conmigo, yo no correspondía de ninguna manera a las muestras de bondad que me daba. Yo tenía puesta enteramente la voluntad en su doncella, llamada Nise, quien, amándome también, me incitaba de un modo más eficaz. Rindióme su semblante gracioso y atractivo, a pesar de las máximas de moral y de virtud que cuando yo estaba en la Universidad me había propuesto seguir. Fueron tan expresivas las miradas que hubo entre los dos, que

al instante entendimos su significado, y en breve se armó el galanteo.

Entre otras muchas habilidades, tenía Nise la de ser muy ingeniosa en inventar medios de hablar secretamente con sus amantes, y necesitaba de semejante arte en una casa en donde estaba temeroso del resentimiento de un galán a quien quería dejar por mí, o a lo menos intentaba agregarle un compañero. Este galán sacrificado era precisamente el ayuda de cámara de mi discípulo, y no habiendo a la cuenta Nise hallado en sus obsequios nada que contentase su vanidad, pensó en aspirar a la conquista del señor preceptor.

Comoquiera que sea, yo me hallaba victorioso de mi competidor, sin saber que lo tuviese, y gozaba en paz de una dicha que no tardó él mucho en descubrir. Llegó a oler algo de mis conversaciones furtivas con su prenda amada, y a fin de vengarse determinó perdernos a los dos. No manifestó desde luego su cólera, pues no podía servirse contra nosotros de armas más fuertes que meras sospechas que nada querían decir, y se manejó con más prudencia. Fué atrayendo a su partido a todos los criados de la casa, y esta canalla, que por lo común es enemiga de los preceptores, entró sin dificultad en el proyecto de su venganza: de manera que, acechados Nise y yo por tantos espías, no pudimos librarnos de la desgracia de que nos cogiesen hablando a solas.

Esta aventura causó terrible novedad en casa del contador, y todos los criados se rieron a cual más pudo a mi costa. El amo, contra la costumbre de sus compañeros, a quienes se les da muy poco de que semejantes lances sucedan en sus casas, lo tomó por punto de honor y se encolerizó furiosamente. La señora, más escandalizada todavía que su pariente, dijo que aquello no se debía perdonar.

—¿Cómo se entiende—exclamaba—que un sujeto a quien yo reputaba por honesto y hombre de gusto haya ido a cortejar a una criada?

En resumidas cuentas, aquello paró en que la tempestad reventó sobre mí. Porcia, que quería a su criada, o a la que quizá había confiado secretos importantes, se contentó con reñirla, y a mí me echaron ignominiosamente como a seductor a causa de no haber manifestado pensamientos más nobles.



CAPITULO VI

Adónde fué después a parar el bachiller. Reflexiones que hace sobre su conducta. Su huésped le busca la casa de una señora viuda. Carácter de ésta. Llega don Querubin a ser director de sus negocios. Inclinación que le tomó la misma y conversación que le tuvo doña Rodríguez, su asunto y frulo.



ABIENDO salido de casa del contador, me guardé de ir a buscar al fraile de la Merced, quien me hubiera sin duda afeado, y con razón, la salida, y mirándome quizá ya como a un hombre sin juicio, por el que no debía empeñarse más, hubiera hecho escrúpulo de meterme en otra casa. Tampoco me atreví a volver a la posada, discurriendo que sabían en ella el lance ocurrido, porque cuando hacemos algún disparate creemos que todo el mundo tiene noticia de él al instante. Fuíme, pues, a un barrio extraviado, donde me alojé en otra posada; y como me hallaba con dinero, permanecí allí quince días, pensando en lo que había de hacer.

Me acordé no una vez sola del consejo del cura de Leganés, y me arrepentí de no haberlo seguido; y reprendiéndome mi flaqueza, me avergonzaba siempre que pensaba en Nise. «¡Oh, infame!—me decía yo a mí propio—. ¿Conque te has metido a preceptor para enamorar criadas? Más vale que en lugar de ir dando escándalo por las casas renuncies a un empleo que desempeñas tan mal, o si quieres continuarlo, purifiques tus costumbres y adquieras las virtudes que te faltan para ejerlo debidamente.» En una palabra, pesóme de mi culpa, y a fuerza de hacer propósito de enmendarme, concebí esperanzas de conseguirlo.

En esta temporada mi nuevo huésped me cobró cariño, y deseoso de servirme, me dijo un día:

—Señor bachiller, tengo gana de procuraros un buen destino, poniéndoos en casa de una señora viuda que hace criar a su vista a un nieto suyo.

Esta voz de viuda me hizo temblar desde luego. ¿No habrá tal vez aquí, dije para mí, otro precipicio? ¿Si querrá el diablo armarme alguna zancadilla? Pero me sosegué así que me hice cargo de que la señora propuesta era ya abuela, lo que suponía una edad capaz de servir de freno a mi genio. En consecuencia de esto, díjele al posadero le agradecería muchísimo me hiciese el favor de que me había hablado.

—Le doy a usted palabra de ejecutarlo así—me dijo—, y estoy cierto de que lo lograré, pues he sido criado de esa señora y hace caso de lo que la digo; y así, hoy mismo os propondré para preceptor de su nieto.

Cumplió su promesa, me alabó mucho, y deseando verme la señora, me presenté a ella, la parecí bien, y quedé recibido al punto.

Doña Luisa de Padilla, que así se llamaba aquella señora, era viuda de un oficial general, que había perdido la vida en Flandes en una batalla con los franceses. Para ser abuela me pareció estaba todavía de buen ver, sin que por eso temiese yo me expusiese éste a ningún peligro. Tenía consigo, con astucia u otro fin, dos criadas decrépitas, que la hacían parecer moza. Una de ellas, llamada doña Rodríguez, lograba de la confianza de su ama y su influjo era grande para con ella. Alegréme entre mí, y di gracias al cielo de que en lugar de estas viejas confidentas no tuviese doña Luisa en su compañía dos lindas sirvientas, que puede hubieran dado otra vez al traste con mi virtud.

Tomé, pues, posesión de mi empleo, y a los principios las cosas no podían ir mejor. Dedicuéme a enseñar a mi nuevo discípulo, que, con su docilidad y feliz disposición, aprendía pasmosamente la lengua latina. No había cumplido aún ocho años. En menos de seis meses adelantó más de lo que yo esperaba, por cuyo motivo conseguí que doña Luisa me regalase un reloj de oro, y a breve tiempo me enviase una gran pieza de rico lienzo para camisas, y paño de la lana más fina de Segovia para vestirme; pero todos estos presentes, que yo creía ser efectos de pura generosidad, nacían de otra causa que voy a explicar.

Estando una mañana dando lección a mis discípulo, vinieron a decirme que la señora me llamaba. Fuí volando al instante a ver qué me quería, y la vi sentada al tocador, y a las dos doncellas que hacían cuanto sabían para remendar, digámoslo

así, sus gracias. Estaba en un traje bastante inmodesto; pero al mismo tiempo su edad era un preservativo de la tentación.

Así que acabaron de vestirla las doncellas, las hizo señal de que se fuesen; y habiéndome dicho con aire misterioso que me quedase, me dijo luego:

—Sentaos ahí; oídme lo que tengo pensado acerca de vos, y me alegro deciros. Yo no os miro como bueno únicamente para enseñar a niños, sino para otras muchas cosas. He determinado poner a vuestro cuidado el manejo de mis asuntos, y asimismo sucede que Francisco Forteza, mi administrador, empieza a cargar de años; voy a despedirle, dejándole la ración, y a daros su empleo, que desempeñaréis mejor que no él, sin que dejéis por eso de ser preceptor de mi nieto. Podéis muy bien seguir a un mismo tiempo con ambos encargos.

Hicela presente a la señora que como yo jamás había ejercido el cargo de administrador, temía no desempeñarlo bien.

—Vos os chanceáis—me dijo—; no hay cosa más fácil. No tengo pleitos ni debo a nadie un maravedí. Todo se reduce a cobrar mis rentas y a correr con el gasto de mi casa. Vendréis—prosiguió—todas las mañanas a mi cuarto, donde trataremos una hora o dos de mis asuntos, y en breve os enteraré de ellos.

La aseguré que estaba pronto a hacer su voluntad, y con esto me retiré, aunque no sin notar que mi viuda tenía la cara encendida como una grana y que echaba fuego por los ojos.

Mi mucha experiencia, o por mejor decir, la demasiada presunción de mi persona, me hicieron explicar estos síntomas en mi favor. Sospeché que la buena señora me miraba con buenos ojos, y mis sospechas tardaron poco en salir ciertas. La doña Rodríguez fué una mañana a mi cuarto, saludóme con semblante risueño y me dijo:

—Dios os guarde, señor bachiller—. ¿Qué me daréis por la buena nueva que os traigo?

—¿Pues qué tenéis que decirme que tan bueno sea?—la respondí.

—Que sois el preceptor más afortunado de todos los pasados, presentes y futuros. Mi ama está enamorada perdida de vos, y me ha dado licencia para revelaros este importante secreto. ¡Pero cómo!—prosiguió, al ver la poquísima impresión que me hacía la fortuna que me anunciaba—. Vos recibís esta noticia con un semblante bien indiferente. ¡Cuántos sujetos de forma se alegrarían muchísimo de estar en vuestro lugar! Aunque la señora no se halla en lo florido de su mocedad, no ha llegado

todavía, a Dios gracias, al triste tiempo en que deben las mujeres renunciar al trato con los hombres.

—Así es, doña Rodríguez—la respondi—; era preciso que yo hubiera perdido el juicio para pensar de otro modo que vos. Confieso son muchos los atractivos de doña Luisa, y que se halla todo lo más al principio, por decirlo así, del otoño de su vida; con todo eso, hablándoos ingenuamente, por mucho honor que me haga su afecto, no puedo gozar de él, porque el papel de galán no es en manera alguna para un hombre de mi carácter. Aunque no estoy ordenado todavía—proseguí, haciendo el hipócrita—, me basta llevar hábitos clericales para guardar a este traje el decoro y respeto que le debo.

—¡Qué os atrevéis a decir!—exclamó con precipitación la vieja doña Rodríguez—. ¡Qué horrible mal juicio hacéis de mi ama! ¡Cómo había de ser capaz de tener un cortejo, cuando la sombra misma del delito la espanta! Haced más merced a doña Luisa. Si no pudiendo resistir se ha dejado vencer del amor que os tiene, no discurráis que quiere contentarlo a costa de su virtud. Hablando claro, os digo que está resuelta a ser vuestra esposa.

Alteráronme algo estas últimas palabras.

—Prudente y recatada, doña Rodríguez—la dije a aquella doncella anciana—, aun cuando la señora quisiese honrarme con darme la mano, ¿creéis que sus parientes no estorbarían semejante casamiento?

—Mi ama—respondió la vieja—es dueña de sus acciones; y fuera de eso, vos sois, según me parece, de noble sangre, además de que intenta volverse a casar tan de secreto, que nadie sepa nada.

Así que vi que la locura de mi viuda llegaba a punto de querer apretar tanto las cosas, no quise ser tan bobo que me opusiese a ello. Supliqué a la doña Rodríguez diese a su ama de mi parte las gracias por los favores que quería hacerme, y la asegurase estaba pronto a corresponder a ellos.

Dila tiempo a la criada para que contase a su ama esta conversación, y después pasé yo en persona a confirmarla la relación que la habría hecho.

—Señora—dije yo a mi afectuosa viuda, echándome a sus pies—, ¿es posible que hayáis puesto los ojos en un sujeto tan poco digno de poseeros? No me atrevo a creerlo sin temblar.

—No me censuris vos mismo—respondió ella entonces—lo que quiero hacer por vos. Cuando yo cierro los ojos por no ver lo más reprehensible que hay en mi intento, ¿os corresponde a vos

el abrírmelos? En vez de desaprobar mi flaqueza, aprovechaos de ella. Tened por cierto cuanto os ha dicho doña Rodríguez: me habéis gustado, y dentro de poco unirá nuestra suerte un matrimonio secreto, siempre que seáis tan reconocido a mis favores como os toca serla.

—¡Ay, señora!—repliqué yo fuera de mí, asiendo una de sus manos acartonadas—. ¿Creéis acaso que quien piensa con estimación pueda pagar con ingratitud la venturosa suerte que le tenéis guardada? No, no lo penséis así; antes bien, vivid persuadida a que mi gratitud igualará al exceso de mi felicidad.

Dije estas palabras con semblante y voz muy persuasiva; fingíme apasionado, y aunque es cierto que mis expresiones eran en parte afectadas, tenían con todo algo de ingenuas y naturales. Me sentía tan agradecido a los beneficios de la señora, que ya mis ojos comenzaban a perdonar a su vejez.





CAPITULO VII

Estando ya don Querubin para casarse con doña Luisa, pierde de repente la esperanza de ello. Asáltanle, y le prenden, unos espadachines. Descripción de la cena que tuvo, y de los convidados. Sale de noche de Madrid.



LENA de gozo doña Luisa de ver cómo yo pensaba, dispuso secretamente los preparativos de la boda; mas quiso la mala ventura que la noche antes del día en que se había de celebrar ocurriese un inconveniente que nos separó a los dos.

Al mismo tiempo que iba yo a entrar en casa, me asaltaron de improviso cuatro valentones, cuyos bigotes eran los más espantosos que jamás se han visto en España, y me metieron con mal modo en un coche, en donde había otros dos de su comitiva. Condujéronme a lo último de un arrabal, me hicieron apeaar a la puerta de una casa de bastante mala traza y entrar en una sala que parecía una armería. Allí no se veían sino alabardas, espadas, alfanjes, escopetas y pistolas. En otro tiempo me hubiera divertido el ir mirando una sala tan particular; pero me tenía muy pensativo el riesgo en que creía hallarme con unos espadachines que de verlos se me helaba la sangre en las venas.

Viendo mi turbación uno de aquellos guapetones, se echó a reír, y para animarme me dijo:

—No tengáis miedo, señor bachiller, que aquí estáis entre buena gente. Somos personas honradas que hacemos profesión de mantener el buen orden en la sociedad y de mirar por la tranquilidad de las familias. Nosotros somos los verdaderos ministros de la justicia. Los jueces se contentan con seguir escrupulosamente las leyes, al paso que nosotros las añadimos lo que no previenen. Las leyes, por ejemplo, no prohíben a una

viuda distinguida que se case con un inferior a ella; pero como esto es cosa que difama, no la aguantamos; y con el fin de evitar a la familia de doña Luisa de Padilla el justo sentimiento que la causaría el que fueseis su esposo, os hemos sacado de casa a instancia de un sobrino suyo, que nos ha ofrecido cien doblones por apartaros de la presencia de ella. Escoged ahora—prosiguió el mismo guapo—lo que os parezca: si no queréis apartaros de esta viuda y salir de Madrid, traemos orden de mataros; pero se nos ha permitido no ejecutarlo, ni daros tampoco unos azotes, si abandonáis gustoso la empresa. En vos está el elegir.

—¿Qué es eso de elegir?—respondi yo con prontitud—. ¿Creéis acaso que soy yo tan tonto que repugne un instante el dejar a Madrid y a cuantas damas hay en el mundo? Ya quisiera estar bien lejos de aquí.

—Bien lo creo—respondió mi matón con una risita falsa—, y de esa suerte estamos conformes. Cenaréis y pasaréis la noche con nosotros a la mesa, y mañana, al amanecer, dos de mis camaradas os acompañarán hasta Leganés, de donde iréis a Toledo; y allí os aconsejo que viváis, por ser una ciudad en que hay mucha nobleza, y hallaréis plazas de preceptor en que escoger.

Era tan grande mi deseo de sacudirme de aquellos caballeros, que les propuse me diesen, si gustaban, licencia de ir a hospedarme a alguna posada, dándoles palabra, so pena de volver a caer en sus manos, de salir de Madrid antes de rayar el día.

Al oír semejante propuesta, los espadachines dieron grandísimas carcajadas de risa, y tomando uno de ellos la palabra, me dijo:

—A lo que veo, señor bachiller, no os agrada nuestra compañía; pero tened paciencia, pues es preciso acomodarse al tiempo. Disponeos a cenar alegremente, y contad con que comeréis aquí mejor que en la posada, y entre las personas que seremos de mesa quizá habrá alguna que os haga divertida la cena.

Viendo, pues, que no podía evadirme, me fué preciso hacer de necesidad virtud. Aparenté estar resuelto, y aun reír con aquellos matones, cuyo buen humor despertó poco a poco el mío, o a lo menos me desvaneció casi todo mi temor.

Llegada la hora de cenar, pasamos a otra sala, en donde había un aparador guarnecido de vasos y botellas y una gran mesa cubierta de todo género de manjares. Sentámonos a ella con tres damas que llegaron, las cuales supe estaban casadas con algunos de los tales caballeros, lo que yo fingí tomar por

dinero contante, aunque su descoco y familiaridad daban motivo a formar de ellas mal concepto.

Su traje airoso sólo impedía ver lo que no se puede mostrar sin la mayor desvergüenza; además de eso, eran medianamente lindas. A una de ellas la llamaban la gitanilla, a causa sin duda de que venía de casta de gitanos. En mi vida he visto mujer más chusca. Los ojos eran en ella tan lucientes, que deslumbraban, y la viveza de su entendimiento competía con la de ellos. Su flujo de hablar era tal, que a veces la sacaba de sus casillas; pero se la hubiera podido perdonar por los muchos dichos chistosos y agudos que se la soltaban, si éstos no hubiesen sido algo demasiado alegres. Finalmente, yo estaba admirado de oírla, y conocía que una criada de aquella especie hubiera sido para mí un terrible escollo en una casa.

Digamos que ya el señor bachiller empezaba a gustar de aquella compañía. Acalorado con las miradas de la gitanilla y con el vino que se veía obligado a beber a cada instante para corresponder a los brindis con que todos le obsequiaban, iba poco a poco olvidando la casta de gentes con quien se estaba embriagando. Nos mantuvimos a la mesa casi hasta el amanecer, y entonces, despidiéndome de los espadachines y de sus ninfas, salí de la corte acompañado de dos de ellos, y tomamos el camino de Toledo.





CAPITULO VIII

Que trata de la llegada de don Querubin a Toledo; de la casa en que entró a ser preceptor; de la mala indole de su discipulo, que le tomó aversión, y del modo que le despidieron.

U no de mis compañeros me dijo así que llegamos a Leganés:

—Ahora bien, señor bachiller; con acompañaros hasta aquí hemos cumplido la orden que nos dieron; cuidado por vuestra parte con guardarnos la palabra y no dejarnos ver en Madrid, porque si volvéis a poner más el pie en él sois hombre muerto, como ya os lo hemos dicho.

—Señores—les respondí—, podéis asegurar abiertamente en mi nombre a cuantos sobrinos y resobrinos tenga doña Luisa que vos me declaráis por apartado de ella para siempre jamás.

Dicho esto, mis alguaciles me desearon un buen viaje; y de esta manera nos separamos, haciéndonos varios cumplimientos.

Con esta separación quedé libre de un gran susto y me volvió el alma al cuerpo. Yo temía que aquellos guapetones, al tiempo de la despedida, me dejasen vacíos los bolsillos. Por eso, luego que los perdí a los dos de vista, saqué el reloj, y besándole como una madre besa a un hijo que se ha salvado de un naufragio: «¡Oh, querido reloj mío! — exclamé hablando con él—. ¡En gran peligro te has visto! Creía, te aseguro, que no llegaríamos juntos a Toledo, y que ibas a dar la vuelta a Madrid.»

Con efecto, yo tenía razón de admirarme de que aquellos valentones no me hubiesen robado, pues semejantes bribones son regularmente tan honrados como los gitanos. Además del reloj, llevaba yo conmigo una bolsa llena de doblones que, como administrador de doña Luisa, había el día antes recibido de uno de sus deudores; de suerte que los espadachines hubieran

hecho mejor negocio con despojarme que el que hicieron con sacarme de Madrid.

Viéndome en Leganés, no quise pasar de allí sin hacer antes una visita a mi amigo el cura, teniendo gusto en contarle mi última aventura y en detenerme algunos días en su casa, no dudando de que me haría instancias para ello; pero me engañó el pensamiento, pues no encontré al buen sacerdote, quien me dijeron se había marchado a Cuenca, sin saberse cuándo volvería.

Seguí andando hasta llegar a Móstoles, donde la fortuna me deparó un arriero de Toledo, que se volvía a esta ciudad con una mula de retorno. Se la alquilé, y continuamos nuestro camino. Cerca de la villa de Illescas se nos juntó un eclesiástico, que viniendo detrás montado en un buen caballo, había apretado el paso para alcanzarnos con el deseo de ir en nuestra compañía. Saludámonos cortésmente y tramamos conversación. Mi curiosidad por saber quién era me hizo tomar la libertad de preguntárselo.

—Soy—me respondió—, para serviros, un canónigo de la Catedral de Toledo.

Al oír esta respuesta, lleno de respeto a su carácter, bajé el tono y empecé a medir mis palabras. No sé si lo echó de ver; pero lo cierto es que no se manifestó por eso más vano ni orgulloso que antes. Quiso por su parte saber quién yo era, y le respondí que un bachiller de Salamanca que iba de la corte, donde había sido preceptor de un señorito, a ver si en Toledo podía colocarme para lo mismo.

—Eso lo conseguiréis fácilmente—replicó el canónigo—siendo, como manifestáis, un mozo de mérito.

Fuimos siempre en conversación hasta llegar a Toledo, en donde, habiendo de separarnos, me dió la mano y me dijo:

—No me despido de usted, señor bachiller; yo me llamo el licenciado don Leandro. Venid a verme, pues me intereso por vos, y así, desde mañana haré mis diligencias para saber de alguna casa donde os vaya bien.

Dile gracias al canónigo por el favor que me hacía de mirar por mi beneficio, y fuí a parar a una posada que me ponderó el arriero.

Pasados cuatro días, y habiéndome hecho hacer ropa nueva, fuí a casa del canónigo, quien me dijo:

—He hallado lo que buscaba. Don Jerónimo de Polán, caballero del hábito de Calatrava e íntimo amigo mío, necesita de un sujeto hábil para que acabe de enseñar a don Luis, su hijo

único y de pocos años. Soy dueño de elegir a quien quiera, y así, decidme si esto os acomoda.

Respondí al licenciado que yo no deseaba otra cosa, e inmediatamente me acompañó a casa de don Jerónimo de Polán.

Este caballero, no bien hubo visto a don Leandro, cuando se fué a él los abrazos abiertos, con demostraciones de cariño, por las que inferí que los dos se profesaban la más estrecha amistad. El canónigo, después de haber recibido cinco o seis abrazos y correspondido con otros tantos, me presentó al señor don Jerónimo, diciéndole:

—He sabido que don Luis no tiene ahora preceptor, y aquí traigo uno a quien yo fío. Es un docto bachiller de Salamanca, que viene de Madrid de haber enseñado a un caballero de circunstancias.

Don Jerónimo, mientras le estaba el licenciado hablando en aquellos términos, me miraba atentamente, y a mí me parecía, sea dicho sin vanidad, que este examen ocular producía buen efecto en mi favor. Tuve motivo de pensarlo así, a vista de las gracias que el caballero dió a don Leandro de haberle procurado un sujeto que traía consigo su recomendación. Llegóme al aposento de su esposa, donde esta señora estaba con su hijo, quien me pareció tenía la pinta de tenaz, y con una criada que no me inquietó el ánimo, aunque apenas tenía veinte años. Todos ellos me examinaron de pies a cabeza, y me atrevo a decir que mi presencia les agradó.

Recibido, pues, en la casa, y mirado como persona venida de parte del licenciado don Leandro, logré quince días de cuantas satisfacciones puede dar de sí el empleo de preceptor. Don Jerónimo y su parienta me trataban con distinción, respetábanme los criados, y yo vivía en la inteligencia de que mi discípulo me había cobrado cariño; pero no estaba aún enterado de su genio. Servíale un ayuda de cámara, que habiéndose aficionado a mí, me habló un día de esta manera:

—Señor bachiller, vos me parecéis hombre tan de bien, que no puedo menos de avisaros de una cosa que importa no ignoréis, y es que vuestro discípulo es malísima criatura. Sabed que don Luis es embustero, de maligno carácter, que tiene mala lengua y aborrece sobre todo a sus preceptores, y no los puede sufrir; y no hay enredo de que no se valga para quitárselos de delante. Los dos últimos que ha tenido eran sujetos de singular mérito; pero ha hecho de modo que los han despedido.

—Según veo—le dije yo al ayuda de cámara—, ¿el padre y la madre adoran en su hijo?

—Así es—me respondió—; es un niño mal criado. Mucho trabajo os ha de costar hacerle aprender.

—Haré—le dije—cuanto dependa de mí, y si con todos mis afanes no puedo salir con ello, iré a otra parte a buscar un discípulo más digno de mi esmero.

A fin de no tener nada que echarme en cara, comencé a desempeñar mis obligaciones esenciales con una sujeción que tenía algo de esclavitud. Hice lo que pude para que el niño me amase y temiese al mismo tiempo. Sin embargo de haber ya cumplido doce años, y tenido tres o cuatro maestros, estaba tan poco adelantado en la gramática, que apenas sabía componer una oración primera de activa. Yo le hablaba continuamente, y procuraba me escuchase, dedicándome igualmente a precaver sus faltas en cuanto alcanzaban mis fuerzas. Si llegaba a caer en alguna, o le castigaba sin acalorarme, o se la perdonaba sin blandura.

Aunque me valí de estos medios suaves, y no obstante toda mi maña, vine a experimentar ser cierto lo que el ayuda de cámara me había dicho. Don Luisito me tomó aversión, y creciendo su aborrecimiento a proporción del mayor celo que yo mostraba en enseñarle, hizo que me despidiesen. Para salir con la suya, hablaba de mí a solas con sus padres, quejándose y acusándome de riguroso e inconsiderado; me pintaba como un hombre ridículo, y decía claramente que si no le libertaban de aquel tirano no adelantaría nada en el estudio.

Además de esta amenaza, se ponía a llorar fingidamente. Finalmente, hizo tan perfectamente el papel, que, enternecidos sus padres de sus falsas lágrimas, le dieron la razón y plantaron en la calle al preceptor. De esta manera, los padres y madres, por amor a sus hijos, despedirán alguna vez a un sujeto honrado que se haya esmerado en cumplir con su obligación.

Para aumento de mi pesar, fui, así que salí de la casa, a ver al licenciado don Leandro e informarle de lo ocurrido. Hícele presente las malas cualidades de don Luisito, y le conté menudamente el ardid de que se había valido para que me despidiesen; pero el canónigo, que verosímilmente estaba ya hablado por don Jerónimo, en vez de compadecerse, me escuchó con frialdad y me volvió la espalda, después de haberme dicho con desabrimiento que no le acontecería en adelante el empeñarse por ningún preceptor sin conocerle bien antes.



CAPITULO IX

Conversación curiosa de don Querubin con un preceptor vizcaíno amigo suyo, y fruto que saca de ella. Entra en casa de una marquesa. Capricho y extraña afición de esta señora a leer libros de caballerías. Apasionase con extremo de ella don Querubin.

Ejeto que produjo su amor.

*Con todo, la deja, y por
qué motivos.*



ICE conocimiento con un licenciadillo vizcaíno que ejercía, como yo, el oficio de preceptor y se hallaba entonces desacomodado. Llamábase Carambola; y aunque su figura no fuese tan desgraciada, era tan pequeño que pudieran equivocarle con un enano. En recompensa de esto tenía mucho ingenio y un carácter muy festivo. Ocurríanle cosas chistosas, se explicaba con donaire y la pronunciación de su país aumentaba la gracia de su conversación.

Yo gustaba mucho de oírle, especialmente cuando tomaba algún enfado; y para excitarle a él no había más que hablarle de los padres y madres. Bastaba tocar este punto para hacerle saltar.

—Los padres—decía él con enojo—casi todos son unos ingratos. Oíd a un padre de familia: «Estoy contentísimo—os dirá—con el preceptor de mi hijo, y así, es mi ánimo procurarle un acomodo seguro; pero no corre prisa: será tiempo de pensar en ello cuando haya acabado de enseñarle.» ¿No es esto—proseguía Carambola—lo mismo que decir: no quiero todavía favorecer a un hombre de bien que actualmente me sirve, que se ha hecho ya acreedor a mis beneficios, y pensaré en su acomodo cuando ya no le tenga delante, cuando no piense más en él?

Con estas graciosas conversaciones me divertía algunas ve-

ces el vizcaíno, y yo no dejaba de aprovecharme de ellas. Habiéndole encontrado en el paseo una tarde, se llegó a mí con semblante risueño:

—Amigo, ¿qué es eso?—le dije—. La alegría que mostráis da a entender que habéis descubierto alguna conveniencia maravillosa.

—Algo hay de ello—me respondió—. He hallado, con efecto, una que me acomodaba muchísimo; pero es tal mi desgracia, que no he parecido a propósito para ella.

—No os entiendo—repliqué—; explicaos más claro.

—Sabréis, pues—continuó—, que habiendo sabido ayer por la voz pública que una señora buscaba un preceptor que empezase a enseñar a su hijo, de edad sólo de cinco años, fui a su casa esta mañana a ofrecerme a sus órdenes y hacer mi pretensión en el asunto, la que me ha sido negada, diciéndome que yo era demasiado pequeño.

—Pues, ¿qué?—le dije yo al licenciado riéndome—. ¿Para entrar en casa de esa señora es menester tener seis pies de alto?

—Sí, señor—replicó Carambola—. La señora quiere una persona de buena estatura, y además de eso muy joven, pues aunque yo no tengo más que treinta y tres años, la he parecido muy viejo.

Soltóseme otra vez la risa al oír semejante cosa, y juzgué que aquella señora debía ser alguna extravagante, y así se lo manifesté al licenciado, quien me dijo con seriedad:

—No, no creáis tal; antes bien, es una mujer de muchísima reserva, una gazmoña que se divierte sin que lo sienta la tierra ni padezca su buena opinión; y su fin es tener un galán en el preceptor de su hijo.

—¿Cómo es su nombre?—pregunté al vizcaíno.

—Hace que la llamen—dijo—la señora marquesa. Su marido es un capitán que está ahora sirviendo en Lombardía, y esto es cuanto sé. Finalmente, lo que puedo aseguraros es que es hermosa y muestra ser muy entendida. ¿Tenéis acaso curiosidad de verla?

—Gana me dais de ello—repliqué—, y soy de parecer de ir mañana a presentarme a la tal marquesa.

—Así os lo aconsejo—exclamó—, y estoy cierto de que sois el preceptor que necesita.

No eché en olvido el ir al día siguiente a casa de la mujer del capitán, presentándome bajo el título de bachiller de Salamanca. Una criada vieja, algo parecida a la doña Rodríguez, me condujo a un aposento, en donde su ama se entretenía en

leer. La marquesa suspendió su lectura al verme, y me preguntó qué la quería.

—Señora—la dije—, he sabido que usía buscaba un preceptor para su señor hijo, y me he tomado la licencia de venir a pretender el serlo, si usía me juzga digno de ello.

Al oír esto puso en mí los ojos, y no con menos atención me miró la criada; de modo que conocí que mi persona tenía en ellas dos votos en su favor. Les parecí un hombre muy distinto de Carambola.

—Señor bachiller—me dijo la marquesa—, ¿qué edad tenéis?

Acordándome yo entonces que el licenciado Carambola la había parecido muy viejo de treinta y tres años, la respondí con descaro que aún no había cumplido veintidós, aunque en la realidad tenía veintiséis.

—Tanto mejor—replicó la marquesa—; yo quiero un preceptor joven, tengo esa manía; pero no me engaños—prosiguió—. ¿Sois mozo de buena conducta? Porque habéis de saber que no me acomodaría una mala cabeza que saliese todos los días a divertirse fuera. Yo gusto de un hombre que se esté quieto en casa y eduque a mi hijo a mi presencia.

—Pues, señora, yo cabalmente soy lo que usía busca. Aunque estoy en la edad del bullicio de las pasiones, la razón, ayudada de los buenos principios que he estudiado, las sabe reprimir; de modo que sus ímpetus me meten poco miedo, fuera de que no conozco a nadie en Toledo, y especialmente a ninguna mujer; y así, cifrando todos mis gustos en la enseñanza de su señor hijo, no me dedicaré sino a cultivar esta tierna planta, si me hiciese usía la honra de ponerla a mi cuidado.

—Mucho me agradaréis—replicó la capitana—si os portáis con tanto juicio. Os elijo desde luego para enseñar y educar a mi hijo. En cuanto a vuestro salario, no os dé cuidado, pues yo sabré medirlo conforme a vuestro esmero y servicios.

Profirió estas palabras con tal modestia y recato, que a pesar de mi vanidad no formé ningún mal juicio de su conducta, ni me lisonjeé con la esperanza de granjearme su atención.

Para contar las cosas como verdadero historiador, diré que las gracias y atractivos de la marquesa, que no había aún cumplido treinta y cinco años, me hicieron impresión. Quedé encantado de su hermosura, y sentí interiormente, sin saber por qué, cierta alegría de verme admitido en aquella casa, de donde salí acelerado a hacer traer a ella mis tratos. Encontré en la calle a Carambola, que estaba aguardándome por curiosidad.

—Y pues, amigo—me dijo—. ¿Cómo os ha recibido la marquesa?

—Con el mayor agrado—le respondí—, y pongo en vuestra noticia que soy preceptor de su hijo.

Al oír esto, Carambola dió una gran carcajada de risa.

—Bien me recelaba yo—exclamó—que vuestra mocedad y linda cara no podían dejar de obrar su efecto. ¡Qué vida tan gustosa pasaréis en casa de esta señora!

—Poco a poco con eso, señor licenciado—le interrumpí, habiendo penetrado el sentido de su expresión—. Pensad de ella con más caridad. Por mi parte, yo la tengo por mujer virtuosa; a lo menos, su exterior es honesto. ¿Por qué se ha de achacar a hipocresía la modestia de su semblante? Aunque no haya que fiar de las bellas apariencias, con todo eso tampoco se deben reprobar.

—Es verdad—replicó—; puedo engañarme; pero apostaría cualquier cosa a que no me engaño.

De allí a pocas horas volví a casa de la marquesa con mis trastos, y tomé posesión de un cuarto dispuesto para mi discípulo y para mí. Pregunté por el niño, el que al instante me trajo aquella doncella vieja que ya había visto yo y le servía de aya. Parecióme muy lindo. Llevábanle con andadores y empezaba a romper a hablar. ¡Oh, qué discípulo para un bachiller de Salamanca! Un preceptor altivo puesto en mi lugar no hubiera querido bajarse hasta el punto de tener que enseñar las letras de la cartilla; pero yo lo miraba esto de otro modo, y así como Aristóteles tuvo a mucho honor el ser el primer maestro de Alejandro, yo me glorié de serlo de un marqués.

Estando en conversación con la vieja del aya, la cual se llamaba Séfora, me dijo ésta:

—Señor bachiller, me alegro mucho de que vuestra persona haya gustado a la señora. Sólo un sujeto tan galán como vos podía agradarla, porque tiene un paladar muy delicado. Veinte preceptores se han venido a presentar, y ninguno la ha parecido bien, no obstante que entre ellos había algunos de bastante buen personal. No os pesará de haber entrado en esta casa, pues la señora marquesa es rica y generosa; en una palabra, podéis dar por hecha vuestra fortuna con tal que la mostréis una ciega complacencia e infinitas atenciones. Este es su flaco, os lo advierto; aprovechaos de mi aviso, y especialmente acomodaos, si os es posible, al defecto que tiene de gustar con extremo de leer libros de caballerías. ¿Os creéis, decidme, capaz de seguirla el humor?

—Quién lo duda—la respondí—; no me costará dificultad lisonjear su locura, porque también soy yo aficionado a semejante lectura.

—Pues de esa suerte—replicó la doncella—la tendréis contentísima, y de ello podéis estar cierto.

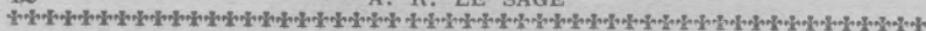
Con efecto, por la primera conversación que tuve con la marquesa conocí que tenía la cabeza atestada de aventuras caballescascas. Me habló solamente de Orlando el enamorado, del caballero del Febo, de Amadís de Gaula, de Amadís de Grecia y principalmente del incomparable Don Quijote de la Mancha, y de otras muchas obras semejantes que eran su mayor diversión y las únicas de que se componía su librería. Aunque yo no era de su misma opinión, fingí lo contrario, encareciendo esta lectura sobre todas las demás del mundo. Quizá también que el burlado fui yo y que la señora aparentaba afición a esta clase de libros para lograr sus intentos. Comoquiera que sea, si hubiese contenido su locura en leer tales boberías, la hubiera complacido en alabarlas a pesar de la sana razón; pero su sanchez pasó más adelante.

—Señor bachiller—me dijo un día que entré en su cuarto a tiempo que estaba leyendo en Don Belianís de Grecia—, hechizada estoy de un coloquio que acabo de leer. ¡Qué bien saben Don Belianís y Florisbella manejar el amor! ¡Cuán finos son sus afectos y tiernas sus palabras! Todavía me dura la conmoción que me han causado.

—Bien lo creo, señora—la respondí—; nada es más propio para excitar las pasiones. Lo mismo me sucede a mí, pues experimento sumo gozo cuando leo algunos coloquios en ciertos libros de caballería, que agitan y encantan mi corazón de suerte...

—¿Qué decís?—interrumpió a esta sazón con aire agitado la marquesa—. ¿Es posible que yo encuentre un hombre tan apasionado como yo a leer novelas, y que éste seáis vos? Crece mi alegría por el motivo de que deseo tener un amante que me rinda obsequios y me sirva como caballero andante. Yo os escojo para ello, mi caro bachiller. Transformémonos los dos, vos en héroe y yo en heroína de caballería. Miradme como vuestra dama, y yo os tendré por mi caballero. Suspiremos el uno por el otro y abrasémonos ambos en una llama tan viva como la que consumía al príncipe de Grecia y a su amada Florisbella.

Acompañó estas palabras con demostraciones tan expresivas, que el pobre don Querubín, a quien ya la dama le parecía demasiado bien, llegó a enamorarse ciegamente de ella. En



vez de huir de aquella mujer insensata, tuve la flaqueza de pres-
tarme a todas sus locuras. El señor bachiller de Salamanca per-
dió el juicio y se convirtió en caballero andante. Empezamos la
marquesa y yo a hablarnos en lenguaje caballeresco. Yo tomé
el estilo del caballero del Febo, y ella el de la princesa Linda-
brides. Todos los días teníamos nuestros coloquios en términos
altisonantes; pero a veces, por desgracia, sucedía que la heroi-
na se ablandaba algo demasiado y el héroe se apasionaba con
exceso.

Mientras vivía yo en casa de la marquesa, como Reinaldos
en el palacio de Armida, supe una noticia que deshizo mi en-
canto. Dijéronme que el capitán Torbellinos, marido de mi
princesa, llegaba pronto de Lombardía, y al mismo tiempo me
avisaron ser de genio colérico y celoso. Por no meterme en his-
torias, ni gustándome, aunque caballero andante, los combates
singulares, tomé la prudente resolución de ausentarme de To-
ledo, con tanto mayor motivo cuanto había en casa un criado
antiguo que, siendo enteramente del partido de su amo, me hu-
biera expuesto con lo que podía contarle a ser víctima del enojo
del marido, después de haber sido mártir del corazón tierno
de la mujer.





CAPITULO X

Entra de preceptor nuestro bachiller en casa de un platero de Cuenca. Con sus diligencias y las del señor Diego Cintillo consigue que su discípulo se meta fraile. Encuentro desagradable que tuvo. Vuelve a Madrid.



ALÍ oculto de Toledo una mañana con un arriero que iba a la ciudad de Cuenca, que es de las más famosas de España. A pocos días de mi llegada, el amo de la posada me dijo conocía a un sujeto, ya anciano, que se empleaba en acomodar preceptores, mediante cierta retribución que pedía en agradecimiento, la que era mayor o menor según la clase de la conveniencia.

Informado de las señas de su casa, fui a verle y le pregunté si había algún puesto de preceptor vacante.

—Muchos hay—me respondió.

Y habiéndole yo dicho estar graduado de bachiller por Salamanca, exclamó:

—No es menester otro elogio; no necesito saber más. Yo mismo os presentaré al señor Diego Cintillo, el más rico y afamado platero que tiene Cuenca. Anda buscando un sujeto hábil y de buenas costumbres para que enseñe a un sobrino, de quien es tutor, y me parece que llenaréis la medida de su deseo.

El mismo me acompañó inmediatamente a casa de Cintillo, a quien respondió de mí sin conocerme, y quedé admitido sobre el pie de trescientos ducados al año, lo que tuve a bien aceptar, esperando mejor ocasión. Era el platero un hombre que fingía santidad: andaba siempre con el rosario en la mano, y parte del día lo pasaba en la iglesia, y con esto conciliaba muy bien, a su parecer, el oficio de usurero, que ejercía con tanto secreto que nadie lo ignoraba en la ciudad.



Por dar gusto a mi platero, aparenté un exterior devoto, lo cual se acomodaba bien con su semblante hipócrita. Hizo llamar a su sobrino, que era un mozo de diez y siete a diez y ocho años, y me dijo:

—Éste es el discípulo que os encargo. Sabe ya leer y escribir, y aun entiende los autores latinos; enseñadle la filosofía, y dedicaos, sobre todo, a encaminarle a la virtud, que es lo principal.

Mi nuevo discípulo se llamaba Crisóstomo, y era tan cerrado de mollera, que mis primeras lecciones de nada le sirvieron, por lo que no pude menos de decir a su tío que no veía en él disposición alguna para que le aprovechase mi enseñanza, y que, en fin, yo desesperaba de poderle sacar filósofo.

—No os aburráis, señor bachiller—me respondió—; bien conozco que Crisóstomo es rudo, y así no seré yo tan considerado que me queje de vos si no conseguís instruirle. Aquí entre nosotros—continuó—, mi ánimo es meterle fraile, porque me parece le caerá bien la capilla.

Yo interrumpí al platero, oyéndole hablar de aquella suerte.

—Guardaos, señor Diego—le dije—, de forzar la inclinación de vuestro sobrino.

—¿Qué es lo que decís?—replicó admirado Cintillo—. No quiera Dios que yo tenga pensamiento de violentar a Crisóstomo y hacerle entrar religioso contra su voluntad. Hacedme más justicia, pues yo solamente quiero su bien, no pareciéndome propio para el siglo, y por lo mismo desearía que abrazase gustoso el estado de religioso. Ayudadme, os pido, a inclinarle a esto. Os doblo el sueldo para estimularos más a coadyuvar mi designio. Unámonos los dos para hacerle que tome este partido, que en la realidad es el mejor. ¡Cuánto me alegraré de ver a mi sobrino santamente en un convento!

El bueno del platero no decía todo lo que sentía, pues, además del contento que le causaba el que su sobrino abrazase este estado, no le pesaba que entrase fraile, porque como era rico, su herencia recaía en él en tal caso. Seguí, pues, con sus ideas, habiendo de ser pagado por ello, y con esta mira me metí a predicador. Empecé a declamar contra el mundo y a alabar a mi discípulo las dulzuras del estado religioso. Cintillo, por su parte, le predicaba continuamente lo mismo; de modo que, alucinando al pobre mozo, que creía nuestras persuasiones al pie de la letra, conseguimos tomase el hábito al cabo de diez meses en un convento, en donde, perseverando en su santo fervor, dió a su tío el platero el gusto de verle profeso y de heredar

todos sus bienes. Entonces el señor Cintillo, no necesitando ya de mí, me pagó mi honorario, que yo había bien ganado, pues todos los días fui a ver a Crisóstomo durante su noviciado para mantenerle en sus buenos pensamientos; con esto nos despedimos Cintillo y yo, igualmente satisfechos uno de otro.

De allí a poco tiempo dejé la mansión de Cuenca en fuerza de un aviso que tuve, el cual me parece no debo dejar en el tintero. Yendo un día pensativo por la calle, sentí que me dieron una palmadita en el hombro. Volví inmediatamente la cabeza, y vi a un hombre, al cual conocí por uno de los dos guapetones que me habían conducido de Madrid a Leganés. Temblé a la vista de aquel ave de mal agüero, y asustado le dije:

—¿Qué es eso, señor espadachín? ¿Será otra vez tal mi desgracia que vengáis en mi seguimiento? ¿He quebrantado acaso el destierro?

—No por cierto—me respondió riéndose—; sois hombre de palabra, y ya no tenemos nada que hacer con vos; antes bien, os digo que si os da la gana podéis volver a Madrid.

—Ya os entiendo—repliqué—. ¿Conque, según parece, doña Luisa ha muerto?

—No por cierto—prosiguió—; todavía vive, y podéis renovar, si queréis, vuestra amistad con ella, pues nosotros no os lo estorbaremos, y os diré el porqué. Nuestra cuadrilla se ha deshecho con motivo de una pendencia que dos de ella armaron sobre querer galantear a la gitanilla, aquella morenita con quien cenasteis una noche, y que os pareció tan linda; salieron a reñir desafiados para saber cuál de los dos había de ser él solo, y tuvieron la desgracia de envasarse uno a otro. Este suceso ha sido la causa de separarnos todos, y cada uno de nosotros se ha ido por su lado.

Esta noticia me alegró infinito, y no dejé de volver a tomar bien pronto el camino de Madrid, pues era tanta mayor mi gana de volver a ver esta villa cuanto me habían prohibido pena de la vida poner más los pies en ella.



CAPITULO XI

Vuelve don Querubin a Madrid, donde encuentra casualmente a uno que le da noticias de doña Luisa de Padilla. Esta señora le coloca en casa del duque de Cueda por segundo secretario.

Conocimiento que hace con don Juan. Descripción de un baile adonde asistió don Querubin. Marcha a Nápoles en calidad de correo extraordinario del conde Eruña.



o bien entré en Madrid, cuando me encontré por casualidad con Martín Cinquillo, mi antiguo huésped, aquel que me había acomodado en casa de doña Luisa de Padilla. Conocímonos uno a otro inmediatamente.

—Señor bachiller—me dijo con aire de admiración—, ¿es posible que yo os vuelva a ver sano y salvo después del lance que os ha pasado? Yo creía, os lo confieso, que aquellos espadachines que cargaron con vos os habían quitado la vida, y a la hora presente doña Luisa os cuenta entre los muertos. ¡Qué alegría voy a darla con decirla que vivís todavía! Id mañana a mi casa y os diré cómo ha recibido la noticia.

Con la curiosidad de saber qué impresión había causado en aquella señora mi vuelta a Madrid, no falté al día siguiente de ir a casa de Cinquillo, donde encontré a la señora Rodríguez, que me estaba esperando. Así que esta buena vieja me vió se vino hacia mí, y abrazándose con lágrimas en los ojos:

—Seáis bien venido—exclamó—, señor don Querubin. ¡Ay! Mi ama y yo habíamos perdido la esperanza de volveros a ver. Nos imaginábamos que todos los Padillas, irritados contra vos, habían tenido la crueldad de sacrificaros a su enojo. ¡Cuánto nos hemos afligido, metidas en este error! ¡Cuántos lloros la habéis costado a doña Luisa! Juzgar por eso qué gozo no la ha causado la nueva de vuestra vuelta. Yo vengo de parte suya a

manifestároslo y a aseguráros que está en ánimo de contribuir a procuráros un destino gustoso. Esto no es decir—prosiguió la Rodríguez—que la dura todavía la inclinación a casarse con vos, pues, gracias al cielo, ha abierto los ojos para ver la extravagancia de semejante casamiento y lo ridícula que se haría con él entre las gentes. En una palabra, ya no se acuerda de tal cosa; pero, no obstante, quiere, por afecto, poner os en estado de hacer fortuna, colocándoos en casa del duque de Cueda, pariente suyo y valido del rey. Se lisonjea de tener bastante valimiento para haceros entrar por uno de los secretarios de este ministro. Ya os hacéis cargo de lo importante de este puesto, y no dudo que os alegraréis de ocuparlo, a no ser que tengáis intención de consagrar os al servicio de la Iglesia.

—No—le respondí—; no estoy de ese parecer; me siento con bastante virtud para ser secretario, y no me hallo con la suficiente para llegar a ser un buen sacerdote.

—Siendo esto así—replicó la señora Rodríguez—, dejad prontamente los hábitos y vestíos de caballero.

—Eso os prometo hacer sin detención—la dije—, y a la verdad, ya empieza a fastidiarme el oficio de preceptor, que sólo por necesidad puede ejercer un hombre honrado.

Quitéme, pues, los manteos, y de allí a poco entré en una secretaría del ministerio, no habiendo necesitado doña Luisa más que decir una palabra a su sobrina doña María de Padilla, duquesa de Cueda.

Luego que ya me vi yo en posesión de mi empleo, manifesté a la señora Rodríguez que me alegraría mucho de ir a ver a su ama para darla gracias; pero esta criada me dijo:

—Doña Luisa os dispensa de ello. Después de lo que ha pasado entre los dos tiene por conveniente privarse de vuestra vista, temerosa de exponeros otra vez a algún lance pesaroso. Tiene voluntad de protegeros sin volver os a ver, cosa que sus parientes no pueden llevar a mal; agradeced su prudencia.

—Nada tengo que responder a eso—la respondí—, mi querida señora Rodríguez; y pues es fuerza el que yo renuncie al gusto de dar de viva voz a doña Luisa las gracias que la debo, aseguradla a lo menos de mi parte que estoy agradecidísimo a sus favores.

En la realidad no me pesaba de que mi protectora no quisiese verme, porque si me hubiese puesto yo en el pie de visitarla y obsequiarla, pudiera muy bien haber tenido que hacer con otros espadachines, los cuales me hubieran quizá dado más mal trato que los primeros.

Como yo tenía buena letra, habiendo aprendido a escribir en Salamanca, me destinaron a una oficina para poner en limpio toda especie de papeles. Hice conocimiento con los oficiales, y aun tuve la fortuna de granjearme la amistad de don Juan de Salcedo, primer secretario del duque de Cueda. Este don Juan no carecía de entendimiento; pero tenía la falta de gustar tanto de la lengua latina y de citar sobre cualquier cosa pasajes de Horacio, de Ovidio o de Petronio, que siempre que me veía me hablaba en latín, y yo le respondía en el mismo idioma por acomodarme a su flaco, y eso le tenía embelesado; lo que prueba bien que para agradar a los hombres no hay más de prestarse a sus inclinaciones.

—Don Querubín—me dijo un día—, yo os quiero, y cuando encuentre ocasión de daros pruebas de ello, la aprovecharé *ludenti animo*.

Dió la casualidad que dentro de poco se presentó ésta; pero antes se necesita referir de dónde nació.

Una noche que había baile en casa de la duquesa de Cueda, que está cerca de la plaza grande donde se corren los toros, me dió gana de ir a él. Vi allí un numeroso concurso de señores y las damas más hermosas de la corte. Parecía que habían ido escogiendo las personas más amables del Reino para asistir a un festejo tan lucido.

Antes de empezarse el baile, las mujeres disputaron entre sí sobre cuál podía llevarse la atención de los caballeros; pero luego que vieron bailar a doña Isabel de Sandoval, hija única del duque de Cueda, los ojos se emplearon sólo en ella. Todos admiraron su gracia, la nobleza y majestad de su persona, la destreza y garbo de sus pasos, la correspondencia del cuerpo con el airoso manejo de los brazos y lo fino de su oído; y así fué que, luego que acabó de bailar, resonó la sala con el ruido de los aplausos. Un marqués decía:

—No tiene igual. ¡Que no haya en nuestros teatros una mujer que baile tan bien! La protegería a toda costa.

—Yo la suplicaría que me dejase por puertas—decía un conde.

—Yo la pediría me diese la preferencia—decía un duque.

En una palabra, todos los señores quedaron encantados de aquella segunda Terpsícore, y no me sucedió menos a mí.

Bien se conoce que a una heredera tan rica y tan ilustre no la faltarían pretendientes. Entre los que aspiraban a lograr su mano, ninguno podía con más fundamento lisonjearse de esa esperanza que don Juan Téllez, conde de Eruña, hijo único del

conde de Nuaso y el más digno de ser dueño de Isabel. Este señorito servía en la corte el empleo de gentilhombre de cámara del rey, en lugar de su padre, ausente a la sazón en Nápoles, de donde era virrey.

Mientras cada uno de los amantes de la hija del duque de Cueda se esforzaba con sus obsequios por ser el preferido, este ministro envió a llamar al conde, a quien le dijo:

—Señor don Juan, ya sabéis la estrecha amistad que nos une al duque vuestro padre y a mí y lo que me interesan los asuntos de vuestra casa; he tenido por conveniente hablaros a solas para haceros presente que debéis aprovecharos del tiempo, ahora que la fortuna os es propicia. El duque, vuestro padre, tiene al presente más envidiosos y enemigos que nunca. Trabajan sin cesar en perderle, y puede suceder que lo consigan. Es preciso que mientras le dura el valimiento penséis en tomar estado. Ya estáis en edad de casaros, y aun de ejercer grandes empleos. Hace un año—prosiguió—que vuestro padre me escribió pidiéndome os buscara una esposa; le respondí que ya estaba hallada; pero como desde entonces no me ha vuelto a hablar del asunto, no sé si se mantiene del mismo parecer. No dejéis—añadió—de participarle lo que acabo de deciros, y de asegurarle que si quiere una nuera escogida por mi mano, le tengo destinada una cuya riqueza, hermosura y nobleza son bastantes para hacerla digna de tener un suegro como él.

Oído este discurso, el conde conoció bien que Isabel era la nuera de que se trataba, y dejó ver en su semblante una alegría que el duque advirtió con placer. Sin embargo, este ministro no dió a entender que lo había notado, y le dijo a don Juan:

—Enviad, pues, en diligencia un expreso a Nápoles, y la respuesta que os dé el virrey será la que decida acerca de vuestro matrimonio.

El conde, para manifestar al duque el vivo deseo que tenía de ser su yerno, se despidió inmediatamente de él, y diciendo iba a escribir a su padre, fué a la hora a ver a Salcedo, a quien quería como antiguo criado de su casa, y sin consejo del cual no hacía nada. Dióle parte de la conversación que acababa de tener con el ministro, y luego le dijo:

—Yo no sé a quién enviar a Nápoles; necesito de un sujeto capaz, y de confianza, que pueda informar a mi padre de mil cosas secretas, que no me atrevería a escribirle.

Entonces Salcedo, pensando en mí, y creyendo procurarme un buen negocio, me propuso como una persona muy a propósito para desempeñar aquel encargo, y de quien él respondía.

Resuelto el conde, en vista de este informe, a echar mano de mí, quiso hablarme. Tuve con él una conferencia privada, en la cual me dijo todo cuanto deseaba supiese su padre. Finalmente, después de haber recibido de aquel señorito amplias instrucciones y dos pliegos, uno para el duque y otro para la duquesa, su madre, con doscientos doblones en una bolsa, me dispuse para marchar a Italia; pero antes de mi partida fui a despedirme del secretario Salcedo, quien, abrazándome cariñosamente, me dijo:

—Id, mi amado don Querubín; me regocijo de que hagáis ese viaje; os valdrá buenos doblones, *et Lavina videbis litora.*

Salí, pues, de Madrid, y siguiendo de cerca a un correo que la corte enviaba a Nápoles, llegué a esta ciudad casi al mismo tiempo que él.





CAPITULO XII

De qué modo recibió el virrey de Nápoles a don Querubín y de las conversaciones que tuvieron. El duque y la duquesa le hacen grandes presentes, lo que le colmó de gozo. Restitúyese a Madrid.



A hacía tres años que el duque de Nuaso era virrey del reino de Nápoles, después de haber gobernado la Sicilia el espacio de cuatro. Fuí a apearme al palacio real donde vivía, e hice avisar a S. E. que estaba allí un correo despachado por su hijo, el conde de Eruña.

El virrey, que se hallaba entonces en su despacho, mandó que me hiciesen entrar. Presentéle el pliego que iba dirigido a S. E. Abriólo, y después de haber leído su contenido:

—Ved aquí—me dijo—una carta que me es tanto más agradable cuanto me la trae un secretario mismo del duque de Cueda; pero hacedme el favor de decirme—prosiguió—si la hija de este ministro es de tan singular mérito como me escribe mi hijo. Yo desconfío un poco de los retratos que los enamorados hacen de sus amadas.

—Señor excelentísimo—le respondí entonces—, por hermosos que sean los colores con que el señor conde os haya pintado a doña Isabel, siempre la copia será inferior al original. En una palabra, vuestra imaginación no puede engañaros aunque os la represente hermosísima. Figúrese vuestra excelencia una señorita de quince años en quien se juntan una extrema beldad, con un entendimiento perspicaz y un juicio sentado; pues con todo eso, esta idea no encierra sino parte de sus bellas prendas. Es verdad que no es de genio serio, ni gasta aquella gravedad que manifiestan ordinariamente las damas españolas; pero este defecto, que fuera de España no lo es, hallará perdón en vuestra excelencia.

—Tienes razón—interrumpió sonriéndose el duque—; aunque soy español, siempre preferiré un carácter festivo a un carácter grave.

Aquí llegaba nuestra conversación, cuando la duquesa, que había sabido la llegada de un correo despachado por el señor don Juan, entró en el despacho con vivo deseo de tener noticias de este hijo querido.

—Señora—la dijo su esposo—, se presenta un partido ventajoso al conde de Eruña. El duque de Cueda condesciende en admitirle por yerno suyo, con preferencia a muchos señores que pretenden a doña Isabel, su hija única.

Yo entregué al instante a la señora virreina la carta que me habían dado para ella, en que se contenía lo mismo que en la otra. Habiéndola leído, empezaron los dos a tratar, no de si consentirían en aquel matrimonio, sino sobre lo que tenían que hacer en esta ocasión. Determinaron volviere a Madrid para manifestar al duque y a la duquesa de Cueda su anhelo por que se efectuase el enlace entre las dos familias. Se resolvió también entre ellos el escribir al duque de Remal y a doña Isabel.

Ocuparon el día en despachar las respuestas; y como don Juan escribía a su padre que yo podría enterarle de muchos puntos de que él gustaba informarle, tuve por la tarde con su excelencia una conversación más larga que la primera.

—Hacedme—me dijo—una relación puntual de todo cuanto el conde mi hijo os ha encargado me digáis. Sin duda me vais a hablar de la última carta que he escrito al rey y a decirme que ha indignado a todos los grandes.

—Cabalmente, señor—le respondí—; por ahí es por donde voy a empezar. La propuesta de vuestra excelencia de que se vendiesen en España ciertos empleos ha sublevado contra vos al consejo, y los señores que le componen no la han querido admitir, y lo más sensible es que, no contentos con eso, murmuran de ello, y con medios ocultos se esfuerzan en haceros pasar por enemigo de la nación. Se hallan apoyados por algunos señores de Nápoles, quienes, de acuerdo con ellos, escriben continuamente a la corte cartas dirigidas a haceros sospechoso.

El duque no pudo al oír esto dejar de interrumpirme, exclamando con un suspiro:

—¡Mirad esos vasallos tan fieles y tan celosos, que protestan estar del todo prontos a dar su sangre y sus bienes por la gloria de su soberano! Si el rey hiciese comprar aquellos empleos que da gratuitamente, ¿qué casa perdería en ello más que la mía? Yo sacrifico en beneficio del monarca a mis parientes y a

mis aliados, y sólo pienso en sus intereses. ¡Y sin embargo me acriminan! Ese es el premio de los servidores demasiado afectos. Continúa—prosiguió—; estoy contentísimo con la elección que ha hecho de vos mi hijo para informarse de lo que pasa en la corte en perjuicio mío; desempeñáis el encargo de una manera que me agrada. Pasad, pues, adelante. ¿Qué injusticia me hacen todavía?

—La más formidable—repliqué—y más sensible que puede hacerse a un fiel vasallo del monarca: se dice que habéis formado el ambicioso designio de haceros rey de Nápoles.

El duque, al oír esta acusación, cerró los ojos, alzó los hombros y me preguntó quién podía ser tan enemigo suyo que le imputase un pensamiento tan culpable.

—Diferentes señores son los que esparcen esta voz, cuya falsedad parecen acreditarla vuestros armamentos, vuestras bellas acciones y vuestros grandes servicios. En vuestro modo de gobierno, de que están envidiosos, dicen ellos que hay con qué formaros causa.

—Soy culpado—interrumpió otra vez S. E.—, lo soy; ahora conozco mi culpa. Yo debía imitar el ejemplo de otros virreyes de Nápoles y Sicilia; yo debía dejar que los turcos asolasen estos dos reinos, enriquecerme a costa del rey y de sus vasallos, y después de esto volver a la corte para recibir en ella alabanzas de mi buen gobierno. ¡Desdichada la monarquía—añadió alzando los ojos al cielo—, en donde los que sirven con más ardor, y que sólo procuran aumentar su gloria, son tenidos por enemigos de ella!

Después de esta exclamación, llena de sentimiento, me hizo el duque nuevas preguntas.

—Decidme—me dijo—, ¿quiénes son los señores que más participan ahora de la confianza del heredero de la corona?

Yo le nombré muchos, sin olvidar al conde de Vailores.

—Este último es el que parece que priva más. Es verdad que si se da crédito a lo que algunos dicen, se vale de un medio seguro para ganarle la voluntad.

—¿Y cuál es ese medio?—replicó el duque.

—Es aquel con que salen bien todas las empresas: el dinero. Hay quien dice que el conde, que es dueño de grandes bienes, emplea buena parte de ellos en procurarle diversiones. Quizá los que hablan así—proseguí—dicen la verdad; a lo menos yo sé que cuando el príncipe va a caza, halla muchas veces soberbias meriendas, dispuestas y costeadas por el conde.

Al oír esto, me dijo, meneando la cabeza, el duque:

—Vailores tiene buena traza de quitar el asiento al duque de Remal y a su hijo. Yo deseo que salga falso mi pronóstico; pero si, por desgracia, llega a verificarse, échense a sí solos la culpa. ¿Por qué permiten al lado del heredero del reino un cortesano sutil y despejado que se apodera a vista de ellos del timón de la monarquía?

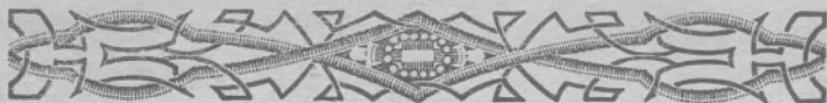
Cuando el duque no tuvo ya más que preguntarme ni yo más que decirle, me entregó sus cartas, diciéndome:

—Id a descansar y volveos mañana a España; pero antes de marchar estad con mi tesorero, a quien he dado órdenes tocantes a vos.

Eso fué lo primero que hice el día siguiente; vime con él, y me puso en la mano de parte de S. E. una letra de cambio de tres mil escudos, pagadera a la vista.

Además de esta expresión recibí otra que me envió la virreina, que fué una cadena de oro primorosamente trabajada, y doscientos doblones. Partí de Nápoles con todas estas riquezas y volví a tomar el camino de Madrid, adonde llegué sin que me sucediese ningún contratiempo.





CAPITULO XIII

*Del casamiento de don Juan con doña Isabel, y sus resultas.
Nuevo partido que tomó don Querubín.*



La primera diligencia fué ir a dar cuenta de mi comisión al señor don Juan, quien, así que acabó de leer la carta de su padre, lleno de gozo, me echó los brazos al cuello, y en señal de lo muy satisfecho que había quedado de mí, o por mejor decir, de las noticias que le traía, me regaló un bolsillo con doscientos doblones.

Marchó al instante a comunicar al duque de Cueda las cartas del virrey, y de allí a dos días se publicó su casamiento con la señora doña Isabel. Hiciéronse los preparativos de la boda con toda la magnificencia correspondiente a la ilustre calidad de los esposos; y el duque mostró por que se celebrase un anhelo igual al vivo deseo que tenía de verla efectuada. Los deudos y amigos de las dos casas celebraron este enlace con grandes señales de regocijo, y a la verdad que himeneo no podía unir dos prsonas más adaptadas una a otra.

Apenas se concluyeron las fiestas de la boda cuando escribió el virrey al duque que para llenar el colmo de sus deseos sólo le faltaba uno que cumplir, que era tener consigo a su nuera, por lo que le pedía se la enviase para hacerla ver la Italia; y, finalmente, que para que fuese más gustoso el viaje a la novia, deseaba también la acompañase su esposo, si Su Majestad se lo permitía. Al duque le pareció bien la dea, y condescendiendo a sus deseos, alcanzó del rey la licencia de enviar a Nápoles a su hija, en compañía del conde de Eruña. Dispúsose en breve lo necesario para el viaje de los recién casados, habiéndole el virrey prohibido expresamente a su hijo llevar una numerosa y fastuosa comitiva. Pusiéronse, con efecto, en camino para Barcelona, en donde les estaban esperando dos galeras enviadas por el duque para conducirlos a Génova, y allí había de ir

con ocho galeras don Octavio de Aragón para pasarlos a Nápoles.

Acontece rara vez el que a un descamisado, que se ve rico, deje de ofuscarle la posesión de sus riquezas, y semejante ofuscación pasó por mí. Habiendo contado mi dinero, y visto era dueño de cerca de dos mil doblones, me disgusté de mi empleo de la secretaría. Parecióme que un mozo que se hallaba con tanto caudal debía llevar una vida libre y holgazana, sin sujeción a nadie. «Pues ya que yo puedo vivir—decía para mí—como un caballero noble y bizarro en el mundo, sería un gran mentecato si me mantuviese en las oficinas del ministerio, donde es preciso trabajar todo el día. Mucho más gustoso es no tener que hacer más que pasearse y divertirse con sus amigos.»

De esta suerte, dejándome llevar de mi inclinación, empecé desde luego a darme al vicio, sin hacer caso de mi filosofía; antes al contrario, no quise escuchar ninguna advertencia de su parte; y así, al despedirme del secretario Salcedo, fué en balde cuanto me dijo para que no dejase su oficina, aunque me habló con juicio y usando de muchas expresiones latinas. Tomé un cuarto en una posada y me hice dos ricos vestidos, con los cuales, ya poniéndome un día uno y otro día otro, me dejaba ver en palacio y en el Prado.





CAPITULO XIV

Encuentra don Querubin al licenciadillo Carambola. Conversaciones que tuvieron. Paso gracioso que le sucedió al último, y sus resultas.

ESTANDO en el paseo una tarde, divertido en observar las damas que pasaban junto a mí, atisé al licenciadillo vizcaíno, a quien había dejado en Toledo. No me conoció al pronto, viéndome en mi nuevo traje; pero habiéndole llamado, se llegó a mí y nos dimos un abrazo.

—Me alegro infinito, amigo—le dije—, de que la fortuna nos haya aquí juntado.

En vez de responderme, Carambola abrió tantos ojos y se puso a mirarme desde los pies a la cabeza, y echándose luego a reír a carcajada tendida, exclamó:

—¿Qué transformación es esa que veo? ¡Tú vestido de caballero! ¿Quién te ha hecho colgar la sotana y el manteo por ceñir la espada? Pero ya me lo discurre: es aquella linda marquesa en cuya casa estuviste de preceptor en Toledo; ésta es, al parecer, quien ha usurpado a la Iglesia al bachiller don Querubín.

Respondíle que no.

—¿Te has metido, pues, en Madrid con alguna señora rica que parte contigo su caudal? Dime la verdad; tú has hecho aquí fortuna.

—Si quieres—le dije al vizcaíno—escucharme por un rato, satisfaré tu curiosidad.

Dejóme decir, y entonces le conté lo que me había sucedido desde nuestra separación, rogándole me refiriese por su parte en qué se ocupaba entonces en Madrid.

—Siempre en el oficio de preceptor—me respondió—; no puedo hacer otro. Estoy condenado a ser preceptor, o por mejor decir, a galeras por toda mi vida. Mientras estabas—prosiguió—en casa de la marquesa de Torbellinos, y pasabas allí el

tiempo con más gusto que yo, que me veía en la calle sin dinero, o a lo menos muy cerca de carecer de él, desamparé a Toledo, como una ciudad que cada día me iba disgustando más. Ví-neme a Madrid, en donde se me presentó ocasión de entrar con un particular, hombre rico, viudo, y que tenía un hijo de doce años. Este sujeto casi ningún día comía con nosotros, yendo por lo regular a comer y cenar fuera, lo que no mejoraba en casa nuestra comida, la cual nos componía una mujer de cuarenta y cinco a cincuenta años, que le servía de ama. ¡Oh, qué maldita cocinera! Unas veces echaba demasiada sal en los guisados, y otras los cargaba de pimienta, clavo o azafrán. Por más que yo me quejaba, la buena señora tenía la malicia de no enmendarse, y aun creo que lo hacía a propósito para que me disgustase de la casa y obligarme a dejarla, habiéndome cobrado aversión, ignoro por qué, a no ser que fuese por mostrarla yo siempre un rostro serio como el de Catón. Yo por mí, a fin de vengarme de aquella vieja bruja, me obstiné, a pesar de sus guisados atestados de especias, en no salir de la casa, donde permanecería a la hora de ésta si no hubiese ocurrido un lance que quizá no le ha sucedido jamás a ningún preceptor. Habiendo recibido un día veinte doblones a cuenta de mi sueldo, entré en un garito, adonde rabiaba por ir a jugar así que me veía con un peso en el bolsillo. La fortuna, que más a menudo me es contraria que favorable en el juego, se mostró entonces propicia conmigo: gané diez doblones, los que apenas estuvieron en mi faltriquera, cuando me dió la gana de convidar a cenar a dos damas con quien había hecho conocimiento y que vivían en la Puerta del Sol. Fui a su casa con esta loable intención, después de haber mandado componer una buena cena en una hostería. Recibiéronme aquellas damas con tanto mayor gusto cuanto que yo solía convidarlas siempre que me sucedía ir a visitarlas. Empezamos a hablar alegremente, y traída la cena que yo había mandado disponer, nos pusimos a la mesa. Yo esperaba divertirme bien por mi dinero, cuando en esto oigo abrir la puerta del cuarto en que estábamos, y veo que el que entraba de prou-to era el sujeto de quien yo enseñaba el hijo, el padre de mi discípulo. Conocióme él también al momento, y sorprendidos igualmente los dos, nos quedamos suspensos y sin hablar palabra, mirándonos el uno al otro, como si dudásemos de lo mismo que estábamos viendo. Sin embargo, no duró mucho la turbación en que estaban nuestros espíritus; y perdiendo la vergüenza de habernos encontrado en aquel paraje, nos pusimos los dos a dar tales carcajadas de risa, que las niñas aquellas nos tuvieron

por dos amigos que casualmente se hallaban allí. «Según veo, caballeros—nos dijo una de las ninfas—, ustedes son conocidos.» «Preciso es que nos conozcamos—la respondió el otro—, pues todos los días nos vemos, comemos juntos algunas veces y dormimos debajo de un mismo techado. Sólo nos faltaba tener amigas comunes, y así, nada nos queda que desear.» El aire chocarrero con que profirió estas palabras me puso de humor de chancearme también, lo que ejecuté a todo trance, y resuelto enteramente a romper con él si daba en mortificarme acerca de nuestro encuentro en casa de aquellas niñas. Mas en vez de mostrarme el menor disgusto, se sentó a la mesa con nosotros, diciendo con aire despejado que creía no estar allí de sobra. Es cierto que estuvo de tan buen humor, que me pareció hombre muy divertido. Brindó algunas veces a mi salud, y me hizo mil agasajos. Fuí poco a poco olvidando que estaba con el padre de mi discípulo, y los dos fuimos compañeros en la diversión. Cuando ya fué tiempo de retirarnos nos despedimos de aquellas damas y volvimos a casa, donde, luego que entramos, me dijo: «Señor licenciado, yo no llevo a mal de que vaya usted a ver a esas damas que acabamos de dejar; pero guardaos bien, os ruego, de llevar allá a mi hijo.»

Carambola no pudo contener la risa al decir estas últimas palabras, y a mí me sucedió lo mismo.

—Hombre—le dije—, ¡qué admirable padre y excelente casa para un preceptor!

—Sin embargo, me he salido de ella—replicó el vizcaíno—atendiendo al honor de mi carácter. Me ha parecido no convenía a un licenciado vicioso vivir en un paraje donde era conocido. Estoy colocado en otra parte. Enseño al hijo natural de un caballero, y espero sacar de su enseñanza mayor utilidad que de la de un hijo legítimo.

—Me alegraré—le dije a Carambola—de que no te salga vana esa esperanza; pero tú mismo me has dicho que no había que contar mucho con el agradecimiento de los padres.

—Demasiado cierto es eso—me replicó el licenciadillo—; no obstante, las personas con quienes tengo que hacer me parecen tan generosas que no puedo menos de fundar una gran confianza en ellas.



CAPITULO XV

Hace conocimiento don Querubin con un amable caballero, llamado don Manuel de Pedrilla. De qué modo pasaban el tiempo juntos. De la gustosa novedad con que se halló don Querubin cenando con unas damas. Quiénes eran éstas, y de lo que hablaron.



INTERRUMPIÓ nuestra conversación un caballero con quien poco antes había hecho yo conocimiento, y que vino a buscarme al paseo.

—No me despido—me dijo al instante el vizcaíno—, pues nos hemos de volver a ver.

Y con esto se marchó, dejándome con mi nuevo amigo, el cual se llamaba don Manuel de Pedrilla. Era éste un hidalgo de la ciudad de Alcaraz, situada en los confines de Castilla la Nueva, casi de mi edad y de agradable aspecto, que había ido a Madrid con el deseo de ver la corte. Vivía en mi misma posada; comíamos juntos, y todos los días íbamos a la comedia o a pasearnos. Finalmente, nos cobramos tanta amistad uno a otro, que no nos separábamos jamás.

Una mañana que estábamos hablando en su cuarto, llegó un criado mocito y le entregó una carta, y habiéndola leído el don Manuel, le dijo:

—Muchacho, dile a tu ama que está bien, y que iré sin falta.

Dicho esto, se volvió a mí y me dijo:

—Señor don Querubín, esta noche voy a cenar con dos damas, y tengo permiso de llevar a un amigo. ¿Queréis venir?

Admití la oferta, y le respondí sonriéndome que le agradecía la preferencia.

—Tenéis razón—replicó, sonriéndose también—, pues la diversión que os propongo es digna de agradecerse. Sabed que cenaréis con dos de las más amables y divertidas damas, y de un trato despejado. Son una casta de mujeres de forma, que viven

y se mantienen juntas a la francesa, pagando el gasto a medias. Su casa está abierta para las personas decentes; allí se juega y se cena.

—Sin duda se mantienen—dije yo, riéndome—del provecho del juego.

—Eso es lo que yo no sé—me respondió—; quizá hay por medio algunos favorecedores que hacen la costa secretamente; pero no se advierte que los tengan: en su casa no se ve cosa que haga sospechar nada malo de ellas.

Preguntéle a mi amigo cómo se llamaban, y me dijo que la una Ismenia y la otra Basilisa.

—Dícense viudas de dos caballeros de Granada, y, según ellas cuentan, han venido a Madrid sólo por curiosidad.

—¿Y a cuál de las dos—le dije—estáis inclinado?

—Ismenia—me respondió don Manuel—es la que me agrada; y aunque tengo motivo para creer que no suspiro por una ingrata, con todo no me ama como yo quisiera.

—Muy deseoso estoy—exclamé—por ver a esa Ismenia y también a su compañera.

—Pues veréis—me dijo—dos personas que me daréis las gracias de habéros las hecho conocer.

Llegó la noche, y don Manuel me llevó a casa de aquellas damas, que vivían en un cuarto bastante hermoso y muy bien alhajado.

—Señoras—las dijo—, creo no tomarán ustedes a mal que las traiga a mi mayor amigo, que es un caballero del reino de León, y además de eso, sujeto de mérito.

Ellas respondieron que mi presencia confirmaba el bien que podía decir de mí, y me recibieron con el más atento agasajo.

No me detengo en hacer el retrato de aquellas damas. Sólo diré que me admiró su belleza, y que al cuarto de hora de conversación quedé hechizado de las dos, aunque eran de genio diverso, siendo serio el de Ismenia y muy alegre el de Basilisa. La primera se explicaba con majestad y elegancia, y pensaba antes lo que había de decir, y la segunda se aventuraba a decir sin reparo lo que la ocurría; pero casi siempre eran cosas acertadas. Como don Manuel notó la gran complacencia con que yo las oía, me dijo:

—¿No es verdad, don Querubín, que no estáis enfadado conmigo por haberos traído aquí?

Al oír Basilisa el nombre de don Querubín, se puso a mirarme con mucha atención, y me preguntó de qué paraje era de España.

—Señora—la dije—, yo soy natural del reino de León. ¿Por qué me hace usted esa pregunta?

Pareció turbarse ella con mi respuesta, y me replicó de esta manera:

—No sin causa la hago, pues conozco algunas gentes de Salamanca, donde tal vez habréis nacido.

—Allí, no—la respondí—, sino en sus cercanías; esto es, en Mollorido, villa grande, de la que mi padre era alcalde.

—¿Cómo se llamaba?—dijo Basilisa.

—Se llamaba don Roberto de la Ronda.

—¡Ay, hermano!—exclamó ella levantándose para abrazarme—. ¡Querido Querubín! ¡Eres tú! ¿Es posible que la fortuna te restituya hoy a tu hermana Frasquita? Esa misma soy, y con ella estás hablando, habiéndome yo mudado el nombre en el de Basilisa.

La sangre hizo en mí igualmente lo que debía. Fué tanto el gozo que sentí de haber vuelto a hallar a mi hermana, que la estreché entre mis brazos con tal alborozo, que en un rato no pude articular palabra. Enternecida ella de ver el extremo de mi cariño, enmudeció también; de suerte que, desde luego, no pudimos explicarnos sino con lágrimas. Ismenia y don Manuel experimentaron igual ternura a vista del suceso, y llenos de contento nos dieron muchísimos abrazos, en prueba de lo que les interesaba aquel feliz encuentro a los dos.

Después de tantos abrazos, nos sentamos otra vez a la mesa, y volvimos a seguir hablando con la misma alegría que antes.

La conversación no siempre era entre los cuatro, porque de cuando en cuando, Basilisa, a quien en adelante sólo llamaré Frasquita, me hacía en voz baja varias preguntas acerca de nuestra familia, y entretanto don Manuel hablaba del mismo modo con Ismenia. Nos despedimos de ellas ya muy entrada la noche, y mi hermana me dijo:

—Querubín, mañana te espero a comer conmigo sola, pues muero de deseo de saber tus aventuras, y no será menos el tuyo de saber las mías.

Parte segunda

CAPITULO PRIMERO

Va don Querubin de la Ronda a comer con su hermana, y se cuentan lo que les había sucedido después de su separación. Historia y aventuras amorosas de doña Francisca.



UELTO a mi posada, por más que hice por dormir algunas horas, estaban tan agitados mis espíritus, que no pude lograr el conciliar el sueño en toda la noche.

No era poca mi curiosidad de oír contar a mi hermana los sucesos de su vida, aunque yo no ponía la menor duda en que me haría una relación truncada. Por su parte, teniendo igual gana de volverme a ver que yo de hablarla, tampoco pudo sosegar aquella noche; de tal suerte, que habiendo ido a su casa, discurriendo estaría sólo despierta sin haberse levantado, hallé que me esperaba ya vestida en su cuarto.

—Ven, hermano—me dijo—; ven a satisfacer mi curiosidad, que luego contentaré yo la tuya. Dime qué ha sido de tu vida después que dejaste la Universidad de Salamanca.

—Querida hermana—la respondí—, bien pronto te enteraré de todo.

Y dicho esto, la conté punto por punto mis buenas y malas aventuras; y así que acabé mi narración me dió la enhorabuena del actual estado de mi fortuna, y se puso a contarme su historia en estos términos:

Después de la muerte de don Roberto, mi padre, o por mejor decir, del corregidor de Salamanca, tú y César, nuestro hermano, escogisteis cada uno distinta carrera, y yo me quedé con nuestra madre, la cual, no pudiendo darme una buena educación, por no alcanzar los haberes de la casa, tomó tal pesadumbre, que murió de ella. Quiso mi buena fortuna que doña Melancia, mi madrina, y don Baltasar de Favanela, su esposo, luego que lo supieran, fueron por mí a Mollorido, y como no tenían hijos, me llevaron a Salamanca, con intención de criarme

en su casa. Encontré en mi madrina y su marido unos segundos padres, que dándome cada día nuevas señales de cariño, no me daban lugar a que sintiese la desgracia de ser huérfana.

Aunque yo entonces apenas tenía diez años, estaba tan adelantada para mi edad, que me llevé la atención de don Fernando de Gamboa, caballero joven y vecino nuestro. Iba muchas veces a casa con su padre, que era amigo tan estrecho de don Baltasar, que casi siempre estaban juntos. Con el favor de esta intimidad tenía don Fernando la libertad de verme y hablarme cuando quería, y como sólo me llevaba dos o tres años, no discurrían fuese necesario todavía ponerse a escuchar nuestras conversaciones de niños, aunque, a decir verdad, ya merecíamos nos acechasen; y quizá pronto lo hubieran llegado a conocer a no haberme, todo de un golpe, quitado de delante a don Fernando, llevándose su padre apresuradamente a la corte para ponerle en la Guardia española, en donde, con el valimiento de sus amigos, había logrado una bandera.

Dos o tres días estuve muy apesadumbrada de haber perdido a mi amante; pero al fin me consolé como una muchacha grande.

Poco después de que se había ausentado el joven Gamboa, puso en mí los ojos don Baltasar, que aunque ya era hombre de cincuenta y más años, me cobró amor, al cual correspondí yo desde luego, sin conocerlo, admitiendo las caricias que me hacía como señales inocentes del cariño de un padrino, pues así le llamaba. Aquel rancio pecador me hubiera infaliblemente engañado si, por fortuna, mi madrina no hubiese penetrado y frustrado sus intentos, enviándome prontamente a Cartagena, a un colegio, del que era rectora una parienta suya. Habiéndome librado de estos peligrosos escollos, entré en aquel colegio como en un puerto, donde verosíblemente debía estar al abrigo de las flechas de Cupido; pero este Dios, deseoso de aprisionarme, había resuelto perseguirme en todas partes, y creo que no hay asilo en que él no pueda entrar.

La señora rectora, a quien doña Melancia me había recomendado con eficacia, me tomó inclinación; y así, me puso en el número de las pensionistas de que se componía su corte, entre las cuales algunas había de extremada belleza, y todas ellas se esmeraban a porfía en divertirla con sus habilidades. Las que tenían buena voz formaban conciertos con las que sabían tocar algún instrumento, y las que bailaban con gracia contribuían también a divertir a la rectora, la que, rodeada de aquellas lindas doncellas, parecía a Diana en medio de sus ninfas.

Yo miraba con ojos envidiosos el anhelo con que aquellas jóvenes procuraban contentarla, y hubiera querido juntar en mí todas sus gracias para más agradarla. Aunque ya tenía yo algunos principios de baile, y no me faltaba voz, era una ignorante, o a lo menos no era bastante capaz todavía para ayudar a divertir a nuestra rectora, la cual, viendo mi buena voluntad, me buscó dos famosísimos maestros que me enseñasen a cantar y bailar.

Poco trabajo les costó el perfeccionarme en estos dos artes: tanta era mi buena disposición para aprenderlos. En menos de un año me sacaron la mejor cantarina y más diestra bailarina del colegio. Aprendí también a puntear un laúd con delicadeza; de manera que poco a poco me fuí haciendo una persona hábil en todo y admirable. Todas las señoras de Cartagena que concurrían a nuestras diversiones me llenaban de enhorabuena, sin olvidarse de dárselas a la señora rectora de tener en su compañía una muchacha de mérito tan sigular. La misma superiora tenía por honor mis habilidades, porque las consideraba en algún modo como obra suya. Sin embargo, en vez de alabarse en habérmelas hecho aprender, debía más bien vituperarlo; y así fué que en breve tuvo motivo para arrepentirse de ello. Un sobrino suyo, a quien amaba tiernamente, llamado don Gregorio de Clevillente, hizo expresamente un viaje a Cartagena por verla y pasar allí quince días, lo que acostumbraba hacer una vez todos los años. Era este caballero mozo, hermoso y bien plantado. Cenaba todas las noche en el locutorio con su tía y sus pensionistas queridas, una de las cuales tenía yo la dicha de ser. Las más entendidas tenían durante la cena varias conversaciones alegres, y acabada ésta, todas las personas a propósito para formar un concierto se juntaban, y concluía siempre con baile la función.

Desde el primer día noté que, hechizado Clevillente de ver aquellas bellas pensionistas, las miraba indeciso a todas, sin saber a cuál de ellas inclinarse. Si le halagaba la voz melodiosa de la una, la otra le encantaba bailando con muchísima gracia; de manera que con esto se mantenía perplejo. Con todo, ya se resolvió, y enamoró de mi cara, en perjuicio de muchas compañeras más bien parecidas que yo, lo que me dió a entender bastante con sus miradas desde el segundo día; de suerte que ya no miró sino a tu hermana.

Yo fingí no hacer caso, y no correspondí a sus demostraciones; pero no por eso perdió nada el diablo. Inmediatamente que conocí haber conquistado la voluntad de don Gregorio, empecé

a sentir en mí cierta inclinación a él, siendo así que antes le había mirado con indiferencia. ¡Qué gozo para él si hubiese podido leer en mi semblante lo que pasaba en mi corazón! Pero supe disimular de tal manera mi reciente afecto, que no llegó a sospechar nada; antes bien, discurrendo que yo no había hecho ninguna atención a sus miradas, se resolvió a declararme formalmente su pensamiento, y el medio de que se valió para lograr su intento fué de esta suerte:

Hizo confianza de su amor a un criado joven que tenía, el cual era muy diestro, diciéndole después:

—Dime, Brabonel, ¿sabrás tú hacer entregar secretamente un papel a doña Francisca?

—¿Y por qué no?—le respondió Brabonel—. Otras cosas he hecho mucho más dificultosas. He hecho conocimiento con una portera de ese colegio, y puedo asegurarle a usted que conseguiré fácilmente de ella ese corto servicio. No tiene usted más que darme el papel, que lo demás queda a mi cargo.

No sin motivo se preciaba Brabonel de ser uno de los amigos de la portera, pues, con efecto, aquel mismo día me dijo ella, introduciéndome en la mano con disimulo un papel de Clevillente:

—Tomad, hermosa Francisca; leed esa carta, que en ella hallaréis cosa que os servirá de gusto.

Preguntéla lo que era; pero en vez de responderme, se marchó precipitadamente, lo que me hizo entrar en sospecha de que aquella buena portera era algo demasiado oficiosa.

Don Gregorio me expresaba en él su amor con el mayor afecto, estrechándome con las más elocuentes instancias le permitiese hablarme a solas. Yo debía, lo confieso, haber llevado aquel papel a la señora rectora; pero, cabalmente, ni lo hice, ni aun tuve semejante pensamiento, pues una muchacha de trece años no tiene tanta prudencia. Más ufana de haber conquistado un amante que no me disgustaba que enojada de su atrevimiento, tomé el partido de disimular y ver si seguiría en amarme, o por mejor decir, en querer seducirme, pues no era otra su intención. Don Gregorio me dió a entender por otro billete estar resuelto a casarse conmigo; pero que para conseguirlo era necesario robarme, puesto que su tía no consentiría, me decía, en nuestro matrimonio.

Costóle poco trabajo el persuadirme a ello; e imaginando yo que iba en compañía de un esposo, me dejé dócilmente llevar vestida de hombre al alcázar de Clevillente, en donde por espacio de dos meses me obsequió mucho mi robador; pero esto dis-

minuyó en adelante, y por último se resfrió su cariño. Trájele a la memoria la palabra que me había dado de casamiento, y le insté a que me la cumpliese; mas él me pagó con frívolas excusas. Disgustóme esto, y ofendida de su engaño, comencé a mirarle con desprecio; de éste pasé al aborrecimiento, y en este estado, en breve resolví dejar a aquel fementido, lo que ejecuté animosamente. Habiendo ido él un día a caza hacia Alicante, me escapé disfrazada en mi traje de hombre, y tomando el camino de Orihuela llegué a esta ciudad al anochecer. Metíme en una posada, de que era dueña una buena viuda, la cual, juzgando por mi aspecto que yo sería algún hijo de familia que andaba vagando por aquella tierra, me dijo:

—Caballerito mío, ¿qué venís a hacer a Orihuela?

—Vengo—la respondí—a buscar acomodo. En Murcia he estado sirviendo de paje a una señora, y descontento de ella, me he salido de su casa, y es mi ánimo ir de ciudad en ciudad hasta encontrar otra ama o algún señor a quien servir.

—Un buen mozo como vos—me dijo, mezclándose en nuestra conversación la hija de la posadera—no tardará mucho en hallar una buena conveniencia en el pueblo.

Correspondí a este agradable cumplimiento con hacerla una cortesía, y advertí que la misma persona me miraba con suma atención, y además de eso, que su edad podía ser la de veinticinco a treinta años, que era de bastante buen parecer y de muy buen talle; observación que un caballero, puesto en mi lugar, hubiera hecho quizá con más gusto que no yo.

Sintiéndome rendida de haber caminado todo el día, y con deseo de descansar, pedí me diesen un cuarto.

—Juanita—dijo entonces la huéspeda a su hija—, lleva a ese caballerito al cuarto chico, que cae a la huerta, donde hay una buena cama.

Condújome inmediatamente a él la Juanita, y luego que estuvimos allí, me dijo:

—Señor paje, aquí estaréis como un príncipe; cuando algún sujeto de importancia viene a hospedarse a esta posada, éste es el aposento que le damos.

Para representar mejor a un caballero que se ve en igual lance, parecióme del caso mostrarme enamorado y decirle muchos requiebros, lo que hice sin embargo con mucha prudencia, temiendo encender un fuego que yo no podía apagar; pero por más reserva que yo afectase en explicarme, todas las expresiones halagüeñas que profería eran otras tantas flechas que la atravesaban el corazón, y se retiró acelerada del cuarto.

Alegréme muchísimo de que se fuese, y habiéndome acostado, de allí a poco me quedé dormida. Desperté a media noche, y sintiendo pasos en mi estancia pregunté quién era. Inmediatamente oí que respondieron en voz baja y cariñosa:

—Lindo paje que gozáis del descanso que quitáis a los demás, despertad y sabréis la victoria que habéis ganado en inflamar el corazón de Juanita, la cual morirá de pena y no tendrá consuelo si no admitís su voluntad y su mano.

Fingí para entretenerla el manifestarla que estimaba su inclinación, discurriéndome que cumpliría con decirla algunas expresiones afectuosas; pero acercándose a mí, me volvió a instar de tal manera sobre ello, que no me fué posible tenerla engañada más tiempo.

—Querida Juanita—la dije—. ¡Cuánto me pesa el no poder corresponder a vuestro cariño por medio del casamiento! A nadie en este mundo se lo hubiera tenido mayor si el cielo me hubiese hecho nacer hombre en vez de mujer, como vos.

Si las tinieblas de la noche no me hubiesen ocultado su rostro, estoy cierta de que la habría visto mudar de color al oír semejantes palabras. No obstante, tomando, como muchacha de juicio, el partido de reírse de su engaño, se sujetó gustosa a la necesidad.

—A la verdad—exclamó—que soy más dichosa que prudente, y me es preciso confesar que he hecho un disparate. Cuando pienso en la inclinación que os había tomado, me asusto del peligro en que no me he visto.

Viendo yo entonces que Juanita lo tomaba de aquel modo, hice lo mismo, y después de haber hablado sobre aquel lance, nos prometimos una a otra una eterna amistad. Para obligarme a que la contase mis asuntos, me confió los suyos, y su narración no me dejó dudar que no siempre había encontrado mujeres vestidas de hombre. La franqueza de Juanita movió la mía, y así la referí punto por punto que había sido robada, y la conté la causa de haberme separado de mi robador. Alabó el valor que había yo tenido en dejar a aquel indigno y pérfido seductor, y me aconsejó no volviese a disfrazarme, para que, añadiendo sonriéndose, otras muchachas no padeciesen igual engaño.

—Mi intención—la dije—es ponerme a servir a alguna señora distinguida, y tengo con qué comprar ropas de mujer, deshaciéndome de una sortija de un brillante grande que me dió don Gregorio.

—Guardad vuestro diamante—interrumpió Juanita—y dejadme seguir una idea que me ha ocurrido. Una señora rica y

virtuosa vive aquí en Orihuela desde la muerte de su marido, gobernador que fué de Mallorca; ésta me conoce, y aun me atrevo a decir que me estima. Quiero hablarla no más de un instante de vos, y no dudo de que deseará veros.

Dejé hacer a Juanita, la cual al día siguiente me dijo:

—Ya he hablado a la condesa de Santaní, y en atención a los buenos informes que la he dado de vuestra persona, ha manifestado esta señora que tendría gusto en recibirnos. La he contado, lo confieso, vuestra desgracia; perdonadme esta imprudencia; pero con esto os he servido mejor. Esta condesa es la mujer del más buen genio que he conocido en mi vida: una doncella que ha sido engañada es, en su concepto, más digna de lástima que de desprecio; en una palabra, se compadece de vuestra desventura y no imputa vuestra culpa sino al traidor que os la ha hecho cometer. Ya sois, pues, criada de esta señora—continuó la hija de mi huésped—; id desde ahora, que quiere veros vestida de paje, que después os hará poner el vuestro de mujer.

Di gracias a la Juanita del servicio que me había hecho, y tomando las señas de la casa, fui allá inmediatamente.





CAPITULO II

Entra a servir doña Francisca a la condesa de Santañi, quien la recibe con agrado, y conversación que tuvieron. Genio de la condesa. Hereda mil doblones doña Francisca. Sentimiento de la muerte de su ama.

Determinación que toman ella y Damiana.



BIEN te imaginas, hermano — prosiguió mi hermana—, que no pude parecer sin rubor a presencia de una señora que sabía lo que me había pasado. Sucedióme más, pues me turbé; y aunque soy naturalmente bastante atrevida, llegué temblando a la condesa, quien, echando de ver mi agitación, y penetrando la causa:

—Anímate— me dijo, después de haber hecho salir del cuarto a una criada—. Juanita me ha informado de todo, y te tengo lástima. Ya que tu juventud y tu vergüenza y arrepentimiento no pueden excusar tu culpa, me mueven a lo menos a compasión.

Al oír esto me arrojé a los pies de la condesa, y no la respondí de otro modo que derramando un mar de lágrimas, las cuales no pude contener. Mis lloros produjeron un efecto admirable, pues enternecieron a la señora, la cual, alzándome con cariño:

—No te desconsueles, hija mía— me dijo—; es inútil que te aflijas ahora; haz más bien un firme propósito de guardarte siempre en adelante de los hombres. Ninguna desconfianza sobra contra ellos; ahora apenas estás en la primavera de tu vida, y tienes que temer que otros te engañen.

Aquella señora siguió diciéndome otras iguales expresiones para encaminarme a la virtud; y después, deseosa de saber quién era yo y de oírme discurrir, me preguntó acerca de mis padres; y como mi nacimiento no es tan bajo que me avergüen-

ce de decirla, no fingí ser de una familia superior a la mía, y respondí sinceramente a todas sus preguntas. Y, con efecto, por más oscuro que sea nuestro origen, se debe declarar, pues la calidad no da virtudes.

Mostróse bastante contenta de mi comprensión, y después de una larga conversación me habló de esta manera:

—Francisca, me alegro muchísimo de que la fortuna te haya encaminado a mí; te he cobrado inclinación y quiero servirte de madre.

Dila, como era debido, las gracias a una señora tan generosa; y sin perder tiempo en aprovecharme de sus finezas, entré en su casa al otro día, no tanto en clase de criada como de una muchacha a quien amaba la señora y quería tratar con particular cuidado.

Hice estudio desde luego en conocer a fondo a mi ama. ¡Oh y cuán buenas prendas descubrí en ella por este medio! Conocí que era de condición suave, y afable y benigna, y al mismo tiempo entendida, prudente, virtuosa y aun devota, sin aparentar el serlo. Un ama de un genio tan singular no pueden menos de adorar en ella los que la sirven, y, con efecto, la condesa era el ídolo de sus criados. Yo, por mi parte, estaba tan prendada de ella, que me parecía no era capaz de poner bastante cuidado en agradarla. Supe con la maña que tengo obsequiarla, de modo que en pocos días gané su confianza, o a lo menos fui compañera en ella de una antigua doncella de la casa, llamada Damiana, que ya había veinte años que la servía.

Es menester saber que esta señora iba a cumplir nueve lustros, o en otros términos, cuarenta y cinco años. Había tenido fama de ser una beldad cuando moza, y aun todavía era muy hermosa; pero sus atractivos empezaban a ceder al poder del tiempo. Admirada una mañana de oírla suspirar tristemente estando al tocador, y de ver sus ojos bañados de lágrimas, me tomé la licencia de preguntarla respetuosamente si la afligía algún pesar oculto, y no me dió otra respuesta que el despedir un jay! profundo. Instéla a que me declarase la causa de su pena, y mis instancias fueron tan eficaces, que no pudo resistir a ellas.

—Sabe, querida Francisca—me dijo, mirándome con semblante afligido—, sabe que me atormenta un pesar tanto más vivo cuanto me veo obligada a encerrarlo en lo íntimo del corazón.

—No os detengáis, señora—la repliqué, viendo que había cesado de hablar—, y abridme vuestro pecho; no me ocultéis

el motivo de vuestro sentimiento. Ya os acompaño en él sin saberlo, y hallaréis consuelo con manifestármelo.

—No me atrevo a revelártele—respondió mi ama—. Es ridículo mi tormento, y no te lo puedo confiar sin avergonzarme.

—Vos me lo explicaréis, no obstante, mi amada señora—la dije, echándome a sus pies—, pues no puedo vivir si no lo sé. ¿Cómo me lo habéis de callar a mí, que os soy enteramente afectada? Os suplico, pues, no me hagáis un misterio de lo que os aflige. Si no fuese posible aliviaros, a lo menos dejadme que yo me entristezca con vos.

Yo mostré interesarme tanto en la situación en que se hallaba aquella señora, que al fin la hice descubrirme el secreto.

—Hija mía—me dijo—, ya no puedo resistir más a tu cariño y amistad, y así es preciso confesarte mi flaqueza. Has de saber que mi sentimiento nace de ver que mis atractivos se marchitan; veo que se van poco a poco arruinando, a pesar de los auxilios que me presta el arte para conservarlos, y esto me acongoja, qué digo, me sepulta en una melancolía tan grande algunas veces, que temo perder el juicio. Esto te causa admiración—prosiguió, viéndome efectivamente atónita de oírla hablar de aquella manera—; pero ésta es una flaqueza que tengo y que mi razón no sabe vencer.

—Permitidme, señora, os haga presente que no veis lo que creéis ver. ¿Por qué os apesadumbráis tan fácilmente y os figuráis no ser lo que sois siempre? Miraos con mejores ojos, o más bien, fíaos en los míos, los cuales advierten que el tiempo no ha marchitado todavía vuestros atractivos, y que conserváis toda vuestra belleza.

A estas palabras, que suspendieron por un instante su dolor, respondió sonriéndose la condesa:

—¡Qué lisonjera eres! Francisca: mi espejo es más verdadero que tú. Cada día me anuncia éste alguna mutación en mi rostro, y mis ojos no le pueden sacar por embustero.

Después que la condesa de Santañi me hizo esta confianza extraña, no tuvo ya empacho conmigo; y prorrumpiendo libremente en quejas, repetía en el tocador todas las mañanas, delante de mí, la misma comedia. Yo hacía conversación muchas veces de su flaqueza con Damiana, quien no podía menos de reírse.

—Si la señora—me decía—fuese una mujer aficionada a cortejos, no era de extrañar su sentimiento, porque una vieja de esta clase ha contraído un hábito tan agradable de tener quien la quiera, que estará desesperada cuando ya ninguno la diga

nada; pero el ama ha huído siempre de amores, y lo que la hace sentir tanto los ultrajes de los años es el interés de su propia persona; y en verdad que es menester quererse bien a sí misma para envejecer con ese disgusto.

Mi ama no tenía más que este defecto, del cual, por desgracia, no se podía esperar que se corrigiese; antes bien, viéndose cada día, según iba creciendo en edad, de menos buen parecer, al cabo de dos o tres años pensó estaba tan mudada, que no se atrevió más a mirarse al espejo.

—Francisca—me dijo una mañana como con gran pesar—, yo soy una vieja decrépita, espantaré a quien me mire, y ya no puedo presentarme delante de las gentes. Es preciso esconderme en lo interior de un claustro; más quiero estar allí encerrada lo que me queda de vida que mostrar a la vista del público un objeto que da miedo.

Por más que hicimos Damiana y yo para que recobrase el juicio y obligarla a que considerase su cara con más cariño, pues, en efecto, aunque era muy vieja, conservaba restos de belleza, de que una dama presumida de hermosa no se hubiera desdeñado, no pudimos disuadirla de retirarse a un convento. Antes de poner por obra su determinación, me preguntó si iría gustosa con ella.

—Si dudaseis de ello, señora—la dije—, me haríais una grande injusticia. Confieso que el convento por sí mismo no me agrada; pero estando allí vuestra compañía, será para mí una morada gustosa.

Quedó tan pagada de mi respuesta la señora, que me abrazó, diciendo que mi inclinación a ella era todo su consuelo.

Mi ama fué, pues, a sepultarse en un convento, y nosotras, Damiana y yo, nos encerramos también con ella. Hubiéramos podido vivir allí sin fastidio si por espacio de seis meses cabales no nos hubiese sido preciso estar exhortando continuamente a nuestra ama a que llevase con más valor la decadencia de su belleza. Eran en balde nuestros consejos. Por fortuna que el cielo tomó la mano en ello, y aquella señora volvió poco a poco en sí misma y venció insensiblemente su flaqueza. Hubo tal mutación en ella, que la que antes tenía tanto cuidado de su hermosura, nada sintió luego el perderla, y se dejó de su manía.

Dos años solamente fueron los que aquella buena viuda vivió retirada, al cabo de los cuales cayó enferma y murió, habiendo hecho su testamento, en el que no se olvidó de sus criadas. Nos dejó una manda de mil doblones a cada una, para que pudiésemos pasarlo decentemente lo restante de nuestra vida,

sin necesidad de volvernos a poner a servir. Nuestro modo de pensar se halló conforme con corta diferencia con la intención de la condesa, y Damiana me hizo esta propuesta:

—Ya estoy cansada—me dijo—de andar sirviendo, y quiero hacer en el mundo el papel de señora; haz como yo, cariño mío, y no nos separemos. Juntemos nuestros haberes y vámonos a vivir a alguna ciudad grande de España, en donde diciendo que somos mujeres de un nacimiento ilustre haremos de ese modo buenos conocimientos y pasaremos una vida muy gustosa.

Si hubiese sido entonces mayor mi experiencia, me hubiera indignado de oír semejante propuesta, porque, penetrando los designios de Damiana, la habría dejado como a una bribona que tenía gana de perderme; pero pareciéndome cosa inocente lo que me proponía, uní de buena voluntad mi suerte con la suya. Tratamos de lo que habíamos de hacer, y de nuestra conferencia resultó lo que se dirá adelante.





CAPITULO III

A qué ciudad determinaron ir a vivir Francisca y Damiana, y de las aventuras que allí la sucedieron. Llevan robada a doña Francisca, y resultas de aquel robo.

PARA morada nuestra escogimos la ciudad de Sevilla, pues, según decía Damiana, la Andalucía era el país más divertido de toda España. Determinamos pasar allá por mar, después que nos hubiesen pagado las mandas que nuestra ama la condesa nos había dejado.

Con efecto, así que las cobramos pasamos a embarcarnos a Cartagena en un navío de Málaga que se volvía. Incomodónos un poco el mar; pero como tuvimos siempre el viento favorable, llegamos en breve al puerto; y después de habernos detenido algunos días en la ciudad, resolvimos concluir nuestro viaje por tierra para Sevilla, yendo con unos arrieros, y tuvimos la fortuna de que en el camino no nos aconteciese el más leve contratiempo de cuantos teníamos que temer.

Tomamos casa junto a la lonja, hicimosla alhajar decentemente, y recibimos una cocinera y un lacayo, que, como no nos conocían, no podían decir quiénes éramos.

—Tía—la dije yo a Damiana, porque habíamos compuesto entre las dos que yo pasaría por sobrina suya—, me parece que es demasiado porte el nuestro. ¿Podremos acaso representar siempre el papel que queréis que hagamos?

—Calla, sobrina—me respondió—, y no te dé eso pena; deja a mi cuidado todo el gasto y verás cómo no tenemos necesidad de disminuir el número de criados; antes sí, podremos aumentarlo en adelante.

La buena de mi tía llevaba en este modo de explicarse sus miras, las cuales se proponía efectuar sin darme noticias de ellas. Lisonjeábase de que haríamos conocimientos útiles en una ciudad adonde arriban las flotas y galeones de las Indias Oc-

cidentales cargados de pesos duros, de tejos de oro y barras de plata; contaba con que yo encendería el corazón de algún negociante rico, y que no dejaríamos de enriquecernos con sus despojos. Sobre esta bella esperanza fundaba la duración de nuestra brillante suerte.

Damiana, como ves, creía tener una gran finca en mi grajeo y en mi docilidad, y el tiempo descubrió que no se engañaba. Estando una vez un mejicano en la Iglesia de San Salvador, adonde yo iba todos los días a oír misa, se quedó suspenso de ver la lindeza de mi talle, y mucho más un par de ojos negros grandes que yo volvía hacia él de cuando en cuando como por casualidad, y él con sus miradas me manifestó que le había enamorado. Aunque no lo hubiese yo advertido, no se la hubiera escapado a mi tía, que estaba en acecho y todo lo notaba. Ambas a dos, pues, reparamos en ello, y juzgamos que aquel galán del Nuevo Mundo haría dentro de poco por introducirse en nuestra casa.

No salió falso nuestro pronóstico. Escribió a mi tía, suplicándola el favor de hablarla, lo cual ella le concedió. Fué a casa, y entre ellos pasó una larga conversación, en la que, después de haberla declarado que me amaba, la propuso se casaría conmigo y me llevaría a Méjico, donde era dueño, decía, de un caudal inmenso. Damiana le contestó diciendo me noticiaría el honor que quería hacerme, y que de allí a tres días le volvería de mi parte una respuesta positiva.

Habiéndome informado mi tía de esta conversación, me preguntó si tenía curiosidad de ver el país de Moctezuma.

—No por cierto—la respondí—; para consentir en ese viaje era necesario que mirase a mi nuevo amante con los mismos ojos con que miraba a don Gregorio, de lo que estoy muy lejos; y antes bien, he cobrado aversión al tal indiano sin saber por qué: hallo en él un aire de cara tenebroso, digámoslo así, que se me resiste.

—Pues no hablemos más sobre el asunto—replicó Damiana—; tampoco yo tengo gana de ir a Indias; y así, cuando nuestro mejicano venga a saber la respuesta prometida, le daré su licencia.

Lo hizo como lo dijo, manifestándole que nuestras voluntades no se conformaban con las suyas, y le suplicó no volviese a poner más los pies en casa. No mostró mucho sentimiento al oír este cumplido; y según el modo con que se retiró, parecía le daba poca pesadumbre el ver negada su pretensión; pero las dos nos engañábamos. Sentido otro tanto más cuanto menos

lo daba a entender, en vez de pensar en olvidarme, se puso a discurrir el modo de poseerme contra mi voluntad, y para conseguirlo se valió de igual medio que Rómulo: esto es, determino robarme; y ahora diré el éxito que tuvo su intento.

Una tarde, después de habernos paseado Damiana y yo en la Huerta del Rey, junto a la cual vivíamos, nos retirábamos a casa, cuando me sentí asida por tres hombres, cuya intención era llevarme en un coche. Los gritos que dimos mi tía y yo antes que pudiesen dar el golpe fueron causa de que lo errasen. Dió la casualidad de hallarse allí dos caballeritos, los cuales, viendo aquella violencia, no se detuvieron en tomar mi defensa, y sacando las espadas, acometieron denodadamente a los robadores, que perdiendo la esperanza de conservar la presa, la soltaron y echaron a huir.

Mis libertadores no hicieron las cosas a medias, pues me fueron acompañando a casa, donde Damiana y yo les dimos las debidas gracias y los convidamos a cenar también, lo que admitieron de muy buena gana. Durante la cena no se habló de otra cosa que del lance que acababa de sucederme, y uno de ellos me preguntó si sabía quién era el autor de aquel atentado. Yo respondí que me recelaba hubiese sido un mejicano, por vengarse de no haber querido casarme con él.

—No digáis más—dijo el otro caballero—; antes de tres días estaremos plenamente informados de todo. Mi padre, don Iñigo de Mayrena, es juez de esta ciudad, y todas las mañanas van a casa alguaciles; a uno de ellos le encargaré me dé noticias del caso. No basta—añadió—el haber desbaratado esta empresa, sino que es necesario castigar al temerario que la ha intentado. A ello me obligo yo, y eso déjenlo ustedes a mi cuidado.

Pronunció estas palabras con la expresión de una persona cuya voluntad empieza ya a prendarse, y su compañero no mostró menos actividad en tomar a su cargo mi venganza.

El caballero hijo del juez se llamaba don José, y el otro, don Félix de Mendoza. Ambos parecían despejados y gastaban buen porte; yo aguardaba a cada instante que iban a declararme sin rebozo y de mano armada su amor. Sin embargo, aquella noche se contentaron con estarme mirando; pero con tal semblante, que llegué a persuadirme de que un tiro había herido el corazón de los dos. Retiráronse a su casa, asegurándonos de nuevo que le harían al mejicano darnos satisfacción de su osadía.

Después de idos, la dije a Damiana:

—¿Qué os parecen esos caballeritos? Yo me temo que me han de querer hacer pagar bien caro el servicio que me han hecho.



—Lo mismo recelo yo—me respondió Damiana—; o yo no lo entiendo, o así uno como otro están embelesados de ti. No querrán suspirar por una ingrata, y ya ves que esto nos embaraza.

—Podemos engañarnos, querida—dije yo—, y quizá nos asustamos sin tener por qué.

Al día siguiente no supimos nada de mis libertadores, porque estuvieron ocupados en buscar al indiano, de quien deseaban tener noticias que darme; pero al segundo día volvió a mi casa el hijo del juez, y me dijo:

—Señora, ya quedáis vengada; el atrevido que quiso robaros se halla a la hora de ésta en la cárcel, como también los tres malvados que tuvieron la osadía de poner en vos las manos. Se les va a formar causa, y pronto veréis el celo con que os he servido.

Yo le respondí que estimaba con el mayor agradecimiento el favor que me había hecho, y que deseaba se presentase ocasión de manifestárselo.

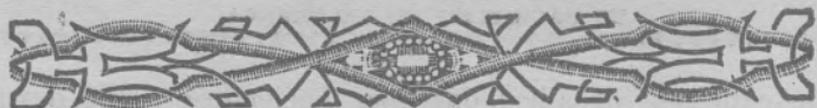
—Ya se ha presentado ésta—me replicó—, y así, corresponded al afecto que os he cobrado, y de esta suerte me pagaréis con demasía todo cuanto yo he hecho por vos.

Estas palabras no fueron más que principios de una infinidad de otras que me dijo, acompañándolas con las más vivas muestras de ternura. Apenas se marchó cuando don Félix, su compañero, vino a ocupar su lugar y decirme las mismas cosas. Según decía, no había hombre más apasionado de mí. Sólo quería vivir para adorarme, y dedicar todo su tiempo en servirme. Es preciso añadir a esto que don Félix se explicaba con más persuasiva, y era además mejor mozo que don José; con todo, no causó en mí mayor impresión que éste, por lo muy difícil de persuadir que yo me había hecho.

Aunque yo no hubiese dado esperanza alguna a aquellos dos caballeros, sin embargo los recibía con agasajo, no permitiéndome proceder de otra suerte la obligación que les debía. Estos rivales empezaron a disputar entre sí mi voluntad, obsequiándome con anhelo, sin que por eso se notase alteración en su amistad; pero poco a poco se fué resfriando ésta, y, por último, los celos suscitaron entre ellos un odio que vino a parar en un desafío, en el cual quedó muerto don José y herido peligrosamente don Félix. Enterado de la causa de esta pendencia el señor juez, mandó prender a la tía y a la sobrina, y en los primeros impulsos de su ira las hizo encerrar en la casa de las mujeres penitentes, como dos bribonas aventureras.

Sin embargo, de allí a dos días, haciéndose cargo de que todo mi delito consistía en haber parecido bien a aquellos dos caballeros, pudo más con él su equidad que su enfado, y así nos mandó soltar de la prisión, con orden de salir cuanto antes de Sevilla. Nos hubiéramos consolado de esto si cuando estuvimos fuera hubiésemos encontrado en casa los bienes que teníamos; pero nuestros dos criados los habían robado y cargado con ellos, de manera que no nos quedaban más que unos sesenta doblones y el diamante de mi sortija, con lo cual nos pusimos en camino para Córdoba con un arriero, siguiendo a lo largo la orilla del río Guadalquivir.





CAPITULO IV

De los nuevos apasionados que tuvo en Córdoba. Es infiel a su primer amante por irse a Granada con un criado fingido de un comendador.



o pudiendo hacer en Córdoba sino una figura muy mediana, por ser tan cortas como eran nuestras facultades, tomamos un cuarto en una posada y empezamos a vivir con circunspección. Salíamos por la mañana a oír misa, y pasábamos lo demás del día en casa, sin buscar el hacer conocimientos. Damiana se imaginaba que una vida tan retirada se haría notable y nos agenciaría alguna visita de provecho, como con efecto el suceso siguiente verificó su conjetura.

Fué un día a vernos una vieja, decentemente vestida, llamada la señora Camila, y nos dijo:

—Señoras, dadme vuestra licencia para que una vecina que al ver vuestro aire juzga que sois personas de mucho modo venga a manifestaros el deseo que liene de entablar con vos un tratito de amistad.

Nosotras la respondimos cortésmente que la agradecíamos su honra y el gusto que en esto nos daba. Hablamos después sobre las costumbres de Córdoba.

—No hay ciudad en el mundo—nos dijo aquella señora—donde el obsequio a las damas esté más más introducido. Aun los viejos dan en eso, y además son galantes y generosos con exceso.

Y acerca de esto nos contó varias historias de muchachas forasteras que habían hecho allí fortuna, lo que nosotras estuvimos escuchando con atención, por donde vino a conocer bastante que sus relaciones nos agradaban. Pero si ella echó de ver que picábamos en el anzuelo, nosotras por nuestra parte advertimos que la vecina tenía toda la traza de andar uniendo voluntades.

No era errado nuestro juicio, porque ello era que andaba haciendo casamientos clandestinos; y principalmente sabía unir a barbones con niñas de menor edad, y a viudas ya rancias con hombres mozos. Su fuerte era ese. En la segunda visita que nos hizo nos ofreció su habilidad y servicios, diciendo a mi tía a solas que tenía en la mano un partido muy ventajoso para mí.

—Es—añadió—el comendador de Monterreal, de la Casa de Fonseca. Verdad es que no es joven; pero quitado eso, no hay señor más amable; a lo menos, no hay ninguno que sepa querer mejor que él. Os puedo decir además que es un sujeto espléndido y tiene grandes rentas, pues, sin contar sus demás bienes, la encomienda le vale diez mil ducados al año.

Esta franqueza de corazón no la disgustó a mi tía, quien, no queriendo otra cosa más que ayudar a desplumar un pájaro de tan rica pluma, se acomodó sin detención a las ideas de la señora Camila, y estas dos buenas piezas se encargaron, la una de alabar mis gracias al comendador, y la otra de prepararme a que le pusiese buena cara.

La primera vez que vi a este caballero anciano fué en la iglesia, donde estaba yo con Damiana; la cual, mirando con muchísima atención a todos los caballeros que junto a nosotras estaban, atisbó a uno que juzgó ser el comendador. Hízomelo advertir, y a mí me pareció, como a ella, que era él en el cuidado que ponía de darme ciertas miradas afectuosas, de las que no se me escapaba ninguna, aunque yo hacía estudio de evitarlas todas. Estuve examinando con disimulo a este amante, que habiéndose vestido galanamente, me pareció todavía mozo, bien que ya pasaba de sesenta años.

—¿Qué te parece nuestro comendador?—me dijo mi tía cuando estuvimos en casa—. A mí no se me figura tan viejo que no merezca llevarse la atención de una dama; y sobre tener buen personal, es aseado, lo que puede suplir por la juventud. ¿Qué dices a eso, hermosa Francisca? ¿No le contemplas digno de alguna complacencia?

—Por cierto que sí—la respondí yo—; me parece que todavía puede pasar; pero no sabemos si el sujeto de que hablamos es el comendador de Monterreal.

—Pronto saldremos de la duda—replicó mi tía—. La vieja, nuestra vecina, vendrá hoy a vernos y nos dirá si nos hemos engañado.

Con efecto, aquel mismo día vino a visitarnos la señora Camila, y nos dijo que el comendador consabido nos había visto

en la iglesia, y por las señas que nos dió de él vinimos en conocimiento de que habíamos acertado.

—Este señor—añadió—está muy apasionado de doña Francisca. Me ha hecho grandes elogios de ella, expresándome que tenía un aire señor, un porte majestuoso, y que si a esto correspondía la hermosura de su cara, era mujer a quien amaría toda su vida, y en seguida me ha hecho las más vivas instancias para que le proporcionase la satisfacción de tener un ratito de conversación con ella, lo que le he ofrecido, y esta noche os le he de traer aquí.

Imaginándose Damiana al oír estas últimas palabras que era ya dueña de las rentas de la Encomienda de Monterreal, no pudo contenerse en mostrar su gozo, y para no callarte nada, a mí me sucedió lo mismo, lo que se me podía tanto más perdonar cuanto empezábamos ya a vernos cerca del estado de la miseria: y oyendo yo continuamente las exhortaciones de mi tía postiza para que sacase yo provecho de mis atractivos, tuve por preciso el dar oídos al comendador.

Púseme, pues, petimetra para recibir su visita. Pasé en el tocador algunas horas consultando con el espejo, y mucho más con Damiana, la cual me decía, habiendo sido en otro tiempo cortejada, que había descubierto en mi cara ciertos aires vendedores de corazones. Pero puedo asegurarte que todo mi cuidado era enteramente inútil, pues para hacer la conquista que yo meditaba no necesitaba más que presentarme cual yo naturalmente era, pues mis pocos años bastaban para inflamar a un hombre del carácter de aquel señor anciano. Luego que me vió sin manto, creyó ver el cielo abierto, y manifestó una extrema admiración. Parecía que nunca había visto cosa más hermosa.

—¡Ah, Camila!—exclamó como con entusiasmo hablando con su introductora—. No me habéis añadido nada. ¡Qué digo! Me habéis disminuído las gracias de la incomparable doña Francisca, muy lejos de habérmelas exagerado. ¡Qué amable! No hay dicha igual a la de lograr su corazón.

Como yo tenía ya cansados los oídos de oír requiebros, escuché con serenidad al señor comendador, quien, haciéndose bien cargo de que era menester hablar en otro lenguaje más persuasivo para conseguir su intento, prosiguió en estos términos, dirigidos a Damiana:

—Señora, yo imploro vuestra protección; usar, os suplico, del poder que tenéis en vuestra sobrina para que permita mis

obsequios. Mi ánimo es quererla y mudar el estado de su fortuna, el cual no me parece conveniente a lo que se merece.

Aquí se detuvo, esperando mi respuesta; pero yo dejé a mi tía que respondiese por mí. No me contenté sólo con guardar silencio, sino que me fingí avergonzada y confusa, lo que no hizo mal efecto. Damiana fué la que tomó la palabra, y se portó como mujer de entendimiento. Al tiempo de dar gracias al comendador del buen afecto que me manifestaba, le expresó que yo lo merecía. Le alabó mi crianza, mis habilidades, y le refirió una novela tan bella del juicio con que yo siempre había vivido, que el viejo me miró como el mejor conocimiento que pudiera jamás haber hecho.

Para entablarlo bajo de un venturoso auspicio, nos hizo dejar nuestra posada e ir a ocupar una casa que tomó e hizo amueblar en forma. Recibió criados que nos sirviesen y se encargó de hacer el gasto. Nos llenó además de regalos; de manera que en breve nos vimos sobre un buen pie. Puedes hacerte cargo que yo no pagué con ingratitud un modo de portarse tan galante y generoso; pero no adivinarás cuál fué mi agradecimiento.

Desde la primera conversación que tuvimos conocí cómo me había de manejar con él.

—Hermosa doña Francisca—me dijo—, no ignoro que en un hombre de mi edad sería locura pensar inspiraros amor. Yo me hago justicia; y así, no espero de vos más que una mera estimación y afecto. No obstante, permitidme os diga que es tal la pasión que os tengo, que moriría de celos si viese querfais a otro. Yo os abro mi pecho—añadió—, y quizá el vuestro se irritará al oír el sacrificio que voy a pedir, y que podrá pareceros una tiranía.

—¿Pues qué sacrificio es ese?—le dije—. Es preciso que sea un imposible para que yo no os lo conceda; decidme sin temor cuál es.

—No es otro—respondió el comendador—que el que no penséis sino en mí, y que para acomodaros a mi delicadeza no deis oídos a ninguno. ¿Os sentís capaz de hacer un favor tan grande a quien no tiene sino un tierno afecto para merecerlo?

Yo fingí reírme al oírle hablar de aquella manera, aunque en la realidad lo que aquel señor viejo me pedía no fuese cosa de mi gusto; y después, poniéndome circunspecta:

—Señor comendador—le dije—, ¿es ese el esfuerzo penoso que esperaréis de mi gratitud en pago de los favores que me hacéis? ¡Ah! Contad con que me costará poco trabajo el sacrifica-

ros cuantos hombres hay en el mundo, pues tanta es la indiferencia con que los miro.

Mi viejo pensó morir de alegría de oírme, y cogiéndome gozoso la mano me dijo que yo había nacido para hacerle dichoso.

Prometíle, pues, no escuchar a nadie más que a él, y esta oferta se la hice sinceramente. Determiné cumplirle la palabra en cuanto me fuese posible; y prueba de lo que digo es que desde aquella singular conversación me dediqué a no darle ningún motivo de recelo. Si estaba en paseo, en vez de emplearme en mirar a los caballeros, ponía mucho cuidado en taparme el rostro, de suerte que eran en vano sus miradas. Si el amo de la casa llevaba a comer consigo algunos amigos, lo que sucedía algunas veces, lejos de provocarlos con miradas graciosas, desviaba de ellos la vista con un cuidado de que se pagaba mucho el comendador y estaba cierta de recibir de él algún buen regalo.

Poco era, pues, lo que me costaba el hacer feliz a mi viejo, quien, por su parte, nada omitía para que yo lo fuese enteramente; pero el amor vino a turbar nuestra inocente amistad. Al comendador le dió la gana de recibir por lacayo a un mozo de bella estatura, llamado Pompeyo, a quien hizo en breve el criado favorito. Era bien proporcionado y tenía toda la traza de ser hijo de padres decentes. Su entendimiento correspondía a su buen parecer, y la elegancia con que se explicaba daba a entender le habían dado buena crianza. Todas las mañanas iba a llevarme un papel de parte de su amo, y las más veces me entretenía yo en hablar con él. Al principio no advertí que gustaba de mi conversación, aunque en mí sola consistía el echarlo de ver, pues siempre que el señor Pompeyo me hablaba me miraba con un semblante tan afectuoso, que no era culpa suya si yo no lo notaba. No obstante, abrí al fin los ojos y vi lo que yo había hecho.

Aquí interrumpí a Francisca, exclamando: «¡Santos cielos! ¿Qué vas a decirme, hermana? ¿Pues qué, pudo aquel lacayo llevarse tu atención?» Llegué a estar loca por él—me respondió—, y loca de atar. Sin embargo, hermano—prosiguió—, suspende la reprensión que esta confusión mía parece te da derecho a darme, y escúchame hasta el fin.

Así que conocí el estado de mi corazón, me avergoncé de haberme prendado de un criado, aunque yo había oído decir que mujeres de mejor nacimiento que el mío no se desdeñaban algunas veces de abrasarse en igual fuego. Apellidé en mi auxilio mi altivez, y con ánimo de ahogar en su principio un indig-

no amor, no volví a dar conversación a Pompeyo. Recibía con frialdad de su mano las cartas que me llevaba, sin decirle una palabra, y aun me privaba del gusto de mirarle a la cara.

El pobre mozo se apesadumbró mucho de ver en mí esta mudanza, cuya causa no penetraba. Creyó que yo habría leído en sus ojos su temeridad; que estaba indignada de ella, y que por castigarle había dejado de hablarle. Fué tanto el pesar que tomó, que me dió lástima, y volví a tener conversación con él. Más hice, pues le moví a que me descubriese su corazón, o a lo menos yo me lo imaginé así.

—Pompeyo—le dije un día—, ¿me queréis?

Esta pregunta, que él no esperaba, le turbó; y para darle lugar de que se serenase, proseguí de esta suerte:

—Si me queréis, pienso me confiaréis un secreto que yo os doy palabra de callar. Yo sospecho que no sois el que me parecéis, pues vuestros buenos modales os descubren. Confesad que sois un sujeto distinguido y que meditáis algún designio que no podéis ejecutar sino disfrazándoos de lacayo.

Se quedó tan suspenso Pompeyo de oírme, que estuvo un rato sin hablar.

—Vuestra turbación y silencio—le dije entonces—me hacen ver que os he conocido. Reveládmelo todo y contad con que os guardaré el secreto.

—Señora—me respondió Pompeyo, algo recobrado de su turbación—, si queréis absolutamente que yo satisfaga vuestro deseo, os obedeceré; pero os advierto que así que acabe de contentarlo os enfadaréis conmigo.

—No importa—le repliqué acelerada—; hablad, pues callando no hacéis más que aumentar mi curiosidad.

Entonces el lacayo del comendador, puesta una rodilla en tierra delante de mí, como un príncipe de comedia delante de su princesa, me dijo en tono teatral:

—Pues bien, señora, pues bien; voy a descubrirme, una vez que lo mandáis. Es cierto que no soy un desdichado a quien la pobreza ha reducido a servir, sino un hombre ilustre encubierto. Me llamó don Pompeyo de la Cueva, que al pasar por esta ciudad, donde nadie me conoce, hizo la casualidad que os viese, y me dejasteis hechizado. Supe que el comendador os amaba, y no pudiendo yo persuadirme a que vos le quisieseis, intenté agradaros, animado más de sus muchos años que de presunción de mi persona. Tuve maña para que me recibiese por criado, y con semejante ardid me he introducido en vuestra casa. Sí, divina Francisca. El amor—prosiguió con voz afectuosa—

es el que me ha inspirado esta estratagemata para declararos mi pasión. Si no os dais por ofendida de ella, no habrá dicha que iguale a la mía; pero si por guardar demasiada fidelidad a mi competidor no queréis escuchar a otro ninguno, aunque es grande el fuego en que siento abrasarme por vos, voy a ausentarme de Córdoba para siempre.

Si mi corazón no hubiese estado ya dispuesto en favor de aquel caballero joven, me hubiera recelado de sus palabras y del aire persuasivo con que las sazónaba, y acordado de que don Gregorio de Clevillente me había hablado del mismo modo; pero como yo estaba aficionada a don Pompeyo de la Cueva, no dudé un punto de que procedía sencillamente. Adelanté todavía el asunto, pues además de la flaqueza de creerle, tuve la de confesarle que me era grato su cariño.

Fué extrema la alegría que mostró, luego que supo la victoria que había conseguido, y no fué menor la mía de verle tan contento. De esta manera es como le cumplí a mi comendador la promesa que le había hecho de no enamorarme de otro. Mas ¿cómo se han de guardar semejantes palabras a un señor viejo? Esto es cuanto se puede hacer por los galanes más jóvenes y más perfectos. Con todo eso, diré en elogio mío que no dejé de sentir remordimiento de faltarle a la fidelidad que le había prometido. Tuve compasión de él e hice lo que una bribona viéndose en mi lugar no hubiera hecho, que fué dejarle, porque tuve escrupulo de continuar en admitir sus dádivas y tener dos suspirantes a un tiempo.

Mi tía, que no era tan escrupulosa como yo, me aconsejaba, viendo que el comendador era un parroquiano de más provecho que el lacayo, que prefiriese al primero, o a lo menos estuviese bien con los dos: con el uno por la utilidad, y con el otro por el agrado; cosa que no hubiera carecido de ejemplo; pero yo quise más seguir los consejos del amor que no los suyos y marcharme con don Pompeyo, quien me instaba a cumplirle el deseo que tenía de llevarme a Granada, donde nos esperaba una suerte llena de delicias. Dejé, pues, allí a mi viejo enamorado, como también a mi fingida tía, a quien abandoné todos nuestros efectos, para que se consolase de nuestra separación y rodase hasta tener otra sobrina; y no llevando conmigo sino mi juventud y mis atractivos, salí de secreto de Córdoba una mañana con don Pompeyo, y el día siguiente llegamos a Granada.



CAPITULO V

Qué sujeto era don Pompeyo. De la sincera declaración y de la propuesta que hizo a doña Francisca después de casado con ella, la cual se consuela fácilmente del engaño de su marido y consiente en lo que le propone.



no tuve necesidad de instar a don Pompeyo a que nos casásemos, pues estaba tan impaciente por que se verificase, que luego que estuvo en Granada no se ocupó más que en hacer las diligencias para ello. Casámonos, en fin, y al otro día de la boda tuvimos una graciosa conversación.

—Querida Francisca—me dijo, abrazándome cariñosamente—, ya estamos unidos los dos con los dulces lazos del matrimonio. Ahora es, chusca mía, cuando nos hemos de hablar sin rebozo. Sólo los amantes tienen licencia de mentir; pero los maridos es preciso que sean sinceros. Voy a mudar de estilo y a no disimular nada. Cuando en Córdoba te conté que era un lacayo fingido, y que el amor me había dictado semejante ardid para introducirme en tu casa, te dije la verdad; pero cuando tomé el nombre de don Pompeyo de la Cueva, te confieso que te engañé y que me condecoré con este ilustre apellido para hacer más disculpable mi temeridad. Sin embargo, si no soy de sangre noble, tampoco desciendo de gente baja. Me llamo Bartolomé Mortero, y mi padre fué un venerable boticario de la insigne ciudad de Zaragoza. Este es, reina mía, un ligero chasco que te he dado, el cual debe bien perdonarme la hija de un alcalde de lugar.

—Te lo perdono gustosa—le dije yo sonriéndome—. La casualidad no siempre iguala tan bien a los esposos; pero dime, ¿ejerces la farmacia?

—Al principio me empleé en ella—me respondió—; hice varios cocimientos, lo que me disgustó del ejercicio. Conocí haber nacido para cosas más altas. Me he hecho príncipe; unas

veces soy un héroe moro, y otras un rey cristiano. Por aquí vendrás en conocimiento que soy comedianté; hago el papel de primer galán, y este es mi empleo.

—Muchísimo dudo—le repliqué—que las rentas de tus monarquías sean crecidas.

—Es verdad—me respondió—que son algo cortas, a menos que nuestras comedias nuevas, buenas o malas, deslumbrando al público, nos procuren grandes entradas dos meses seguidos, lo que, te digo la verdad, es cosa muy casual. En cuanto a nuestras princesas—prosiguió—, tienen mucha más fortuna que nosotros. Que el teatro las valga o deje de valerlas, viven siempre cómodamente y con abundancia: es preciso ver su dicha para creerlo. Los señores de todas las ciudades por donde pasamos se desviven por ellas. Por ejemplo, las cómicas de la compañía que está representando ahora en esta capital del reino de Granada tienen todas con qué mantenerse perfectamente, desde la más bonita hasta la más fea. Parece que las mujeres de teatro tienen algún secreto para agradar a los hombres distinguidos por su nacimiento o por sus riquezas.

Después de haberme alabado de esta suerte mi marido la vida afortunada de las comediantas de Granada, me propuso entrarse en su número, diciéndome:

—Francisca, créeme, abraza mi ejercicio. Siendo, como eres, moza y bien parecida, no te servirá sino de diversión.

—Tú te estás burlando de mí—le respondí—; es menester habilidad para el teatro, y yo no la tengo.

—Te sobra—me dijo—; yo me acuerdo de haberte oído cantar varias veces algunos romances delante del comendador, y no menos me embelasaba a mí que a él la dulzura y fuerza de tu voz. No hay canario que cante más lindamente que tú.

—¿Es creíble—exclamé riéndome—que mi voz hiciese en ti tanta impresión? ¿Pues qué dirías si me hubieras visto bailar? Me persuado que te habrían gustado más mis pasos que mi cantar.

—¿De veras?—me dijo con admiración—. Pues, reina mía, vaya, hazme el gusto de bailar un poco para ver cómo te portas.

Púseme inmediatamente, por contentarle, a bailar una zarabanda, lo que ejecuté de modo que le dejé suspenso.

—¡Mujer de mi vida!—exclamó en la fuga de su regocijo—. ¡Qué tesoro tengo en una esposa que posee dos habilidades que se pueden llamar hoy en el día dos minas de oro y de diamantes! No dilatemos el aprovecharnos de ellas. Desde mañana haré que se junten los cómicos, y te presentaré a ellos como una per-

sona capaz de enriquecer a la compañía. Por lo que a mí toca—añadió—, basta que me vean estos señores para que me reciban por compañero. Conocen de reputación a Bartolomé Mortero, y se alegrarán de tenerme por compañero. Cuando pasé por Córdoba, en donde me detuvo tu belleza, volvía de Sevilla, en cuyo teatro he lucido tres años y estaría luciendo todavía si no me hubiese visto obligado a desaparecer de allí prontamente por la noticia que me dieron de que mis acreedores perdían la paciencia.

Finalmente, mi marido me pintó tantas ventajas, comodidades y placeres en la vida cómica, y me hizo tantas instancias para que abrazase el ejercicio del teatro, que por último lo consiguió.





CAPITULO VI

Entra doña Francisca en la compañía de los cómicos de Granada. Cómo le pareció al público. De los muchos señores que se prendaron de su habilidad y gracias. Su marido la busca al conde de Piedrallana para que la corteje, y ella, por obedecer a su esposo, admite sus visitas.



UNQUE mi marido me había animado algo con los exagerados elogios que de mí había hecho, sin embargo me presenté al día siguiente temblando delante de la compañía de cómicos, en que no faltaba ninguno, porque todos tenían curiosidad de verme. Las mujeres, entre quienes había algunas bastante lindas, me miraron con una atención crítica, por decirlo así, y hallaron en mí más faltas de las que tenía, y a los hombres les parecí más bonita de lo que yo era realmente.

Hicímonos unos a otros mil cumplidos, y no hubo tasa en los abrazos, como si todos hubiésemos sido los mayores amigos del mundo. Tratóse después del partido que me habían de dar.

—Señores—dijo entonces mi marido—, mi mujer canta y baila que es un pasmo. Creo que con dos habilidades como éstas no será la menos útil de la compañía. En cuanto a representar, no está aún formada; pero además de la buena disposición que conozco tiene para llegar a hacer bien los papeles de amor, su maestro será Bartolomé Mortero, que os da su palabra de sacar de ella en seis meses una excelente cómica.

Todos fueron de parecer que si yo era cual aseguraba Bartolomé, les sería de mucho auxilio, pues tenían una infinidad de comedias y entremeses divertidos que no podían representar por no tener entre las mujeres quien cantase y quien bailase. Hiciéronme en seguida cantar, y al acabar me aplaudieron todos a cual más pudo.

—Eso no es nada, señores—exclamó mi marido, regocijado

de ver alabar mi voz—; ahora veréis que mi mujer sabe aún mejor encantar los ojos que los oídos.

Con efecto, después de haber bailado, la compañía me honró con un palmoteo general, y me hicieron cumplimientos excesivos. «Así es como se debe bailar», decía uno. «Eso se llama hacer bien los pasos», decía otro. «Tiene mucho señorío y naturalidad.» «¡Ah, picaronazo!—le dijo en voz baja a mi marido otro comediante—. ¿Adónde has ido a pescar una mujer semejante? ¡Oué lluvia de pesos va a caer en tu casa!» En una palabra, cada uno manifestó que la compañía había hecho una buena adquisición conmigo, y quedé recibida con consentimiento unánime, como también admitieron a Bartolomé, quien, sin disputa alguna, era un representante muy bueno.

Desde entonces no pensamos sino en disponeros para salir a las tablas, lo que no dejaba de sernos embarazoso, por hallarnos sin ajuar, sin vestidos y sin ropa blanca, y aun estábamos tan mal de dinero, que apenas teníamos con qué pagar el cuarto de la posada. Mucho trabajo, pues, nos hubiera costado el poder presentarnos por la primera vez en aquella escena si no hubiese yo tenido la sortija de un diamante que me regaló don Gregorio; pero, por fortuna, la guardaba conmigo. Vendímosla, y el dinero que sacamos se lo dimos a cuenta a los artesanos, que nos hicieron a cada uno un vestido de teatro, igualmente rico que airoso.

Habiendo llegado, en fin, el día de nuestra salida, los cómicos, que están siempre prontos para coger la ocasión de tener mayor entrada, no dejaron escapar ésta: y así, pusieron un cartel anunciándonos en él con elogio al público, diciendo que dos sin iguales personas, recién llegadas a Granada, harían papel en el *Fénix de Alemania*, comedia de don Juan de Matos Fragoso, que tiempo había no se representaba. El público, que en todas partes ama la novedad, acudió en tropel a la casa de comedias, y salió muy contento de mi marido, que hizo el papel de Ricardo: y yo, que hacía el de una cantora en la primera jornada, así que empecé a cantar resonó el teatro con el ruido de los aplausos de todo el concurso. Más aplaudida fui en la tercera jornada, en cuyo fin tuve que bailar. ¡Cuánto me palmotearon! Aquello fué una locura; no puedo decirte hasta qué punto agradé a los espectadores, quienes estuvieron una hora cabal, después de acabada la comedia, hablando de mi habilidad. Unos decían que cantaba mejor que bailaba: otros pensaban lo contrario; pero de lo que todos se admiraban era de ver unidas en mí dos habilidades que tan rara vez se encuentran

juntas. Hubo también varios a quienes suspendió mi juventud y mi palmito; y de éstos, algunos quisieron dedicarse a obsesarme.

La segunda vez que representamos la misma función acudió también muchísima gente; y como ya tenía menos temor, canté y bailé mejor que el primer día. En la ciudad no se habló ya de otra cosa que de la cómica nueva. Unos a otros se preguntaban si habían visto aquel prodigio. Los caballeros granadinos empezaron a quererme ganar la voluntad con regalos. Todas las mañanas, cuando estaba en el tocador, recibía algunas alhajas que me enviaban, sin decir de qué parte. Ya era un reloj de oro, ya un collar de perlas con pendientes iguales, o ya una pieza de estofa rica, o una canastilla llena de guantes, de encajes, de medias de seda y de cintas.

Los caballeros que me hacían estos regalitos sin manifestar su nombre se descubrieron bien pronto, y dieron en perseguirme. Uno me estaba acechando para hablarme al paso entre bastidores y decirme algún requiebro; otro me escribía todos los días billetes afectuosos, y quería enamorarme con palabras, creyendo el tonto llegar a lograr su intento por ese medio, y otro, finalmente, que lo entendía mejor, se valía de una cómica vieja de sus amigas para que me convidase a cenar en su casa, en donde no dejaba él de hallarse; pero todos estos galanes no sacaban el gasto que hacían. Además de ir yo poniéndome más vana conforme me veía más aplaudida del público, mi esposo, a quien yo no le callaba nada, me estaba continuamente diciendo que no hiciese caso sino de algún sujeto que tuviese muchos miles de pesos, de un gran señor.

Parecía que adivinaba la buena fortuna que me estaba esperando. Llegó a Granada el conde de Piedrallana, y al instante quiso ir a la comedia, movido de lo bien que le habían hablado de la compañía, y de mí especialmente. Aquella tarde me tocó salir: canté una tonadilla, pero no tuve que bailar. Sin embargo, bastó mi voz para llevarse de calles a aquel señor, y así me lo declaró Bartolomé de allí a dos días.

—Sabe—me dijo—que has cautivado al conde de Piedrallana; no podías haber logrado un apasionado de mayor provecho para ti, pues es un hombre que, además de ciento y tantos mil ducados de renta, tiene un modo noble de gastarlos. Es tan generoso que empieza por hacer rica a la que le gusta, antes de hablarla. Finalmente, es un señor de cuarenta años a lo más, y de muy buen parecer.

—¿Cómo sabes tú—le dije a mi marido—que el conde de

Piedrallana se ha prendado de mí? Tú tal vez lo crees porque lo deseas.

—No, no—me respondió—; lo sé de su misma boca; y te participo que actualmente están alhajando, por orden suya, una hermosa casa que ha hecho tomar para ti a doscientos pasos de la comedia.

Yo no hice más que reírme de sus palabras, no pudiendo imaginarme que las decía de veras. Sin embargo, no hablaba de chanza.

—Te diré asimismo—prosiguió—que tendremos cocinero, un ayudante y un mozo de cocina asalariados por este señor, y que, sin necesidad de cuidar de nada de nosotros, correrán con todo el gasto de casa y nos mantendrán una mesa para seis personas; ítem, no piensa incomodarte, y así, no pondrá a tu lado una dueña que vigile sobre tus acciones y te ande observando. Como sabe tanto lo que es querer, no intenta mostrar una desconfianza, que siempre es odiosa, a la persona amada, aunque ésta no tenga gana de engañar. Descansará en tu fidelidad, fundado en las atenciones que tendrá contigo: ítem, sin perjuicio de los presentes que te enviará todos los días, te mantendrá un buen coche, en que irás magníficamente al teatro, aunque las pese a tus compañeras, que no pueden ir a él sino a pie o en coche de alquiler.

—Cualquiera que te oyese—le dije a Bartolomé—creería que no te daría pesar que yo admitiese al señor de quien hablas.

—El que lo creyese tendría razón—me respondió—; y en la realidad, más quisiera yo que te visitase un sujeto tan rico y noble que verfe tontamente encaprichada de algún comediante o de algún autor. Vuelvo a repetir que sí, que me alegraré muchísimo. Si pensase de otra manera, me silbarían todos los maridos de nuestra compañía.

Púseme seria al oírle decir esto, como si mi virtud se hubiese fortalecido en la comedia, y afeé a mi marido el querer él mismo que tomase yo una amistad: pero él se burló de mis escrúpulos, y me dijo, para quitármelos, que la cómica que no tenía más de un amigo se hallaba en igual grado de honradez que otra mujer que estaba sin ninguno.

—Pues en ese supuesto—le dije a Bartolomé, riéndome—, elijo por el mío al conde de Piedrallana, que me propones tan gustoso, y ratifico con mi consentimiento el trato de alianza que has hecho con él.

Aunque yo mostrase no pronunciar estas palabras en tono serio, no obstante, él las tomó al pie de la letra. Aseguró al con-

de que yo estaba en la disposición que él deseaba, lo que agradó tanto a este señor, que me envió más de diez mil ducados en joyas de diamantes, pidiéndome permiso de ir a visitarme a la posada, interin me mudaba a mi nuevo alojamiento. Recibí, pues, su visita, no pudiendo sin grosería excusarme a ello después de haber admitido su regalo. Una mañana que yo estaba en el tocador llegó acompañado de Bartolomé, el que, para dejar que tuviésemos mayor libertad de hablar, desapareció de allí a un instante, como marido que sabía las reglas.

—Señora—me dijo el conde—, yo no me disculparé con vos de venir inconsideradamente a ofrecer mis rendimientos cuando estáis al tocador. Bien sé que era mala ocasión ésta para ir a ver a las más de vuestras compañeras; pero en cuanto a vos, hermosa Francisca, no hay tiempo en que parezcáis mejor que en éste.

Después de un cumplimiento tan lisonjero, empezó a hablar de un modo que no lo era menos. Parecióme tan cortés como el comendador de Monterreal, bien que de más gracioso rostro; y me hubiera gloriado de que un señor semejante me hubiese querido aun cuando no hubiese tenido las riquezas que tenía.

Después de una conversación bastante larga y muy expresiva se retiró contentísimo, a lo que me pareció, de mi visita, lo que me confirmó Bartolomé, quien, habiendo vuelto inmediatamente de haberse marchado aquel señor, me dijo:

—El conde va hechizado de tu entendimiento y de tus buenos modales; ahora me lo acaba de decir. Y yo apostaría de buena gana que por tu lado no has quedado mal inclinada a él.

—Muy bien me ha parecido—le respondí—. Ese es uno de aquellos señores con quienes una mujer hace agradablemente su fortuna.

—Así es verdad—replicó mi marido—, porque hay otros tan tontos y fastidiosos que sus amigas pueden decir con razón que ganan bien su dinero.



CAPITULO VII

De otros varios regalos que el conde de Piedrallana hizo a doña Francisca, y de las atenciones que le mereció. Otro apasionado la regala diferentes joyas preciosas de diamantes, y ella no las admite, de lo que, agradecido el conde, la hace donación de una magnífica casa de campo. Cómo acabó una amistad tan cariñosa.



UIMOS a habitar la casa nueva así que estuvo compuesta. Aun cuando se hubiese amueblado para una princesa, no podía estar más magníficamente adornada. Reinaban en ella, a la par, la riqueza y el buen gusto. Había dos habitaciones separadas, una para mi marido y otra para mí, habiéndolo dispuesto así por escrupulosidad el conde. La mía deslumbraba con el oro y la plata que resplandecía por todas partes, y la de Bartolomé, aunque mucho más modestamente puesta, hubiera hecho honor a un caballero.

Anduvimos viendo la casa de arriba abajo, y advertimos, no sin gusto, en una cocina, pertrechada de todos los utensilios necesarios, tres hombres ocupados en disponernos la cena: es a saber: un cocinero, un ayudante y un mozo. Yo me imaginaba, al considerar los muchos manjares que estaban aderezando, que seríamos una docena de personas a la mesa; creía a lo menos que el conde, que para darnos la posesión de nuestra nueva vivienda había de ir a cenar con nosotros, llevaría consigo algunos amigos. Con todo, fué solo, y tuve con él la segunda conversación, en la que apreté, digámoslo así, sus cadenas, valiéndome de todos los encantos de mi voz; quiero decir, cantando los pasos más expresivos de nuestras comedias, que yo le aplicaba mirándole con semblante afectuoso, con que le penetraba hasta lo íntimo del corazón.

Si estuvo divertido este rato aquel señor, lo mismo le suce-

dió mientras la cena. Hícele mil zalamerías para aumentar su inclinación, y lo desempeñé con tan buen efecto, que al día siguiente me envió una porción de plata labrada que valía mil doblones. De allí a tres días me llevaron de su parte dos magníficos vestidos de teatro. ¿Qué te diré? Era cosa de nunca acabar, pues no pasaba día que no recibiese de él algún regalo.

Con todas estas dádivas juntas y con lo que nos valía a mi marido y a mí la comedia, la que, gracias a nuestra primer salida, era muy concurrida entonces, lo pasábamos tan bien, que empezamos a echar un porte más lucido. Tomamos dos criados y una doncella, y yo no iba ya al teatro sino en un coche magnífico de que era dueña y no me costaba nada.

Esta mutación, luego que se notó, fué motivo de diversión a los bufones de la compañía, y suscitó la envidia de muchas; pero en breve dejaron de hablar y se acostumbraron a ella. Mas yo, que en esto no encontraba sino comodidad, imitaba a aquellas compañeras mías que se hallaban en igual caso: muy lejos de tener la menor vergüenza, ningún cuidado se me daba de las habladurías y de las miradas malignas del público, y en la realidad, si el llevar coche era ridiculez, ésta no recaía sobre nosotros.

Yo no trataba en el teatro con otra ninguna cómica más que con la llamada Manuela, que arrastraba como yo un coche de señor. Obsequiábala don García de Padul, caballero granadino que gozaba de una gran renta, la cual gastaba noblemente con ella. Esta muchacha quiso tomar amistad conmigo, y la consiguió, haciéndome dueña de la suya. Nos cobramos una a otra tanto cariño, que apenas nos separábamos cuando moríamos de deseo de volvernos a juntar. Yo no sé si nos gustaba más el estar juntas que con nuestros caballeros. De esta estrechez tan fuerte nació el que don García y el conde tuviesen gana de conocerse; y ya hecho el conocimiento, formamos entre los cuatro una compañía en la que reinaban la alegría y los placeres y se comía grandemente. Todas las noches cenábamos, o bien en casa de mi amiga o en la mía; no pensábamos más que en divertirnos, y vivíamos todos con tanta familiaridad, que no se hubiera podido decir si aquellos señores se humillaban hasta nosotras o si nosotras éramos las que nos elevábamos hasta ellos.

Mientras gozábamos de una vida tan divertida hacía yo infelices a otros. Llamo así a algunos mozuelos que no perdían día de comedia por verme, y se abrasaban en un fuego oculto, o si me lo llegaban a declarar, no sacaban fruto alguno. Había

entre ellos uno que se hacía distinguir por su nacimiento, y más aún por el mérito de su persona. Era éste don Gutierre de Albuñuelas, hijo mayor del gobernador de Granada y el más bello mozo de su tiempo. Volvía de concluir sus estudios en Salamanca. No tenía ya ni ayo, ni preceptor, y empezaba a gozar del placer de ser dueño de sus acciones.

Este caballerito no faltaba a ninguna comedia en que yo hacía papel, y como un enamorado mira distintamente que otro que no lo está, me hizo advertir en sus ojos su pasión. Se contentó mucho tiempo con fijar en mí la vista y aplaudirme cuando representaba, ya lo hiciese por timidez o ya porque desesperase de desbancar a un rival tan temible como el conde de Piedrallana. Sin embargo, cansado de guardar silencio, y no resolviéndose a hablarme, tomó la determinación de explicarme su tormento en una carta que tuvo maña para que llegase secretamente a mis manos, y a la que, bien te haces cargo, no di respuesta alguna; antes bien, con el fin de quitarle toda esperanza, afecté el mirar a otro lado siempre que se encontraban casualmente sus ojos con los míos.

Tanto rigor no le desanimó, y discurriendo que las dádivas me harían mayor fuerza que su amor y buena cara, me envió un cofrecito, que contenía más de cuatro mil doblones en alhajas de todo género de pedrería, que había hallado modo de hurtar a la señora gobernadora, su madre. Tomé parecer de Bartolomé sobre qué debía ejecutar en un caso tan delicado.

—No tienes que hacer más—me dijo, después de haberlo estado pensando un rato—que devolver precisamente y sin dilación esas alhajas a don Gutierre; perderíamos los dos infaliblemente nuestra reputación si fuésemos tan imprudentes que las guardásemos. La señora gobernadora, porque yo no tengo la menor duda de que él se las ha quitado, no tardará mucho en ver que la faltan; indagará quién se las ha llevado, y a fuerza de averiguaciones llegará a descubrirlo. El señor corregidor tomará la mano en el asunto, querrá apurarlo todo, y esto te indispondrá con él. Creo—añadió—no es necesario decirte más; tú sabes que las mujeres de teatro, por muchas habilidades que tengan, arriesgan mucho cuando llegan a enfadar a los sujetos que gozan de autoridad. En vista del modo con que te trató el juez de Sevilla, debes temer a estos señores.

—Tu consejo es tan prudente—le respondí a Bartolomé—, que no puedo menos de tomarlo. He reflexionado todos los inconvenientes que acabas de exponerme; y así, no me detengo

en volver las alhajas, y aun estoy persuadida a que el lance hará el mayor efecto del mundo en el ánimo del conde.

—No lo dudes—replicó mi marido—; te agradecerá el sacrificio que le hagas de don Gutierre, y ganarás tal vez con eso más que perderás.

No pudiendo, pues, guardar sin riesgo aquel regalo, se lo hice entregar al hijo del gobernador, enviándole a decir cortésmente que se lo devolvía por no contemplarme yo capaz del agradecimiento con que era preciso pagarlo.

No íbamos errados Bartolomé y yo en pensar que el conde apreciaría el sacrificio que yo le hiciese de un competidor tan peligroso. Luego que lo supo, lleno de gozo me dijo:

—Vos me preferís al caballero más gallardo de Granada. ¡Ah, peregrina Francisca, si pudieras ver ahora lo íntimo de mi corazón! Advertirías cuánto agradezco una preferencia tan gloriosa.

—Conde—le respondí, mirándole con aire halagüeño—, yo no quiero alegraros esto por mérito. ¿Cómo puede una voluntad de que sois dueño dejar de seros leal? No, conde—añadí con semblante tierno—, estad seguro de que ni don Gutierre ni todos los hombres juntos son capaces de robárosla.

El conde, que oyó estas palabras cariñosas, se arrojó enajenado de gozo a mis pies y me dijo mil expresiones tiernas y de gratitud. Luego este señor usó de otro estilo, que me gustó más que el lenguaje común de los enamorados.

—Para resarcirte—me dijo—de las alhajas que por amor de mí no habéis querido recibir, os doy una casa de campo que tengo a orillas del Guadalquivir, entre Jaén y Ubeda. Aunque no rinde mucho, es un sitio muy deleitoso.

Dile gracias a aquel señor generoso del nuevo presente que me hacía, y en aquel mismo día me entregaron la escritura de donación en buena y debida forma.

Nada es comparable con el regocijo que sintió Bartolomé cuando le noticié la nueva adquisición que mis atractivos acababan de hacer.

—Bien sabía yo—exclamó—que no harías en balde el sacrificio de don Gutierre. ¡Diantre! ¡Una casa de campo! ¡Como quien no dice nada! Es cierto que el conde tiene bellos modales.

En fin, mi marido no podía contener su gozo, y dejándose vencer del vivo deseo que tenía de ver aquella hacienda que nos había costado tan poco, marchó allá con diligencia y tomó la posesión; y a su vuelta, al cabo de pocos días:

—El conde de Piedrallana—me dijo—te ha hecho un regalo

más hermoso aún de lo que tú piensas. Has de saber que tu casa de campo parece la fabricaron las hadas.

Y en seguida me hizo una descripción tan magnífica de ella, que yo no pude menos de interrumpirle cinco o seis veces para reprocharle que hablaba con exageración.

—Todo al contrario—me respondía él siempre—; en lugar de hermosearla con mis expresiones, disminuyo sus conveniencias, pues es un primor del arte y de la naturaleza. Además de encantar la vista—prosiguió—, pasa de tres mil ducados lo que da su arrendador, que es el más rico labrador de aquella comarca. He leído la escritura de arrendamiento, y no hay duda en ello. Añade a esto que tú y yo somos señores de un lugar junto a Cazalla, y que tendremos el paso antes que todos sus hidalgos, lo que no deja de ser una bella prerrogativa. Es verdad que al principio se reirán un poco las gentes a costa nuestra por causa de nuestro ejercicio; pero con esto quedaremos libres, y a buena cuenta gozaremos nuestra renta y todos nuestros derechos de señores. Salgan ahora los asuntos del teatro a arbitrio de la fortuna; tengan nuestras comedias nuevas el éxito que Dios quiera; nosotros ya tenemos un abrigo inaccesible al hambre.

De esta suerte se regocijaba mi esposo de vernos ya dueños seguros de un retiro que aun rarísima vez es el fruto tardío de las largas tareas de nuestros iguales. Yo estaba tan contenta como él, pero lo comenzó en breve el público a padecer. Empecé a ponerme en el pie de salir con menos frecuencia a las tablas, e insensiblemente llegué a no parecer en ellas jamás, siguiendo el ejemplo de algunos famosos actores, que con pretexto de conservar la salud se dispensaban de cumplir con su obligación. Me pareció que una dama que poseía un señorío de más de tres mil ducados de renta podía hacer lo mismo. Bartolomé no quiso, imitándome en eso, representar sino rara vez. Este proceder nuestro desagradó a los compañeros, los cuales se unieron contra nosotros y se introdujo la discordia en la compañía.

Veme aquí llegada a la época de un suceso bastante triste para mí. El conde de Piedrallana recibió entonces despachos de la corte. El duque de Remal, que le estimaba, le decía se pusiese al instante en camino para Madrid, porque este ministro había puesto en él los ojos para colocarle en la plaza de un consejero de Estado que acababa de morir. Aunque el conde recibió de esta noticia otro tanto más gozo cuanto su amor se empezaba ya a entibiar, sin embargo no dejó de manifestarme que lo sentía en el alma, y que poco le faltaba para no admitir

el empleo; pero al mismo tiempo me hizo presente que si no lo aceptaba se malquistaría con todos sus parientes y perdería para siempre la amistad del duque de Remal. Finalmente, para dorar la píldora, me protestó que se acordaría siempre de su amada Francisca. Yo hice como que creía por ciertas sus protestas; y como las lágrimas fingidas nada le cuestan a una buena cómica, yo las vertí en abundancia al despedirnos.





CAPITULO VIII

De lo que hizo doña Francisca después de ido el conde de Piedrallana. Va con su marido a tomar posesión de su quinta. Lance extraño que le sucedió y quién la obsequió.

YA has oído de qué modo nos separamos el conde y yo. A Manuela también la dejó al mismo tiempo don García, porque los señores no son más constantes unos que otros. Padul, con la excusa de ir a ver a un tío que estaba enfermo en Badajoz, se apartó de ella, y marchó de Granada. Por fortuna, las dos estábamos bien equipadas y en edad de podernos consolar de la pérdida de nuestros inconstantes apasionados.

Apenas nos hubieron dejado, cuando se presentaron otros a ocupar su lugar; pero además de que nos hubiéramos visto perplejas sobre a quién escoger, las disensiones que había en la compañía fueron creciendo de modo que nos disgustaron del ejercicio cómico e hicieron tomar la determinación de renunciar a él.

—Querida Manuela—la dije a mi amiga—, estoy cansada de ponerme a la vista en un teatro y de divertir al público. Quiero retirarme a mi quinta de Cazalla y hacer allí la señora del lugar. ¿Puedo yo lisonjearme de que tu cariño sea tal que quieras venirte a vivir allá conmigo?

—Esa duda me ofende—respondió Manuela—, pues sabes que en este mundo nada estimo tanto como tu amistad, la que no merecería si me negase a ir a participar contigo de las comodidades de tu retiro. Marchemos, Francisca, marchemos; yo estoy pronta a sacrificar por ti a todos los galanes de Granada.

Salímonos, pues, una y otra de la compañía, como también Bartolomé, quien, prefiriendo el papel de señor de lugar al de príncipe de teatro, nos acompañó gustoso a Cazalla, adonde llegamos alegremente los tres en un coche comprado con nues-

tro propio dinero, o si se quiere, con el del conde. Seguía una calesa, en que iban mi criada y la de Manuela, y seis criados a pie, que conducían otras tantas acémilas cargadas de nuestro equipaje, y detrás caminaban nuestro cocinero y el criado de Bartolomé, montados en caballos bastante buenos, lo cual formaba una comitiva digna de la admiración de los aldeanos y de la envidia de los hidalgos.

La casa de campo la hallé ni más ni menos que mi marido me la había pintado, y me pareció bien construída, bien amueblada y aun conservada con tanto cuidado como si el conde hubiera vivido de asiento en ella. Maravillóme especialmente la hermosura de los jardines y de los espaciosos prados que se extienden por la parte del septentrión hasta las orillas del Guadalquivir. No contemplé con menos placer los bosques que hay por el lado del mediodía. Viéndome Bartolomé tan embelesada de aquel sitio, me dijo muy satisfecho:

—Y pues, hija, ¿te he engañado acaso en ponderarte esta casa de campo? ¿Hay por ventura otra ninguna en España donde se respire aire más puro y que ofrezca a la vista objetos más placenteros?

—No hay duda—exclamó mi amiga, más encantada que yo de las bellezas de mi retiro—; y es preciso confesar que éste es un verdadero presente de señor. Aquí pasaremos una vida divertida, siempre que la nobleza del país sea tratable.

—Es verdad—dijo Bartolomé—, que los hidalgos son una gente algo altiva; cuando el señor que tienen es un sujeto ordinario no debe aguardar que le respeten y miren con atención. No obstante, todos los días vemos mercaderes ricos que, después de haber hecho bancarrota, se retiran a una hacienda que compran a costa de sus acreedores, y aun gentes de oficio, así como nosotros; pero siendo nuestro arte el de ser buenos representantes, sabremos acomodarnos a su necia altanería. Esto no nos costará mucho, y podremos, adulando su orgullo, reírnos de sus varias ridiculeces.

—Mejor opinión tengo yo de esos caballeros—dije entonces—; yo creo que entre ellos los hay de buen carácter. Finalmente, sean como quieran, nosotros los obligaremos con buenos modales y atractivos a que nos tributen el obsequio que nos deben.

Es cierto que nuestro modo de pensar no favorecía a estos nobles, de los cuales la mayor parte vivía en chozas. Nos figurábamos que eran gente rústica e ignorante; pero nos quedamos bastante admirados cuando vinieron a visitarnos de ver lo que

estaban civilizados, pues así nos parecieron. Sus mujeres especialmente nos dieron a conocer en sus cumplimientos que no las faltaba discreción, y entre ellas advertí algunas que tenían un arte muy lindo. Recibimoslos a todos con un modo tan afable, que esto les movió a gustar de nosotros, y así nos lo manifestaron, asegurándonos estaban gozosos de tener unos señores que sabían agasajar tan bien a la nobleza.

Fuimos a pagarle a cada uno la visita, y pusimos todo nuestro cuidado en no decir ni hacer allí cosa de que se pudiese ofender su vanidad. Con semejante circunspección, que era indispensable para vivir con ellos en buena armonía, granjeamos su estimación. Después de esto no se pensó sino en diversiones y banquetes; casi todas las noches iban a casa a cenar cuatro o cinco hidalgos con sus mujeres y hermanas, y sobre cena armábamos baile, que muchas veces duraba hasta el amanecer. Yo pasaba regularmente el día en mi casa de campo en jugar a los naipes o en hablar con las mujeres, mientras mi esposo estaba con los hombres cazando por aquellas cercanías. Estos eran nuestros pasatiempos, y dentro de poco en mí consistió solamente el no lograr de otros.

Entre aquellos hidalgos había uno llamado don Domingo Rifador, que acreditaba puntualmente con su genio lo bien aplicado que le estaba el apellido. A todo se oponía groseramente; era un disputador acalorado, un pendenciero, un bárbaro, y sobre eso tenía una soberbia inaguantable. Ninguna dama había podido hasta entonces domar su orgullo, y una victoria tan difícil estaba guardada para mí. Gustéle, y declaréme su pasión con toda la confianza de un galán que discurre que su amor honra a la persona amada. Aunque era grande la aversión que yo le había tomado, sin embargo no me irrité al oírle; pero le manifesté serenamente, con palabras lisas y llanas, que no me sentía de ninguna manera dispuesta a corresponderle, y así, que me hiciese el favor de no poner más los pies en mi casa.

Tú quizá creerás que, pesaroso del mal recibo que tuvo su propuesta, se retiró lleno de cólera y convirtió su amor en odio; nada de eso. Lo que hizo fué ponerse a reír a los hocicos, diciéndome que aunque me pesase quería persistir en amarme.

—Yo no me aburro—prosiguió—tan fácilmente; conozco el carácter de las mujeres, y no tengo sus melindres por señales de virtud. Vamos, reina mía—añadió—, hacedme el favor de mudar de lenguaje; no os hagáis de pencas, que eso os cae más mal a vos que a otra.

No pude contener la cólera al oír semejante insolencia, y en mi primer impulso le puse a Rifador como un trapo; pero él se burló de mis invectivas y se fué sin darme otra respuesta que reírse, con lo que me irritó más; de manera que lloraba de coraje, y todavía tenía los ojos bañados de lágrimas, cuando entró la Manuela.

—¿Qué tienes?—me dijo, viéndome de aquella suerte—. ¿Qué es lo que puede afligirte en un paraje donde todo el mundo no piensa sino en darte gusto?

Contéla lo que me acababa de suceder con don Domingo, y luego que la hube referido todo, en vez de aprobar mi enfado, no hizo más que reírse de él.

—No tienes razón—me dijo—para ofenderte de la desatención y ridiculez de un amante grosero, y antes bien, eso te ha de servir de diversión, pues el desprecio con que tratas su afecto es suficiente venganza de su descortesía.

—Hablas con juicio—la respondí a mi amiga—; de aquí adelante, muy lejos de mostrarme serio con él, hago ánimo de divertirme con sus extravagancias.





CAPITULO IX

De la desgracia que sucedió en la quinta de Cazalla y sus resultas. Determina doña Francisca ir a Madrid con doña Manuela, su compañera de teatro, y allí se dieron a conocer por mujeres de forma.



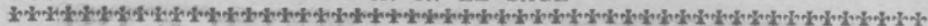
Como se ha visto, yo estaba resuelta a sufrir todavía las visitas de don Domingo Rifador sin mudar en nada mi modo de pensar acerca de él; pero no volvió a parecer por mi casa. Sublevada, finalmente, su altivez contra mis rigores, le hizo formar para castigarme el designio de no honrarme más con su presencia.

No paró aquí su venganza, sino que se desvergonzó con Bartolomé, el cual, como tenía más humos de espadachín que no él, le hizo sacar la espada e hirió peligrosamente. Sin embargo, no murió; y pareció que este lance se había ido poco a poco olvidando, pues se dejó de hablar de él; pero al cabo de seis meses, estando mi marido cazando solo en un bosque, se encontró con don Domingo, quien le disparó a traición un carabino, y le dejó muerto en el suelo. Aunque este asesinato se cometió sin testigos, persuadido su vil autor a que yo me sospecharía de él y podría hacerle prender, huyó para evitar el castigo de la justicia.

Lloré amargamente la muerte de Bartolomé, affligiéndome tanto más cuanto yo no podía vengarla. Me consolé, no obstante, con el ayuda de la Manuela, quien pronta siempre a ofrecerme su asistencia, tenía el secreto de aliviar mis penas. Con este funesto acaecimiento cesaron nustras diversiones, o por mejor decir, nos fastidiamos de vivir en soledad.

—No sé—la dije un día a mi amiga—si piensas como yo; a mí empieza a cansarme la compañía de los nobles campesinos y de sus mujeres. Tampoco sé si la causa de esta mudanza es la inconstancia de mi genio o la muerte de mi marido.

—A tu delicadez hay que atribuirlo solamente—respondió la Manuela—, porque una muchacha que está enseñada a oír los requiebros de los señores, pronto se ha de disgustar del trato



de las gentes que vemos en esta tierra. No pienses—prosiguió— que yo soy más propia que tú para vivir en soledad; y también te diré ingenuamente que me fastidio en esta quinta y no tengo otro gusto que el de estar en tu compañía. Ya no me divierten los varios sujetos extravagantes que vienen a vernos. Lo ridículo entretiene al principio, pero después cansa y es inaguantable. Si quieres creerme—añadió—, seguiremos una idea que me ha ocurrido, y no te he comunicado hasta ahora.

Preguntéla a mi amiga qué idea era aquélla.

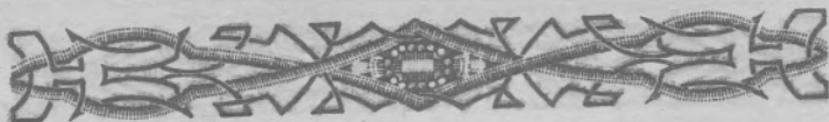
—Es—respondió—la de dejar por algunos años esta morada e irnos a establecer otra vez a Madrid. Bastante ricos estamos para vivir allí con lucimiento, y pasaremos sin dificultad por mujeres de distinción, pues tenemos todos los modales de ellas. ¿Qué te parece este pensaminto? ¿No merece tu aprobación?

—Sí—la dije—; me gusta infinito. ¡Qué risueñas imágenes ofrece a mi imaginación! No tardemos en ponerlo por obra.

—Me alegro mucho—dijo la Manuela—de que aplaudas este viaje; preveo que no ha de ser desgraciado. Deja el cuidado de la quinta a tu arrendador, con orden de remitirte la renta a Madrid. Con esto juntaré yo los despojos de don García, para sostener mejor la figura que queremos hacer en aquella capital de la monarquía.

Desde entonces ya no pensamos sino en disponer nuestra marcha; y así que estuvo hecho, nos pusimos en camino con nuestras criadas, acompañándonos también dos criados montados en mulas y bien armados. Después de una tirada tan larga como penosa, llegamos con felicidad a esta villa, donde nos pareció conveniente mudarnos el nombre. La Manuela tomó el de Ismenia, y yo el de Basilisa, y con el título de dos señoras viudas de dos caballeros granadinos alquilamos esta casa, donde empezamos a recibir gentes, y con nuestro afable trato atrajimos personas de modo y nos hicimos querer por nuestra buena conducta.

Vienen a vernos bastantes caballeros distinguidos, y ninguno de ellos deja de mirarnos con estimación y respeto, como lo puedes juzgar por don Manuel de Pedrilla, tu amigo. Ignoro lo que te habrá dicho de nosotras; pero sé que no ha debido informarte mal. Aunque le permitimos venga a visitarnos cuando guste, no tememos lo que puede decir, pues no ha notado en nosotras cosa que desdiga de la honestidad. Si no seguimos la costumbre austera de las damas que se abstienen de la conversacion de los hombres, no por eso somos menos recatadas.



CAPITULO X

De la conversación que tuvo doña Francisca con don Querubín después de haberle contado su historia. Propónele que vaya a vivir con ellas, y él lo admite.

Aquí dió fin mi hermana a la historia de sus aventuras, y luego, sonriéndose, me dijo:
—¿Qué te parece, pues, hermano, de la viuda de Bartolomé? ¿No la tienes por una señora de importancia?

—Sí, a la verdad—la respondí—; en poco tiempo has hecho tu carrera; te doy la enhorabuena, y al cielo gracias de tener una hermana tan bien acomodada, y al cielo recelo. Nosotros estamos sujetos en nuestra familia a ofrecer sacrificios a Cupido, y me temo que entre los caballeros que vienen a tu casa no haya algún tunante buen mozo que te haga perder la quinta del modo que la has ganado.

—No tengas miedo—me replicó mi hermana—; más capaz soy de adquirir aún otra que dar la mía al mismo precio que me costó. Pero mudemos de conversación—prosiguió—, y pues he tenido el gusto de haber vuelto a ver a mi hermano, no nos separemos de aquí adelante; te ofrezco cuarto en esta casa, ven a vivir con nosotras. Ismenia se alegrará tanto como yo; nos ayudarás con tus buenos consejos; podrán ocurrir lances críticos en que tu prudencia nos será de gran auxilio y nos librarás de dar ningún paso errado: debámoste esta obligación.

Confieso que la propuesta no me gustó al principio, porque hice escrúpulo de ser el consultor y director de dos lindas mozas cuyo recato no dejaba yo de creer equívoco, por más que dijese mi hermana. Sin embargo, no pude resistirme, y abracé el partido a costa de quien hubiese lugar, reservándome finalmente el derecho de dejarlas siempre que me desagradase su compañía.



CAPITULO XI

Va don Querubin a vivir con su hermana. De los nuevos conocimientos que allí hizo y del mucho aprecio que les debió así que supieron tenía la dicha de ser hermano de Basilisa.

Procura don Andrés hacerse amigo de don Querubin, y lo consigue, y motivos que tenía para ello.



E fué, pues, preciso ir a vivir con mi hermana y su buena amiga, las cuales me dieron un cuartito muy aseado que tenían de reserva en su casa. Aquella misma noche fui allá con don Manuel de Pedrilla.

—Venid, amigo—le dije—, venid a ponerme en posesión de mi nuevo domicilio, en el que os aseguro será mi mayor gusto estar a mano para hablar a Ismenia en favor vuestro.

—No deseo vuestros buenos oficios—me respondió—; pero no sé si por eso seré más dichoso. Aunque Ismenia parece está inclinada a mí, no quiere coronar mi felicidad, y dudo que vuestra amistad tenga más fuerza que mi amor.

Fueron aquella noche a cenar con estas damas dos caballeros de la Orden de Santiago, los cuales me dieron mil abrazos cuando supieron que yo era hermano de Basilisa.

—Dejadme abrazaros, caballero mío—me decía el uno—, por amor de vuestra peregrina hermana.

—Es el vivo retrato vuestro—decía el otro a la viuda de Bartolomé—. ¡Cuánto gozo habréis tenido de haberos vuelto a ver! Me alegro de vuestra recíproca satisfacción.

A estas expresiones siguió una infinidad de cumplimientos que me fué preciso aguantar, y a los que respondí en estilo de personas de buena crianza, para hacer ver a aquellos caballeros que no me hallaban atado en semejante ocasión. Y así se manifestaron muy contentos de las muestras de entendimiento que les di, y más lo estuvieron al oírme algunas agudezas que felizmente me ocurrieron durante la cena, las cuales realzaron ellos con elogio.

Estos caballeros, llamado el uno don Dionisio Langaruto y

el otro don Antonio Poleador, se diferenciaban en genio y figura. Era don Dionisio alto y seco, y don Antonio pequeñuelo y gordo. El primero, haciendo el erudito, no hablaba sino de ciencias; y el segundo, dando por lo guerrero, nos molía contándonos sucesos militares. Iban a cual más podía fastidiarnos. Cuando el uno acababa de citar algún autor, el otro, tomando de pronto la palabra, empezaba a hacer la relación de una batalla. Durante este tiempo, don Manuel y la bella Ismenia se daban uno a otro varias miradas, con que se consolaban de la conversación pesada de aquellos dos convidados, o por mejor decir, con que les libraban de la mortificación de oírla. Mi hermana y yo tuvimos la política de escucharla con la mayor atención, y aun de mostrar que nos daba mucho gusto.

En desquite, luego que mis dos caballeros se marcharon, no les perdoné, y así la dije a mi hermana:

—Si todos los señores que vienen a verte no son más divertidos que éstos, no creo que habiendo dejado a tus hidalgos de Cazalla hayas ganado en el cambio.

—Es verdad—dijo Francisca—que son un par de sujetos que muelen la sangre; pero verás otros de que quedarás más satisfecho.

Sin embargo, menos me gustaron dos oficiales de las secretarías del duque de Remal que cenaron con nosotros la noche siguiente.

Queriendo éstos que se les tuviese igual respeto que a los ministros, afectaban una presuntuosa gravedad. Cuando se les dijo que yo era hermano de Basilisa, no dieron en elogiarme como habían hecho los caballeros de la Orden de Santiago, y se contentaron con honrarme con una mera inclinación de cabeza. Aunque estaban apasionados de nuestras damas, no manifestaban por eso ninguna mutación en el semblante, y, muy lejos de decirles expresiones de afecto, guardaban un profundo silencio; y si alguna vez lo interrumpían, era para decir palabras de pocas sílabas.

Yo discurría entre mí que cuando estarían a la mesa bajarían el punto de su gravedad; allí los aguardaba yo para verlos mudar poco a poco de continente y alegrarse, como hacen en igual caso todas las personas graves; pero ni mi humor festivo, ni la conversación de las damas pudieron hacerles mudar aquel entono de secretaría, y ni siquiera sonreír. En mi vida he visto gentes que tanto me hayan fastidiado.

Y así, después que se fueron volví a pegar con mi hermana.

—¿Cómo—la dije—tú que eres mujer de entendimiento y de

gusto haces tan malos conocimientos? Estos oficiales son todavía más enfadosos que tus caballeros de ayer. En verdad, hermana, que ya que gustas de recibir gentes en tu casa, me parece debías hacer mejor elección.

—Ten paciencia—me respondió—, que verás aquí más de un caballero de quien no te pesará granjear la amistad.

Con efecto, vi concurrir en adelante muchos que podían pasar por la flor de los galanes, y a los que consideraba como otros tantos cuñados míos, aunque mi hermana me aseguraba todos los días que tenía siempre el palo levantado contra ellos. Entre los cuales había uno llamado don Andrés de Carvajal y Zamora en quien concurrían todas las buenas prendas de que los hombres más bien nacidos no tienen por lo común sino una parte. No bien supo este caballero que era yo hermano de Basilisa, cuando hizo lo posible por ganarme la voluntad, lo que no le costó mucho, pues era uno de aquellos sujetos afables que se hacen querer al instante. Luego que fué mi amigo, queriendo ser algo más, me confió un secreto:

—Señor don Querubín—me dijo—, yo estoy enamorado de vuestra hermana, y nada deseo tanto como el casarme con ella; poseyendo bastantes bienes y siendo de una familia distinguida, me lisonjeo de que no desechará mi pretensión; pero advierto está inclinada a otro caballero, y tengo motivo suficiente para temer a este competidor.

Pregunté a don Andrés quién era el pretendiente de que tanto recelo manifestaba.

—No lo adivinaríais jamás—me respondió—, y cuando os lo nombre os costará trabajo creerme, porque, en fin, no es don Félix de Mondéjar, ni don Vicente de Cifuentes, sino don Pedro Retortillo.

—¡Eso es imposible!—exclamé con admiración—. ¡Don Pedro, el peor mozo de todos los pretendientes de mi hermana, un caprichoso, un fatuo No, no me puedo persuadir a que su gusto sea tan depravado que le prefiera a vos.

—Diréis de ese caballero lo que gustéis—replicó Carvajal—; pero lo cierto es que doña Basilisa le quiere, y está tan ciega que no ve sus faltas; la parece muy buen mozo, y por más que él hable a tontas y a locas, ella está admirada de su entendimiento.

Yo le prometí a don Andrés que haría cuanto pudiese para impedir el casamiento de don Pedro, y en cumplimiento de la palabra, tuve al otro día con mi hermana una larga conversación, cuyas resultas verá el lector en el capítulo siguiente.



CAPITULO XII

Del desgraciado éxito que tuvo el servicio que don Querubín quiso hacer a su amigo don Andrés. Sale de casa de su hermana con ánimo de no volverla jamás a ver.

Doña Francisca se casa con don Pedro.

Quién era éste.



o sé si haces memoria—la dije a mi hermana—de que me rogaste te ayudase con mis consejos.

—Con efecto, así es, hermano—me respondió—, y te lo suplico segunda vez.

—Pues bien—replique—, ya que lo quieres, voy a hacer de consejero; pero antes me has de confesar sinceramente si estás apasionada de don Pedro Retortillo.

Al oír esto se puso mi señora hermana más encarnada que la grana y se inmutó.

—Tú te turbas, Francisca—proseguí—, y a lo que veo no necesito me respondas para saber lo que debo pensar, pues demasiado me lo declara tu agitación. ¿Conque no hay duda en que amas a don Pedro? ¡Oh cielos! Precisamente has ido a poner los ojos entre los que te pretenden en aquel que me parece el menos digno de tu persona.

—¿Quién puede—me respondió—haberte informado de un afecto que yo no creía haber demostrado?

—Es—la repliqué—un rival de don Pedro que lo ha trascendido.

—Y ese rival tan perspicaz—continuó alterada mi hermana—, ¿es a la cuenta Carvajal, por quien tú te interesas? Enhorabuena—prosiguió—ya que ha conocido mi inclinación; no la disimulo. Sí, don Pedro ha logrado agradarme, y no te lo callo; siento que no estimes a este caballero, pero has de saber que me parece tan bien, que le prefiro así a Carvajal como a todos sus demás competidores.

—Sobre este punto, hermana—dije algo enfadado—, no voy

de acuerdo contigo. Yo en don Pedro no veo sino un conjunto de malas propiedades, pues tiene mala condición, es colérico, está lleno de caprichos, y además de eso le creo de genio muy celoso.

—Sea lo que tú quieras—me dijo con despejo y enfado—; por más males que digas de él, será mi marido; y es quererse malquistar conmigo para siempre el intentar apartarme de él.

Mi hermana pronunció estas palabras con un tono de voz que me hizo callar, y así no me atreví a oponerme más a su loca afición a Retorillo ni hablar por Carvajal, quien se vió obligado con todo su mérito a ceder el puesto a su rival, que no lo merecía, lo que me desazonó tanto más cuanto yo conocía que cada día iba creciendo mi amistad con el uno y mi aversión al otro. Llevé muy a mal el antojo de Francisca, y empecé a temer que nuestra unión no duraría mucho.

Con efecto, desde aquella conversación se mostró mi hermana ya de distinto semblante conmigo. Disminuyó mucho de las atenciones de que usaba y del respeto que me tenía. Hacía estudio de evitar mi conversación, y cuando no podía, me hablaba con frialdad. Finalmente, no pudiendo perdonarme el que yo no aprobase su intención de casarse con un sujeto aborrecible, ya no veía en mí sino un fiscal incómodo y molesto de que era preciso desprenderse. Al instante que lo conocí tomé mi determinación; salí de su casa, de la que hice llevar mi equipaje a la posada donde me había alojado antes, y volví con mi amigo don Manuel. A vista de esto, que me vengan a ponderar la fuerza de la sangre. Por gran cariño que haya entre hermanos, se necesita poco para alterarlo.

Después de nuestra separación no vi más a mi hermana, quien no tardó mucho en hacer su boda con don Pedro, la cual no la produjo sino frutos muy amargos, pues en lugar de encontrar en su segundo marido el genio cómodo y complaciente del primero, conoció que había caído en poder del hombre más celoso de este mundo. Al día siguiente de haberse casado todo varió de semblante en la casa, cerrando el marido la entrada a los galanes, quitando el juego y las cenas y mudando de criados, y puso al lado de su mujer la dueña más indigesta de España. En una palabra, hizo una mujer infeliz de la viuda más dichosa. Poco después supe que la había llevado a un lugar con Ismenia, de modo que don Manuel se vió precisado a consolar-se de la ausencia de ésta, así como yo de la de mi hermana.

Parte tercera

CAPITULO PRIMERO

Viéndose don Manuel de Pedrilla en la precisión de volver a su tierra, consigue que su amigo don Querubín se vaya con él. De su llegada a Alcaraz.



COMO más fácilmente se olvida a una hermana que a una querida, no pensé más en doña Francisca al cabo de veinticuatro horas que me separé de ella; pero no le sucedió así a don Manuel, quien necesitó de ocho días para desechar de la memoria a su amada Ismenia. En fin, ya no nos acordábamos de estas señoras, cuando mi amigo recibió una carta de Alcaraz en que don José, su padre, le decía que, hallándose afligido de una enfermedad de la cual no podía sanar, deseaba morir en sus brazos.

Muy apesadumbrado don Manuel con aquella noticia, dispuso inmediatamente su marcha para obedecer a su padre; pero queriendo al mismo tiempo conciliar con su obligación la amistad que tenía conmigo, me pidió le acompañase, a lo que no pude resistirme.

Salimos de Madrid acompañados de un criado, montados todos tres en buenas mulas, y tomamos el camino de Alcaraz, adonde llegamos en menos de seis días, y nos hallamos con el buen hombre don José próximo a hacer el viaje de este mundo al otro. Estaban en su alcoba dos médicos, los cuales saludaron a don Manuel, y con rostro alegre le dijeron:

—Tres días ha que vuestro padre había de haber muerto; pero, gracias a la virtud de nuestros medicamentos y cuidado, le hemos alargado la vida hasta que volviéseis: deseaba la satisfacción de abrazaros, y se la hemos dado.

Aun cuando estos doctores hubiesen curado a su enfermo, no podían haberse mostrado más contentos. Sin embargo, el viejo que estaba acabando, al instante que vió a su querido hijo, expiró y llenó de tristeza la casa.

Dejaba una hermana vieja, una niña y a don Manuel. Estas

tres personas lloraron amargamente su muerte, y le hicieron un entierro digno de un caballero que había sido oficial general de los reales ejércitos en el reinado anterior. Luego que enjugaron las lágrimas y don Manuel entró en posesión de los bienes de su padre, volvió a dejarse ver en el mundo, y no se negó más a las diversiones de la sociedad. Su primer cuidado fué el presentarme a las gentes más de forma del pueblo, en la clase de un caballero amigo suyo. Tuve que representar el papel de tal, y me atrevo a decir que no lo desempeñé malamente. Como estaba muy bien pertrechado de ropa y dinero, no podía hacer una triste figura. Las tenía diversiones a las señoras, y, sea dicho sin vanidad, no menos me llevaba yo sus atenciones que mi amigo.

No es posible hacer frecuentes visitas a lindas damas sin pagarlas el tributo que las es debido. Don Manuel llegó a enamorarse. Doña Clara de Palomar, joven y hermosa, tomó en su corazón el lugar que Ismenia había ocupado, y aun encendió en él una llama más viva. Yo, por mí, obsequiaba a las damas en general, sin aficionarme en particular a ninguna, de lo cual estaba admirado mi amigo, y así me decía:

—Don Querubín, ¿han de tener todas las damas de Alcaraz la vergonzosa desgracia de haber probado inútilmente en vos sus miradas? ¿Y no habrá alguna que venga a las demás de vuestra injuriosa indiferencia?

Yo me reía de las amistosas reconvenciones de don Manuel; pero, ¡ay, y qué poco me las hubiera hecho si hubiese visto mi interior! Muy lejos de vivir sin amor, me abrasaba en el fuego más ardiente por doña Paula, su hermana. Yo la adoraba como si fuera una deidad; pero me guardaba de confiar a su hermano una pasión tan temeraria. Aunque era mucha la amistad que me manifestaba, yo me imaginaba que si me declaraba con él se enojaría de mi atrevimiento.

Disimulé, pues, con mucho cuidado mi inclinación, y aun tomé la rigurosa resolución de vencerla, victoria que no me pareció imposible, pues a pesar de mi preocupación convenía en que doña Paula no era ninguna perfecta hermosura, y que era de esperar que, ausentándome de ella, conseguiría el olvidarla. Habiendo con efecto tomado el medio de la ausencia, siguiendo el consejo de Ovidio, le dije a Pedrilla me permitiese volver a Madrid; pero él se opuso fuertemente a mi partida.

—¿Sois vos—me dijo—aque! amigo que me aseguraba que-
ría pasar su vida conmigo? Don Querubín—añadió—, a vos os

disgusta estar aquí, o si no decidme si yo os he dado, tal vez sin pensarlo, algún motivo de descontento.

—No—le respondí—, amigo don Manuel; jamás he estado más satisfecho de vos que ahora lo estoy.

—Pues ¿por qué—me replicó—tenéis gana de dejarme?

Me hizo tan vivas instancias sobre ello para saber mi secreto, que yo se lo descubrí.

—Esto es lo que me obliga—proseguí—a marcharme de Alcaraz, y vos debéis aprobar mi resolución.

Después de haberme estado don Manuel escuchando con atención, se quedó triste y pensativo. Yo creí que, sin embargo de nuestra amistad, el orgullo de aquel caballero se había indignado contra un temerario que elevaba demasiado el pensamiento, y con esta equivocación añadí que no debía ofenderse de la declaración de una pasión que yo había sepultado en silencio y que él habría siempre ignorado a no haberme puesto en la precisión de descubrirsela. No le hacía yo favor a don Manuel en pensar de aquella suerte.

—Don Querubín—me dijo—, siento entrañablemente que no me hayáis dado antes noticia de vuestra afición a mi hermana; hace ocho días que se la prometí a don Ambrosio de Lorca. ¿Por qué no os habéis anticipado? Entonces no hubiera yo dado mi palabra a este caballero, aunque éste es quizá el partido más ventajoso que pueda presentársela a mi hermana.

Afligióme en extremo aquella noticia, y don Manuel se manifestó muy compasivo de la alteración que había causado en mí; pero mudando de repente de semblante:

—Amigo—me dijo en tono de consuelo—, el mal no carece de remedio; yo me acuerdo de que en mi convenio con Lorca hay una circunstancia que puede anularlo, pues mi promesa ha sido con tal de que mi hermana venga en ello sin repugnancia. Sirvaos esto de gobierno y obsequiad bien a doña Paula; yo os proporcionaré frecuentes ocasiones de verla y hablarla a solas; haced por agradarla, que si lo conseguís, lo demás queda a mi cargo.

Estas palabras me volvieron el alma al cuerpo, y empecé a lisonjearme de que podría bien llegar a lograr la mano de doña Paula. Sólo tenía una cosa, y era que esta señora estuviese aficionada a mi competidor, y, con efecto, de eso dependía mi buena o mala suerte; mas, por fortuna, ya desde la primera conversación que con ella tuve se desvaneció mi temor; advertí asimismo que aborrecía a don Ambrosio, lo que tuve la vanidad de considerar como un presagio de afecto en mi favor.



CAPITULO II

Don Querubin se hace querer de doña Paula. Don Ambrosio de Lorca, su rival, estrecha a don Manuel para que se efectúe la boda, a lo que se niega éste. Funesta resulta de esta repugnancia. Don Manuel y don Querubin salen a reñir con él, y quedan vencedores.

EON efecto, no era engañosa mi esperanza. A fuerza de decir a doña Paula que me desvivía, que me moría y que estaba ciego por ella, la obligué a confesarme que agradecía mi cariño. Es verdad que su hermano y tía no ayudaron poco a ello con los buenos informes que la daban de mí todos los días; de manera que en breve tiempo me vi en aquel delicioso estado en que se halla un amante querido que está cerca de casarse con la persona amada.

Por otro lado, mi rival, tan enamorado como yo por lo menos, y contando con la oferta de Pedrilla, le estrechaba fuertemente a que se la cumpliese, y un día le dijo a don Manuel que parecía había perdido la gana de ser su cuñado y que francamente le declarase si había mudado de parecer, con desprecio de la palabra que le tenía dada.

—No por cierto—le respondió don Manuel—; pero que se acordase que al prometerle su hermana le había expresado que no intentaba casarla contra su voluntad: que ya podía entenderle y sentía participarle que en su corazón no habían hecho impresión sus diligencias amorosas.

—A mí no me vengáis con eso—interrumpió don Ambrosio, encendido el rostro de vergüenza y de despecho, porque era un noble de los más arrogantes y presuntuosos—; a mí no se me hará creer eso; mejor informado estoy de lo que pensáis de cuanto pasa: todo lo sé. Vos queréis preferir a un sujeto de mi clase al hijo de un alcañal de lugar, un plebeyo, a quien

yo haré dar una somanta en castigo de su osadía e insolencia.

—Ese plebeyo—le dijo Pedrilla—sabed que trae espada, y que el que le ofende, me ofende a mí.

—Pues en ese caso—replicó Lorca—, hallaos los dos al salir el sol a la entrada de los montes de Bogarra, y allí veréis un hombre dispuesto a enseñaros que no se le falta sin escarmiento a la palabra.

Habiendo pronunciado esto con aire amenazador, se retiró impaciente porque llegase el otro día. Mi amigo fué a darme parte de la conversación, y no me dió mucho gusto en anunciarme que era necesario prepararnos para reñir. Por más animoso que él se mostraba, mirando como un juguete aquel desafío, a mí se me representaba éste con un semblante muy desagradable. Sin embargo, aunque me temblaban las carnes, no dejé de aparentar por puntillo que estaba pronto, y aun fingí una intrepidez la cual estoy cierto engañó a mi amigo; pero nada de esto me hacía más valiente, y en lo íntimo de mi corazón hubiera querido se hubiese deshecho el partido.

Más diré: para componer las cosas formé entre mí aquella noche un tratado de paz, en el cual cedía yo gustoso la doña Paula a mi competidor; pero es verdad que deseché después un pensamiento tan vil. Representábame en mi imaginación el desprecio en que caería si no mostraba valor en este lance, y, por último, que junto con la honra perdería la estimación de mi amigo y el objeto de mi amor. Estas reflexiones me acalararon poco a poco el espíritu e infundieron en mí tal ánimo, que no anhelaba sino por entrar en la pelea.

Poseído de este impulso de valor, me levanté para ir volando al lugar señalado con don Manuel, el que, sin el auxilio del amor, iba en igual disposición que yo. Montamos en nuestros dos mejores caballos, y enderezamos hacia Bogarra. Ya estaba allí don Ambrosio con otro caballero; llegamos a ellos, y habiéndonos saludado unos a otros. Lorca le dijo a don Manuel:

—¿Os mantenéis siempre firme en negarme vuestra hermana después de habérmela prometido?

—Sí, señor—le respondió Pedrilla—, y vuestras amenazas me han hecho confirmar esta resolución en vez de apartarme de ella.

—Pues apeaos—replicó don Ambrosio—vos y vuestro Querubín.

No necesitó decírnoslo dos veces, porque al instante echamos pie a tierra, lo que también hicieron nuestros contrarios. Aamos los caballos a unos árboles que a orilla del camino real

estaban, y todos cuatro nos hicimos frente con semblante animoso. Don Ambrosio acometió a don Manuel, y yo la hube con el otro caballero, el cual, además de la ventaja de saber bien esgrimir, tenía la de que daba con un hombre que en su vida había manejado la espada. Con todo esto, sin saber cómo ni cómo no, le pegué al tal espadachín tan terrible estocada, que le tendí en el suelo, y al mismo tiempo que mi caballero cayó a mis golpes, don Manuel tuvo también la suerte de despachar al otro mundo al suyo; de suerte que quedamos dueños del campo de batalla.





CAPITULO III

De lo que hicieron don Manuel y don Querubín después de este lance. Perseguidos por los parientes de don Ambrosio de Lorca, se ven precisados a retirarse a un convento. Retrato de su prelado.

Lo primero que nos pareció del caso hacer después de aquel triste suceso fué pensar en ponernos en salvo. Don Ambrosio era pariente del corregidor de Alcaraz, y podíamos contar con que éste, luego que supiese la pendencia, mandaría ir tras de nosotros la santa hermandad. Añádase a esto que el caballero a quien tocó la desgracia de estrenar mi mohosa espada era de una familia que tenía también mucho valimiento. Por otro lado, en cualquier paraje del mundo a que nos diese la gana de retirarnos, necesitábamos de dinero. Habiendo reflexionado todo esto con madurez, determinamos volvernos a Alcaraz antes que allí supiesen la muerte de Lorca, proveernos de oro y alhajas y huir a Barcelona a embarcarnos en el primer navío que saliese para Italia.

Inmediatamente de tomada esta determinación, volvimos con toda diligencia a casa, en donde sin perder tiempo cargamos con cuanto dinero y alhajas pudimos llevar. Despedímonos de doña Paula y de su tía, después de haber acordado con ellas los medios de escribirnos secretamente. Pusímonos en camino para Barcelona, con solo un criado; pero no habiendo encontrado a nuestra llegada a esta ciudad ocasión de pasar a Italia, nos fué preciso, por esperarla, detenernos allí algunos días.

Nadie podrá imaginar lo que yo padecí en aquella temporada. Es necesario haber cometido un mal hecho para saber los sustos e inquietudes que turbaron mi sosiego. Aunque yo había muerto a mi contrario como hombre de honor, no dejaba por eso de tener igual miedo de caer en manos de la justicia que si lo hubiese hecho a traición. Continuamente me parecía

estar viendo cuadrilleros de la santa hermandad que me iban a echar mano. Cuando advertía que alguno me miraba a la cara, creía era un espía pagado para seguirme. Finalmente, de día me asaltaban mil terrores y de noche soñaba cosas funestas.

Además de los temores continuos que me agitaban, sentía remordimientos siempre que me acordaba de lo que había hecho. Me pesaba haber dado muerte a un caballero en vez de seguir el plan de pacificación que me había venido al pensamiento la víspera del día en que sucedió nuestro combate. Era mayor mi pena porque me parecía que ya no quería yo tanto a doña Paula, lo que era preciso atribuir a la horrible situación en que me hallaba, pues el amor gusta reinar solo en un corazón, y no consiente más sustos ni desasosiegos que los que él causa a los amantes.

Mientras estábamos agitados don Manuel y yo de todos los temores que afligen a aquel a quien persigue la justicia, Mileno, que así se llamaba nuestro criado, los aumentó una noche con venir a decirnos acababa de ver apearse a la puerta de una posada unas gentes que le parecían sospechosas, y que asimismo creía haber conocido entre ellas a un alguacil de Alcaraz.

—Pero—añadió—puedo haberme equivocado. Para averiguar la verdad voy a introducirme con maña en la tal posada.

Dejámosle hacer a este mozo, cuya habilidad sabíamos, y al cabo de dos horas volvió y nos dijo:

—La noticia que os he dado es más que cierta. Un alguacil y varios soldados vienen en seguimiento vuestro; van a buscaros por las posadas, y no dudéis que vendrán a ésta. No perdáis tiempo si os queréis libertar de ellos. Id al instante a retraeros a algún convento, que es el único paraje donde podéis estar seguros.

Nosotros juzgamos que Mileno tenía razón, y fuimos a refugiarnos al convento de PP. Carmelitas Descalzos, cuyo prior nos recibió con los brazos abiertos así que le dijimos que éramos unos caballeros a quienes un lance de honor obligaba a refugiarse. Quiso antes informarse de la aventura que nos reducía a la necesidad de buscar un asilo, y nosotros nada le ocultamos: y después de habérselo contado todo, nos dijo:

—Vuestro asunto puedo componerse atendiendo a que los caballeros que se rindieron a vuestros golpes ellos mismos se acarrearón su desgracia. Dejaos de pensar en pasar a Italia: no es menester que hagáis ese viaje para estar al abrigo; manteneos quietos en este convento, donde estaréis a cubierto del

enojo de vuestros enemigos; y espero sacaros con el valimiento de mis amistades del mal paso en que os halláis.

Dimos gracias a su reverendísima del favor que nos hacía de abrazar así nuestros intereses, y en la realidad era ésta una gran fortuna para nosotros. Este prior confesaba a las principales personas de la ciudad, y entre ellas al gobernador, don Gutierre de Terrasa, que hacía muchísimo aprecio de él. Nombrar al P. Teodoro en Barcelona era lo mismo que hablar de un hombre de bien, o por mejor decir, de un hombre de Dios. Este padre carmelita juntaba a esto mucho entendimiento, y lo que más había que admirar en él era su humor festivo, que él sabía conciliar con una vida austera y penitente. Estaba las tres cuartas partes de la noche rezando y meditando; empleaba la mañana en oír en confesión a los pecadores que querían convertirse por su ministerio, y por la tarde, en sus horas de recreo, tenía con los sujetos decentes que iban a visitarle varias conversaciones, en las cuales mostraba ingenio y agudeza.

El P. Teodoro, tal cual acabo de retratarle, nos hizo dar dos celdillas donde había dos camas pobres con un jergón y un colchón muy delgados en cada una, y que con todo de ser duras podían pasar por camas blandas en comparación de las de los religiosos del convento.

—Caballeros—nos dijo—, no penséis hallar en este asilo todas las comodidades que tendríais en el mundo. Además de que aquí no dormiréis tan bien como en vuestra casa, sólo se os servirá la ración de la comunidad, que es buena únicamente para quitar el hambre sin excitar la sensualidad; pero creo—añadió sonriéndose—que sufriréis con gusto esta ligera mortificación para aplacar al cielo, al que habéis enojado con vuestra pendencia.

Sujetámonos gustosos a esta leve penitencia, y aun diré que en pocos días nos acostumbremos a la dureza de nuestras camas y a la porción frugal de los frailes, como si nunca hubiésemos estado acostados más blandamente ni mejor mantenidos.



CAPITULO IV

En qué paró el asunto de don Querubin y de don Manuel por la mediación y empeños del P. Teodoro. De la determinación que de repente tomó el primero, y cómo la ejeculó.

Acompaña a un religioso que fué a agonizar a un enfermo, y queda edificado de oírle. Declara su resolución a don Manuel y se separan.



o echó en olvido el P. Teodoro nuestro asunto, y para componerlo recurrió al valimiento del gobernador del principado de Cataluña, su penitente, quien, viendo que su reverendísima hacía en ello mucho empeño, no omitió diligencia alguna para terminarlo amigablemente. Este señor escribió con la mayor eficacia a los parientes de don Ambrosio de Lorca, y entre ellos al corregidor de Alcaraz, de quien por fortuna era íntimo amigo.

Como don Ambrosio había sido el agresor, sus parientes no estaban tan airados contra nosotros como lo hubieran estado si hubiese tenido razón. Sacrificaron sin dificultad su resentimiento por la recomendación de don Gutierre y en virtud de las diligencias que la parentela del don Manuel hizo para aplacarlos. Dejaron de perseguirnos, y este negocio quedó enteramente fenecido al cabo de seis meses. No dudo que el lector se imaginará que después de esto mi amigo y yo nos restituimos contentos a Alcaraz a celebrar nuestras bodas; pero se engaña. Yo me quedé en Barcelona, donde me sucedió lo que voy a contar.

Mientras se daban los pasos para componer nuestro asunto tenía yo frecuentes conversaciones con el P. Teodoro; y cuanto más le trataba, más me aficionaba a él. Mostraba en su semblante una serenidad de que yo me admiraba, y yo muchas veces se lo decía, y me respondía siempre que si quería gozar de ella no tenía más que pasar mi vida en aquel convento.

—Mirad nuestros religiosos—me dijo en una ocasión—, y advertiréis en su rostro la tranquilidad que reina en su conciencia. Vos estáis tan ocupado en vuestros asuntos que no lo habéis notado todavía, aunque ésta sea una cosa digna de atención.

Puse cuidado en ello, y, con efecto, me sirvió de edificación. Suspendíame el ver tan contentos a aquellos padres con un método de vida tan austero. Empecé a tomar conversación con ellos por curiosidad. Yo les excitaba a hablar para saber si era cierto que gozaban de una paz interior a la cual no turbaba ningún pesar, y vi que sus palabras conformaban con su aspecto, lo que me dió motivo a pensar que vivían tan gustosos como lo manifestaban. Esto me movió a hacer reflexiones que me agitaron terriblemente el ánimo. ¿Es posible, decía yo en mi interior, que haya mortales tan despegados de los bienes y placeres del mundo que quieran preferir a ellos la soledad de los claustros? ¡Oh, y qué envidiable es su felicidad!

Entre estos venerables religiosos había uno que se distinguía por un talento tan raro como útil. Parecía no tener más que un ministerio, el cual consistía en confesar a enfermos y ayudarles a bien morir. Iban a buscarle a todas las horas del día y de la noche para que fuese a disponer a los moribundos a tener una muerte cristiana. Habiendo oído decir que desempeñaba singularmente un empleo tan triste, me dió gana de ir con él una noche. Se trataba de hacer que se confesase un caballero catalán, ya viejo, el cual en cuarenta años había llevado una vida estragada. Dos eclesiásticos habían ya desistido de la empresa, por no poder sufrir las injurias que les había dicho con verlos solamente entrar en su alcoba.

Aquel pecador empedernido recibió desde luego con el mismo desagrado a nuestro carmelita.

—Vete de aquí, fraile—le gritó—; tu figura me enfada.

Y a estas añadió otras mil palabras, dichas con enojo; pero el religioso, en vez de aburrirse, respondió con mansedumbre a sus airadas expresiones, y se armó de una paciencia infatigable, lo que suspendió al enfermo.

—¿Qué venís a hacer aquí, padre?—le dijo—. Idos. Un pecador tan grande como yo soy no debe molestaros con referiros en vano sus culpas. Son tantos mis pecados, que no puedo librarme de la justicia divina.

Entonces el padre Serafín, que así se llamaba el religioso, alzó las manos y dirigió al cielo esta oración, con una voz que enterneció a todos los circunstantes:

—¡Oh, divino Salvador, padre de misericordia! Aquí tenéis a una de vuestras criaturas próxima a la desesperación; concededle la gracia de preservarle de semejante desgracia por medio de mi ministerio. Miradle con ojos de piedad, y librele, Señor, vuestra bondad de vuestra justicia.

El enfermo se aterrorizó de oír esta plegaria, y preguntó al religioso si podía concebir alguna esperanza de salvarse habiendo cometido tantos pecados.

Nuestro virtuoso carmelita, arrebatado entonces de su celo, se acercó al caballero, y extendiéndose en hablar de la misericordia de Dios, le dijo razones tan tiernas y de tanto consuelo, que hizo derretir en llanto a cuantos le escuchaban. Para que su exhortación fuese aún más afectuosa y más eficaz, lloraba él también y bañaba con sus lágrimas las mejillas del paciente, abrazándole a cada instante. El modo con que decía las cosas era tan expresivo como ellas mismas; y así fué que penetró de tal suerte el corazón del caballero, que volviendo sobre sí se confesó y arrepintió de sus culpas, y murió cristianamente.

De allí adelante miré siempre con admiración al P. Serafín, busqué su amistad, la cual no pudo negar a un hombre en quien traslució una disposición cercana a ser bueno, como en efecto cada día sentía en mí mayor afición al retiro; y las conversaciones que tenía, ya con este padre y ya con el prelado, me inspiraron insensiblemente el deseo de pasar allí el resto de mi vida, y este deseo paró en breve en una formal determinación. Confié este loable pensamiento al P. Todoro, quien lo combatió, no tanto para desvanecérmelo como para experimentar la constancia de mi inclinación.

—Hijo mío—me dijo—, cuando vuestro asunto esté acabado, quizá pensaréis de otro modo que ahora.

—No, padre mío—le respondí—, no; yo quiero morir en este convento con vuestro hábito.

Durante esta disposición mía sucedió componerse nuestro negocio. El superior, después de haberme participado esta noticia con semblante risueño, me dijo:

—Y bien, hijo mío, ¿quién reina ahora en vuestro corazón? ¿Es el mundo o la soledad, la abundancia o la pobreza? En vos únicamente consiste el volver a Alcaraz, donde os espera para daros la mano de esposa una persona hermosa y joven. ¿Tendréis ánimo para preferir a una suerte tan deleitosa los ásperos trabajos de la penitencia? Pensadlo bien antes de determinaros.

Respondíle al P. Teodoro que ya había mirado cuanto había que mirar, y que deseaba entrar en el número de sus religiosos.

Yo todavía no había hablado de mi designio al don Manuel, que estaba muy ajeno de penetrarlo. Bien notaba que por instante me iba yo dando a la devoción; pero él no me creía hombre capaz de llegar a tanto que quisiese meterme fraile, discuriendo que yo vivía siempre apasionado de su hermana como él de doña Clara; y así, no se quedó poco suspenso cuando, finalizado ya nuestro asunto, le di parte de la mutación que había habido en mí y del ánimo que tenía de entrar en la Orden de los Carmelitas Descalzos.

—Yo estaba en la inteligencia—me dijo—que volveríamos los dos a Alcaraz, en donde os casaríais con mi hermana; que no compondríamos más que una familia, y que sólo nos separaría la muerte.

—Lo mismo pensaba yo—le respondí—cuando vinimos a este convento, y me parecía una cosa deliciosa el vivir en vuestra compañía y en la de doña Paula; pero el cielo lo dispone de otro modo. Me ha hablado con aquella expresión con que habla a los corazones que quiere arrancar de los deleites del mundo. Ya no considero como placeres aquellos que el más dulce casamiento puede ofrecerme al pensamiento, o por mejor decir, yo tengo por placer el sacrificarlos todos. ¡Dichoso de mí si puedo con este sacrificio expiar los desórdenes de mi vida pasada!

Con semejantes palabras se aumentó la suspensión del don Manuel.

—Si fuera lícito—replicó—quejarse de lo dispuesto por el cielo, le acusaría de haberme privado del amigo a quien más quería.

—En vez de lamentaros del cielo—le dije—, temed más bien el que cuente en el número de vuestras mayores culpas la de no haberos aprovechado como yo de los buenos ejemplos que los religiosos de este convento nos han dado. Sin embargo, querido don Manuel, todavía estáis a tiempo. Dejad la hacienda a vuestra hermana y renunciad valerosamente a doña Clara. El amor no es una pasión invencible, y la memoria de una querida no se resistirá aquí mucho tiempo al auxilio que la gracia os prestará para salir victorioso. Vamos—continué—, amigo, haced un esfuerzo para romper unos lazos que os atan al mundo. Vivid en este convento para participar en él conmigo de las dulzuras de un sosiego que sólo se encuentra en el retiro. ¡Cuál contento sería el mío si os viese tomar esta determinación!

—No lo esperéis—me dijo don Manuel—; yo me admiro de vos sin intención de imitaros; no todos hemos nacido para el

claustro; es muy bueno para honra de la religión cristiana que haya personas desasidas de las cosas terrenas y que vivan muy austeramente; pero en todos los estados de la vida nos podemos salvar si cada uno cumple con las obligaciones del suyo. Quedaos, pues—añadió—en esta santa soledad, pues el cielo os detiene en ella; pero conmigo lleva otras miras: su voluntad es que yo dé la vuelta a Alcaraz y guarde la fe que prometí a doña Clara.

Esta fué la última conversación que tuve en Barcelona con mi amigo, y que se acabó con abrazos de una y otra parte.

—Adiós, don Querubín—me dijo enternecido—; deseo que perseveréis siempre en el fervor que os anima.

Yo sostuve con más entereza que él nuestra despedida, y apenas marchó, cuando empecé a olvidarle, lo que me hizo creer que yo tenía disposición para desnudarme de toda afición terrena.





CAPITULO V

Cómo al cabo de seis meses de noviciado se entibió el fervor de don Querubin. Deja el hábito, y del nuevo partido que toma. Encuentra casualmente al licenciado Carambola.

Conversación que tuvieron. Determina volver a ser preceptor de algún niño, y qué fué lo que le hizo mudar de parecer.

LEVÉ CON gusto por espacio de seis meses el hábito de novicio, cumpliendo con fervor todas mis obligaciones y contando sin dificultad que pasaría el resto de mi vida en aquel convento. Quiso mi desgracia que el P. Teodoro tuvo precisión de dejar a Barcelona e ir a Madrid a ocupar el empleo de prior en el convento de su Orden. Para mayor mortificación mía, sucedió que me quedase al mismo tiempo sin el P. Serafín, que murió de un tabardillo que cogió a fuerza de acalorarse en exhortar a un alguacil enfermo para que tuviese una buena muerte.

Me afligí amargamente de verme sin estos dos religiosos. Privado de semejantes guías, que me conducían seguramente por el camino de la salvación, quedé entregado a mí mismo. Poco tardé en volver a sentir la tiranía de las pasiones, de que yo había creído estar libre; y fueron tan vivos los golpes que dieron a mi vocación, que ésta no pudo siempre resistir a ellos. No obstante, antes de que se rindiese, hice todos mis esfuerzos para sostenerla. Busqué socorro contra mi flaqueza, y discuriendo hallarlo en el trato con algunos novicios que me parecían firmes en su propósito, le dije un día a uno de ellos:

—¡Hermano, dichoso sois en haber olvidado el mundo y continuar vuestra carrera con tanto aliento! ¡Ojalá pudiera yo semejaros!

El novicio me respondió:

—Si vierais mi corazón, no envidiaríais mi suerte. Mis pa-

rientes me han hecho por fuerza ser fraile, y estoy reducido a hacer de necesidad virtud: juzgad ahora si puedo estar tan gusto con mi estado como pensáis.

Otro novicio me expresó que habiendo tomado el hábito de sentimiento de la muerte de una dama a quien amaba, conocía bien que ya estaba consolado; pero que había ratos en que le pesaba de no haberse valido de otro medio de olvidarla. Creo que si hubiese preguntado a todos los novicios hubiera hallado más de uno poco satisfecho de su estado. Como quiera que sea, me disgusté de la vida religiosa, y volviendo a coger mi traje de seglar, salí del convento, gozoso de verme otra vez en libertad, aunque sin dinero.

No dejé de hallarme algo perplejo sin saber qué determinar. No podía resolverme a volver a Alcaraz, porque ignoraba con qué cara me miraría doña Paula. Más quería renunciar al gusto de verla que ponerme a riesgo de que me recibiese mal, fuera de que yo no estaba muy seguro de volver a encontrar un amigo en don Manuel, ya casado.

No sabía, pues, lo que había de hacer, cuando de repente se me ofreció a la vista en la calle el licenciado Carambola, a quien no esperaba ver más en mi vida. Ambos nos quedamos suspensos de encontrarnos en la capital de Cataluña.

—¡Vos en Barcelona!—le dije, dándole un abrazo.

—Pues vos también estáis en ella—me respondió.

Conté entonces punto por punto lo que me había pasado, y para obligarle a que él me refiriese los sucesos de su vida desde nuestra separación, le dije:

—¿Por qué dejasteis la villa de Madrid y el niño bastardo confiado a vuestro cuidado? ¿Acaso su padre putativo os despidió por antojo?

—No—me respondió—; antes bien, yo fui el que me salí con fundamento de su casa, y ahora os diré el motivo. «Señor licenciado—me dijo un día aquel letrado—, yo estoy hecho a que me lean de noche algún libro para quedarme dormido, y sin esto no pudiera pegar los ojos. Mi lector ordinario ha caído malo; ¿queréis ocupar su lugar interin se pone bueno? Me complaceréis en eso.» «Con muchísimo gusto—le dije—, señor», no sabiendo yo el trabajo en que me metía; y desde aquella misma noche, así que se acostó, me senté a la cabecera de su cama, teniendo delante de mí una mesita, sobre la cual había un libro viejo en castellano, al que llamaban por excelencia en la casa *La adormidera del amo*, una lonja de jamón, pan, un vaso y un jarro de vino para que tomase fuerzas el lector. Cogí mi libro, y

apenas había leído algunas hojas, cuando mi letrado se durmió. Creyendo que estaba bien dormido, suspendí la lectura para tomar aliento, o por mejor decir, para echar un trago; pero él despertó al instante, por lo que me puse prontamente otra vez a leer. ¡Oh prodigio estupendo! Diez renglones de aquel libro admirable le sepultaron de nuevo en el sueño. Entonces, cogiendo con una mano el vaso y con la otra el jarro, me encajé un buen trago de vino de Lucena. Quise después comer un poco de jamón, discurrendo tener lugar para ello; pero me engañé, pues volvió a despertar tan pronto, que no pude satisfacer mi deseo. Sigo inmediatamente la lectura, dejo dormido ya al letrado tercera vez, y para que su sueño fuese más profundo, leí hasta tres hojas mortales. Después de haberle hecho tragar una dosis tan fuerte de opio, juzgué dormiría un buen rato; mas no fué así, pues despertó de nuevo al instante el desesperado, y viéndome con el vaso en la boca prorrumpió en decirme con aspereza: «¡Qué diablos, señor licenciado; no hacéis más que beber!» «Y vos, señor—le respondí—, no hacéis otra cosa que dormir y despertar. Desde mañana podéis buscar otro que os lea; yo no quiero emplear más tan enfadosamente mis pulmones, aunque me doblaseis el sueldo.» «Pues no obstante—dijo—, a eso os habéis de sujetar si queréis proseguir enseñando a mi hijo.» Viendo yo que de esta suerte me ponía en la mano la respuesta (ya sabéis la prontitud de genio de los vizcaínos), le repliqué con altivez. Nos desazonamos, y al día siguiente me fuí de su casa. Pasados algunos días—continuó el licenciado—, un amigo mío me propuso la enseñanza del hijo de un caballero catalán, y yo acepté el partido. Me presentó a su padre, quien me recibió y trajo de Madrid a Barcelona, en donde hace seis meses que estoy.

—¿Y os halláis contento?—le dije.

—Contentísimo—me respondió—. Los padres de mi discípulo son buena gente, y llevo traza de permanecer mucho tiempo en su casa. El niño ha entrado poquísimo ha en ocho años, y el padre y la madre adoran en él y le echan a perder por el ciego amor que le tienen. Haga la travesura que quiera, no hacen más que reír y le dejan pasar todo. Me han prohibido no solamente de pegarle, pero ni reñirle, de miedo de que se ponga malo apesadumbrándole. Y así, lejos de corregirle cuando lo merece, alabo lo que hace. En una palabra, incienso al ídolo, y con eso me va bien; de esa manera me hago querer de mi discípulo y de sus padres, quienes me estiman infinito.

Di la enhorabuena a Carambola de su venturosa suerte, y

después, habiéndonos dado un abrazo, nos separamos, ofreciéndonos volvernó a ver. Así que me aparté de él, me sepulté otra vez en mis reflexiones. ¿Qué partido tomaré, decía yo, para salir de la miseria en que me veo? Si tuviera mi manteo y mi sotana volvería a ponerme a preceptor. ¿Pero por ventura no puedo yo en este traje que ahora llevo hacer casi el mismo oficio? Para eso no tengo más que buscar alguna casa de señor donde se necesite de un ayo para gobernar a un señorito que quieren vea mundo. Semejante ministerio lo desempeñaré tan bien como el de preceptor.

Determinéme a tomar esta ocupación luego que la ocasión se presentase. No obstante, el cielo, que tenía otras miras conmigo, lo dispuso de distinto modo, y mudó de un golpe el semblante de mi fortuna con un suceso que yo no podía jamás esperar, y a que precedió un sueño tan extraño que no puedo menos de contarle.





CAPITULO VI

Del sueño que tuvo don Querubin y de la repentina mutación que hubo en su fortuna. Hereda una grande hacienda. Su inclinación a Narcisa.

SUÑÉ que estaba en la ciudad de Méjico en un cuarto magnífico, donde veía a mi hermano don César sentado en una silla poltrona, dictando su testamento a un escribano, que lo iba escribiendo. Había junto a él un arca de hierro, de la que, sacando talegos llenos de monedas de oro, me los enseñaba, diciéndome: «Mira, Querubín, querido hermano mío, este es el fruto de mi viaje y de las diligencias que he hecho en Indias para enriquecerme. Todos estos bienes te los dejo a mi muerte; tuyos son.» Después me hacía manejar doblones, que yo tocaba con tanto gusto, que desperté de alegría, creyendo que tenía en la mano un puñado de ellos.

Este sueño hizo en mí tal impresión, que me sentí enteramente agitado cuando desperté. En vez de no creer en él como debía, por ser una cosa fantástica, pensé seriamente que era un aviso secreto que me daba mi buen genio de alguna fortuna cercana. Esto puede suceder, decía yo, pues me acuerdo de todos los casos que he oído contar semejantes a éste; yo creo que hay sueños misteriosos, y si esto es así, el mío ha de ser ciertamente uno de ellos. Quizá mi hermano ha muerto y dejádome riquezas. Hízome tal fuerza este pensamiento, que si me hubiese hallado con bastante dinero me parece hubiera hecho la locura de ir a la Nueva España a recoger su herencia. Finalmente, continuando en dar crédito a este sueño, me levanté lleno de gozo, y con el presentimiento de una buena fortuna fui a pasearme por la ciudad.

Al tiempo de atravesar el mercado de Nuestra Señora del Mar vi cerca de la puerta de la iglesia del mismo nombre muchas personas que estaban leyendo con atención un cartel que

acababan de fijar. Dióme también la gana de leerlo, y así, metiéndome por entre la gente para acercarme, no fué poco lo que me sorprendió el ver que decía: *Habiendo venido de las Indias Occidentales a Sevilla don César de la Ronda con dinero y géneros, ha muerto en aquella ciudad dos días después de su llegada, lo que se avisa al público para los que tengan derecho a su herencia acudan a Sevilla a presentar los documentos, y se les entregarán sus bienes con arreglo al inventario que se ha formado en virtud de providencia de los señores jueces del comercio.*

Leí hasta cuatro veces el papel, no atreviéndome a fiarme enteramente de la relación de mis ojos. Sin embargo, no pudiendo ya dudar de mi dicha, entré en la iglesia a dar gracias a Dios por ella, y en mi oración no me olvidé de don César. Lloré su muerte; pero de manera que no se hubiera podido distinguir si mis lágrimas eran señales de sentimiento o de gozo. Sólo en mí consistiría el decir, para alabar mi buen corazón, que lo que únicamente me movió a verterlas fué el fallecimiento de mi hermano; pero además de que podrían dudar de mi sinceridad, yo no soy amigo de mentir, y así confesaré ingenuamente que lloré a don César como un buen hermano menor llora al mayor que le deja rico.

Lo que me daba pesadumbre era que necesitaba dinero para ir a tomar posesión de los bienes que el cielo me enviaba tan oportunamente y me hallaba sin un cuarto. Había salido del convento con los bolsillos vacíos, y viéndome sin recursos, era muy lastimosa mi situación, no obstante de ser un heredero rico. A fuerza, sin embargo, de discurrir, me ocurrió un arbitrio que me pareció seguro para tener con que hacer el viaje de Sevilla, que fué acudir a mi huésped Jerónimo Moreno, pintándole el apuro en que me veía; y como éste era de buena índole, honrado y amigo de hacer un gusto, me dijo:

—No os aflijáis por eso, don Querubín, que a Jerónimo Moreno no le falta, a Dios gracias, dinero que prestar a un hombre de bien. Si os bastan cincuenta doblones para ir a Sevilla, los tengo para servirlos. Vos me parecéis un mozo de vergüenza y os prestaré cuanto es mío, sin más seguridad que vuestra palabra.

Di gracias a mi huésped de la oferta que me hacía, y se la admití. Entregóme cincuenta doblones, de los que le firmé un vale, y de allí a dos días me embarqué en un navío genovés que iba a Sevilla. Había a su bordo muchos pasajeros, y entre ellos un mercader de Tortosa, ya viejo, a quien el interés de su co-

mercio llevaba a Andalucía. Tomé conocimiento con este catalán, y la simpatía que se halló entre los dos ocasionó una amistad que llegó a tal punto de estrechez que cuando entramos a Sevilla, me dijo:

—No nos separemos; yo sé un paraje donde estaremos bien, y los amos son bella gente.

Condescendí en ello, y ambos fuimos a hospedarnos a la calle de la Lonja, en la posada del Papagayo.

El dueño de ella, su mujer y su hija me parecieron alegrarse tanto de volver a ver al mercader de Tortosa, que yo me hice bien cargo de que se conocían mucho tiempo había.

—Aquí tenéis—les dijo—a un caballero que os suplico miréis como a mi misma persona.

—Basta—le respondió muy cortésmente el huésped—que este caballero sea vuestro amigo para que merezca todas nuestras atenciones.

La huéspeda, cuya edad sería de cuarenta años, y que no desmentía la fama que las mujeres de Sevilla tienen de ser halagüeñas y amigas de que las quieran, no pudo menos de añadir a la respuesta de su marido que un caballero tan gallardo como yo debía estar cierto de que se le trataría con todo el cuidado posible.

Llegada la hora de la cena, el huésped, llamado el maestro Gaspar, nos preguntó si queríamos cenar solos.

—No, no—le respondió el viejo catalán—; cenaremos con vos y vuestra amable familia, porque gustamos de compañía.

Nos pusimos, pues, a la mesa con el huésped, la huéspeda y la joven Narcisa, su hija, la cual, además del bello resplandor de la mocedad, tenía unas facciones de rostro proporcionadas, el semblante risueño y los ojos tan vivos que convidaban a mirarla; y así fué que durante la cena tuve muchas veces puestos en ella los míos. Por su parte, no anduvo escasa en las miradas, echándome algunas que me dieron mucho en qué pensar. Parecióme traslucir en ella un deseo de agradarme que obró prontamente su efecto. Turbéme, me sentí agitado de un impulso afectuoso y mi corazón se encendió todo de un golpe por la bella Narcisa.

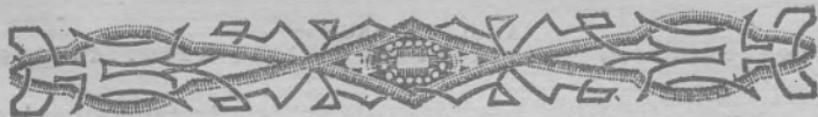
El mercader de Tortosa, que quizá lo echó de ver y quiso favorecer mi pasión reciente con fingir que yo era un hombre opulento, habló del asunto que me había llevado a Sevilla. Con esto deslumbró al padre y a la madre y fué causa de que la hija aumentase sus miradas propicias. El maestro Gaspar ofreció servirme, y me propuso el ir con él al otro día a ver un

letrado conocido suyo, cuya principal ocupación era hacer administrar justicia a los forasteros que iban a Sevilla a dependencias de comercio.

—Este sujeto—prosiguió—os dirá el modo con que os habéis de gobernar para que no os engañen, o por mejor decir, si queréis, él se encargará de practicar todas las diligencias necesarias en el asunto, y saldréis de ello, mediante una corta muestra de agradecimiento, porque es un hombre muy desinteresado.

El viejo mercader me aconsejó que admitiese la propuesta del huésped, lo que hice sin detención; y después, siendo ya tiempo de acostarse, nos retiramos el catalán y yo a los cuartos que nos habían dispuesto, que, para ser de posada, eran bastante decentes. Metíme en la cama, en la que me ocupé, desde luego, en contemplar las gracias de Narcisa antes que en la fortuna brillante que estaba inmediato a gozar; pero boriándosese después la imagen de la hija de Gaspar con la consideración de las riquezas, me quedé dormido pensando en el oro y en la plata.





CAPITULO VII

Va don Querubín a Salamanca y vuelve a Sevilla con sus papeles. Entréganle la herencia de su hermano. De las honras que hace celebrar por su alma. Resulta de su inclinación a Narcisa.



la mañana siguiente, mi huésped, para hacerme ver que era hombre de palabra, me llevó a casa del jurisconsulto de que me había hablado, y al presentarme a él le dijo:

—Señor don Mateo, este es un caballero que tengo en mi posada. No entiende muy bien de negocios y necesita de vuestros consejos.

Oído esto por el licenciado, me preguntó con gravedad qué dependencia me llevaba a Sevilla, y habiéndole enterado de ella, me dijo, después de tomar un polvo:

—Es preciso tener vuestra fe de bautismo en debida forma y una certificación de que sois hermano del dicho don César de la Ronda, que poco ha murió en esta ciudad. No perdáis tiempo; marchad al instante a Salamanca a buscar estos documentos; traédmelos, y contad con que yo haré os entreguen inmediatamente la herencia de vuestro hermano, a pesar de cuantas trampas quieran hacer para dilatar su entrega.

El vivo deseo que yo tenía de hallarme provisto de los papeles necesarios para sacar de entre las uñas de la justicia de Sevilla los bienes que me correspondían no me dejó diferir mi marcha más tiempo del preciso para disponerla, y me hizo andar tan diligente, que al cabo de pocos días me vieron volver con mi fe de bautismo y certificaciones, así del corregidor como de los demás jueces de Salamanca; de manera que nadie podía negar que yo era hijo de mi padre, y de consiguiente, hermano del mencionado don César. Por eso, luego que don Mateo hubo examinado mis papelotes, exclamó como fuera de sí:

—¡Por vida mía que son estos unos instrumentos incontestables! Además—me dijo—, os participo que durante vuestra ausencia he hablado a los jueces del comercio, los cuales me

han dicho que vuestro hermano otorgó su testamento el día antes de morir, y que en él os deja por heredero universal; de suerte que en breve seréis dueño de sus bienes, o no quiero jamás tomar a mi cargo ningún asunto, por bueno que lo considere.

Pareciéndome digno de mi confianza este letrado, me puse enteramente en sus manos, y no me pesó, pues en tres semanas me hizo entregar todos los efectos de don César, los cuales consistían en barras de plata, en doblones de oro y en géneros de salida. Para decir las cosas como pasaron, no dejó de costarme mucho para arrancar estas riquezas de mano de los depositarios, y no se me entregaron sino después de tantas formalidades, que se puede decir que los dependientes de la justicia fueron mis coherederos. Sin embargo, a pesar del jugo que estos zánganos sacaron de mis mercancías, de haber recompensado decentemente a mi letrado y de pagar una infinidad de derechos, todo contado y todo deducido, me hallé con el valor líquido de más de ochenta mil ducados.

¡Qué dicha la mía! El primer uso que hice de tan buena fortuna fué dar señales públicas de mi gratitud a la memoria de mi hermano: dispuse se celebrasen honras por el descanso de su alma en todas las iglesias de Sevilla. Hice al clero, tanto secular como regular, que rogasen a Dios por él. Finalmente, di a conocer que don César de la Ronda no había escogido por heredero un mal hermano. Luego que cumplí con lo que debía a sus cenizas, pensé en mis negocios. Vendí mis géneros, y deposité su importe, por consejo del mercader de Tortosa, en poder del señor Abel, hacendado que tenía fama de ser el más seguro cambista que había entonces en Sevilla.

Mientras yo arreglaba así mi caudal, el maestro Gaspar, en cuya casa me mantenía siempre hospedado con el viejo catalán, me trataba con mucho agasajo, como también su mujer, y por su parte, la bella Narcisa no cesaba de manifestarme con dulces miradas su afecto. El mercader, por otro lado, me ponderaba continuamente el mérito de esta muchacha, alabándome su entendimiento y buen genio, sin olvidar su virtud. Yo bien veía adónde quería ir a parar. Estaba deseando tanto como el huésped y la huéspeda que me diese gana de casarme con esta amable persona, de quien era padrino, y tal vez algo más. Yo me hallaba bastante dispuesto a hacer esta locura, y aun creo que la hubiera hecho a no haber tenido la dicha de evitarla en fuerza de una noticia que me dieron, y que contaré en el capítulo siguiente.



CAPITULO VIII

Don Querubin encuentra a Mileno. Qué es lo que éste le cuenta, y noticia que le impide casarse con la hija del maestro Gaspar, por cuyo motivo se marcha de Sevilla con tanta precipitación como si hubiera cometido algún delito.



s constante que yo me hallaba enamorado de Narcisa, y que discurriendo era el único a quien ella quería, estaba determinado a pedírsela inmediatamente a su padre; pero dió la casualidad de encontrar a Mileno, que yo creía estaba todavía sirviendo a Pedrilla.

—¡Hola!—le dije—. ¡Tú por aquí, querido Mileno! ¿Está acaso en Sevilla don Manuel?

—Ya no estoy con él—me respondió—. Los dos nos separamos por una desazón que tuve con su cocinero por la doncella de doña Paula: El cocinero y yo estábamos muy prendados de la mozueta, tomamòs celos uno de otro, reñimos, le sacudí una estocada y puse al instante tierra por medio. He venido a Sevilla, donde tengo la honra de servir a un amo que, ayudado del ministerio de una oficiosa vieja y del mío, visita de secreto a la hija de un posadero.

Estas últimas palabras me hicieron temblar de pies a cabeza, y así, todo inmutado, le pregunté a Mileno si sabía el nombre del posadero.

—El maestro Gaspar—me respondió—, y su hija se llama Narcisa. Vos a la cuenta la conocéis—añadió—, pues mudáis de color al oírla nombrar. ¿Os interesa algo esa mujer?

—Más de lo que puedes pensar, Mileno—repliqué yo—. Estoy enamorado de esa pérfida hermosura y me haces un buen servicio en darme un aviso del cual te aseguro me aprovecharé.

—A haber sabido—me dijo—que teníais ánimo de dar la mano a Narcisa, me hubiera guardado bien de revelaros la in-

clinación que tiene al licenciado don Blas Mujerillo, mi amo. No debe causarse perjuicio a nadie, y sentiría que mi noticia os impidiese casaros con una muchacha preciosa, a quien no se le puede echar otra culpa que la de un leve galanteo.

—Mileno—repliqué yo—, hazme el favor de no gastar conmigo esas malas chanzas, y sigue sirviendo tan honradamente a tu casto amo. Dame noticias de don Manuel. ¿Se casó con doña Clara?

—No por cierto—respondió—. Ya veo que no sabéis que cuando volvió de Barcelona a Alcaraz supo que esta señora estaba en un convento de religiosas en Ninaterra, y que allí había tomado el hábito; de modo que, según todas las apariencias, ya la puede contar por perdida para él.

—¿Y en qué estado—repliqué—has dejado a doña Paula?

—En el de una muchacha—me respondió—que se hubiera alegrado muchísimo de llevar con vos el yugo de himeneo, y que creyéndose precisada a renunciar a esta esperanza, ha tomado aborrecimiento al matrimonio y no quiere que le hablen más de él.

Yo quería tener una conversación más larga con Mileno, pero me fué imposible detenerle. Me dejó de repente diciendo:

—Adiós, señor don Querubín; perdonad si no me estoy más tiempo con vos; tengo prisa. Mi amo da esta noche de cenar a cinco o seis amigos suyos, y voy a la pastelería para que dispongan una cena digna de su apetito.

Después de haberse marchado Mileno, empecé a hacer muchas reflexiones. Por vida mía, dije para mí, que hay fisonomías que engañan fuertemente. ¿Quién no hubiera creído como yo que Narcisa era honesta y recatada? ¡En verdad que me he escapado de buena! Después, volviendo el pensamiento a don Manuel, y compadeciéndole de que hubiese perdido una novia tan apreciable como doña Clara, le acompaña en su sentimiento. Si yo estuviera ahora, decía, en Alcaraz, le serviría de gran consuelo. ¿Pues quién me quita el ir allá? El consolar a un amigo y el interés de mi sosiego todo me estimula a hacer el viaje. Aunque Narcisa no merece mi cariño, conozco que me retienen sus atractivos, y para olvidarla necesito volver a ver a doña Paula. Finalmente, todas mis reflexiones vinieron a parar en determinarme a tomar cuanto antes el camino de Alcaraz. Salí de oculto de Sevilla; pero al marchar escribí a la hija del maestro Gaspar un billete en que le decía que, viéndome precisado a apartarme de ella por algún tiempo, había dejado al licenciado Mujerillo el cuidado de consolarla durante mi ausencia.



CAPITULO IX

Llega don Querubín a Alcaraz, y en qué estado encontró a don Manuel de Pedrilla y a doña Paula, su hermana. De lo bien que le recibieron. Renuévase su amor a la hermana de don Manuel.

DESPUÉS de haber mal comido, tenido mala cama en las posadas del camino y estado muy aburrido durante seis días, llegué a Alcaraz. Fui a apearme en casa de Pedrilla, quien creyendo ver una fantasma cuando parecí delante de él:

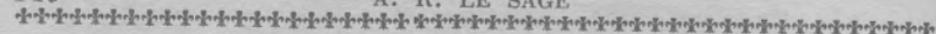
—¿Es acaso—exclamó—ilusión, o es don Querubín de la Ronda el que veo?

—Sí, amigo—le respondí—, el mismo es. Yo soy a quien dejasteis en Barcelona en un hábito que mi flaca virtud no me ha dejado llevar hasta el fin de mis días.

Con este motivo le conté de qué modo se había entibiado mi fervor, y que no había podido concluir el noviciado.

—No llevéis a mal—me dijo él entonces—que, pues somos amigos, os dé quejas de no haberme escrito el estado en que os hallabais. ¿No sabéis que entre españoles es ofender a un amigo el no acudir a él cuando se necesita de su bolsillo o de su espada? Para reparar vuestra culpa, lo que habéis de hacer es vivir siempre conmigo y ser dueño de la mitad de mi hacienda. No os pido otra cosa en agradecimiento sino el que estéis persuadido a que vuestro infeliz estado no cansará jamás mi amistad, y os diré además que habiéndocs prometido la mano de mi hermana, os renuevo la promesa. Conserva todavía el afecto que os profesaba antes de vuestra ida a Barcelona, porque no imaginéis que por haberos ausentado de ella habéis perdido el lugar que ocupabais en su corazón. Ha llorado vuestra inconstancia, pero no se ha quejado de vos.

Yo no pude oír hablar de esta suerte a Pedrilla sin enternerme, y estrechándole entre mis brazos exclamé:



—¡Ay, querido don Manuel, qué dichoso soy en tener un amigo tan perfecto como vos! ¡Y cuánto me halaga el saber que puedo aspirar todavía a casarme con doña Paula! Mi alegría es mayor por cuanto no estoy en el estado de necesidad que pensáis. Tengo más de ochenta mil ducados que ofrecerla juntamente con mi persona.

—¿Cómo es eso—interrumpió don Manuel—que la fortuna ha derramado sobre vos tantos bienes en tan poco tiempo?

Entonces referí a mi amigo lo que me había sucedido después de salir del convento, y mi relación le causó tanto gusto, que me llevó inmediatamente al cuarto de su hermana, a la cual, al entrar, la dijo lleno de alborozo:

—¡Paula, una grande noticia te traigo! Ve aquí a don Querubín de la Ronda, que vuelve a ti más enamorado que nunca.

—Así es, señora—la dije—; el amor me conduce otra vez a vuestros pies. Contento el cielo de los esfuerzos que he hecho para desasirme de vuestros atractivos, os devuelve un amante que él no ha querido quitaros.

—Yo os perdono esos esfuerzos—me respondió sonriéndose—; no habéis ofendido por eso mi altivez, y respetando muchísimo la causa de vuestra mudanza, no hay en mí motivo de queja.

—Uno y otro sois felices—expresó mi amigo—y llegáis al punto de coronar vuestros deseos: pero yo, miserable juguete de la fortuna, he perdido la esperanza de que sea mía doña Clara. Acabo de saber que ha profesado y que la cruel me deja el penoso trabajo de olvidarla. Querubín—añadió—, vos no aguardabais semejante novedad.

—Ya la sabía—le respondí—, pues Mileno, a quien encontré en Sevilla, me lo contó todo. He sentido amargamente vuestras penas; pero espero que acompañándoos en llevarlas ayudaré a que se alivien.

Quedé, pues, encargado de dos cuidados: de consolar al hermano y de festejar a la hermana; y desempeñé tan bien las dos cosas, que alivié el pesar del uno y aumenté la pasión de la otra. Es verdad que se acrecentó la llama de doña Paula: ella por su lado resucitó la mía y la volvió su primera actividad.



CAPITULO X

Por qué casualidad tiene don Querubín noticias de su hermana doña Francisca, y qué impresión le causaron. Cásase con doña Paula, y honras que le hacen.

Yo pasaba muy divertido el tiempo con los más gallardos mozos de Alcaraz, esperando llegase el momento de ser el feliz esposo de doña Paula, cuando estando una noche en una de las casas principales de la ciudad vi entrar un hombre alto y seco, a quien los circunstantes hicieron al instante muchos cumplimiento. Reparé en él, y caí inmediatamente en que era don Dionisio Langaruto, aquel caballero del hábito de Santiago a quien yo había visto en Madrid en casa de mi hermana. Conocióme él también al punto, y llegándose a mí con los brazos abiertos, me dijo:

—¿Me permite el señor don Querubín que le dé un abrazo? Me alegro en el alma de volverle a ver.

Por no quedarme atrás en materia de atención con este caballero, le manifesté un regocijo igual al suyo, y Dios sabe, no obstante, hasta qué término nos era indiferente a ambos este encuentro.

Cenamos juntos en aquella casa, y como éramos diez o doce de mesa, y la conversación no siempre podía ser entre todos, cada convidado se ponía a hablar quedo de cuando en cuando con el de su lado. Como yo estaba junto a don Dionisio, nos hablábamos muchas veces en voz baja.

—Señor don Querubín—me dijo—, os aseguro que me ha causado el mayor sentimiento la desgracia sucedida a don Pedro Retortillo vuestro cuñado.

Sorprendido de lo que me decía, le pregunté qué desgracia era aquélla.

—¿Pues qué?—replicó—. ¿No sabéis que estando don Pedro

en la caza hace tres meses cayó del caballo y se lastimó de modo que no vivió luego ni dos horas?

—Nada sabía—le respondí—, y no os admiréis de ello, pues estoy mal con mi hermana después que se casó con don Pedro, y desde entonces no nos tratamos. Pero, señor don Dionisio—añadí—, decidme, os suplico, si es cierto lo que acabáis de contarme.

—No lo dudéis—me respondió—; esta desgracia le sucedió a vuestro cuñado cerca de Cuenca, en su quinta de Villardesaz, adonde se había retirado con su mujer pasados algunos días después de casados.

Turbóme de tal manera semejante noticia, que no hice más que pensar en ella lo restante de la noche hasta acostarme. Mi hermana, a quien yo no creía mirar sino con indiferencia, me ocurrió al pensamiento de un modo por el que conocí que todavía la quería. Como el motivo de nuestra discordia había ya cesado, la sangre recobró fácilmente sus derechos.

Así que volví a ver a don Manuel, le informé del funesto suceso que me había referido don Dionisio, y en seguida le manifesté mi deseo de saber en qué estado se hallaban entonces los asuntos de mi hermana.

—No tengo yo menos ganas que vos de informarse de lo mismo—me respondió mi amigo—. Irems, si gustáis, al alcázar de Villardesaz a consolar a aquella hermosa viuda de la muerte de su esposo, y al mismo tiempo volveremos a ver a Ismenia, que creo se mantiene con ella; pero soy de parecer—añadió—que dejemos este viaje para después de vuestra boda.

Consentí en esta dilación con tanto mayor gusto cuanto deseaba mucho ser cuñado de don Manuel de Pedrilla.

Hicieron, pues, magníficos preparativos para mi casamiento, y di la mano de esposo a doña Paula, que unió tan contenta su suerte con la mía, que hizo perfecta mi felicidad. Por espacio de quince días todo fué músicas, bailes y banquetes. Aun cuando hubiese yo sido un gran señor, no creo que mi matrimonio se hubiera celebrado con más fiestas y regocijos.



CAPITULO XI

Con qué caballero hizo conocimiento don Querubin, y sus resultas. Marcha con don Manuel al alcázar de Clevillente, y lo que allí vió.



DE los caballeros mozos que asistieron a mi boda hubo uno especialmente que me llenó, por su aspecto noble y agradable. Luego que le vi, pregunté a don Manuel quién era aquel bizarro caballero. —Se llama—me dijo—don Gregorio de Clevillente.

Al oír este nombre mudé de color y me turbé, no dudando de ninguna manera que el tal caballero era el seductor de mi hermana Francisca. Sin embargo, disimulé mi agitación delante de Pedrilla, quien prosiguió de esta suerte:

—Vuelve de Calatrava y pasa por Alcaraz para restituirse a su alcázar, que está cerca de Alicante. Me alegro muchísimo de haber hecho conocimiento con él, pues me parece un caballero de todas prendas.

Si don Gregorio gustó a don Manuel, no agradó menos don Manuel a don Gregorio, quien se detuvo quince días en Alcaraz, en los cuales se hicieron tan amigos estos dos caballeros, que al principio tuve mi poco de envidia; pero ésta no pudo resistir a las demostraciones atentas con que se adelantó Clevillente para granjear mi amistad; de modo que olvidando yo cuanto podía oponerse a ella, correspondí sinceramente a las muestras afectuosas que me manifestó. Este caballero, al expresarnos la víspera de su partida el sentimiento que le causaba dejarnos, nos convidó a ir con él a su alcázar por algunos días, y nos instó tan fuertemente, que admitimos la oferta. Marché, pues, al alcázar de Clevillente, no porque me fuese gustoso el ver un paraje que el hermano de mi hermana no podía mirar sin pesadumbre, sino impelido de una secreta inspiración del cielo, que quería por medio mío cumplir sus designios.

El primer objeto que se ofreció a mi vista fué un muchacho de diez a doce años que vino a arrojarle en los brazos de don Gregorio, quien, habiéndole hecho muchísimas caricias, nos le presentó diciendo:

—Veñ aquí el fruto de mis primeros amores.

Nos pareció el niño muy lindo; abrazámosle don Manuel y yo, y dimos el parabién a su padre de tener un hijo de tan bella esperanza. Clevillente se mostró agradecido a nuestros cumplimientos, y nos dijo:

—Este chico le quiero tanto más cuanto nació de una madre de cuya pérdida no me puedo consolar.

Dicho esto, dió un suspiro que yo aprobé, con ánimo de moverle a que nos contase una historia en la cual me recelaba tuviese parte mi hermana.

—Señor—le dije—, es cosa bien triste el verse arrebatado por una muerte temprana un objeto amado.

—La persona de quien lloro la pérdida—interrumpió—no ha muerto; a lo menos no lo creo; pero hace diez años que desapareció repentinamente de este alcázar, y por más averiguaciones que he hecho, no sé de su paradero.

—Vos nos dais en lo que decís—dijo don Manuel—una grande idea de los atractivos de esa dama. Muy peregrina sería cuando al cabo de diez años os complacéis todavía en acordaros de ella.

—No era—respondió—una hermosura perfecta; pero lo cierto es que tenía tanta gracia en su cara, que no se podía mirarla sin aficionarse a ella. Vosotros mismos lo juzgaréis—añadió—si queréis venir conmigo.

Después de esto nos llevó a su cuarto, en donde, entre otros retratos, estaba el de mi hermana, tan parecido a ella, que lo conocí inmediatamente; y la única diferencia que en él encontré fué que la copia manifestaba un vivo lustre de juventud que el original empezaba va a perder.

—Este es—nos dijo Clevillente, señalando con el dedo el retrato—el rostro de la madre de Paquito. ¿No tengo razón para sentir la pérdida de una mujer tan hermosa?

Yo disimulé que reconocía a mi hermana en aquel retrato; no obstante, quedé persuadido a que Paquito era hechura suya. No puedo, decía yo para mí, dejar de creerlo, aunque ella no me habló palabra de este hijo bastardo cuando me contó sus aventuras: juzgaría ella conveniente callar este pasaje, creyendo con semejante silencio hacer menos reprehensible su historia. Después, mudando de pensamiento, puede ser, añadía yo, que

este hijo natural sea de alguna otra dama a quien Clevillente haya engañado como a doña Francisca.

Para saber mejor a qué atenerme, haciéndole hablar a don Gregorio, le dije:

—Tenéis con efecto razón para estar afligido de haber perdido una belleza tan atractiva; pero decidme cómo pasó el caso. ¿Os dejó ella por inconstancia, o la disteis motivo para estar quejosa de vos?

—¡Ay!—me respondió con tristeza—. Yo fui la causa de nuestra separación, yo soy el culpable, y así no encuentro consuelo. Si doña Francisca me hubiera abandonado por ligereza, mucho tiempo ha que la hubiera olvidado; pero como conozco lo mal que procedí con ella, no puedo por eso borrarla de la memoria. Confieso—prosiguió—que no puedo imputar su culpa sino a mi falta de palabra. Cuando la saqué robada de un colegio en que estaba de pensionista, la prometí y juré ser su esposo, y ella se rindió, no tanto a la violencia de mi amor como a este juramento. Sin embargo, lejos de cumplirla esta palabra, la tuve entretenida, la engañé y apuré, en fin, su paciencia. Después de un año de estancia en este alcázar, huyó, sin que bastase a detenerla un niño recién nacido que me dejó, para que su vista fuese un reprensor continuo de mi deslealtad. Hice—prosiguió don Gregorio—buscar por todas partes a Francisca luego que supe su fuga; pero las personas a quien di el encargo lo desempeñaron tan mal, que no averiguaron cosa ninguna acerca de ella. Desde entonces vivo sin sosiego, y no se me aparta de la imaginación Francisca, y su imagen vengativa me persigue día y noche. Me parece que la veo y que la oigo lamentarse de haberme creído y hacer muchas imprecaciones contra mí.

—Puede ser—le dije a Clevillente—que no la pintéis cual es; puede ser que no acusándose ella sino a sí misma de su desgracia, la memoria del afecto que os tuvo la haga prorrumpir en lágrimas; y puede ser, por último, que reinéis todavía en su corazón, sin embargo de vuestra ingratitud.

—¡Ah! Si yo lo creyese así y supiese donde está, iría a detestar a sus pies la perfidia de que he usado con ella. No hay que hacer; iría a buscarla, aun cuando estuviese en la parte más remota de la tierra.

—No necesitaríais—le repliqué—de ir tan lejos si estuvierais verdaderamente dispuesto a reparar con el matrimonio la ofensa mortal que habéis hecho a su honra y la afrenta causada a su familia.

—¡Qué oigo!—me dijo suspenso don Gregorio—. ¿Será posible que conozcáis a la dama representada en ese retrato?

—No lo dudéis—le respondí—, y aun don Manuel también la conoce.

Oído esto por Pedrilla, se puso a mirar el retrato con más cuidado, y descubriendo en él las facciones de mi hermana:

—¿Qué es lo que veo, amigo?—me dijo turbado—. No me atrevo a declararos mi pensamiento, y más quiero creer que los ojos me engañan en esta ocasión.

—No, no—le repliqué—; lo que os dicen es cierto. Doña Francisca, a quien conocéis con el nombre de Basilisa, es el original de esta pintura. Clevillente engañó a mi hermana, y él mismo me lo ha confesado. La robó en Cartagena de un colegio en que estaba de pensionista, y la condujo a este alcázar. El honor pide que yo tome satisfacción de este atentado; pero una vez que doña Francisca está viuda, hay un medio más suave para repararlo.

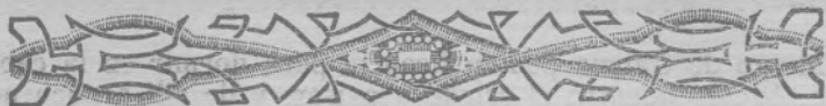
—A vista de las muestras de honradez que acaba de dar don Gregorio—dijo entonces don Manuel—, estoy persuadido a que su más vivo deseo es el casarse con doña Francisca.

—No es otra mi intención—exclamó Clevillente—, y os deben servir de fiadores los remordimientos que hace diez años me atormentan. Decidme solamentē en qué paraje de España reside esta dama, que voy volando en busca suya.

—Yo mismo quiero conducirlos allá—le dije—para ser testigo del gozo que ambos tendréis en volveros a ver. Discurso que don Manuel no se negará a acompañarnos.

—Así es—respondió Pedrilla—. Yo tengo también mis motivos para hacer este viaje, además de la condescendencia que tenéis derecho a esperar de mi amistad.





CAPITULO XII

Del viaje que los tres caballeros hicieron al alcázar de Villardesaz. Disfrázanse de peregrinos para entrar en él. De qué suerte fueron recibidos. Conversación singular de un criado de doña Francisca. Sorpresa inesperada que experimentó ésta. Reconócense.



Todos tres tomamos, pues, inmediatamente la determinación de ir al alcázar de Villardesaz, en donde juzgué que mi hermana estaría todavía. Dispusimos nuestra marcha acompañados de tres criados, montados, igualmente que nosotros, en mulas, y nos pusimos en camino para Cuenca, adonde llegamos en menos de seis días.

Así que estuvimos en esta ciudad, nos pareció a propósito detenernos, a fin de informarnos de lo que deseábamos saber; esto es, de lo que pasaba en el alcázar de Villardesaz, que sólo está distante de allí tres cuartos de legua. Averiguamos ser verdad que el señor don Pedro Retortillo había muerto de la caída del caballo en una cacería, y que apesadumbrada todavía su viuda de su muerte, pasaba una vida triste en el alcázar, sin tener más consuelo que el de una señora amiga suya que habitaba en su compañía. Don Manuel se estremeció de gozo luego que oyó hablar de esta amiga, no dudando en manera alguna ser Ismenia, a quien no menor contento tenía de ver otra vez que don Gregorio de volver a encontrar a su querida Francisca.

Estando todos tres formando consejo acerca del modo con que iríamos a presentarnos a aquellas dos damas, me ocurrió un pensamiento extravagante que mis compañeros aprobaron, y resolvimos poner por obra. Hicimos hacer tres vestidos de peregrinos, y en este traje, después de haber dejado a nuestros criados en Cuenca, llegamos a la entrada de la noche al alcázar de Villardesaz. Llamamos a la puerta, y dijimos al criado que vino a abrirnos que tres peregrinos aragoneses que iban

a Santiago de Galicia pedían licencia para dormir en la caba-
lleriza. Volvió adentro el criado a avisar, y de allí a poco nos
trajo la respuesta de que su ama consentía en ello, y en se-
guida, habiéndonos hecho entrar, nos llevó hasta lo último de
una sala baja, donde había alguna paja y un candil colgado en
la pared, en un rincón.

—Amigos—nos dijo—, cuando pasan por aquí algunos pe-
regrinos, lo que sucede con bastante frecuencia, los hacemos
dormir en esta sala. No estaréis aquí mal, y como discurro no
os faltará gana de comer, voy a traer con que satisfacerla, por
donde veréis que en este alcázar no se hacen las cosas a med-
dias.

Dicho esto, se marchó, dejándonos la libertad que necesitá-
bamos para ceder a la tentación de risa que nos dió de notar el
hospedaje que se nos daba. Con efecto, era cosa bastante gra-
ciosa el ver tratar así a unos peregrinos como nosotros, y esto
nos divertía infinito. Estábamos esperando que volviese el mis-
mo criado, y no era poca mi curiosidad de saber en qué consis-
tiría la cena con que nos querían regalar, cuando al cabo de
un cuarto de hora vino con una cesta llena de pan, queso y ce-
bollas. Acompañábale otro criado con un jarro grande de vino
de la Mancha; y llegándose a nosotros, nos dijo con aire ri-
sueño:

—Aquí os traigo que comer para que toméis nuevas fuerzas.
Llenad bien la barriga, porque tripas llevan piernas.

Pareciéndonos éste un mozo despierto que no deseaba sino
hablar, le hicimos todos tres, cada uno a su vez, varias pre-
guntas, a las cuales respondió como criado prudente y afecto
a su amo. Dímosle pie para que nos contase el desastre de don
Pedro, lo que hizo menudamente, sin callar la más leve circuns-
tancia:

—Y a la señora, su esposa—le dije después—, ¿le ha sido
muy sensible su muerte?

—Todavía la está sintiendo—me respondió—. Nunca hubie-
ra creído que una mujer pudiese llorar tanto tiempo a su ma-
rido.

—¿Conque, según parece—le dijo don Gregorio—, vuestro
amo era una persona muy amable?

—No mucho—replicó el criado—, porque además de tener
bastante mal genio, era celoso, regañón y estaba lleno de ca-
prichos. Sin embargo, a pesar de todo esto, tenía un cierto no
sé qué con que se hacía querer de mi ama.

—¿Y qué, no hay nadie que procure consolar a esta bella viuda?—dijo don Manuel.

—Sí, señor—replicó el criado—, pues además de que la señora Ismenia la espanta su pena, viene casi todos los días a verla un caballero de Cuenca que me parece a propósito para aliviar los pesares de la viudez. Se llama don Simón de Romeral, y no dudo de que tiene gana de suceder al señor don Pedro, lo cual no es ninguna cosa imposible. De unos días a esta parte me parece que la señora no está tan afligida como acostumbra, ya sea porque hayan hecho efecto en ella las palabras de Ismenia, o ya porque don Simón empiece a parecerla bien.

La relación de este criado me hizo recelar que hubiésemos llegado demasiado tarde, y que don Simón se hubiese hecho ya dueño de la voluntad de Francisca. Siendo esto así, decía yo interiormente, puede que mi hermana no lleve a bien el cuidado con que miro su honra. No la gustará volver a ver a su primer amante, si actualmente está prendada de otro. Don Gregorio hacía casi las mismas reflexiones, y uno y otro empezáramos a dudar del feliz éxito de nuestra peregrinación.

A fuerza de preguntar al criado, que no era lerdo, le dimos en qué sospechar de nosotros.

—Señores—nos dijo, meneando la cabeza—, ustedes me tienen traza de ser unos sutiles peregrinos. Ustedes pienso no son ningunos vagabundos, como la mayor parte de los que visten ese traje, y vuestro aspecto denota enteramente que sois personas de forma, que os habéis disfrazado de esa suerte para representar alguna comedia, y quizá habéis escogido para teatro este alcázar. Si se necesita—añadió—un papel de cuarto en ella, os ofrezco mi habilidad.

Cogímosle la palabra, y viendo que podría sernos útil, nos descubrimos con él, y para moverle más a servirnos le dimos veinte doblones, por donde vino en conocimiento que no había hecho un juicio equivocado de nosotros, y enamorado de nuestro proceder con él:

—Señores—nos dijo—, manden ustedes a Clarín, su criado, que al instante serán obedecidos. ¿Cuál es vuestra intención y qué puedo yo hacer por ustedes?

—Conocemos—le dije yo—al ama de este alcázar y a su amiga. Hace ya mucho tiempo que no las hemos visto, y tenemos la humorada de presentarnos a ellas a ver si nos conocen en este disfraz. Id—proseguí—y decid en secreto a doña Francisca que si desea saber noticias de don Querubín de la Ronda hay aquí un peregrino que podrá contentar su curiosidad.

—Si no me pide usted más que eso—respondió Clarín—, poca cosa es, y en breve haré el encargo.

Con efecto, habiéndose marchado, volvió de allí a corto rato, diciéndome:

—Venga usted conmigo, pues mi ama os quiere hablar.

Acompañóme a un cuarto muy hermoso, en donde estaba mi hermana sola con Ismenia, y las dos me conocieron al punto.

—¡Ay, hermano—exclamó ella—, qué sorpresa tan gustosa es para mí el volverte a ver! Pero, ¿por qué te presentas a mí en esa vestimenta?

—Hermana—la respondí—, tu admiración de verme de esta forma cesará cuando sepas el motivo de mi peregrinación; pero déjame manifestarte antes lo que he sentido la desgracia del señor don Pedro. Como no ignoro la amarga pena que te causa la muerte de tus maridos, vengo a acompañarte en tu sentimiento.

Con estas palabras renové el dolor en la viuda, la cual echó a llorar. Creí que iba a dar nuevas muestras de aflicción, y contaba con tener que aguantar la tempestad; pero, por fortuna, Ismenia la espantó, diciéndola a su amiga:

—Hija, harto has llorado; ya es tiempo de que te consules; tu hermano ha venido a fin de contribuir a ello.

—Así es verdad—dije—, pues tal es mi designio, y me atrevo a pronosticarte que las cosas van a mudar de semblante en esta casa. Vienen conmigo dos buenos peregrinos, con ánimo de convertir en ella la tristeza en alegría.

—¿Y quién son esos dos buenos peregrinos?—preguntó doña Francisca—. No quiero me los presentes sin saberlo antes.

—Permite—la dije—que no te los nombre, para que te cause placer la novedad de verlos. Manda que los hagan entrar.

Entonces llamó Ismenia a Clarín, y le dijo fuese a buscar a los otros dos peregrinos, que deseaban no con poca impaciencia el representar su papel.

Luego que se presentaron, conoció Ismenia a don Manuel; pero a mi hermana no le sucedió al instante lo mismo con don Gregorio, el que, inmediatamente que la vió, fué acelerado a arrojarse a sus pies.

—Dadme licencia, señora—la dijo—, para que un culpado, movido de sus remordimiento, venga a pedir os perdón.

Doña Francisca, no tanto conmovida de estas palabras cuanto del eco de voz de Clevillente, le conoció y cayó al punto desmayada. Bien había yo recelado que la presencia del padre de

Frasquito la inmutaría; pero no aguardaba que hiciese en ella una impresión tan viva.

Ismenia y yo acudimos prontamente a socorrerla, y vuelta en sí, estuvo callando un rato; y después, hablando conmigo:

—Hermano—me dijo—, ya ves el efecto de tu imprudencia. ¿No debías prevenirme antes de ponerme a la vista a don Gregorio? Bien sabes los motivos que tengo para evitar su presencia.

—Confieso mi culpa, hermana—la respondí—; convengo en que debía prepararte de antemano para volver a ver a un amante a quien puedes con fundamento decirle las cosas más terribles; pero, sin embargo, no es indigno de perdón. Ha conocido su culpa, y diez años hace que la llora. Déjale te refiera lo que ha padecido; dignate escucharle, que yo respondo de su sinceridad.

—Sí, señora—exclamó Clevillente—; oídme un rato os suplico; concededme este favor por los ruegos de mi amigo don Querubín. Por muy preocupada que estéis contra mí, lo que os tengo que decir desvanecerá vuestro resentimiento.

—¿Y qué podéis alegar en descargo vuestro?—le replicó la viuda de don Pedro—. ¡Pluguiera al cielo que no fueseis el más fementido e ingrato de los hombres!

—Confieso desde luego mi deslealtad—la dijo don Gregorio—; pero ¿cuánto no he hecho para borrarla?

Dicho esto, empezó a hacer una relación individual de las penas que había sentido; y nosotros, Ismenia y yo, le dejamos hablar a solas con Francisca, lo que no dejó de producir su efecto, esto es, el enternecer a ésta; de donde es preciso inferir que si los primeros amores no resisten todos a la prueba del tiempo, son a lo menos unas brasas mal apagadas que pueden fácilmente volverse a encender.

Mientras aquellos dos amantes hablaban en voz baja, yo los estaba observando, y me parecía que la ira de mi hermana se iba aplacando por instantes. Creo que no se olvidaron en la conversación de mi sobrino Frasquito, y que esto no dañó a su reconciliación. En este intervalo, don Manuel y yo contamos a Ismenia el modo con que habíamos hecho conocimiento con don Gregorio y cuanto había pasado entre nosotros y este caballero en el alcázar de Clevillente.

—Sumo contento me causáis—nos dijo Ismenia—en participarme la enmienda de un perjuro a quien mi amiga jamás ha podido apartar enteramente de la memoria, y es cierto que no podíais traerle aquí en mejor ocasión. Ya era tiempo, pues si

aguardáis un mes más tarde, hubierais encontrado casada otra vez a doña Francisca. Principiaba a aficionarse de don Simón de Romeral, y yo la veía en términos de darle la mano de esposa.

—Gracias al cielo—exclamé—hemos venido en un tiempo muy venturoso si acaso mi hermana no piensa preferir al de primera fecha el último llegado.

—¿Quién dice tal?—replicó Ismenia—. Haced más justicia a doña Francisca. Aun cuando su inclinación la arrastrase hacia don Simón, se declararía sin detención a favor de Clevillente. Escogería no al amante que el amor la ofrece, sino al que el honor la ha traído.

Por más que Ismenia me decía, no dejaba yo de temer que mi hermana pensaba diversamente que ella. Sin embargo, salió incierto mi recelo, pues siendo don Gregorio un galán de primera clase, tenía la feliz habilidad de ganar con su persuasiva la voluntad de las damas; y así sucedió que doña Francisca sintió renacer en sí todo el cariño que le había profesado; y como ella, por su lado, no le era inferior en el arte de agradar, le inspiró mayor afecto que nunca. Don Manuel, con haber vuelto a ver a Ismenia, recobró asimismo el amor con que la había mirado en Madrid; y esta dama le dió a conocer bastante, en el modo afable de recibirle, que su felicidad sólo dependía de él si la hacía consistir en el placer de casarse con ella.





CAPITULO XIII

Cenan los tres viajeros con doña Francisca y doña Ismenia. Don Querubín habla a solas con su hermana, la cual se casa con su primer querido don Gregorio. Doña Ismenia se casa también con don Manuel de Pedrilla. Don Querubín y don Manuel se retiran del alcázar de Clevillente y marchan con sus mujeres a Alcaraz. Convenio que hicieron.

A los dos peregrinos, que no se cansaban de estar en compañía de sus novias, vino a interrumpirlos un criado que entró a avisar fuésemos, que estaba esperándonos la cena, lo que, oído por la viuda de don Pedro, nos llevó ésta a una sala en donde había una mesa cubierta de todo género de manjares bien sazonados. A vista de un banquete en que reinaban la abundancia junta con el aseo, me acordé del queso y las cebollas que Clarín nos había llevado a la caballeriza. Díjele entonces a Pedrilla:

—¿Sabéis, cuñado, que estos manjares son mejores que los que nos sirvieron poco hace? ¿Qué os parece?

Esta aprensión excitó en todos una carcajada de risa y nos puso de buen humor.

—Caballeros—nos dijo Ismenia—, viéndoos en ese hábito, os tuvimos por tres aventureros; y nosotras acostumbramos a dar el hospedaje conforme a la traza de los huéspedes; pero unos peregrinos semejantes a ustedes merecen los recibamos como personas de modo. Y así, mi amiga y yo estamos muy dispuestas a regalaros bien. No necesito asegurároslo—añadió sonriéndose y mirando a mis dos compañeros—, pues ya podéis haberlo conocido.

Finalmente, nuestra peregrinación fué el asunto de la con-

versación mientras la cena, y con este motivo nos ocurrieron mil chanzas, que nos tuvieron divertidos hasta media noche. Entonces vinieron muchos criados con luces para conducirnos a los cuartos que nos estaban destinados, y así, los tres peregrinos, en vez de volver a la caballeriza a dormir en la paja, fueron como unos señores a descansar en colchones de pluma.

Al siguiente día por la mañana me envió a decir mi hermana tenía que hablar conmigo a solas. Fui a su cuarto, en donde habiéndome hecho sentar a la cabecera de su cama:

—Hermano—me dijo—, yo estoy contenta con don Gregorio, pues está arrepentido de la ofensa que me hizo; dice que hace diez años que se siente atormentado de remordimientos, que le persiguen a manera de furias; que me ha andado buscando por todas partes para reparar su mal proceder casándose conmigo; y ahora que me ha encontrado, me ofrece la mano de esposo, y, más prendado de mí que nunca, me ha jurado un amor eterno, con lo cual ha vuelto a resucitar en mi pecho toda la llama que en él había encendido en Cartagena, y he aceptado con sumo gozo su promesa.

Aplaudí este modo de pensar de mi hermana, diciéndola que hacía bien, que Clevillente era su primer vencedor y que la prenda que tenía éste de su cariño debía moverla a casarse con él. Estas palabras hicieron poner colorada a doña Francisca, la cual me dijo:

—Creo, hermano, que me harás la gracia de perdonarme el disimulo que guardé contigo sobre la prenda de que has hablado. Cuando una muchacha frágil refiere su historia, no se ha de llevar a mal que calle alguna circunstancia.

—Puedes creer—la respondí—, querida hermana, que te lo perdono de buena gana; pero también me has de dejar que te hable ahora de Frasquito. No ha habido jamás niño más amable; cuando le veas, le compadecerás de haber carecido de tus caricias en su tierna niñez y confesarás que merece bien que su padre y su madre le reconozcan por su legítimo heredero.

Finalmente, yo defendí con tal eficacia la causa de mi sobrino, que enternecida de su suerte, mi hermana se puso a llorar.

—Frasquito—la dije—ya no es digno de lástima, pues el cielo ha reunido aquí a sus padres, los cuales van a unirse con el matrimonio. Fijarán el estado de este hijo, con lo que introducirán un nuevo individuo en la nobleza de Valencia.

Después de haber conversado harto largo tiempo acerca de Frasquito, hablamos de la muerte de don César, nuestro hermano, y de la rica herencia que me había dejado. Diré en debido

elogio de mi hermana que en vez de manifestar un codicioso sentimiento de no haber participado de ella, tuvo la gran generosidad de darme un sincero parabién. Es verdad que como estaba más opulenta que yo, y en vísperas de casarse con un hombre de caudal, debía estar contenta con su suerte. Nuestra conversación se acabó con varias preguntas que me hizo acerca de mi casamiento, y por mis respuestas no pudo menos de conocer que no estaba pesaroso de él.

Concluida esta conversación, tuve otra con don Gregorio, que sintiéndose por instantes más apasionado, aguardaba con impaciencia la hora de la celebración de su matrimonio con Francisca. A esta sazón llegó don Manuel, diciendo que acababa de separarse de Ismenia, por quien estaba, añadió, tan ciego, que deseaba con ansia casarse con ella.

—Pues bien, señores—les dije—, ya que estáis tan enamorados, es necesario no dilatar vuestra dicha, y eso queda a mi cuidado. Voy a buscar a las novias y decirlas lo que os impacienta el que no se efectúen vuestras bodas; y no creo que tengan la crueldad de haceros padecer en esta esperanza.

Con efecto, luego que ellas vieron que sus amantes se sometían con tanto gusto al yugo de Himeneo, se conformaron sin detención con sus deseos.

Inmediatamente que advertí que las cuatro partes interesadas estaban de acuerdo, tuvimos una gran junta sobre lo que convenía hacer, y se resolvió que las dos bodas se celebrasen en el alcázar de Clevillente, por varias razones. Dispuesto esto así, hicimos venir de Cuenca a los criados con nuestro equipaje, y nos dispusimos para marchar, lo que en breve fué hecho. Quitámonos los vestidos de peregrinos para volver a tomar los que antes llevábamos; y habiendo encargado mi hermana el cuidado del alcázar de Villardesaz al arrendador, siguió con nosotros y todos sus criados el camino de Alicante, adonde no llegamos sino al cabo de ocho días, por no haber querido ir más de prisa, temiendo incomodar a las señoras. Pasamos de largo por esta ciudad, y de allí a poco estuvimos en el alcázar de Clevillente, en donde renovándosela a la viuda de don Pedro la memoria de los pesares, o quizá de las satisfacciones que en él había tenido, no pudo contener las lágrimas, las que se aumentaron con ver a Frasquito; pero este amable niño enjugó él mismo el llanto que causaba, e inspiró en su madre tanta ternura hacia él, que lo miraba como su ídolo. Además de ver en él un vivo retrato suyo, era hijo único, pues no había tenido ninguno de sus dos matrimonios.

No se ocuparon en el alcázar en otra cosa que en los preparativos de las bodas de mis cuñados, y entretanto fui yo a buscar a Alcaraz a doña Paula, mi mujer, sin la cual la fiesta no hubiera sido cumplida; y pasados seis días volví allí con ella, y con su feliz llegada creció la alegría. Así Ismenia como doña Francisca la acariciaron a cual más pudo, y notaron en ella una persona dispuesta a vivir en paz con sus cuñadas.

Don Manuel y don Gregorio hicieron tantas diligencias para apresurar el día que habian de colmar sus deseos, que éste llegó en breve. Los desposó un clérigo, pariente de Clevillente, que vino a este fin desde Orihuela con las facultades necesarias.

Hemos visto de qué modo Ismenia y mi hermana se casaron. Después de haberse divertido bien, tuvieron la fortuna de tener por maridos a dos caballeros que, llevados de una excesiva pasión a ellas, las pusieron en la clase de dos señoras de importancia. ¡Qué admirable es el amor! Echa la cortina para ocultar la vida pasada de una mujer que ha andado divertida cuando quiere dársela por esposa a un hombre honrado.

Para celebrar los dos matrimonios hubo después repetidas diversiones, que duraron más de tres semanas, al cabo de las cuales, don Manuel y yo suplicamos a don Gregorio y a su esposa nos diesen licencia para volvernos a Alcaraz, la que nos costó mucha dificultad alcanzar. Había tanto tiempo que mi hermana vivía en estrecha amistad con Ismenia, que no podía determinarse a esta separación. Con todo, cesó de oponerse a nuestra vuelta, con tal que para estar juntos la mitad del año, iríamos don Manuel y yo con nuestras mujeres a pasar tres meses del verano al alcázar de Clevillente y que don Gregorio y mi hermana volverían por el invierno a vivir otros tres meses en Alcaraz. Nos dieron, en fin, la libertad de dejarnos, debajo de la palabra que les dimos de guardar puntualmente el convenio.





CAPITULO XIV

De una aventura graciosa en que se halló don Querubín. Seria reflexión sobre su fortuna y la de su hermana. A don Manuel y a él les roba uno de sus criados. Reciben otro en su lugar. Declárase quién era éste. Admiración de don Querubín y de su amigo cuando le conocieron.

DESPUÉS de habernos mostrado de una y otra parte con señales de afecto lo mucho que sentíamos separarnos, don Manuel y yo nos pusimos en marcha con nuestras peregrinas esposas, dejando a don Gregorio y a mi hermana muy tristes por nuestra ida. Pero a nosotros nos sirvió de consuelo el estar en posesión de lo que más queríamos en el mundo, y nos divertimos infinito en nuestro corto viaje. Como nos precisaba hacer noche en el camino, nos detuvimos en un lugar donde estuvimos entretenidos en ver representar, por una compañía de volatines, la comedia intitulada *Doña Inés de Castro*. Movidos de la fama que esta composición poética había cobrado en Madrid, quisimos que nuestras mujeres lograsen del gusto de verla; mas nos affligió en gran manera el ver parecer en un cuarto de mesón que servía de teatro a una mujer en días de parir, la cual nos recitó una jerigonza que nadie entendió; después salió otro actor que tendría unos sesenta años, y hacía el papel de Don Pedro. Finalmente, la tal composición, que no puede llamarse cómica ni trágica, duró sólo un cuarto de hora, y agradó mucho al concurso. Hubo luego danzas, saltos y volteretas, y por fin de fiesta, el que había representado a Don Pedro se puso a esgrimir con el pie derecho y la cabeza abajo; y como lo ejecutó bastante bien, fué muy aplaudido; pero lo más gracioso del caso fué que Doña Inés, que estando repre-

sentando había hecho muchos gestos por los dolores que le causaba el preñado, parió la misma tarde en el teatro, casi a nuestra presencia. Nos retiramos después de semejante catástrofe, y la compañía nos pidió la disculpásemos si no echaban un bailecito chinesco que había hecho mucho ruido en Madrid; pero que el lance inopinado de la cómica parida se lo impedía. Más alegres estuvimos en la cena. Al día siguiente llegamos temprano a Alcaraz. Nuestras mujeres necesitaban de descanso, y lo mismo nos sucedía a nosotros. Gozábamos de la más perfecta felicidad, y aunque había tres meses que estábamos casados, queríamos a nuestras mujeres más que nunca. ¡Demasiado afortunado hubiera sido yo si la dicha de que gozaba hubiese durado toda la vida! Pero estaba escrito en el libro de los destinos que habían de sucederme trabajos mayores que los que había ya experimentado. Las aventuras de mi hermana se me representaban continuamente a la imaginación, y yo admiraba la Providencia, que jamás nos ha desamparado. Es verdad, decía yo entre mí, que es felicidad en una mujer tan distraída gozar de la más brillante fortuna, cuando echamos de ver en la miseria y en el oprobio otras personas de mayor mérito y virtud que ella. ¡Qué mundo éste! ¡Una mujer licenciada y comedianta llegar a casarse con un caballero! Esto no se ve a menudo. La honra de mi hermana se repara por este medio. Es rica, y su marido no lo es mucho, y así lo uno va por lo otro. Quiera la fortuna dejarnos lograr mucho tiempo de sus favores. Don Manuel acaba de coronar mi dicha con la donación que me hace de la mitad de su alcázar; las personas más distinguidas de Alcaraz nos honran con sus visitas y tratamos con lo mejor del pueblo, y nuestras ocupaciones y entretenimiento son el paseo, la caza, la pesca, el juego y los libros.

Pero un contratiempo impensado vino a turbar nuestros placeres. Pegóse fuego por la noche al alcázar, y quedó reducida a cenizas la mitad de nuestros bienes; por fortuna tuvimos tiempo de sacar lo más precioso, y con algunas reparaciones volvieron las cosas al estado de antes. Fácilmente nos hubiéramos consolado de esta pérdida a no habernos hurtado mucha plata labrada y las alhajas de nuestras mujeres, que no dejaban de valer una suma considerable. No sospechamos de ninguno de los criados, y sin embargo, uno de ellos fué el del robo, y le descubrió el mercader a quien el bribón había ido a vender porción de él. Don Manuel quería dar parte a la justicia, pero por atención mía se contentó con echarle; mandóle, so pena de acusarle, saliese del reino en el término de cuarenta y ocho

horas. Recompensamos liberalmente a nuestro honrado mercader, porque no siempre se encuentran de esos entre ellos.

De allí a unos días se presentó para entrar a servirnos un mozo cuya fisonomía y buen personal le recomendaban. Se interesaba por él un amigo nuestro, y aquel mismo día le recibimos. Su apellido era Alvarez. Se granjeó nuestra estimación con su afabilidad, complacencia y exactitud en el desempeño de su obligación. Estaba dotado de un don de modestia y de humildad, con lo que se hacía querer de todos; pero a pesar de su admirable carácter, mostraba una profunda melancolía y suspiraba continuamente. Yo me condolía de su suerte y él me manifestaba afecto, al que yo correspondía. Bastaba fuese desgraciado para que yo le cobrase inclinación.

Era tanto lo que le quería, que me empeñé en saber la causa de su aflicción. Me daba pena verle triste y pensativo, y así, un día le llamé a mi cuarto para que me declarase el motivo de su pesar. Le empecé a preguntar si estaba descontento de la casa; que nosotros nos hallábamos gustosos con él, y que la tristeza que le consumía daría con él tarde o temprano en la sepultura. Me escuchaba y suspiraba sin decir una palabra.

—Tú estás enamorado—continué—, pero no correspondido. Dímelo; si la persona a quien quieres depende de nosotros o habita en nuestra vecindad, no tengas reparo en confesármelo. Abreme tu pecho, que la amistad que te profeso es bastante para que te haga yo lograr el objeto por quien suspiras.

—Es cierto—me respondió Alvarez—que estoy enamorado, pero sin esperanza alguna, aunque me vea querido de la más hermosa criatura que el cielo ha criado.

Estas palabras en boca de un sirviente me admiraron.

—Son tan repetidos los favores que me hacéis—prosiguió—, que no tengo ninguna dificultad en confiarme de vos y deciros quién soy.

Don Manuel, que nos estaba escuchando desde su aposento, no pudo contener su curiosidad, y como no podía oír cómodamente, se vino al mío. Suspendióse Alvarez de verle allí tan cerca de nosotros, y quiso retirarse; pero don Manuel le hizo que se quedase, diciéndole que había oído nuestra conversación y que el interés que tomaba en ella le había movido a salir de su estancia para oír lo demás, y que podía mirarnos como amigos.

—Confuso estoy, señores—nos dijo—, de los beneficios que os debo. Nací de padres nobles; pero la nobleza vale bien poco cuando no hay grandes riquezas para sostenerla. Tuve una

madre que, gustando del adorno y de ostentar grandeza, gastó de modo que arruinó a mi padre en muy breve tiempo; pero, por fortuna, no tuvieron más hijo que yo. Mi padre, que se llamaba don Alvar del Sol, murió de la pesadumbre; y no pudiendo mi madre resistir este golpe, falleció poco tiempo después.

—¿Qué? ¿Sois vos—interrumpió don Manuel—el hijo del señor don Alvar del Sol? ¡Oh, amigo don Carlos—repitió don Manuel—, dejad que os abrace!

Don Manuel le echó los brazos al cuello y le hizo acordar de que habían estudiado juntos en Madrid. Yo me alegré muchísimo entre mí de este descubrimiento, y supliqué a don Carlos nos refiriese sus trabajos. Mi amigo le preguntó por don Lope, dueño de inmensas riquezas, y que vivía en Madrid.

—¡Ay de mí!—exclamó don Carlos—. Ese es la causa de todas mis desdichas, como ahora veréis.

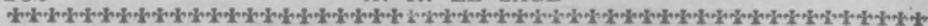




CAPITULO XV

Historia trágica de don Carlos y de doña Sofía.

DESPUÉS de la muerte de mis padres, se encargó del cuidado de mi niñez don Lope de la Crusca, mi tío materno, y seguí mis estudios a su vista. A pesar de su extrema avaricia, me quería y llevó a su casa, donde yo vivía dichoso y sin inquietud; pero el amor vino a turbar mi sosiego. Mi tío me daba cuantos gustos pueden agradar a un muchacho que sale de un colegio; íbamos muchas veces juntos al Prado, y el paseo era nuestra principal diversión. Cansado de pasearse una tarde, se sentó, y yo, por buena crianza, no me aparté de él. Enfrente de nosotros estaba sentada la más linda criatura que se podía ver, la cual de cuando en cuando ponía en mí los ojos, y estas miradas eran otras tantas flechas que el amor me disparaba. Sin embargo, la que le acompañaba, que yo creí era su madre, se levantó, y las dos se marcharon juntas; y viendo yo que se retiraban del paseo y se encaminaban hacia donde nosotros vivíamos, fingí hallarme indispuesto para obligar a mi tío a volvernos también a casa, como así lo hizo, con lo que tuve el gusto de ir siguiendo de lejos a la persona del mundo a que había tomado mayor afición. ¡Cuál fué mi admiración al verlas entrar cabalmente enfrente de nuestra casa! Preguntéle a mi tío si conocía a las señoras que vivían en la casa de enfrente, a lo que me respondió que, no habiendo querido jamás visitar a sus vecinos, no deseaba conocerlos. Yo le dije que sin embargo había un tesoro en ella, pues encerraba en sí la mujer más hermosa del mundo. «Así será—me dijo—; pero a mí nada me importa eso.» «Si usted, querido tío, me quisiera—repliqué yo—, me llevaría a verla.» «No, sobrino mío—me dijo—; hasta ahora he cuidado de ti, y no me pesa, pues siempre me has obedecido. Créeme, no vayas allá; yo tengo mis motivos para



hablarte de esta suerte.» Dicho esto, se retiró, dejándome solo.

Causáronme sentimiento sus palabras; pero, vencíendome el amor, al día siguiente fui como vecino a visitar a los padres de la señorita a quien había visto el día antes. Recibiéronme con grandísimo agasajo, y noté que al verme su hija se había puesto en extremo colorada; y por mi parte creo no estaba muy tranquilo, pues sentí extenderse por todo mi cuerpo un ardor que hasta entonces no había experimentado. El padre y la madre de doña Sofía, que así se llamaba aquella doncella, sabiendo que yo era el sobrino de don Lope de la Crusca, me dieron algunas leves quejas de haber estado hasta entonces sin pasar a verlos. Yo me disculpé lo mejor que pude, y les dije que mi tío era un hombre tan extraordinario, que no visitaba a nadie; que por mi parte estaba enfadado contra mí mismo de no haberles hecho antes mi visita, y que podían contar conmigo en adelante, una vez que me daban su permiso. Mientras yo hablaba no cesaba de mirarme doña Sofía, de manera que salí de allí el hombre más apasionado que puede pensarse. Continué mis visitas por espacio de seis meses cabales. No había felicidad comparable con la mía: amaba y era amado. En este estado tomé la determinación de pedir a doña Sofía en casamiento a sus padres, los cuales me la concedieron sin detenerse, con tal que consintiera en ello mi tío, pues de lo contrario revocaban su palabra, atendiendo a que yo no podía esperar bienes algunos sino de mi tío. Fui a dar parte de mi dicha a doña Sofía, la cual volvió a ponerse colorada, y sus ojos me manifestaron que yo no la desagradaba para esposo. Puso fin a nuestra conversación la entrada de sus padres, y yo me fui a casa de mi tío, y echándome a sus pies le confesé que, no obstante su prohibición, había ido a visitar a doña Sofía, de la que estaba ciegamente enamorado, y que sus padres venían en dármele por esposa siempre que él no se opusiese a mi felicidad. «Sobrino mío—me dijo—, yo no tengo ningún reparo; cástate con esa a quien quieres; consiento en ello. Sé que hace seis meses que la visitas diariamente; nunca te he hablado de ello; tú me lo declaras ahora, sé dichoso; pero mientras yo viva no aguardes de mí bienes ningunos.» «¡Oh, tío!—exclamé yo—. Vuestro consentimiento me basta, y prefiero a doña Sofía a cuantas riquezas tiene el mundo.» Al día siguiente noticié a mi novia la respuesta de mi tío, y ella la comunicó a sus padres, los cuales fueron inmediatamente a ver a don Lope con ánimo de arreglar las capitulaciones del casamiento. Dejáronme con su hija, y fueron a casa de mi tío, quien por su parte se quedó muy suspenso

de su visita. Dejólos hablar cuanto quisieron, y respondió que admitía con mucho gusto la honra que me hacían; pero que yo no tenía nada que esperar mientras él viviese, pues tal era su intención. Aunque le hicieron presente que yo no merecía semejante trato, aquel viejo implacable no quiso ceder, y les volvió las espaldas. Los padres de doña Sofía, ofendidos gravemente de esto, vinieron a su casa y me dijeron que, no queriendo mi tío hacer cosa ninguna por mí, me suplicaban no pusiese más los pies en ella, y que prohibían a su hija el tratarme.

Un reo a quien le leen la sentencia de muerte no puede quedarse más suspenso y turbado que me quedé yo, y no volví en mí sino de allí a un gran rato; y mi tío, a quien puedo llamar cruel, tuvo la inhumanidad de dejarme solo y marcharse a su casa de campo. Pregunté por doña Sofía, y me dijeron que sus padres la habían enviado a un convento de Cartagena, de que era abadesa una tía suya. Luego que pude salir, tomé el camino de esta ciudad; pero me fué imposible el ver a la que yo amaba. Hallándome sin esperanza, sin recurso y sin apoyo, no quise volver a entrar por las puertas de mi tío, ni verle más. Anduve errante dos años de ciudad en ciudad, en donde no sabiendo qué hacerme he estado sirviendo hasta que quiera el cielo sacarme de la miseria. Sólo la muerte puede poner fin a mis desgracias.

A este tiempo vinieron a interrumpirnos nuestras mujeres para darnos noticias de Madrid, diciéndonos que don Lope de la Crusca había muerto, y que habiendo dejado toda su hacienda a don Carlos del Sol, su sobrino, éste tenía que legitimar su persona. Don Carlos lloró su muerte, en lo cual manifestaba su buena índole; y como nuestras mujeres ignoraban la mutación de su estado, estaban admiradas de verle llorar; y refiriéndolas nosotros el caso, le dieron la enhorabuena de su fortuna. Al cabo de un instante exclamó don Carlos:

—¡Qué dichoso voy a ser! Mi tío ya no vive.

Inmediatamente escribió la novedad a los padres de doña Sofía, y mientras venía la respuesta nos dejó para ir a recoger la herencia. Después de habernos dado gracias y un abrazo, marchó más enamorado que nunca. Hicimos le fuese acompañando uno de nuestros criados, el cual, pasado un mes en que nada supimos, volvió a darnos cuenta de la suerte de don Carlos, que era lo primero que deseábamos saber; pero considérese cuál sería nuestra admiración al oírle decir que ya no vivía. Nos refirió que estando en la casa de campo de su tío para tomar

posesión de ella, había recibido allí el aviso que le concedían a doña Sofía en casamiento; que no tenía más que presentarse en Madrid para efectuarlo, y que habían escrito a Cartagena a fin de que se restituyese del convento. Causóle tan viva impresión esta noticia, y fué tan violenta su alegría, que después de hacer mil demostraciones y extravagancias, causadas de su arrebató, murió en los brazos de muchos amigos a quienes había dado parte de su ventura.

—Me enviaron—prosiguió el criado—a Madrid a dar esa triste nueva a los padres de doña Sofía, quienes escribieron al instante a la abadesa del convento en que estaba que don Carlos acababa de morir de gozo y que su hija podía permanecer con ella. Se supo que doña Sofía había recibido con mucha indiferencia la noticia de que iba a casarse con don Carlos, porque gustaba bastante, decía ella, del retiro. Con todo eso, de allí a algunos días de saber la muerte de don Carlos, la cogió un desmayo que la tuvo privada de sentido ocho días. Tenía los ojos vueltos hacia el cielo, y se la oían decir estas palabras: «¡Oh cielos! ¿Qué es esto? ¿Ya no vive?» Y los suspiros que daba y lágrimas que vertía en abundancia la impedían continuar. En este estado murió sin querer tomar ningún alimento.

Mucho nos affligieron semejantes noticias, y no pudimos menos de compadecer con lágrimas el infortunio de don Carlos y de doña Sofía, y lo que nos distrajo fué la visita de mi cuñado don Gregorio y mi hermana. Estuvieron con nosotros un mes, y se lastimaron en gran manera de la historia trágica de don Carlos, de que les hicimos relación. Nosotros les procuramos todas las diversiones de que gozábamos antes. De esta suerte manteníamos con nuestras visitas recíprocas la amistad que reinaba entre nosotros.

FIN DE LA PARTE TERCERA

Parte cuarta

CAPITULO PRIMERO

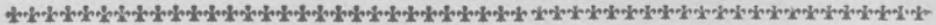
Don Querubin de la Ronda llega a ser, después de quince meses de casado, el marido más infeliz. Llévale don Gabriel robada a su mujer, y aunque don Querubin le persigue, es en vano. Conversación que tuvo con su criado. Deja de buscar a la que huye de él y determina marchar a Méjico.



VIVÍAMOS, pues, de esta suerte con nuestras esposas mis cuñados y yo. Don Gregorio y don Manuel me daban cada día alguna nueva señal de su amistad, y de mi parte yo les manifestaba la mayor atención. Lo que hay que admirar es que nuestras mujeres estaban también unidas como nosotros. Sin embargo que de tres casas no componíamos más que una, se avenían perfectamente las mujeres unas con otras. Casi nunca tenían entre ellas un sí ni un no, y si llegaba esto a suceder era sin enfadarse. Sus alteraciones paraban siempre en risa.

Para colmo de fortuna, el cielo nos dió bien pronto a conocer que bendecía nuestros matrimonios. Ismenia parió a los diez meses un muchacho; doña Paula, una muchacha, y doña Francisca, mi hermana, dió a luz dos niños de una vez, como para reparar con este doble parto una larga esterilidad, o si se quiere, para mostrar a Clevillente que él solo tenía el privilegio de hacerla fecunda.

Llena de regocijo nuestra compañía por estos felices alumbramientos, los celebró con fiestas que fueron para el pueblo otros tantos días de diversión. Finalmente, no teníamos más que pedir. En cualquier parte que estuviésemos reinaba siempre la alegría entre nosotros; y bien que nuestras diversiones tuviesen en nuestra sola familia un manantial inagotable, había



asimismo muchos amigos que iban a aumentarlas y participar de ellas. Si estábamos en el alcázar de Clevillente, los hidalgos de aquellas cercanías venían a visitarnos; y cuando habitábamos en Alcaraz, la casa de don Manuel era el paraje de la concurrencia de los nobles jóvenes del pueblo y también de los forasteros distinguidos que allí se hallaban.

Gozábamos de las dulzuras de la felicidad más completa, y por lo que a mí toca, estaba contentísimo con mi suerte, experimentando en compañía de doña Paula un gozo puro e inexplicable. Yo, aunque casado, la quería más que nunca, y ¡ojalá que mi dicha hubiese durado más tiempo! Discurría haber llegado al término de mis desgracias, pero me engañaba, pues todavía no se había cumplido mi destino, el cual me aguardaba para otros trabajos mayores que los que había pasado.

Entre los muchos caballeros que asistían a nuestros festejos había uno que decía llamarse don Gabriel de Monchique, ser del reino de Algarve y pariente del conde de Vivallano. Viajando por España por curiosidad, se había detenido en Alcaraz, y habíamos hecho conocimiento con él. Además de traer una comitiva de señor, le acompañaba un personal tan bello y eran sus modales tan nobles, que no se podía presumir fuese un hombre ordinario; antes bien, le hubieran tenido por un príncipe joven que recorría incógnito las provincias de la monarquía española, y no por un simple caballero. Jamás he visto sujeto que tuviese mejor presencia ni rostro más galán. Además de eso, su ingenio correspondía con su buena cara. Agradónos por extremo a mis cuñados y a mí desde la primera vez que le vimos, y no omitimos nada para hacer amistad con él. Tuvimos gusto en presentarle a nuestras mujeres, quienes tal vez allá para sí nos censuraron de imprudentes en darlas a conocer una persona tan peligrosa. Nosotros, por nuestra parte, en lugar de temer las consecuencias, nada recelamos, recibiendo con buena voluntad sus visitas a nuestro riesgo, peligro y fortuna.

En breve nos dió a conocer que habíamos metido al lobo en el redil, y por mi desgracia mi mujer fué la oveja a quien le dió la gana de comerse. Bien observé yo que ella no le disgustaba; pero semejante advertencia no me asustó; antes bien, me causó risa, y aun algunas veces daba yo por chanza la enhorabuena a doña Paula de haber cazado un tan lindo mozo, y ella me respondía en el mismo tono que se alegraba mucho de tener un sacrificio tan precioso que hacerme. Diré además que yo miraba el amor de Monchique como cosa de juguete, y

me regocijaba interiormente de ver a un galán tan bello suspirar inútilmente, lo cual lisonjeaba mi vanidad. En una palabra, reputaba por tan honesta a la hermana de don Manuel, que no pensaba faltaría a la fidelidad; pero yo contaba demasiado sobre su recato. El amante que había formado el designio de seducirla lo consiguió valiéndose de una criada vieja, cuyo influjo en el ánimo de mi mujer era grande, y de la cual halló prontamente medio de corromper la lealtad.

Lo más particular que hubo en este engaño fué el haberse urdido con tanto secreto, que no tuve la menor sospecha de ello. Ya estaba mi mujer lejos de Alcaraz cuando supe que había desaparecido con Antonia, su criada, como también don Gabriel, y que verosímilmente este caballero las había robado.

Yo no di crédito alguno a la primer noticia que me dieron de este raptó, pues no me pareció cosa verosímil. No, no es posible, decía yo, que mi mujer, cuya virtud se ha mantenido intacta hasta ahora, empiece por dar en tal extremo. Sería, a la verdad, para principio un hecho bien extraordinario. Menos me hubiera admirado el lance si hubiese sucedido con las mujeres de mis cuñados. Esto sería más propio de ellas que de doña Paula, cuya vida ha sido siempre irreprochable. Con todo eso, veo que a pesar de la buena crianza que ha tenido, acaba de cometer una acción infame. ¿Cómo ha podido ser esto? Es preciso que don Gabriel se haya valido de la fuerza para llevársela. ¿Pero con qué maña ha podido desasirla del seno de su familia y de los brazos de su esposo? ¿De qué encanto habrá usado para ejecutar este delito sin dejar ningún rastro de él? Semejante caso me aturde.

Clevillente y Pedrilla, no sabiendo qué pensar de este suceso, no estaban menos atónitos que yo; pero no contentándonos con solo las reflexiones que acerca de ello hicimos, practicamos todos tres grandes diligencias para descubrir el camino que el robador podía haber tomado con su presa. Hicimos, tanto por el lado de Murcia como por el de Valencia, las más exquisitas averiguaciones, pero sin sacar fruto alguno. Discurrimos que Monchique se había encaminado a la costa de Cartagena y embarcándose allí en un bastimento dispuesto por su orden para conducirlo a Portugal con su Elena. Atúveme a esta conjetura, y determinado a seguir a este segundo París, me dispuse a ir a buscarle al reino de Algarve, donde yo me prometía encontrarle.

Don Manuel, que creía le importaba tanto como a mí el tomar satisfacción del mal proceder de don Gabriel, quería abso-

lutamente ir conmigo, por más que yo le dijese para quitárselo de la cabeza, pues no deseaba sino manifestarme que un hermano como él no sentía menos que un marido la afrenta hecha a la familia. No me costó poco trabajo el persuadirle a que dejase a mi cargo nuestra común venganza. Rindióse, no obstante, a las porfiadas instancias que le hice, a lo que coadyuvaron los lloros de su esposa. Preparéme, pues, a marchar en seguimiento de Monchique; pero antes de ejecutarlo encargué a don Manuel la crianza de mi hija y sobrina suya y la administración de mis bienes. Habiéndome luego provisto bien de dinero y alhajas, como quien preveía que iba a ausentarse de Alcaraz por largo tiempo, me despedí de mis cuñados y sus mujeres, derramando unos y otros copiosas lágrimas. Las mujeres especialmente se enternecieron mucho de mi partida, ya fuese esto de veras o ya fuese porque no hubiesen olvidado el ser buenas cómicas.

Caminé al puerto de Vera, donde me embarqué con un criado, cuyo valor y fidelidad tenía experimentado, en un navío fletado para Lagos, ciudad situada a la punta del reino de Algarve, a la orilla del mar. Al instante que llegué pregunté por don Gabriel de Monchique, y habiéndome dicho que allí no le conocían, fuí de ciudad en ciudad adquiriendo noticias. Anduve por Tavira, Faro, Sagres, en una palabra, por todo el reino de Algarve, sin sacar otro fruto de mis averiguaciones que el pesar de haberlas hecho inútilmente. Estaba desesperado de no encontrar a mi enemigo, pues no respiraba sino venganza.

¡Qué baladronada!, podrán exclamar aquí los lectores que tengan presente el lance de don Ambrosio de Lorca y lo que me costó determinarme a pelear dos contra dos. Sin embargo, es constante que hubiera querido encontrar a don Gabriel para matarme con él. Es preciso, o que yo me hubiese hecho guapo desde entonces, o que la ofensa de mi honra me inspirase un espíritu de venganza que supliese por el valor.

Como quiera que sea, empezando ya Tostón, mi criado, a cansarse de hacer viajes en balde, me dijo un día:

—Señor, los dos nos fatigamos sin provecho; dejémonos de andar por Portugal detrás de un hombre que puede haber tomado el camino de Flandes o el rumbo de Italia. Fuera de eso, ¿sabéis si la dama robada merece que arriesguéis vuestra vida por ella? Yo por mí, si me dais licencia de decir lo que pienso, dudo que la pese viajar con su don Gabriel, o para hablar con más propiedad, con un tunante, porque, o yo me engaño mucho, o este galán es un segundo Guzmán de Alfarache, o cosa

que se le parece. Si esto fuese así—prosiguió—, ¿no haríais mucho mejor en abandonar a su mala suerte a una esposa desleal que en querer vivir todavía con ella?

—Así es—le respondí—, y no creas que pienso distintamente que tú. Si supiera que se había dejado robar voluntariamente, el desprecio que concebiría contra ella sería motivo para impedirme el buscarla más tiempo. ¿Qué digo? En vez de andar más en busca suya, la miraría como una infame, de la cual no me parecería irme bastante lejos; pero no puedo considerarla tan culpada.

—¡Qué preocupación!—replicó mi confidente—. ¿Es posible, señor, que un sujeto de vuestra capacidad se figure que una mujer honesta no puede dejar de serlo cuando se ve perseguida estrechamente por un galán lindo mozo? ¡Qué error! Yo no juzgo tan favorablemente como vos de doña Paula, y tengo particularmente causa para dudar de su recato. Me es preciso declararos haber visto un día a don Gabriel y a la vieja Antonia hablar a solas con misterio, y estoy cierto de que se trataba de vos en la conversación, o más bien, que concertaban el modo de ejecutar el lance que tenían pensado, y finalmente, que la señora estaba de acuerdo con ellos.

Este fiel criado me dijo además otras muchas cosas, y las repitió tanto, que consiguió persuadirme a que una mujer hipócrita me había engañado. No me quedó ya ninguna duda, y pasando inmediatamente de un extremo a otro:

—Tostón—exclamé—, tú me has abierto los ojos. Cierta es que me ha engañado una fingida honestidad. Sobrado lo conozco por algunas circunstancias que me has contado. ¡Oh cielos, qué ceguedad ha sido la mía! Doña Paula es una falsa de quien no quiero acordarme sino para aborrecerla.

—Me alegro muchísimo—me dijo Tostón—de veros pensar de ese modo. ¡El cielo sea alabado! Vamos, mi querido amo, y dejémonos de ir en busca de una persona que se ha hecho merecedora de vuestro enojo; volvámosnos a Alcaraz, en donde los señores don Manuel y don Gregorio, vuestros cuñados, y lo que es más, vuestros amigos, os ayudarán a desterrarla de la memoria.

—¡Ah! Tostón—le respondí—, ¿qué te atreves a proponerme? Más bien debías aconsejarme el pasar las columnas de Hércules e ir a lo más remoto del Africa a ocultar mi afrenta y mi nombre. Tengo una repugnancia invencible a volver a Alcaraz después de la herida mortal que ha recibido allí mi esti-

mación, y más quiero alejarme de aquel sitio para siempre, o a lo menos por algunos años.

—Pues bien—replicó—, ya que tan grande pena os causa el volver a ver a vuestros amigos, tomemos otro partido. Hagamos el viaje de las Indias occidentales. En vista de todas las maravillas que he oído contar de Méjico, tendría mucho gusto en que quisiérais ver este país delicioso, que merece ser preferido a todos los climas del mundo; una tierra donde reina, según dicen, una primavera continua, donde casi no se ven enfermos, donde las entrañas de la tierra son de plata y donde en mil parajes corren los ríos por arenas de oro. Allí es, querido amo mío, adonde habéis de ir.

—Tú me inspiras el deseo de emprenderlo, hijo—le dije—; pronto estoy. Marchemos a la nueva España; ya está resuelto, y me determino a hacer este viaje, el que quizá me hará olvidar más fácilmente a la indigna hermana de don Manuel.

Así que abracé esta determinación, la que en la realidad era preferible a la de obstinarme en buscar a una mujer que huía de mí, marché a Cádiz, donde antes de ocho días se presentó la ocasión de embarcarme para Méjico. Encontré un navío mercante que iba a hacerse a la vela para Veracruz, y no quise malograr esta buena porporción.





CAPITULO II

Sale de Cádiz don Querubin y arriba a Veracruz, donde toma mulas de alquiler para ir por tierra a Méjico. De la curiosa conversación que tuvo en la primera jornada con el arriero. Historias singulares que le contó Tobias. Lo que sabe de Méjico le da muchas esperanzas.

PARA evitar al lector la molestia de oír el diario de mi pasaje a Indias, me contentaré con decir que después de haber corrido algún riesgo en el mar, llegué felizmente a San Juan de Ulúa, por otro nombre Veracruz; y como desde esta ciudad a Méjico se va en mulas, supliqué al amo de la posada donde estaba me buscarse un arriero de su satisfacción. Con efecto, me presentó uno, y me dijo:

—Caballero, aquí tenéis el mejor arriero sin disputa alguna de esta tierra, el cual os dará mulas muy buenas y tendrá particular cuidado con vuestro equipaje. Además de eso, es un mozo discreto y de buen humor, que os divertirá con sus canciones y con la relación de muchas historietas de que tiene atesada la memoria. ¿No es así, Tobias?—añadió, hablando con él.

—Sí, señor Gutiérrez—le respondió el arriero—; tengo, gracias a Dios, una provisión tan abundante de ese género, que no le faltará a este caballero desde aquí a Méjico, aunque hay ochenta leguas buenas que andar. Dos meses hace que llevé a un fraile gordo, y le conté por el camino varios casos que le hicieron reír tanto que por poco no revienta.

Por esta respuesta juzgué que Tobias era un charlatán, de lo que no me pesó. Podrá muchas veces aturdirme los oídos con sus canciones y cuentos; pero en recompensa me divertirá otros ratos, y aun estoy persuadido a que me contará pasajes que me alegraré saber. Tostón, por su parte, recibió otro tanto mayor contento cuanto esperó que un hombre de aquel carác-

ter le ayudaría a librarme de una negra melancolía que me entorpecía cuando contra mi voluntad, pues continuamente se me ponía delante la imagen de doña Paula en poder de Monchique.

Al amanecer del día siguiente entró Tobías, según habíamos ajustado, en el patio de la posada con cuatro mulas: una para mí, otra para él, la tercera para mi criado y la cuarta para portear un cofre y una maleta en que iba mi equipaje. Pusímonos en camino, y apenas habíamos andado un cuarto de legua, cuando el bueno de Tobías se puso a cantar en voz gruesa, de que hubiera hecho vanidad un sochantre de catedral, varias coplas compuestas en tiempo de Carlos V sobre la conquista de Méjico. El grande amor que yo tenía a la gloria de mi nación me hizo escuchar con gusto las heroicas hazañas del valeroso Hernán Cortés y de sus compañeros; pero además de que yo había oído referir mil veces la historia increíble de esta conquista, los versos que cantaba el arriero no hacían muy agradable la relación al oído, pues la poesía no correspondía a la dignidad del asunto.

Después de haber aguantado veinte coplas por el mismo tono, interrumpí al cantor que ya me fastidiaba, no obstante que las tales coplas eran bastante ridículas para divertirme. Dióme la gana por mis pecados de decirle:

—Tobías, veo que cantáis de pasmo; pero, amigo, por esta vez basta. Ya sabéis que el señor Gutiérrez, mi huésped, me ha dicho que tenéis en la memoria un almacén de casos divertidos; y así, si gustáis, contadnos algunos.

—Con muchísimo gusto—respondió—, y antes diez que uno, para manifestaros que Gutiérrez no os ha mentado; y aun quiero—añadió con una risa socarrona—, ya que os ha celebrado los pasajes que sé, empezar por el suyo, que tal vez os parecerá bastante entretenido.

Al mismo tiempo se puso a contar lo que sigue:

«El tío Gutiérrez es natural de Zamora, y habiendo hecho un viaje al reino de Portugal, se casó en él con la hija de un vecino de Santarén, moza y bonita. Al mes de casado se embarcó con ella en el puerto de Lisboa para Veracruz con ánimo de establecerse allí. Prometiéndose que en esta ciudad haría fortuna, alquiló la casa en que vive, y puso en ella una hostería. En breve echó de ver que había hecho un negocio muy bueno en haber ido a aquel pueblo. Su casa estaba siempre llena de gente, atraída por la gracia de su mujer, y no se hablaba en la ciudad sino de la hermosa portuguesa (porque así dieron

en llamarla), y puede decirse que conquistaba la voluntad de cuantos mocitos acudían allí. Gutiérrez, que era de genio coloso, se asustó al ver semejante concurso de galanes, y para esconder a su mujer de la vista de los hombres, la encerró en un cuarto, adonde la hacía llevar la comida por un esclavo negro, en quien tenía confianza. Ya podéis discurrir que un marido que trataba de esta suerte a su mujer sin tener más motivo para quejarse de ella que sus propios celos le hizo odioso a todos los que sabían su tiranía, esto es, a todo el pueblo, pues nadie había que lo ignorase; y lastimándose cada uno de por sí de la bella portuguesa, pedía al cielo la librase prontamente de su tirano, y estos ruegos fueron oídos. El negro, que era el único que tenía licencia de entrar en el cuarto del encierro, como la oía siempre suspirar y lamentarse, se movió a piedad; de manera que una noche la sacó del cautiverio, desapareciendo con ella de Veracruz, y hasta ahora no se les ha visto ni a uno ni a otro, ni se ha tenido noticia alguna de ellos.»

Habiéndose detenido en este punto el arriero, se puso a reír a carcajadas a costa de Gutiérrez; y viéndome bastante serio, creyó que aquella aventura no me había gustado, y para alegrarme el humor empezó a contarnos un sueño que había tenido últimamente un buen vecino de Veracruz, cuya mujer era sumamente ahorrativa. Ella manejaba al marido y gobernaba enteramente la casa; y en verdad que tenía razón, dijo el arriero, porque el tal hombre era un jugador de profesión que así que se veía con dinero no era persona humana, sino un demonio, por lo que su mujer había tomado el medio de mandar y de administrar la hacienda, lo que desempeñaba muy bien. Si todas las mujeres casadas imitaran este ejemplo, ¡qué de matrimonios dichosos hubiera! Mas hay muchos en que si el marido es holgazán, la mujer por su parte también se está ociosa. ¿Y en qué consisten las razones que dan para esto las más de ellas? Consisten en decir que se casan sólo con el fin de asegurar el tener que comer, y aun se vanaglorian a las claras neciamente de ello. En este retrato vemos a muchas; pero se me va la mula, dijo el arriero, y prosiguió así: Una de las prendas de que estaba adornada la que digo era la limpieza, que mantenía en su casa desde la cueva hasta el desván. Una noche su marido se retiró muy tarde de la casa de juego adonde acostumbraba ir a jugar, y no teniendo un cuarto, pidió dinero a su mujer para el día siguiente, diciendo que lo debía y tenía dada su palabra de honor de pagárselo al que lo había ganado; pero la mujer no quiso tampoco en aquella ocasión darle nada.

Viendo esto aquel hombre, se encolerizó, de suerte que cogiendo las sillas las tiró unas sobre otras, llenó de desvergüenzas a su mujer y no cesó de dársela al diablo, de modo que creo que si el diablo se hubiese aparecido entonces por allí le hubiera dejado cargar con su mujer, pues tan grande era su furia. Quería irse de casa con intención de no volver a pisarla jamás. La mujer, enseñada a aquel método de vida, no atendía más que a disponer la cena, y dejaba a su señor marido que gruñese cuanto le diese la gana. Puesta la mesa, cenó con su mujer; y sea que se le hubiese pasado la cólera, o que el vino disipase su ira, se quedó sosegado, y después se fué a acostar rumiando siempre como tener dinero. Durmióse ocupada la imaginación en los proyectos que traía. La mujer que le oyó roncar, se metió también en la cama lo más quedo que pudo, temiendo despertarle; pero nuestro hombre, a quien la codicia de la ganancia y la pérdida que había experimentado tenían acalorada la cabeza, tuvo un sueño el más gracioso que he oído en los días de mi vida. Voy a contarlo, y vos mismo diréis que lo es. Soñó que salía muy de mañana de casa, y que no sabiendo qué partido tomar, se determinó a ir a pedir prestado dinero de parte de su mujer. En el camino encontró a un hombrecillo de mala figura, corcovado y con tres piernas, la una natural y las dos de palo, el cual, deteniéndole, le dijo: «Zador (éste era su nombre), ¿adónde vas tan temprano? Vengo de tu casa, y no habiéndote encontrado, me alegro muchísimo de haberte hallado, para saber si estás del mismo parecer que ayer.» ¿Qué es esto?—respondió Zador—. ¿Y quién sois vos? Pues no os conozco, ni jamás os he visto.» «Es verdad—dijo el otro—que no me conoces; pero puedes haber oído hablar de mí, pues he hecho bastante ruido en España y en muchas cortes extranjeras, donde luzco todavía. Yo soy el *Diablo Cojuelo*, y me llamo *Asmodeo*.» «¿Conque tú eres—replicó Zador—el que tantos servicios hiciste al licenciado don Cleofás?» «El mismo—respondió Asmodeo—, y como quiero hacerte también varios muy importantes, dime si quieres darme tu mujer, como hiciste ayer, dándola al diablo. Bien merezco ser preferido, y te regalaré si me la das un tesoro inagotable que está fuera de la ciudad, y del que sacarás cuanto oro y plata te haga falta para saciar tu vicio dominante del juego. Me parece que no tienes por qué detenerte en hacer el cambio que te propongo; y como yo soy un buen diablo, tu mujer no puede estar en mejores manos que las mías.» «¡Qué!—respondió Zador espantado de lo que acababa de oír—. ¿Me daréis un tesoro semejante por mi mujer? ¿Pero la conocéis bien para

hacerme igual propuesta?» «¡Si la conozco me preguntas!—replicó el diablo—. Ya se ve; daca la mano en seguridad de tu palabra: mi tesoro es tuyo, como tu mujer es mía.» «Bien está—dijo Zador—; tuya es mi mujer, y te la doy a ese precio; no se puede adquirir un tesoro más barato, y tal vez te la hubiera dado de balde. Con el tesoro que me regalas encontraré no una sola.» «Estoy persuadido de tu generosidad»—replicó el diablo. «Enséñame el tesoro—dijo Zador—y hazme ahora el único dueño de él.» «Pides con razón: sígueme», le dijo Asmodeo, quien le llevó fuera de las puertas de la ciudad hasta un deleitoso e inmenso prado, cuya verde yerba hechizaba la vista. Luego que estuvieron en medio de él hizo el diablo parar a Zador, el cual miraba a todos lados por ver si veía su tesoro. «Aquí es—le dijo Asmodeo—donde está el tesoro que te doy; todo cuanto ves cubierto de yerba está lleno de plata y oro; pero sólo por este paraje es por donde puedes sacarlo. Atiende bien—prosiguió el diablo—a lo que voy a hacer.» Bajóse éste, y después de haber arrancado muchos puñados de yerba descubrió la tierra, ayudado de Zador, que no quitaba ojo al diablo. Hízole ver oro y plata en toda especie de monedas, y le dijo: «Lo que ves es tuyo, y te lo regalo. Adiós, ya no necesito de ti, y ahora voy a desembarazarte de tu mujer.» «Harás bien—dijo Zador—; que no la encuentre yo cuando vuelva a mi casa, porque se apoderaría también de este tesoro.» «Basta—dijo Asmodeo—, y voy a complacerte. Si acaso necesitas de mí, no tienes más que llamarme tres veces echado boca abajo, diciendo: *Asmodeo, el mejor de los diablos, ven a mí*, y al instante me verás parecer.» Inmediatamente desapareció. Zador, al ver su tesoro, estaba fuera de sí de alegría; llenóse las faltriqueras de oro y plata, cargándose como un macho. Hecho esto, y temiendo que otro viese el tesoro que poseía, tapó el agujero que el diablo había hecho, y volvió a poner los puñados de yerba encima de la tierra para que no se conociese nada. Al tiempo de marcharse hizo reflexión que si volvía le costaría mucho trabajo el dar con el agujero del tesoro, lo que le inquietó tanto, que volvió allá, y ya no conocía el lugar que el diablo le había señalado. Anduvo mucho por el prado para volver a encontrar su tesoro, pero no pudo conseguirlo. Acordóse de lo que el diablo le había dicho antes de separarse de él, y así, se echó boca abajo, y por tres veces dijo: *Asmodeo, el mejor de los diablos, ven a mí*. El diablo se le apareció al instante, y le preguntó qué quería. «¡Ah!—respondió Zador—. Me hallo en una gran confusión: el prado es tan espacioso que jamás podré en-

contrar el tesoro que me has dado, a causa de la yerba que le cubre, y aun ya le he perdido.» Entonces Asmodeo le llevó al paraje donde estaba el tesoro, y habiéndolo conocido, Zador manifestaba al diablo su alegría dando varios saltos. «Pero esto no basta—dijo el mismo Zador—; es preciso que me enseñes cómo he de hacer para hallar mi tesoro.» «Si sólo esto te inquieta—dijo Asmodeo—, te voy a decir el modo más seguro de encontrar este sitio. Mi parecer es que hagas tus menesteres dentro del mismo agujero.» «Tu consejo es muy bueno—respondió Zador—, y nadie se atreverá de esta suerte a meter allí la mano, y las narices todavía menos.» «Ya no te hago falta—le dijo Asmodeo—. Adiós.» Zador, viéndose solo, se puso en disposición de ejecutar el parecer del diablo, y después de algunos esfuerzos depuso lo bastante para reconocer su tesoro. Ya se daba la enhorabuena de su fortuna presente, cuando sintió que le empujaban con tal fuerza, que le hicieron caer; y el susto que recibió le hizo despertar despavorido; pero fué mayor su espanto al oír a su mujer que le decía: «¿Qué es lo que acabas de hacer, miserable? Quitate, que me apestas y no puedo aguantarlo.» «¿Pues qué—dijo Zador medio dormido—, estoy en mi cama?» «¿Y dónde quieres estar?»—replicó su mujer. «Soy bien desgraciado—dijo Zador—; he tenido el sueño más gustoso que jamás pueda tener hombre.» «También es—le respondió la mujer—el de más mal olor.» «Sí—le dijo Zador—; pero mira en mis bolsillos todo el dinero que poseo y he sacado de mi tesoro.» «Anda, anda—dijo ella—; levántate y mira la cama.» Quedóse atónito en extremo al ver que lo que había hecho en un prado para encontrar su tesoro lo acababa de hacer en su cama.

Lo demás no me lo han contado, dijo el arriero, que, no pudiendo contenerse, empezó a dar tales carcajadas de risa que creí se ahogaba. Yo, en la disposición de ánimo en que me hallaba, no tuve gana de imitarle, pues el suceso de una mujer robada y un sueño no eran lances bastante del caso entonces para divertirme. Tostón, que adivinó por qué no me reía, y aun comprendido que hubiera dado a Satanás a Tobías y sus cuentos, le dijo a éste para mudar de conversación:

—Lo que acabáis de contarnos es bastante gracioso; pero, si os parece, hablemos algo de Méjico. Ya conocéis perfectamente esta gran ciudad; podéis decirnos las cosas más notables que hay en ella.

—Cinco hay—respondió Tobías—, que son: las mujeres, los vestidos, los caballos, las calles y los coches de la nobleza, que

exceden en magnificencia y en hermosura a los de todas las cortes de Europa, sin exceptuar ninguna. Es verdad que para adornarlos no escasean el oro ni la plata, y aun emplean las piedras preciosas con las más hermosas telas de seda de la China. Las bridas de los caballos están embutidas de perlas finas, las herraduras son de plata, y al ver la arrogancia con que andan parece pudiera decirse que conocen la superioridad que tienen de ser los más perfectos animales de su especie. Hablando de las calles—continuó—, casi todas son de una anchura prodigiosa, lo que es preciso en una ciudad en donde andan quince mil coches todos los días. Y al mismo tiempo son de una riqueza admirable, de suerte que no hay pueblo en todo el mundo en que estén con igual aseo; y verdaderamente sería lástima lo contrario, a causa de las tiendas, las cuales ofrecen a la vista de los que pasan un aspecto de opulencia que no se encuentra fuera de allí. Las de la calle de los Plateros, sin hablar de otras, están llenas de inmensas riquezas y de obras maravillosas.

—Estoy esperando qué es lo que nos cuenta el tío Tobías acerca de las mujeres.

—Lo que puedo decir de ellas es ciertamente digno de oírse. Las damas de Méjico son bellas por lo general, y se visten de un modo que realza su hermosura. A fuerza de tantas piedras preciosas como llevan, relucen más que las estrellas. ¡Qué lujo! ¡Qué magnificencia! Es menester verlas a la caída de la tarde en el campo de la Alameda, que es el paseo de los caballeros y de los principales vecinos. Allí es donde podréis haceros cargo del gasto excesivo que hacen en vestir. No obstante, por más lindas que sean naturalmente y ricamente compuestas que vayan, lo más que las sucede es llevarse sólo la mitad de la atención de los hombres, porque la otra mitad la emplean éstos en las muchachas indianas de su comitiva, que hacen ellas ir junto a los estribos de los coches. Son tan bonitas y chuscas estas negras, que muchas veces son más queridas que sus amas.

—Eso es cuento, tío Tobías—exclamó mi criado, haciendo un gesto—; hablemos de veras. ¿Cómo es creible que agraden a nadie aquellos rostros atezados?

—¡Cómo que no!—le replicó muy formal el arriero—. Bien se conoce que venís de España y jamás habéis visto a estas morenitas. Andad, andad, que después de haberlas mirado con atención no os parecerán tan asquerosas. Los caballeros—añadió—y los empleados de la audiencia las hacen más justicia; y aun el virrey las festeja, recibiendo tanto gusto su excelencia

de su conversación, que los burlones dicen que el negro es ahora su color favorito.

No pude menos de reírme de oírle decir al tío Tobías estas últimas palabras; y para moverle a que me contase cuanto sabía del conde de Velges, que era entonces virrey de Nueva España, le hice muchas preguntas acerca de este señor, a las cuales respondió de un modo por donde conocí que los vicios y virtudes de los sujetos constituídos en empleo no se le conceden al público.

—El conde de Verges—nos dijo el arriero—ama con alguna demasía el dinero y a las negras de que he hablado. Aunque todos los años tiene cien mil ducados de sueldo y saca por lo menos un millón de los regalos que le hacen los del país y de lo que comercia en España y en las Islas Filipinas, todo este dinero no basta para saciar su apetito a las riquezas. Quitado eso, es un virrey cabal, y sabe mejor que sus antecesores hacer respetar las leyes y la autoridad real. Es tan riguroso, que le llaman por excelencia *el azote de los ladrones*. En realidad, bien merece este título—prosiguió Tobías—, por el cuidado que ha tenido y tiene todavía de limpiar de ladrones los caminos reales, porque después que es virrey ha hecho ajusticiar más malhechores y asesinos que los que se han visto castigar desde que los dominios del gran Moctezuma mudaron de señor. Pero es preciso no callar nada: si este caballero procede tan honradamente en su gobierno, creo aquí, para entre nosotros, que contribuye un poco a ello el señor don Juan de Salcedo, primer secretario suyo, que es un sujeto de mérito y en el cual tiene fundamento para descansar de las ocupaciones más penosas del virreinato.

Aquí interrumpí a Tobías para preguntarle si el don Juan de Salcedo de quien hablaba había estado empleado en las secretarías del duque de Cueda.

—Sí, señor—me respondió—, y aún se mantendría allí todavía si después de la muerte de nuestro buen rey Felipe III no hubiera sido desterrado el duque; pero inmediatamente después de la desgracia de este ministro, don Juan dejó la corte por venir a Méjico a buscar al conde de Velges, que es uno de sus amigos antiguos y de quien más bien es compañero que no secretario.

Me alegré infinito de saber por esta noticia que tendría en Méjico quien me conociera, pues don Juan de Salcedo era aquel mismo secretario que había hablado en mi favor para que llevase a Nápoles pliegos importantes al duque de Nuaso y tenía

la mala costumbre de citar sobre cualquier cosa textos de autores latinos. Díjele al arriero que yo conocía a aquel don Juan de Salcedo, y asimismo que podía alabarme de haber sido amigo suyo en otro tiempo.

—¡Oh, señor—exclamó con mucha viveza al oír esto Tobías—, y qué feliz sois de tener un amigo de esa importancia! Yo no sé el motivo que os trae a Méjico; pero con cualquier mira que vengáis, estad seguro de que la lograréis, pues conocéis a un sujeto que dispone de todos los empleos que el virrey puede dar, y que, digámoslo así, es la clavija maestra del gobierno.

Después de haber hablado de esta suerte el arriero Tobías del conde de Velges y de su secretario, volvió a tratar sobre las bellas cosas de Méjico.

—Cuando hayáis visto—nos dijo—esta ciudad y sus alrededores, convendréis en que si hay algún país en el mundo que sea comparable con el Paraíso terrestre, es éste. La Andalucía y la Lombardía, tan alabadas de los viajeros, no le llegan.

Y en seguida Tobías se nos puso a hacer una descripción bastante curiosa, pero al mismo tiempo tan larga, que todavía no la había acabado cuando llegamos a Jalapa, primer pueblo que se encuentra en el camino, en el cual hay una posada regularmente bien abastecida de todo género de provisiones.





CAPITULO III

De la llegada de don Querubín a Méjico. Adónde fué a hospedarse. Se prenda de la mujer del mesonero, aunque era mulata.



ICE noche en Jalapa, y por la mañana me despertó el ruido de la voz sonora de Tobías. Ya estaba en pie y cantando a más y mejor mientras aparejaba las mulas. Levantéme inmediatamente, y al acabar de vestirme me trajeron el chocolate, y después monté otra vez en la mula para continuar mi viaje.

El arriero, que era enemigo del silencio, en breve lo rompió. Cantó aquel día varios romances sobre las guerras de Granada, y luego nos contó varias novelas, con las que tampoco me pudo hacer reír; antes bien, me fastidiaron, de modo que el camino me pareció más largo de lo que era. Por eso no cansaré con ellas al lector, ni con las que nos hizo aguntar los días siguientes. Démonos prisa por llegar a Méjico.

Al entrar en esta célebre ciudad, pregunté a Tobías a qué paraje quería llevarnos.

—Al barrio de la nobleza—me respondió—, a una posada en donde se hospedan comúnmente los caballeros que vienen de España, de la que es dueño un español, natural de Carmona, junto a Sevilla, y se llama el maestro Jerónimo Juan de Morales. Viéndose pobre en su tierra, la dejó por venir a Méjico, donde tiene esta posada con una indiana joven, con quien se ha casado, y que hace llover oro en su casa.

—¡Guarda, Pablo!—exclamó Tostón, dando una carcajada de risa.

—Aquí no hay nada que temer—le replicó el arriero—, porque Morales, lejos de parecerse a vuestro huésped de Veracruz, no es nada celoso, aunque su mujer sea de las más graciosas. Y cuando la veáis diréis que hay caras atezadas que se pueden mirar sin horror.

—De ese modo—le dije al arriero—no dejarán de acudir parroquianos a su casa.

—No os engañáis—me respondió—, pues a ella concurren todos los días personas decentes, más por verla que por otra cosa, porque los recibe con un agrado de que quedan prendados; y las conversaciones que tienen con ella no dejan de seguirse a veces sus ciertos regalos, lo que es muy del gusto de Morales, que está hechizado de tener una mujer bonita y de ver que la festejen.

Esta narración me dió golpe y movió a deseo de verme en la posada para cerciorarme de ello por mis mismos ojos, no pudiendo persuadirme a que una indiana fuese capaz de inspirar amor a un europeo; y viendo el tío Tobías la impaciencia que yo mostraba por llegar a casa de Morales, dobló el paso. Nos llevó a la calle del Aguila, donde sólo viven caballeros y empleados de la Audiencia. Apeámonos a la puerta de una posada que tenía por insignia un basilisco, y debajo este rótulo: *Posada del Basilisco para caballeros*. «Voto a tantos—dije para mí—, que esta insignia me parece harto graciosa, pues hace discurrir que se ha puesto para advertir a los forasteros que corren riesgo en alojarse en ella.» Pero como consideré por muy gustoso el peligro, no me espantó. A pesar de cuanto Tobías me había contado de la huéspedada, en vez de temer a este basilisco me expuse sin reparo a sus miradas.

Sufrílas desde luego sin que me causasen impresión alguna, y antes bien diré que su color atezado me desagradó. Con todo, en breve me acostumbré a él. ¿Qué digo? Me ofuscó la vista insensiblemente con modales sencillos y del todo agradables, en términos que, al cabo de un cuarto de hora de conversación, conocí que las voluntades estaban tan expuestas con semejantes indianas como con las hermosuras más temibles de Madrid. Se daba un remedo a la gitanilla de quien hablé en el primer tomo de esta historia; digo un remedo porque la indiana era todavía más chusca.

Es verdad que cuando la vi estaba vestida de un modo que daba un gran realce a sus atractivos. Llevaba un guardapiés de lienzo de la China galoneado de oro, con una cinta de color de fuego, cuyas puntas, adornadas de una franja de oro, caían hasta abajo por delante y por la espalda. Encima tenía puesto un jubón del mismo lienzo con mangas anchas, bordado de seda encarnada y plata y atacado con cordones de oro. Añádase a esto un ceñidor de seda azul sembrado de piedras preciosas, un collar y brazaletes de perlas y pendientes de diamantes finos.

Es constante que era difícil mirarla en aquel atavío sin sentir impresión, o más bien sin quererla. Yo pensé caer en la red; a lo menos aseguro que el primer día no hice más que contemplar en sus gracias, las que porfiaron toda la noche en representármeme a la imaginación; pero mi juicio, más porfiado aún que su imagen, me impidió rendirme a mis tiernos impulsos.

—Y pues, amigo—le dije a Tostón el día siguiente—, ¿qué dices de nuestra huéspedea? ¿Te ha reconciliado algo con las indianas?

—Enteramente—me respondió—. Bien tenía razón Tobías en decirme que juzgaría de ellas distintamente que antes. Los ojos me duelen de tanto haberlos estirado ayer tarde por mirar a la mujer de Morales. ¡Qué despierta es! No podía hartarme de estarla mirando, y se puede decir que ha mudado mi gusto de blanco en negro.





CAPITULO IV

Va don Querubin a ver el palacio del virrey, en el que encuentra a don Juan de Salcedo, quien le conoció. De lo bien que le recibió este secretario y de la primera conversación entre ellos, de la que quedó muy pagado don Querubin.

TANTO era lo que me punzaba el deseo de ver la ciudad, y principalmente el palacio del virrey, que para satisfacer mi gusto salí por la mañana acompañado de mi criado. Morales quiso absolutamente ir conmigo, para responder, decía él, a las preguntas que pudiera darme gana de hacerle por curiosidad, y yo me dejé dirigir por una tan buena guía. Hizo-me atravesar la plaza del Mercado, que es el paraje más grande de Méjico, y en uno de cuyos lados hay soportales, dentro de los cuales se ven tiendas surtidas de toda clase de mercaderías.

Como yo miraba a todas partes, advertí una casa grande, y habiendo preguntado quién vivía en ella, me respondió mi huésped que el virrey, y que aquél era el palacio, tal cual Cortés le había hecho edificar sobre las ruinas del de Moctezuma.

—¿Es posible—exclamé yo suspenso—que este sea el palacio de que tantas veces he oído alabar la magnificencia? En todas las grandes ciudades de España hay casas igualmente hermosas; yo esperaba ver un edificio más soberbio.

—Os engañáis—replicó Morales—; no es de este palacio del que hacen tan bellas descripciones los viajantes, sino del que quedó reducido a cenizas, y del cual se afirma que podía contarse por una nueva maravilla del mundo.

—¡Qué ponderación!—exclamé otra vez—. Bien creo que las paredes eran, como refieren esos caballeros, de una mampostería mezclada de jaspe y de otra piedra negra, en la que se veían vetas encarnadas y tan resplandecientes como rubíes. Tam-

bién creo que los techos serían de cedro y ciprés; pero no puedo dar crédito a las cosas extraordinarias que cuentan del emperador Moctezuma para divertir a la cuenta a los lectores. Dicen, por ejemplo, que tenía en su serrallo más de dos mil mujeres, de las cuales había siempre doscientas por lo menos en cinta a un mismo tiempo.

—¡Qué decís!—exclamó Tostón soltando la risa—. Es buen exagerar.

—Nada os debe admirar de eso—dijo entonces Morales—, pues Moctezuma podía tener más de tres mil, gozando como gozaba del derecho de robar las hijas de los principales indios si le gustaban.

Entretenidos en esta conversación llegamos al palacio, a cuya puerta había algunos soldados que dejaban pasar libremente a cualquiera. Entramos en un patio espacioso y cuadrado, para ir a tomar una escalera ancha que conducía a la habitación del virrey. Fuimos siguiendo a muchos caballeros que iban a hacer la corte a S. E. Atravesamos con ellos tres o cuatro piezas adornadas de ricos muebles y llegamos hasta aquella en que los ayudas de cámara le estaban vistiendo. Colocámonos los tres en un rincón, desde el cual podíamos observarlo todo.

Yo me dediqué, desde luego, a examinar al amo, que me pareció un hombre de cincuenta años y muy grave. Llevaba el pelo echado atrás; tenía cejas negras y muy pobladas, y un semblante agreste y terrible. Sin embargo, hice una observación bastante particular mientras hablaba él con los caballeros que acudían a obsequiarle, y fué que se sonreía de cuando en cuando; y siempre que esto le sucedía, se volvía repentinamente tan distinto de sí propio, que parecía tener dos caras. Finalmente, cuando estaba serio daba miedo, y cuando ponía un semblante risueño mostraba ser del todo agradable.

La conversación que tenía con aquellos caballeros cesó, porque entró su secretario, que vi era don Juan de Salcedo, mi amigo antiguo, trayendo en la mano un gran legajo de papeles. No bien le hubo visto el virrey, cuando se adelantó a recibirle. Retiráronse los dos juntos a un balcón y estuvieron hablando a solas cerca de un cuarto de hora. Entretanto advertí yo lo mismo que me había dicho Tobías, y que manifestaba bien el influjo que Salcedo tenía en el ánimo del conde. Yo no sé de qué trataban los dos; pero me pareció que S. E. escuchaba con gusto a su secretario y que aplaudía lo que decía.

No quise salir de palacio sin haber saludado antes a don Juan. Con este fin fui a la antecámara a esperar que saliese,

muy deseoso de saber el recibimiento que me haría. Dudaba que acogiese afectuosamente a un hombre que no había querido aprovecharse de sus favores en Madrid, y asimismo que se dignase conocerme. Con todo eso, al instante que me divisó entre la multitud, se llegó a mí, y dirigiéndome la palabra con aire risueño:

—Me parece que no me engaño—me dijo—: vos sois don Querubín de la Ronda.

Respondile cuán grande era mi placer al ver que se acordaba tanto de mí.

—No os he desterrado de mi memoria—me replicó—: *tantum abest*. Por vuestra parte, no debéis haber olvidado que yo os estimaba en España. Me acuerdo con gusto de aquel tiempo, y siento renacer en mí, volviéndoos a ver, la amistad que os profesaba.

Enternecido yo y reconocido al afecto que me manifestaba, quise extenderme en respuestas de agradecimiento; pero cortándome la palabra y apartándome a un lado:

—Don Querubín—prosiguió en voz baja—, dejémonos de cumplimientos; bien sabéis que soy un hombre sencillo, aunque he estado toda mi vida en la corte; habládme con confianza. ¿Qué habéis venido a hacer en Méjico? Me parece que lo adivino: *Auri sacra fames*: ¿no es verdad? Confesádmelo sin temor, porque me hallo en estado de reconciliaros con la fortuna, si estáis reñido con ella.

Iba otra vez a abrir la boca para dar gracias al secretario de su generosidad, pero me la cerró otra vez, diciéndome:

—No puedo detenerme con vos más tiempo, pues tengo asuntos urgentes que me ocuparán el resto de la mañana. Venidme a ver después y hablaremos despacio. *Vale*.

Dicha esta palabra latina, que acompañó con un estrecho abrazo, se fué a su tarea, dejándome lleno de gozo de lo bien que me había recibido. Todas las personas que lo presenciaron, y que miraban a Salcedo como a un segundo virrey, envidiaron mi fortuna y pensaron que yo era algún español distinguido, pues don Juan me había hecho la honra de abrazarme. Mi huésped me dió la enhorabuena e hizo en adelante más caso de mí.

En cuanto a Tostón, estaba fuera de sí de regocijo.

—Señor—me dijo, cuando estuvimos de vuelta en la posada—, ¿no se alegra usted ahora de haber venido a Indias? ¿Qué no podéis prometeros de la amistad del señor don Juan? Os podéis lisonjear de que con su valimiento...



—¿Qué esperanzas—interrumpí yo—quieres que conciba? Sabes que con los bienes que poseo debo contentarme y no apetecer más.

—No, no—me replicó—; la abundancia de haberes no daña; fuera de eso, pensad en que tenéis una hija y que no podréis acumular sobradas riquezas para dejarla una grande herencia.





CAPITULO V

De la visita que hizo después de comer a don Juan de Salcedo, y de su segunda conversación con él. Cuál fué el fruto de ella.

Entra don Querubin de la Ronda por ayo de don Alejo, hijo del virrey. Gozo de Tostón cuando supo esta gustosa noticia.



o falté en ir después de mediodía al palacio del virrey. Enseñáronme dónde era el alojamiento del señor De Salcedo, y fui a presentarme a la puerta, a la que estaba un ayuda de cámara, quien al instante que oyó mi nombre me dijo con semblante respetuoso:

—Señor, mi amo os espera en su despacho, al que voy a acompañaros.

En esto me hizo pasar por cinco o seis cuartos por lo menos, a cual más magníficos, porque la habitación del secretario estaba tan ricamente amueblada como la del virrey, y puede ser más. En ellos había un sin fin de pinturas de los mejores pintores de Italia y las obras más primorosas de pluma de Mechoacán y de pelo de conejo.

Finalmente, mi guía me abrió la puerta del despacho, en que el señor don Juan estaba solo en un canapé de seda de la China. Se levantó al verme para venir a darme un abrazo, y me dijo:

—Mi querido don Querubín, os estaba esperando con impaciencia a fin de saber de vos el motivo de vuestra venida a esta tierra, y aseguraros de nuevo que si os halláis escaso de medios, eso no os durará mucho; en una palabra, yo me encargo de procuraros en Méjico un destino agradable.

—Agradezco tanto como me corresponde—le dije—vuestros favores; pero sería abusar de ellos si os dijese que el deseo de enriquecerme es el que me ha traído a Méjico. No, señor; aunque tengo un mediano pasar, estoy contento con él, y sólo la

curiosidad de ver la Nueva España es lo que me ha movido a emprender el viaje.

—Vuestros pensamientos son algo demasiado filosóficos— replicó don Juan—, porque el tener sólo lo que basta precisamente para mantenerse no procura una vida cómoda, y el estar sujeto a no gastar más que cierta cantidad es triste para un hombre del mundo, por poco generoso que sea. Creedme, conservad lo que poseéis y no despreciéis los nuevos favores que la fortuna se dispone a derramar sobre vos por mi medio. Me ha ocurrido una idea—añadió—que os será de muchísimo provecho. Quiero emplearos...

—No me propongáis—interrumpí yo con bastante despejo— el colocarme en vuestras oficinas.

Mi viveza hizo reír a Salcedo.

—No, no—prosiguió—; bien sé que no gustáis de tales empleos. Os tengo buscado otro que os convendrá mejor, y es el de ayo del joven don Alejo, hijo único del virrey. Dejadme a mí manejar este asunto. Hoy mismo hablaré a su excelencia, y me atrevería a responderos de que lo conseguiré.

Como yo me había acostumbrado a vivir sin depender de nadie y me veía en estado de no necesitar del miserable empleo de ayo, no me deslumbró el pensamiento de Salcedo; antes bien, iba a decirle con lisura cuál era el mío sobre lo mismo; pero lo que añadió me hizo callar, y me pareció merecía alguna atención.

—No os imaginéis—me dijo—que yo os proponga un mal partido; yo sé, como vos, que en Madrid y en las demás ciudades de España no es un oficio muy bueno el de ayo, y que estos caballeros apenas ganan para mantenerse, especialmente cuando dan en la locura de querer llevar ricos vestidos. ¡No quiera Dios que yo intente procuraros aquí un puesto semejante! Porque no os haría en esto un gran servicio; pero dignaos escucharme hasta el fin. Confiando a vuestra dirección la conducta de don Alejo, es mi ánimo que estéis sobre otro pie en casa del virrey. Quiero que os miren como a un mentor y os traten con distinción; en una palabra, allí seréis atendido, amado y respetado, y tendréis un gran sueldo, sin contar los provechos que yo cuidaré os toquen todos los años.

El secretario Salcedo fué tanto lo que me habló sobre ello, que me persuadió, y así le dije:

—No puedo resistir a ofertas tan gustosas, y lo que me place más que todo es el ver lo mucho que os interesáis por mi

bien. Sólo falta saber si tendré la dicha de parecer bien a su excelencia.

—Eso no lo dudo—interrumpió don Juan—. El informe que yo le daré de vos no dejará de inclinarle a favor vuestro, y vuestra presencia no echará a perder nada. Volved—añadió—, volved aquí mañana y os presentaré a su excelencia después de comer.

Esta fué la segunda conversación que tuve con mi amigo Salcedo, quien al día siguiente, así que me vió, me dijo:

—Vuestro asunto está conseguido; ya sois ayo de don Alejo. El conde de Velges os da cuarto en palacio y mil y doscientos doblones de sueldo al año. Fuera de eso, cuando queráis ir a visitar a alguno o a pasearos, tendréis siempre coché y dos lacayos a vuestra disposición.

—En verdad, señor don Juan—exclamé al oírle hablar de esta suerte—, que estoy atónito de las pruebas de amistad que me dáis.

—¡Oh! No está ahí el todo—replicó—; no estaré contento conmigo mismo si redujese a eso el deseo que tengo de servirlos. Cuento con añadir cada año a vuestro sueldo dos mil ducados lo menos que os tocarán del comercio que su excelencia y yo hacemos, tanto en España como en Filipinas, y en el cual os daré parte.

—¡Eso es demasiado!—le dije—. ¿Qué he hecho yo para merecer tantos favores, y cómo podré agradecerlos?

—Yo no os pido otro reconocimiento—me dijo—, sino que me queráis en el mismo grado que yo os quiero.

Mudando en esto de conversación:

—Vamos—continuó—a ver a su excelencia, que está en su despacho, donde debe de haber dormido la siesta. Aprovechémonos de este rato.

Acompañóme inmediatamente hasta la puerta, y luego que estuvimos allí, me dijo:

—Aguardad aquí un poco.

Y luego se entró solo en aquella pieza, donde estuvo cerca de un cuarto de hora, y saliendo después me agarró de la mano y me hizo pasar adelante. El virrey me miró desde los pies a la cabeza, y aquella ligera mirada me fué favorable.

—Yo creo—me dijo S. E. con semblante afable—que Salcedo no me ha dicho nada de más. Vuestra fisonomía confirma el elogio que de vos me ha hecho, y así, pongo a vuestro cuidado a don Alejo, persuadido a que no puede estar en mejores manos. En cuanto a vuestros intereses—añadió—, creo que don

Juan os habrá dicho mi voluntad y en qué términos quería yo que estuviéseis en mi casa.

Respondí a este señor que yo pondría toda mi atención en desempeñar el encargo con que me honraba. Dicho esto, me retiré con mi Mecenaz, quien me llevó a la habitación de don Alejo, al que encontramos poniendo en latín una composición castellana a presencia de su preceptor, que era un sacerdote gallego, ya anciano.

—Señorito—dijo Salcedo a don Alejo—, el señor es el ayo que su excelencia vuestro padre ha escogido para gobernaros en el mundo y enseñaros a ser virtuoso; puedo aseguraros que estaréis contento con él, y espero que él lo estará con vos.

La única respuesta que dió don Alejo fué el abrir bien los ojos para contemplarme. Dirigile la palabra para moverle a hablar y tomar el pulso a su entendimiento, que me pareció bien romo. Mientras estábamos en nuestra conversación, su preceptor, que era un hombre atestado de latín, citaba lugares de Virgilio y de Horacio, y don Juan, que no quería sino hacer otro tanto, refería también en abundancia pasajes de autores latinos; y después que los dos satisficieron este gusto, Salcedo me dijo:

—Señor don Querubín, volved a la posada a disponer las cosas para venir mañana a tomar posesión del empleo. Aquí encontraréis una habitación correspondiente al puesto que habéis de ocupar.

Saludé a los circunstantes y volví al Basilisco, donde mi criado me estaba esperando con la mayor impaciencia para saber las resultas de mi visita.

—Tostón—le dije—, es preciso ir a vivir al palacio del vi-
rey, pues soy ayo de don Alejo.

No bien lo acabé de decir cuando, dejándose llevar de un gozo inmoderado, empezó a saltar y brincar delante de mí como un loco. Cansado ya de este ejercicio, se paró para tomar aliento, y me dijo:

—Ya estamos, pues, a Dios gracias, en camino: vos, para aumentar vuestra fortuna, y yo, para empezar la mía, porque cuento con que lo uno es consiguiente a lo otro.

—Tienes razón—le respondi—, amigo; si hago caudal en esta tierra, te doy mi palabra que te daré parte de él.

Esta oferta renovó en Tostón la gana de saltar, a cuyo tiempo, entrando Morales, preguntó de qué nacía tanta alegría. Expliquéle el motivo, y le conté punto por punto las ventajas anejas a mi empleo, de lo que se quedó atónito; y mirándome ya

como un alto y poderoso señor, me suplicó le concediese mi protección. Lo más gracioso del caso fué que yo se lo concedí con aire de gravedad, protestándole sinceramente el servirle si se presentaba la ocasión. Al día siguiente, después de haber encargado a Tostón hiciese llevar mi equipaje a mi nueva vivienda, me despedí de mi bella posadera, la que me pareció estaba algo sentida de nuestra separación, aunque no tenía gran motivo para ello, pues en mí no perdía sino a un hombre que no quería rendir obsequios a sus atractivos.





CAPITULO VI

Don Querubín, ayo de don Alejo de Gelves, hijo único del virrey, hace una visita a la virreina. Conversación que tuvo con el preceptor de don Alejo. Retrato de este último.



OLví a palacio, donde fui desde luego a buscar a Salcedo, quien para darme la posesión de mi empleo me llevó él mismo a mi alojamiento, el cual se componía de tres piezas pequeñas a un piso, muebladas muy decentemente, y de otro cuarto para dormir mi criado.

—No estaréis mal alojado, como veis—me dijo don Juan—, y comeréis con el doctor don Gaspar de Aldaña, preceptor de don Alejo, si gustáis más de eso que de comer solo en vuestra habitación. Este doctor es un eclesiástico de bonísimo carácter, que no carece de talento y habla latín que es una maravilla.

Respondí que me alegraría mucho de comer y cenar con un compañero semejante, y así quedó dispuesto.

La primera diligencia que creí me correspondía hacer para cumplir con mi obligación fué el ir a saludar a la virreina, a lo cual me acompañó Salcedo. Yo aguardaba a que me recibiría con semblante altivo, imaginándome que la condesa era una mujer orgullosa y pagada de su grandeza. Pues no fué así; antes bien, la buena señora me recibió con tanto mayor agrado cuanto don Juan la había hecho ya un grandioso elogio de mi mérito. Hízome muchas preguntas, a fin de colegir de mis respuestas si la habían exagerado mi entendimiento; pero fué tal mi fortuna, que la gustó tanto mi conversación que dijo en mi presencia a Salcedo:

—Agradézcoos, don Juan, el haber hecho tan buena elección. Este caballero me parece apto para educar a un señorito. Esta es la persona que se necesita para pulir a mi hijo, el

que confieso tiene poca disposición para llegar a ser un caballero perfecto.

—Eso lo hará el tiempo, señora—dijo entonces don Juan—, pues con ayuda de un buen ayo la comprensión tardía de don Alejo irá poco a poco adelantando.

Acabada la conversación con la virreina, pasé a estar con don Alejo, con quien tuve otra que me dió pesadumbre. Advertí tenía que hacer con un discípulo que me daría mucho que trabajar, con uno de los más lerdos, con un pedazo de palo. Manifesté mi pesar al doctor Aldaña, quien, a mi entender, lo sentía tanto como yo, aunque me pareció había tomado el partido de conformarse.

—Convengo—me dijo—en que es sensible, así para vos como para mí, el tener un discípulo tonto, porque don Alejo lo es de veras. Ya ha cumplido quince años y aún no sabe hacer por sí solo una oración primera de activa, sin embargo de que en los diez y ocho meses que hace que soy su maestro he sudado gotas de sangre para enseñarle la gramática. Cansado de machacar en hierro frío, he perdido algunas veces la paciencia, y pedido mi licencia al señor conde; pero nunca ha querido dármela. «Señor doctor—me ha dicho siempre—, os suplico no desamparéis a mi hijo; bien veo que no es culpa vuestra si hasta ahora no se ha aprovechado de vuestras lecciones; no importa, continuad. A fuerza de oír repetir unas mismas cosas podrá bien retener alguna, y con esto tendrá bastante, porque no es mi ánimo que sea ningún sabio.» Por obedecer a su excelencia—prosiguió el doctor—, me mantengo aquí y sigo siempre mi camino. Le dicto a mi señorito pasajes latinos para que los traduzca en castellano, o bien composiciones en este idioma para que las vierta en latín; pero uno y otro lo hace como Dios quiere. Entretanto como regaladamente en esta casa; me pagan puntualmente el sueldo, que es bastante bueno, y quizá al fin pillaré algún buen beneficio, porque cuando uno sirve a grandes no siempre sale mal recompensado. Seguid mi ejemplo, señor don Querubín—prosiguió—, ¿y para qué tomar las cosas tan a pechos? Acompañad por ahí a don Alejo, reprendedle cuando haga alguna mala acción o diga algún disparate, y reíos de lo demás. Si nuestro discípulo es un bestia, naturalmente, nosotros no podemos remediarlo. Mirad los otros maestros que tiene: ¿han adelantado acaso más que nosotros? No por cierto; el uno no puede hacerle aprender la música, ni el otro las reglas de baile, aunque ya van quince meses que le están ense-

ñando. ¿Y pensáis que esto les aflige? Nada. Le dan la lección a salga lo que saliere y maman la cabra.

De este modo me exhortaba el gallego a que me consolase de la rudeza de don Alejo, y, con efecto, yo conocía que llevaba razón. Empecé, pues, a ejercer mi ministerio para los efectos que hubiese lugar. Me dediqué ante todas cosas a ganarle la voluntad con modos suaves y persuasivos, y lo conseguí en pocos días. Es verdad que le tenía conversaciones más propias para divertirle que para doctrinarle, temiendo que la enseñanza le disgustase.





CAPITULO VII

*Va don Querubin a pasearse con su discipulo al campo llamado la Alameda, que es el principal paseo de Méjico. Cosas que allí notó y la grande admiración que le causaron.
Suceso trágico que presenció.*



RES días estuve sin salir de casa, ocupado en arreglar mi habitación; pero el cuarto, a eso de las cinco de la tarde, entré en un coche magnífico con don Alejo y fuimos al paseo de la Alameda, causándome gran diversión el verlo, después de lo que acerca de él me había contado el arriero Tobías.

Es un campo muy espacioso, en el que hay un gran número de calles de árboles, por las que se puede andar sin que incomode el sol. La plaza de Zocodover de Toledo, y aun el Prado mismo de Madrid, no llegan a aquel paseo, el cual ofrece una vista que encanta. Acuden a él infinitos coches, llenos de caballeros, de ciudadanos y de damas de todas clases. Los caballeros, principalmente aquellos que, según ellos dicen, descienden de los capitanes de Cortés, llevan por lo regular unos trenes soberbios, y en su seguimiento esclavos negros, vestidos de ricas libreas, con medias de seda y lazos de pedrería en los zapatos. Fuera de eso, estos esclavos traen espada, de modo que sus orgullosos amos pueden alabarse de tener guardias como los reyes.

Las señoras se pasean con igual pompa que los hombres. Hacen ir a los estribos de los coches su acompañamiento, que se compone de aquellas graciosas negras de que ya he hecho mención, las cuales visten de manera que usurpan muchas veces a sus amas la atención de los hombres, no obstante que éstas nada omiten por parecer hermosas. Realzan su adorno con todo lo que pueden tomar del arte, y usan de piedras preciosas, poniéndoselas a la moda más graciosa de América.

A cualquier lado que volvía los ojos no veía sino perlas y

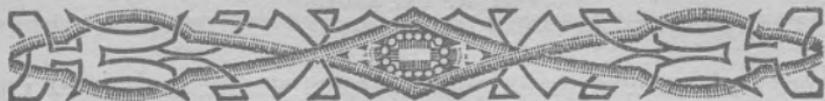
diamantes, que las sentaban tan bien a las damas, que me parecían todas a cual más hermosas. ¿Dónde estoy?, decía yo para mí al ver tantos objetos hechiceros. Poco me falta para creer que me hallo en el paraíso de Mahoma.

Con efecto, yo estaba deslumbrado con las brillantes hermosuras que por todas partes se me ofrecían a la vista; pero ninguna de estas damas hacía en mí más impresión una que otra. pues al punto que veía a alguna que me suspendía, otra que pasaba me llevaba la atención, y allí vi sin riesgo muchas caras que, vistas cada una de por sí, las hubiera temido.

Pero el placer que yo recibía de mirar a derecha e izquierda vino a turbarlo un suceso que acontece harto comúnmente en aquel paseo, donde no pudiendo los amantes celosos aguantar que sus competidores hablen con sus queridas, ni tampoco que se acerquen demasiado a ellas, los acometen con puñal o espada. A doscientos o trescientos pasos de mí advertí que al lado de un estribo de un coche estaban riñendo con tal coraje dos caballeros, que de allí a poco cayó muerto uno de ellos. Inmediatamente vi desnudar veinte espadas, unas en venganza del vencido y otras en defensa del vencedor. Los amigos de este último fueron los más fuertes, y así le libertaron de las manos de sus enemigos y lo condujeron a la iglesia más cercana para que le sirviese de asilo.

Después de haber presenciado este triste lance, seguí paseándome y mirando a las damas, hasta que la noche vino a esconder de la vista su gracia y hermosura. Volví con mi discípulo a palacio, muy ocupado el pensamiento de lo que había visto, y sin poder admirar bastante la magnificencia de los moradores de Méjico. Cuando los ponía en paralelo con los de Madrid, estos últimos nada ganaban en la comparación.





CAPITULO VIII

De qué modo logró tener entendimiento don Alejo. Conversación de don Querubín con su criado. Admírase de lo que le cuentan de su discípulo. Consejos prudentes que da a Tostón, de los cuales se aprovecha éste.

EN medio de ser negado mi discípulo, era dócil y obediente. Si no hacía bien lo que yo quería, procuraba a lo menos desempeñarlo bien, de modo que su buena voluntad suplió poco a poco por el talento que le faltaba. Al cabo de nueve o diez meses, el conde, su padre, notando en él una mudanza que a mí mismo me paró, me dió la enhorabuena, como también la condesa.

—*Macte animo*—me dijo una mañana mi amigo el secretario—; a todos tenéis muy contentos. *Perge*, y no os dé pena lo demás, porque eso me toca a mí.

Ufano de un principio tan venturoso, me dediqué más que nunca a la enseñanza de mi discípulo; y ayudándome a ello los demás maestros, cada uno por su parte, sacamos en menos de dos años un caballero que podía igualarse con el mejor. Sabía presentarse con garbo y seguir una conversación en el estilo de las concurrencias de forma de Méjico. Ello fué una verdadera transformación, con la que gané mucho crédito, y lo mismo el doctor Aldaña, el cual, a fuerza de machacarle a don Alejo unas mismas cosas, había, en fin, llegado a conseguir el encargarle algo de latín en la cabeza.

Estábamos satisfecho uno y otro del feliz fruto de nuestro trabajo; más con todo, por mucho motivo que tuviésemos de alabarnos de haber desbastado a nuestro discípulo, no sé si Tostón tuvo en ello la mayor parte; a lo menos contribuyó a este fin tanto como nosotros, según me manifestó un día que yo me preciaba delante de él de haber sacado de mi discípulo un gran mozo.

—Señor—me dijo él sonriendo socarronamente—, sin duda que sois digno de aplausos, y no tendría razón para negarlos; pero si me dais licencia os diré que el señor doctor Aldaña y

vos no podéis llevaros la palma, pues yo he trabajado en lo mismo, o por mejor decir, sabed que yo soy quien he limado a nuestro señorito, o si queréis que os lo diga en una palabra, esta obra es un prodigio del amor.

—Háblame—le dije—con más claridad; explicáte.

—Así lo haré en pocas palabras. Entre las criadas de la virreina hay una criolla de diez y siete años discreta y hermosa. Esta personita es la causa principal de la transformación de que os atribuíis la gloria.

—¿Qué es lo que dices, Tostón?—exclamé—. Me das una noticia que me deja suspenso sobremanera. ¡Cómo! ¿Don Alejo se ha enamorado de esa criolla? ¿La ha declarado su afecto? Por último, ¿en qué estado está con ella?

—Al fin de la comedia—me respondió mi criado.

—No puedo—le dije acelerado—recobrarne de mi espanto; cuéntame, te suplico, cómo se ha armado este enredo.

—Os lo referiré puntualmente—me dijo—; hacedme el favor de escucharme. Ya sabéis—continuó—que yo hago a menudo la corte a don Alejo, y que nos tratamos con bastante familiaridad. Soy tan ayuda de cámara suyo como vuestro, y además de eso dueño de su confianza. Se ha apasionado de Blandina, la criada más linda de la virreina. Me ha descubierto su amor y suplicado emplee mi maña para que pueda hablar a solas con su ninfa, lo que hago por la noche tan felizmente, que ninguno sospecha la más leve cosa. Esto es lo que tenía que contaros. Ahora pensad si son estas conversaciones nocturnas o vuestras lecciones las que han dado entendimiento a nuestro señorito.

De este modo habló el oficioso y secreto agente de don Alejo, lo que, oído por mí, le dije meneando la cabeza:

—Señor Tostón, si aguardáis a que yo os alabe de haber contribuído de esa suerte a la mutación de mi discípulo, os engañáis. No quiera Dios que yo abone el medio reprobado de que os habéis valido para quitarle su tontería, y mejor hubiera sido que la hubiese conservado siempre. Fuera de eso, ¿estáis bien seguro de que no os arrepentiréis de haber sido tan servicial? Ya conocéis la severidad del virrey; quizá se enojará con vos de que hagáis semejantes servicios a su hijo, si por vuestra desgracia llega a saberlo, y a la condesa también podrá no parecerla bien el que corrompáis a sus doncellas. Finalmente, amigo mío, tú te expones a que te encierren en un calabozo, y a mí a que me echen a la calle para enseñarme a escoger criados menos viciosos que tú. Mira a qué riesgo nos pones a los dos.

Tostón me dejó decir cuanto quise; pero en vez de hacerle mella lo que yo le hacía presente, me escuchaba distraído; y luego que acabé, me respondió en estos términos, sonriéndose:

—Nada puede decirse de más cuerdo que eso; sois un hombre lleno de prudencia, pero no sabéis el todo. Mi señora la condesa no ignora lo que pasa, y aun os diré que he manejado de orden suya esta aventura.

—¡Qué oigo!—exclamé al oír tales palabras—. ¿Me engañas? ¿Puedo dar crédito a tu relación?

—No lo dudéis, señor—replicó—. Es hecho cierto. Si a veces me acontece escapárseme alguna mentira, a lo menos no es delante de vos. La virreina—prosiguió—me envió un día a buscar, y me dijo a solas: «Amigo, quiero valerme de tu ministerio, pero sé callado. Observo que don Alejo ya no tiene aquella traza de simple que antes tenía; va despuntando de día en día. Para perfeccionarle ya no falta más que el que trate algo con mujeres. Me ha ocurrido un pensamiento: hazle hacer secretamente conocimiento con Blandina, que es la más bonita y entendida de mis criadas. Ella no dejará de infundirle cariño, el cual producirá dos buenos efectos, pues le perfeccionará y le impedirá aficionarse a las negras como su padre, gusto aborrecible de que quisiera preservar a mi hijo y que no puedo perdonar a los españoles. Finalmente—añadió la condesa, haciendo la recatada—, si te doy este encargo, que quizá te parece un poco delicado, es por estar persuadida a que Blandina no corre ningún riesgo, pues es honesta, y mi hijo tan contenido, que no será capaz de asustar su honestidad.» No quise—prosiguió Tostón—decirla a mi señora la condesa que me había anticipado a su excelencia y que ya por mi mediación las dos personas interesadas vivían en la más dulce unión. Para que ella se llevase la gloria de la empresa, la prometí poner en ejecución su proyecto, como si estuviera por empezar. Esto es lo que ignorabais, y así no debéis tener miedo ni por vos ni por mí.

—Eso no me aquieta—le dije—, porque si el virrey llega a saber que prócuras a su hijo conversaciones con Blandina, una triste recompensa podrá tal vez ser el premio de tus servicios, y la virreina, aunque cómplice, en vez de sacarte del berengenal, te dejará en él, y así, reflexiona sobre ello.

Pareció importante el aviso al caballero oficioso, y queriendo aprovecharse de él, determinó medir sus pasos de manera que pudiese sin peligro continuar sirviendo a don Alejo, lo que hizo, en efecto, con tanta maña y fortuna, que por espacio de dos años enteros nadie en el palacio supo cosa alguna.



CAPITULO IX

Don Querubin de la Ronda nada en el oro y en la plata. Gasta su dinero en diversiones con señoras conocidas suyas. Va a ver representar una comedia. Cuál era ésta e impresión que le causó.

POR otra parte, gozoso el conde de Velges de ver que su hijo se pulía sensiblemente, y discurriendo que esto se me debía a mí, no sabía cómo pagármelo. No se contentaba, sin embargo de su avaricia, con hacer que me satisficiesen puntualmente mi sueldo, sino que me llenaba de regalos. Añádase a esto que Salcedo era exactísimo en cumplir las palabras que me había dado, de suerte que empecé a manar en dolones. Por poco inclinado que yo hubiese sido a la codicia, hubiera dado infaliblemente en ser avaro en un puesto tan lucrativo; pero no era este mi vicio, y muy lejos de atesorar, expendía mi dinero como lo ganaba.

Muchas veces gastaba yo en varias partidas de campo, y tenía diversiones para las damas con quienes había hecho conocimiento. Iba a su casa a pasar la tarde en jugar, lo que se hace con libertad en Méjico, en donde el juego es la ocupación principal de las mujeres. En otras ocasiones las convidaba también a la comedia que mantenía el virrey, o por mejor decir, el público, porque la pensión que S. E. daba a los cómicos era tan corta, que no hubieran podido vivir con ella. La compañía, que se componía de naturales de Méjico, era bastante buena; había entre ellos cinco o seis papeles excelentes, lo que es hacer un elogio de una compañía cómica, quien las más veces no tiene sino tres que sean dignos de aplauso.

Un día en que aquellos comediantes representaban por tercera vez una comedia nueva que había sido muy bien recibida, fui a verla con don Juan y dos señoras conocidas suyas. Era de un autor afamado. La alababan en la ciudad, y su título era

La novia sonsacada. Me dejé llevar a ella por complacencia, o mejor diré, contra mi gusto, teniendo poca curiosidad de oír lo que me parecía me daría más pesadumbre que contento. La conexión que el título tenía con lo que a mí propio me había sucedido, me asustaba; y no dudaba que en esta comedia hubiese lances que hiciesen reír a costa mía.

Con todo, aunque poseído de tan justo temor, fui como uno de tantos, con ánimo, pues no sabían mi historia, de no mostrar nada en el semblante y de ser el primero que aplaudiese las expresiones burlescas que se dijese contra los maridos desdichados; pero no fué necesario mortificarme con disimular contra mi voluntad hasta aquel punto, pues sin embargo de ser comedia la que se representaba, no oí cosa que hiciese reír. El autor no era de aquellos que toman por modelos a los Plautos ni a los Terencios; ante sí, enemigo declarado de la gracia y del chiste, usando sólo de suspiros y llantos en sus comedias y cargándolas de sentencias y trozos largos de moralidad puesta en verso que agradaban infinito a mis señores los americanos.

Pero si no hirió mis oídos ninguna sátira que pudiese yo aplicarme, no por eso salí mejor librado. Como allí se hablaba del robo de una casada, se me ofreció de improviso y vivamente a la memoria el de doña Paula, el cual ya empezaba yo a olvidar, y causó en mí una alteración inexplicable. Aunque me reprimí e hice todos mis esfuerzos para dominar los movimientos interiores que me agitaban, me fué imposible ocultárselos a Salcedo, quien, viendo la turbación de mi semblante, me dijo sonriéndose:

—¡Hola, hola! Parece que la comedia os hace impresión.

—Tanta—le respondí, poniéndome colorado—que no puede ser más. ¡Qué bien posee su autor el arte de mover los afectos! Pero también es menester confesar que los actores son admirables. Me embelesa principalmente el que hace el papel de marido, porque representa con tal propiedad a un tierno esposo al cual han robado su mujer, que me comunica su pena; y poniéndome yo en su lugar, me imagino que me han llevado la mía, a quien yo amaba, y padezco igual sentimiento que él.

Esta respuesta excitó la risa en el secretario y en las dos señoras que habían ido en nuestra compañía, y todos tres se burlaron de mi excesiva sensibilidad. Yo dejé que se divirtiesen a mi costa cuanto les dió la gana, queriendo más aguantar sus chanzas que contarles lo que me alegraba mucho ignorasen. Recobrado mi espíritu de la agitación que había padecido, le dije a Salcedo, luego de acabada la función:

—Me ha gustado el desenlace de la comedia. El marido, en vez de desesperarse totalmente, como creí desde luego que iba a hacerlo, toma el partido prudente de consolarse.

—Hace bien—respondió don Juan—, pues parece que la mujer está de acuerdo con su robador. Si igual desgracia me aconteciese, os aseguro no sería tan majadero que me dejase morir de pesadumbre de la ausencia de una mujer que me hubiese sido desleal.

Como mi modo de pensar en el asunto era conforme con el de Salcedo, la impresión que acababa de causarme *La novia sonsacada* se me borró en breve de la imaginación, o por mejor decir, me aproveché de esta comedia, siguiendo la opinión del marido y resolviéndome de nuevo a olvidar a doña Paula.





CAPITULO X

Del mayor apuro en que se vió jamás don Querubin, y cómo salió de él. Salcedo le propone su hija en casamiento, y él no lo admite. Admiración de su amigo.

EN aquel tiempo, Salcedo, que era viudo algunos años había, sacó a Blanca, su hija, del convento donde la puso a su llegada a Méjico. Como ésta ya tenía diez y ocho años, pensaba en casarla; pero quería antes que tomase un poco el aire del mundo. Era pequeña, despierta, de muy lindo parecer, y manifestaba bastante comprensión para que se juzgase que con el tiempo llegaría a tener mucha.

Para contribuir por mi parte a su enseñanza, o más bien, para obsequiar a su padre, que me rogaba la visitase y conversase con ella lo más a menudo que pudiese, no dejé pasar un día sin hacerlo así, dándola en mis conversaciones lecciones de virtud, mezcladas de expresiones divertidas, para que no la fuesen molestas.

Las cosas no podían ir mejor; pero ocurrió un acaso que lo echó todo a perder. El preceptor no pudo resistirse a amar a su discípula, aunque luego que conocí mi afecto a ella me le reprendí. ¿Qué intentas hacer?, me dije a mí mismo. ¿Conque para agradecer a don Juan los favores que te hace quieres seducir a su hija? No contento con desaprobarme una inclinación tan desatinada, quise batallar con ella para vencerla, lo que hice desde luego; pero en vano, porque siguiendo en visitar a Blanca, su vista desbarataba mis reflexiones de tal manera, que me vi precisado a usar del remedio que Ovidio nos aconseja se tome en semejante caso; esto es, de la ausencia.

Dejé, pues, de visitar con tanta frecuencia a la señorita, y aun cuando iba a verla, duraba poco la conversación. Sentida de la mudanza que notaba en mi modo de proceder, me dijo un día:

—Yo os enfado, bien lo veo; vos me miráis como a una niña que no es digna de divertirlos.

Yo no sabía qué responderla, no pudiendo resolverme a declararla la causa que lo motivaba, temiendo que la disculpa me hiciese más reo.

Finalmente, echando de ver Blanca que cada día ponía yo más cuidado en huír de ella, dió las quejas a su padre, quien no dejó de censurármelo.

—¡Cómo es eso—me dijo sonriéndose—que Blanca se queja de su maestro! ¿Os cansáis de enseñarla? ¿Es posible que conforme va creciendo os agrada menos su compañía? Es cosa que me admira.

—Con efecto, sería muy de extrañar—le respondí en igual tono—; pero ¿no puede, al contrario, suceder el que la suspensión de mis lecciones nazca del peligro grande a que me exponga su presencia?

—¡Ojalá Dios—replicó don Juan—que tal fuese la causa de desamparar a vuestra discípula!

—¿Pues qué otra sino esa—le repliqué—podiera privarme de ver a la amable doña Blanca? Sí, señor; si huyo de ella es porque corro riesgo en mirarla. En vista de una declaración a que me habéis precisado, creo alabaréis mi cuidado en oponerme en su principio a un amor que pudiera, aumentándose, hacerme perder vuestra amistad.

Salcedo se sonrió de oírme, no obstante que yo discurría que mis palabras eran muy propias para que se pusiese serio conmigo.

—Don Querubín—me dijo—, eso es hacer demasiada desconfianza de vuestra honestidad; fiad más en ella y seguid las lecciones. Volved a visitar todos los días o mi hija, pues no os creo capaz de abusar del permiso que os doy de conversar con ella. Sobre este punto no tengo el más leve recelo, y no quiero deciros más.

Esto último me dió mucho en qué cavilar. ¿Qué intención llevará Salcedo?, dije para mí, así que me separé de él. ¿Si querrá casarme con Blanca? Eso significa, a mi entender, la última expresión que acaba de soltar. ¿Llegará a tanto conmigo su amistad que quiera darme una prueba semejante de ella? Pero es locura en mí el pensar de tal modo. Sus grandes riquezas le harán poner la mira en cosa más alta, y su hija única no está destinada para un hombre como yo. Sin embargo, sea el que fuere el fin que tenga en querer que vuelva yo a visitar a Blanca, es preciso contentarle.

Determiné, pues, obedecerle; pero con el firme propósito de estar alerta contra los atractivos de su hija, propósito que era más fácil de hacer que de cumplir, porque cada día se hacía más temible mi discípula, la cual, como sabía lo mucho que me quería su padre, me recibía con tal familiaridad y agasajo, que tanto tenía yo que temer de las muestras de amistad que me daba como del poder de sus ojos. Yo me hallaba en una situación enteramente embarazosa.

Mi confusión se aumentó con decirme después don Juan: —Ya es tiempo, don Querubín, que os comunique un pensamiento que tengo, por el que conoceréis todo el cariño que os profeso. Mi hija es ya *matura viro*, y vos sois a quien he escogido para yerno mío.

No pude menos de turbarme al oír pronunciar estas palabras, lo que Salcedo creyó nacía de alegría, y en esta equivocada inteligencia me dijo:

—Sí, mi querido don Querubín; yo tengo sumo gusto en aliar vuestra suerte con la de mi hija para uniros todavía más estrechamente conmigo.

Y dicho esto, me dió un abrazo que me atravesó el corazón. La pena que sentí entonces de no poder ser su yerno me hizo prorrumpir en un triste suspiro, cuya causa tampoco supo conocer, imaginándose que Blanca no me gustaba, y finalmente, que yo repugnaba casarme con ella. Resintióse vivamente de ello, y mostrándome en sus ojos su enfado, me dijo en tono irónico:

—Señor bachiller, siento que mi hija no haya podido hallar entrada en vuestro corazón; vos solamente queréis las hermosuras bisabuelas; y así, para agradaros se necesita una doña Luisa de Padilla.

Al oír esta expresión picante, miré a don Juan con semblante tan afligido, que juzgando este secretario que me sucedía entonces alguna cosa extraordinaria, se puso a examinarme atentamente.

—¡Ah, señor!—le dije—. ¿Juzgáis que no conozco lo mucho que vale la honra que queréis hacerme? Pensad mejor de mí. Es cierto que el casamiento con doña Blanca me sería gustosísimo; pero la lástima es que me está prohibido, pues estoy casado.

—¡Vos casado!—exclamó admirado Salcedo—. ¿Por qué no me lo habéis dicho?

—Si os lo he callado—le respondí—es porque hablándoos de mi matrimonio me hubiera sido preciso contaros la desgra-

cia que me sucedió poco después de él, la que quisiera sepultar en un eterno silencio.

—Pues no me ocultéis más esta desgracia—replicó—, que quizá os ayudaré yo a remediarla.

—Ya que es forzoso revelaros este secreto—repliqué—, perdonadme de no habérselo dicho antes.

En esto le confié enteramente el suceso, y noté que al oírlo se compadecía de mis trabajos.

—Don Querubín—me dijo luego que acabé—, lo que me habéis contado me afflige entrañablemente. Ya no me admiro de que os turbarais tanto al ver representar *La novia sonsacada*, la cual comedia os renovó la memoria de vuestra desventura; pero desechad del ánimo esas melancólicas imágenes. Respecto a mi hija, no se hable más de ello; dejando de visitarla, pronto se os acabará el amor. Muchísima complacencia hubiera tenido en ser vuestro suegro, como lo sería infaliblemente a no haber la suerte puesto un obstáculo invencible; y así, contentémonos con vivir unidos con los lazos de la más tierna amistad.





CAPITULO XI

Historia de don Andrés de Alvarado y de doña Cintia de la Carrera. Parecer de don Querubin, que agrada a don Andrés, quien se determina a seguirle.

PARA olvidar más fácilmente a la hija de Salcedo, me dediqué como nunca a obsequiar a las damas más lindas de Méjico. También trataba con varios caballeros, y todos los días los destinábamos a alguna diversión. Tomé estrecho conocimiento con diferentes sujetos, y entre ellos con don Andrés de Alvarado, biznieto de aquel famoso Alvarado de quien hace una mención tan honorífica la historia de la conquista de Méjico, y nos hicimos muy amigos.

Habiendo ido un día a verle, le hallé tendido en su cuarto, en un canapé de seda de la China, y tan pensativo, que entré sin que me sintiese. Estuve un poco delante de él; pero le tenían tan absorto sus pensamientos, que no me veía, y discurriendo estar solo, pronunciaba en voz alta estas palabras: «Sí, yo creo que aquella criatura me ha de hacer perder el juicio.» Dicho esto, volvió en sí de su distracción y se puso a reír al verme.

—¡Oh, amigo!—me dijo—. ¿Ahí estáis? Me halláis sepultado en mis reflexiones; y pues me habéis oído, no os callaré lo que me pasa. Yo amo, o por mejor decir, adoro a una dama que, no correspondiendo a mi cariño, me tiene fuera de mí.

—¿Y quién es esa cruel—le dije—, esa ingrata, de quien os quejáis?

—Es—me respondió—doña Cintia de la Carrera, hija de don Joaquín de la Carrera, oidor de la Audiencia. Vos nunca la habéis visto y es un nuevo conocimiento que he hecho por mi desgracia. Es una dama hermosa por extremo; pero no tengo esperanza de agradarla, porque la pretenden don Bernardo de Orozco y don Julián de Mortara, que son dos caballeros jóvenes que se merecen mucho.

—Ya os entiendo—le dije—, amigo; estos competidores os dan pesadumbre, y su pretensión os asusta.

—Poquísimo—replicó—; aunque son tan temibles, no los temo tanto a ellos como el genio extraño de Cintia, que es tan altiva y desdeñosa, que cree no hay hombre en el mundo que sea digno de su atención. Se pone hecha una fiera cuando la hablan de amor. Don Joaquín, su padre, que quisiera casarla pero no obligarla a ello, la ve tan contraria a su intención que no se atreve ya a instarla en el asunto. ¿Podréis creer que en el cuarto de esta inhumana todo anuncia que es enemiga del amor? En él no veréis sino pinturas de mujeres a quienes este Dios no pudo vencer. Una es Dafne, que huye de las caricias de Apolo; otra, Aretusa, que más quiso ser convertida en fuente que rendirse al amor de Alfeo: en una palabra, cuantos cuadros se ofrecen allí a la vista manifiestan que desdeña a los hombres.

—Ahí me hacéis—le dije—el retrato de una dama muy extraordinaria, porque me admira bastante el saber que la haya de semejante genio en Méjico, donde las mujeres son naturalmente menos crueles que en ningún paraje del mundo. ¿Conque, según parece, recibió muy mal el que la declaraseis vuestra pasión?

—Todavía no se la he declarado—me respondió—, y aquí, entre nosotros, no sé lo que he de hacer. Si rompo el silencio, me tamará la boca con palabras llenas de altivez, y si doy en callar se mantendrá siempre incierta mi suerte. Ya veis cuán perplejo me hallo—prosiguió don Andrés—; si estuvierais en mi lugar, ¿qué haríais?

—Daría en un extremo—le respondí—, pues en vez de incensar al ídolo y alimentar su soberbia con palabras halagüeñas y atenciones presurosas, procuraría vencer su orgullo con una indiferencia fingida; usaría del desdén contra el desdén; mostraría mayor aversión de la que ella manifestase al tierno vínculo del matrimonio. Así es como me manejaría con una persona de genio tan particular. ¿Qué decís de mi modo de pensar? Puede ser que os parezca extravagante.

—No lo creáis—exclamó don Andrés—; antes bien, le apruebo en gran manera, y en prueba de ello hago ánimo de representar este papel con Cintia. Me parece que no lo desempeñaré mal, aunque me abraso en el más vivo fuego de ella. Veremos lo que da de sí este ardid. Iré hoy a verla, y mañana os contaré lo que haya pasado entre nosotros.

Dicho esto, nós despedimos, y al día siguiente vino muy de

madrugada Alvarado a buscarme. Tan impaciente estaba yo por saber lo que había hecho como él de contármelo.

—Don Querubín—me dijo con semblante alegre—, muchísimo me engañaré si no sale bien nuestra estratagemata. Ayer, entrando en casa de Cintia, encontré a Laura, su criada, a quien yo he sabido ganar en mi favor; confiéla nuestro pensamiento, y la dije el papel que yo quería hacer con su ama, lo que la ha parecido la idea más ingeniosa que pueda discurrirse; y no contenta con aplaudir mi designio, me ha prometido ayudarme en él, promeso de que haga gran caudal, pues es una muchacha de entendimiento y que puede servirme.

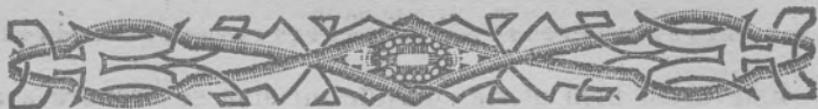
—Pero—le dije yo a don Andrés—¿no visteis ayer a Cintia? ¿No la hablasteis?

—Si la hablé—me respondió—; entré en su cuarto, donde estaba con algunas señoras amigas suyas y don Bernardo de Orozco. Mezcléme en la conversación, que era acerca del matrimonio. Don Bernardo alababa las conveniencias de este estado y hacía consistir la felicidad de la vida en la unión de dos casados que se quieren bien; pero la hija de don Joaquín defendía, al contrario, que no había condición más infeliz que la de dos personas sujetas al yugo de himeneo. «Del parecer de esta señora soy yo—exclamé al oírla—, pues no creo—añadí— que haya una suerte más desdichada que la de dos esposos; y así, desde que tengo uso de razón miro con horror el casamiento, como igualmente el amor, siendo esta peligrosa pasión la que nos conduce muchas veces a casarnos.» Los circunstantes se echaron todos a reír al oírme explicar en aquellos términos. «¿Conque, señor don Andrés—me dijo una señora—, sepamos que sois enemigo declarado de nuestro sexo?» «No, señora—la respondí—; no me hagáis más culpado de lo que soy. ¡No quiera Dios que yo aborrezca a las mujeres! Las respeto y venero en sumo grado, que es todo lo que pueden esperar de mí; mas no quiero ni amarlas ni que me amen.» «Pues qué—dijo entonces la hija de don Joaquín—, ¿si alguna linda dama pusiese en vos los ojos podía correr riesgo de dar con un ingrato?» «Sí, señora, no lo dudéis: tendría el disgusto de amar sin ser correspondida, aunque fuese tan amable como lo sois vos.» Volvieron las señoras a reírse de oírme estas expresiones, que yo dije con mucha seriedad, y las cuales me pareció habían causado alguna turbación en Cintia. «Señoras—dijo ésta, dirigiendo la palabra a sus amigas—, ya ven ustedes que Alvarado no quiere engañarnos, una vez que nos confiesa su sentir en términos tan claros.» «Don Andrés—exclamó otra señora que hasta entonces

había estado callando—, poneos de acuerdo con vos mismo. Os han visto hacer varios festejos para divertir a las damas, lo cual supone que no sois tan insensible a sus atractivos como decís.» «Esto no prueba, señora—la respondí—, que yo las quiera, y sólo, sí, manifiesta que soy atento con ellas, como todo caballero ha de serlo. No lo niego, pero miro a las mujeres sin dejarme cautivar de ellas, y no tengo deseo alguno de que me quieran.» Esto es lo que pasó ayer en casa de la hija de don Joaquín—prosiguió don Andrés de Alvarado—, y para deciros lo que pienso creí advertir en los ojos de Cintia un secreto despecho de dar con un hombre que parecía apostárselas a que no le sujetaba a su imperio. Al cabo, yo no sé si me he engañado en imaginarlo así; no quisiera asegurarlo; y quién sabe si la fingida indiferencia que muestro a esta presumida no servirá sino para que me mire con mayor desprecio.

—No, amigo mío—le dije—; antes bien, estoy en que para desagraviar su vanidad ofendida, querrá ver cómo sujetaros con sus prisiones.





CAPITULO XII

Prosigue la historia de don Andrés de Alvarado y de doña Cintia de la Carrera. Feliz éxito de los consejos de don Querubin, a quien da gracias don Andrés.



ON efecto, habiendo ido Alvarado a buscar aquel mismo día a Laura a una casa adonde ella le había citado, le informó ésta que su ama había caído en la red.

—No hay duda, señor don Andrés—le dijo la criada—, que habéis excitado contra vos la arrogancia de la soberbia Cintia. No puede, dice, perdonaros vuestra insensibilidad, y os aviso de que está resuelta a valerse de todos los medios para vencerla. En toda la noche ha dormido, y no ha hecho sino gemir y suspirar de rabia, de ver que no temíais el poder de sus ojos. «Pero, señora—la dije—, ¿qué motivo tiene usted de quejarse de don Andrés de Alvarado? ¿Por qué ha de llevar usted a mal que él en su estado de hombre sea lo que usted es en el suyo de mujer? Porque no le hagan impresión los hechizos de las damas no es más reprehensible que lo es usted en desdeñar el afecto de los caballeros más perfectos.» «No saques la cara por él, Laura—me respondió—; no procures disculparle. Le aborrezco, y no estaré contenta hasta que vea caer muerta de amor a mis pies a está fiera. Daría cuanto hay en el mundo si fuese mío por tener este gusto.» Ya veis, por lo que acabo de decir—añadió la sirvienta—, que la hija de don Joaquín se dispone a ponerlo todo en obra para apasionaros. Sirvaos esto de gobierno, y creed que podéis tener esperanza de conseguir vuestro intento si continuáis en fingir como habéis empezado. Quedaos con Dios, señor don Andrés, que voy adonde está mi ama. Volved después, a cosa de las seis, pues quizá tendré algo de nuevo que deciros.

Con efecto, habiendo Alvarado ido a la hora señalada, encontró a la criada, quien le dijo:

—Esté usted bien alerta, porque mi ama se prepara a acometeros con sus más poderosas armas. Como estamos en el carnaval, quiere dar mañana a la noche un sarao, en el que lo dispondrán de modo que a los dos os toquen cintas de un mismo color, y ella cuenta formalmente con que os ha de hechizar dándoos muchas miradas halagüeñas. Desconfiaos de esa Sirena, cuyo fin no es otro en embelesaros que el de haceros mil desprecios si tenéis la flaqueza de no manteneros firme. Me recelo que, enajenado de gozo y demasiado poseído de vuestro cariño, no os perdáis.

—No, no, querida Laura—la respondió don Andrés—, no paséis cuidado, pues para evitar el peligro me basta estar advertido de él. Dejadlo por mi cuenta, que tal vez la misma alvita Cintia será la que caiga en el lazo.

Alvarado, después de esta segunda conversación con Laura, fué a contármela, de lo que uno y otro nos alegramos. La hija de don Joaquín, por su lado, pensando cómo rendir a un hombre que estaba demasiado prendado de su belleza, se ocupaba en dar disposiciones para el baile de la noche siguiente. Convidó por esquelas a las señoras que gustaba concurriesen a la diversión, y como don Bernardo y don Julián eran de los caballeros que habían sido también convidados, agradó esto mucho a don Joaquín, quien se lisonjeó con la esperanza de que alguno de estos tres galanes podría gustar a su hija. Ya se deja entender que no fué echado en olvido don Andrés, quien recibió igualmente su esquila de convite; y al otro día, cuando ya fué hora de concurrir a la función, fué a ella en un disfraz muy airoso y con ánimo de desempeñar bien su papel.

Así que entró en la sala, la señora que tenía las cintas destinadas para los caballeros le entregó una verde. Púsosela él en un ojal inmediatamente, y buscando después con la vista a la dama a quien tocaba tener otra del mismo color, vió era la hija de don Joaquín. Llegóse entonces a ella, y cortesantemente la dijo:

—Señora, yo considero este día como el más venturoso de mi vida, ya que la hermosa Cintia me ha tocado en suerte.

—No os prometáis tanto de vuestra felicidad—le respondió ella—; antes bien, el peligro en que estáis os debe hacer temblar. Quejaos de la suerte, la cual os hubiera sido más favorable haciéndoos caer con otra señora. Hubierais podido agradarla; pero conmigo ningún fruto sacaréis de vuestra conversación, previniéndoos también por atención que si os coge la desgra-

cia de aficionaros a mí os trataré con el mayor rigor: sobre esto podéis contar.

—Vos creéis amedrentarme, señora—replicó mi amigo—, pues temed vos misma que vuestra allivez se rinda a la mía, porque, en fin—prosiguió con voz afectuosa—, ¿no serán capaces de enterneceros mis penas cuando, aprovechándome de la libertad que este festejo me permite de hablaros, os manifieste el estado deplorable a que me habéis reducido? Sí, hermosa Cintia, mi pecho se abrasa de amor.

—Alvarado—le dijo entonces la dama, apartándole de sí suavemente—, vos os contradecís, pues os explicáis de manera y en unos términos que me hacen creer que me amáis de veras, aunque os imaginéis que no es así. Ya no os acordáis de que os dije que pagaría vuestros suspiros con desdén y con rigor.

—Señora—respondió don Andrés—, vos os habéis olvidado de que estamos en un sarao; cuanto he dicho ha sido fingido.

—Pues qué—replicó la dama—, ¿no sentís interiormente lo que acabáis de decirme?

—No lo permita el cielo—respondió el caballero mudando de tono—. ¿Había de aumentar yo el número de vuestros esclavos? No por cierto, señora, pues aun cuando fuese capaz de amaros, la vergüenza me obligaría a ocultároslo.

—¿Conque sabéis fingir bien?—dijo Cintia.

—Primorosamente—respondió Alvarado—sé, cuando quiero, usar del lenguaje y remedar el semblante del amante más ciego. Si quisiera, por ejemplo, manifestaros que estoy enamorado de vos, os hablaría de esta suerte: «Preciosa Cintia, no es por urbanidad ni por cumplir con las leyes del sarao que yo os declaro que mi voluntad ha quedado rendida a vuestras primeras miradas, sino para descubrirlos lo que siento en lo íntimo del pecho, pues hoy me es permitido hacéroslo saber sin que os enfadéis de mi osadía.»

—¿Y eso no es de veras?—respondió acelerada la dama—. No me digáis más, Alvarado. Ya empiezo a conocer vuestro ardid. Fingís que la hermosura de las damas no os hace impresión, lisonjeándoos de que con semejante medio podréis ablandarme más. He penetrado vuestra intención, ¿no es verdad? Confesádmelo sin rebozo, que no os pesará; podéis fiar en esta palabra que os doy.

Don Andrés estuvo perplejo por un breve espacio antes de responderla; pero determinándose, por último, a satisfacerla a costa de quien correspondiese, la confesó todo, y después la dijo:

—Señora, ahora aguardo mi sentencia: dignaos pronunciarla y decidid mi suerte.

—Yo pudiera—respondió Cintia—darme por ofendida de la astucia que habéis usado conmigo, y trataros en castigo como a los demás amantes míos; pero os la perdono a causa de lo ingenioso de la invención y os prefiero a todos vuestros rivales.

Dejo pensar al lector el gozo que estas últimas palabras causaron en mi amigo, el cual todo el tiempo que duró el baile, esto es, hasta el amanecer, no cesó de dar muestras de agradecido a la hija de don Joaquín. Apenas dejó a aquella dama cuando vino a mi casa a darme parte de su regocijo. Dióme un millón de gracias por el consejo que le había dado, y me dijo que yo era el autor de su dicha. Finalmente, de allí a quince días se casó con su querida, en perjuicio de sus dos rivales, que en la realidad merecían quizá mejor la preferencia.





CAPITULO XIII

Don Querubin va por curiosidad a oír predicar a un religioso. Quién era éste. Su admiración cuando le reconoció, y de la conversación que pasó entre los dos.

Poco tiempo después de esta boda sucedió que un religioso pasó de Guatemala a vivir a Méjico. Predicó desde luego en la catedral, y causó tanto ruido desde su primer sermón, que vino a ser el asunto de todas las conversaciones de la ciudad. A cualquiera casa que fuese, yo no oía hablar sino del P. Fr. Cirilo. Las mujeres especialmente le alababan y preferían a los más famosos predicadores, que los había entonces muy célebres. Si iba a predicar a alguna parte, toda la nobleza acudía de tropel a oírle, y era difícil hallar lugar. Sé oía a veces en el auditorio un murmullo nacido de admiración, y salían los oyentes de la iglesia ensalzando hasta las nubes la elocuencia del predicador.

No pude resistir al deseo que de oírle me dió la fama de Fr. Cirilo, y quise juzgar de su mérito por mí mismo. Habiendo sabido que predicaba el día de la Asunción en su convento, no dejé de ir, y me encontré allí con un numeroso y lucido concurso, aunque el tal convento está bastante distante de Méjico. Sentéme en un banco con otros oyentes, y mientras empezaba el sermón, pregunté a un caballero que estaba junto a mí si había oído ya al P. Fr. Cirilo.

—Dos veces—me respondió—, y aseguro a usted que hasta ahora ningún predicador me ha llenado tanto como él. Os vais a quedar parado—prosiguió—de oír la brillantez de su estilo y la belleza de sus pinturas. Tiene una elección de voces y una elegancia que suspenden; usa de metáforas felices, de alegorías exactas y que embelesan, de un modo precioso de explicar los conceptos, de unas construcciones que le son propias, y especialmente de transiciones sumamente delicadas. No le digo a

usted más por no privarle del gusto de la novedad; sólo os advierto que es necesario le escuchéis con cuánta atención podáis, pues tiene una volubilidad de lengua que apenas se puede seguir. En el último sermón que predicó en el convento de los PP. Mercenarios tuve la desgracia de estornudar, y mi estornudo me hizo perder un período.

Yo le respondí que había ciertos predicadores que hablaban tan de prisa que ni siquiera se podía apartar de ellos la vista, a menos de querer perder el hilo de sus sermones.

Sin embargo, su informe aumentó en mí la gana que tenía de oír a este famoso sujeto. Vile parecer en el púlpito e inmediatamente resonó la iglesia con una aclamación general, por donde vine en conocimiento hasta qué punto estaba preocupado el público en su favor. El P. Fr. Cirilo me pareció tan chico como un enano, y, con efecto, era tan pequeño que únicamente se le veía la cabeza. Miréle con cuidado, y su fisonomía me paró; y no bien pronunció el texto del sermón, cuando le conocí por la voz. El es, dije yo para mí; sí, no hay duda: es el licenciado Carambola. El lance es gracioso. Parece que nos seguimos uno a otro. Nos despedimos en Toledo, y nos volvimos a ver en Madrid, y habiéndonos separado de allí, nos encontramos otra vez en Barcelona. Cualquiera diría que la fortuna se complace en separarnos para juntarnos de nuevo. Después, dudando del informe de mis ojos y de mis oídos, ¿no me engañaré también?, decía yo, volviendo sobre mí. Es cierto que es el mismo en la voz y en la cara; pero ¿no estamos viendo todos los días personas que se asemejan enteramente unas a otras? Fuera de eso, ¿es posible que Carambola haya tomado el hábito, y lo que no alcanzo, haya llegado a ser un gran predicador? Esto es lo que no puedo entender. Con todo, cuanto más escuchaba y miraba al P. Fr. Cirilo tanto más quería yo que fuese mi licenciado vizcaíno.

Entre tanto que pudiese yo salir de mi duda, apliqué atentamente el oído al religioso, para juzgar si el público tenía razón en admirar su elocuencia; pero predicó su sermón tan velozmente, que perdí más de la mitad sin estornudar. Sin embargo (lo que oí bastó para consolarme de lo perdido, y aun hice una reflexión que no favorecía en nada a la fama del predicador. Noté que al auditorio le movía solamente la hermosura del estilo, y que el orador hablaba menos al corazón que al entendimiento.

Acabado el sermón, hice que me acompañasen hasta la celda del P. Fr. Cirilo, quien al volverme a ver experimentó igual

admiración a la que él me había causado cuando subió al púlpito. Abrazámonos uno y otro cariñosamente.

—Señor licenciado—le dije—, gracias al cielo nos volvemos, pues, a encontrar todavía otra vez; pero confesad que este último encuentro es más de admirar que los demás: yo nunca hubiera discurrido hallaros de nuevo con el hábito de religioso.

—Mi suspensión es igual a la vuestra—me respondió—, y bien podéis pensar que no es poca mi curiosidad por saber lo que os ha traído a Méjico. Creo que no es menos la vuestra de informaros cómo he venido a ser fraile, y lo que es más, un predicador de primer orden. Es preciso contentarnos uno a otro; pero dejemos, si gustáis, la partida para mañana, por dos razones, pues, además de estar fatigado, es larga la relación que he de haceros.

—Y yo por mi parte—le dije—son infinitas las cosas que tengo que contaros. Adiós, padre fray Cirilo, descansad, y mañana nos veremos.

Con esto dejé a mi predicador, y habiendo ido a buscarle el día siguiente por la tarde, nos encerramos en su cuarto, donde nos dispusimos a confiarnos recíprocamente lo que nos había sucedido después de nuestra última separación. Yo hablé el primero, y persuadido a que podía decírsele todo a mi amigo Cambola, no le oculté nada. Así que acabé de hablar tomó él la palabra, y me refirió la historia de su metamorfosis con la misma sinceridad.

Parte quinta

CAPITULO PRIMERO

Empieza a contar el licenciado Carambola la historia de su viaje a las Indias Occidentales. Encuentra a uno de sus concolegas, y quién era éste. Determina ir con él y se mete religioso.

BIEN sabéis—dijo—que me dejasteis en Barcelona siendo preceptor de un señorito mimado. Yo os manifesté, si os acordáis, que me hallaba muy contento en mi destino; que en él gozaba de todas las comodidades que un pedagogo puede hallar en una casa, y que, según todas las señales, permanecería en él por largo tiempo. Con todo eso, me vi obligado a dejarlo. Diéronme las gracias; qué digo, me despidieron, y aun con bastante grosería, y veréis por qué. Habiéndome un día disgustado muchísimo mi señorito, a quien yo no podía encajar en la cabeza una regla de gramática, me aconteció el olvidarme de que me habían prohibido el castigarle, de miedo de que se afligiese y cayese malo, y así, le tiré de las orejas, es verdad que algo fuerte. Dió unos chillidos como si le hubieran desollado vivo. Su madre, que los oyó, vino, y viendo a su hijo llorar a lágrima viva, me trató de inhumano; y aunque el padre, que no era amo en su casa, se puso a hablar en mi favor, le hicieron callar como a un pobrete, y me plantaron en la calle sin más ceremonia.

Algunos días después de haber sido echado del modo que he dicho, estándome paseando solo en el muelle, y cavilando sobre el infeliz estado de mis cosas, encontré a dos frailes, a uno de los cuales conocí por haber sido condiscípulo mío en la Universidad de Alcalá, y él cayó también al instante en quién yo era. Llegamos uno a otro, y abrazándonos cordialmente comenzamos a hablar de aquellos lancecillos que habíamos jugado los dos en el colegio a nuestros maestros. Después me instruyó que iba desde la ciudad de Solsona con su compañero a embarcarse

en Barcelona en un navío que al otro día salía para Cádiz, en donde estaban esperando a los dos en aquel convento, para ser el uno lector de artes y el otro de teología.

—Envidio vuestra felicidad, padres míos—les dije, dando un suspiro—, y me pesa muchísimo de no haber abrazado vuestro estado en vez del de forzado de galera, porque así llamo a un pobre desdichado preceptor.

Echóse a reír mi condiscípulo de oírme hablar de aquella manera.

—No sabía yo—me dijo—que la condición de un preceptor fuese una galera.

—Pues yo os lo digo—le respondí—, y podéis sobre ello fiaros en mí. Confieso que no hay regla sin excepción y que se encuentran casas en que la esclavitud de los pedagogos es suave, o a lo menos llevadera. Cuando se vive con una vieja gazmoña, y que afecta recato, es cierto que a un preceptor hipócrita no le va mal, porque es el dueño de las confianzas de la señora que se gobierna por él, y además, en recompensa de las atenciones interesadas que tiene con ella, hace algunas veces una generosa mención de él en su testamento; pero semejantes plazas son rarísimas, y por mi parte todas las que he hallado hasta ahora han sido infelices.

—Siento—replicó el mismo fraile—que no estéis contento con vuestra suerte, y desearía que lo estuviérais tanto como yo lo estoy con la mía. Si todo el mundo supiera hasta qué grado somos dichosos nosotros, no cabrían en nuestros claustros los que se apresurarían a venirlos a habitar.

—¡Ay, padre!—exclamé—. Con esas palabras aumentáis el pesar de no haber tomado vuestro hábito venturoso.

—Si habláis seriamente—me dijo—, os lo haré dar cuando queráis. Todavía es tiempo; aprovechaos de la ocasión. Venid con nosotros a Cádiz; yo os presentaré al reverendo padre fray Isidoro, superior de nuestro convento, y estoy seguro de que os recibirá gusto entre nosotros, luego que sepa que habéis hecho ruido en las escuelas de Alcalá, donde yo he sido testigo de vuestro lucimiento en los estudios. Todavía me acuerdo de que os llamaban por excelencia *Aquila Theologiae*. Sí, mi querido licenciado—prosiguió—; el padre fray Isidoro os mirará como una preciosa adquisición para nuestra Orden, y me agradecerá el que se la haya procurado. Determinaos; mirad lo que queréis hacer.

—Yo os cogería la palabra—le respondí—y marcharía en vuestra compañía a Cádiz si me hallase bastante provisto de

moneda para hacer los gastos del viaje y de la toma de hábito; pero os confieso ingenuamente que todo mi caudal se reduce a un doblón, y aun de él debo las tres cuartas partes en la posada, donde como desde que estoy desacomodado.

—No os dé cuidado eso—dijo entonces el otro religioso—, pues os haremos el gasto por el camino y os costaremos también la toma de hábito en atención a vuestro mérito. Ahora bien; ¿hay todavía algunas dificultades que allanar?

—No por cierto—le repliqué—, ninguna queda. En verdad, padres míos, que me inspiráis vocación, y así, estoy pronto a seguirlos.

Parecióme haberles causado a mis compañeros futuros gran contento el verme dispuesto a ir en su compañía.

—No me despido, hermano—me dijo mi condiscípulo—; tendremos cuanto tiempo queramos para hablar. Os dejamos—añadió, enseñándome con el dedo un bastimento que estaba en el puerto—para ir a disponer lo necesario para nuestro viaje; venid esta noche a buscarnos, y mañana partiremos antes de amanecer.





CAPITULO II

Embárcase el licenciado Carambola con los buenos religiosos. Entra de novicio. Recibe las órdenes sagradas. De qué modo predicó su primer sermón. Sube segunda vez al púlpito, y lo bien que se portó. Marcha a Indias. De su admiración cuando llegó allá.

No queriendo yo salir de Barcelona como un picarón, volví a la posada a pagarle al huésped lo que le debía; y después, volviendo a tomar el camino del puerto para acudir a la cita, llegué a él con una maletilla debajo del brazo, en la cual iba mi ropa. Los religiosos se habían embarcado ya y me estaban esperando con impaciencia. Al día siguiente alzaron el áncora los marineros antes de amanecer y nuestro bajel se alejó del puerto de Barcelona. Durante la navegación, que a Dios gracias fué muy feliz, estuvieron tan contentos mi religiosos, que, lejos de arrepentirme de haberme alistado en su compañía, no cesé de darme el parabién, conociendo la felicidad de su estado, y así lo pienso aun en el día de hoy.

Habiendo llegado a Cádiz, fuimos a parar a su convento. El prelado recibió con distinción a mis dos compañeros y como sujetos de que necesitaba su casa. También me acogió a mí con agrado, y le dijeron que yo era un licenciado que pedía el hábito de novicio, el que me concedió sin dificultad en atención al buen informe que le dieron de mi instrucción y costumbres.

Entré, pues, en el noviciado, y gracias a Dios no me disgusté de la vida religiosa. Hecha profesión, me dieron el nombre de fray Cirilo. Apliquéme al estudio de la Teología, recibí después las órdenes sagradas, y conociendo interiormente tenía, a mi parecer, habilidad para el púlpito, compuse un sermón que me atreví a predicar en la catedral de Cádiz, en presencia del obispo y del gobernador. Pero ¿sabéis de qué modo salí? Aho-

ra os lo diré, pues mi sinceridad es preciso sea igual a la vuestra, y ambos debemos mutuamente contarnos nuestros desgraciados sucesos con la misma franqueza que los felices. Había un auditorio numeroso, y estaban presentes muchos frailes de todas religiones. Al ver un concurso tan docto, y que por lo mismo había de conocer cualquier defecto que tuviese mi sermón, me turbé, de suerte que me corté en medio de la salutación. Aunque fatigué mi memoria para volver a coger el hilo, ésta, rebelde, me negó tenazmente su auxilio, y así me vi precisado a eclipsarme; pero antes de desaparecer les dije a mis oyentes: «Señores, os tengo lástima, porque perdéis de oír un gran sermón.»

Bien os hacéis cargo—prosiguió—de que estas palabras, pronunciadas por un vizcaíno, no dejaron de mover a risa. El obispo y el gobernador perdieron su gravedad, y todos los frailes, excepto los de nuestra Orden, salieron de la iglesia reventando de risa y más satisfechos que si yo hubiera predicado primorosamente.

Sin embargo, un estreno tan desgraciado no me desanimó; antes bien, queriendo yo volver por mi crédito, me armé de valor, y tres meses después subí de nuevo al mismo púlpito de donde había bajado con tanto sinsabor. Aquellos oyentes que habían sido testigos del chasco que mi memoria me había pegado la primera vez quizá temían que me volvería a suceder otro tanto; pero no fué así. Mi memoria fué fiel, y yo generalmente aplaudido. ¿Qué digo? Dijeron que concurrían en mí todas las circunstancias de un orador, y desde aquel día me pusieron en paralelo con los más célebres predicadores españoles. Con esto redoblé mis esfuerzos para merecer los elogios que hacían de mí, y de los que, a pesar de mi amor propio, conocía yo no ser digno. Compuse otros sermones, que agradaron tanto a mis oyentes que mi nombre fué cada día adquiriendo mayor fama.

Yo lograba en Cádiz de la estimación general de sus habitantes cuando mi prelado recibió una carta de la América. El superior del convento de Santiago de Guatemala le suplicaba le enviase dos predicadores buenos que correspondiesen a la fama que tenían los de nuestra Orden en aquella tierra. Yo deseé ser uno de los santos operarios que pedían, moviéndome a esto, a la verdad, no tanto un celo apostólico como la curiosidad de ver aquellas hermosas regiones conquistadas por las armas españolas. Puedo decir que no sin alguna repugnancia me dejó marchar a Indias el P. Fr. Isidoro, por no tener entonces en su comunidad persona que pudiese competir conmigo. Sin embar-

go, me hizo el favor de rendirse a mi súplica, con tal que diese la vuelta a España al cabo de algunos años.

Sali, pues, del puerto de Cádiz con el P. Fr. Bonifacio de Tabara, que me dieron por compañero. Tuvimos siempre favorable el viento hasta la Habana, desde donde tomamos el rumbo de Cartagena; de allí aportamos a Porto-Belo en tiempo de la feria, la cual debe sin disputa alguna considerarse como la más hermosa de cuantas se celebran en el mundo. La concurrencia prodigiosa de mercaderes de España y del Perú, de los cuales unos van a comprar y otros a vender géneros, ofrece a la vista un espectáculo muy divertido. En cuanto a mí, lo que me pareció más digno de atención fué el crecido número de acémilas que vi llegar de Panamá cargadas de barras de plata y oro. En un día solamente conté hasta doscientas, cuyas cargas se pusieron en la plaza pública, lo que formaba varios montones de barras de aquellos metales, que alegraban los ojos de los dueños de ellos.

No nos detuvimos largo tiempo en Porto-Belo. Volvimos a ponernos a la vela para ir a Venta de Cruzes, y de allí a Panamá, de donde fuimos al puerto de las Salinas, y luego a Cartago. Caminamos después a la ciudad de Granada, llamada por otro nombre el Jardín de Mahoma, y no tardamos mucho en arribar al puerto de Realejo, en la costa del mar del sur, y al cabo de pocos días nos hallamos en el puerto de la Trinidad.

Aquí llegaba con su conversación Carambola, cuando de repente le interrumpí, diciéndole con cierto despejo:

—¡Qué diantre, señor licenciado! Vos me hacéis una relación de viajero. No me nombréis por ahora uno por uno todos los sitios por donde habéis pasado, pues os dispenso de ello. Mi curiosidad se reduce a oíros contar vuestras aventuras, y así, si gustáis, no hagáis más que dar un salto desde el puerto de la Trinidad hasta Santiago de Guatemala, porque, según todas las apariencias, esta última ciudad es el teatro de las principales proezas que os quedan por contarme.

—Señor bachiller—me respondió sonriéndose—, no tenéis razón de quejaros. Por no ser prolijo y abreviar mi narración he suprimido las tempestades y demás peligros que he experimentado, y aun os he hecho la gracia de omitir las descripciones que pudiera haberos hecho de los pueblos de que únicamente os he dicho los nombres, y que quizá serían más curiosas que mis propias aventuras. Andad, andad, que me habéis cortado el hilo sin fundamento; pero, en fin, pues lo queréis absolutamente, voy a hacer os dar un brinco de veinticinco leguas, tras-

montándonos en un instante a Guatemala, y sólo os pido que me dejéis referiros antes una cosa de las más singulares, y es que cerca de la ciudad de la Trinidad hay un paraje muy profundo y espeso, mezclado algunas veces de azufre y bocanadas de fuego. Cuentan que habiendo algunos viajantes, deseosos de descubrir la causa, tenido la imprudencia de acercarse demasiado a aquel sitio, habían caído en el suelo medio muertos. Los moradores de la tierra aseguran que a cierta distancia se oyen gritos como de personas atormentadas, y al mismo tiempo ruido de cadenas, por lo que dan el nombre de boca de infierno a aquel abismo.

Vamos ahora a Guatemala—prosiguió Fr. Cirilo—; no quiero molestaros más tiempo. Llegamos, pues, allá Fr. Bonifacio y yo; pero lo gracioso es que buscamos desde luego la ciudad dentro de la ciudad misma. No vimos al entrar ninguna muralla ni puerta, sino únicamente algunas casas cubiertas de paja o de teja. Atónito de ver una ciudad que correspondía tan mal al concepto que yo había formado de ella, le dije a mi compañero:

—Padre, ¿no os parece que hemos hecho un buen negocio en haber dejado la ciudad de Cádiz, donde estábamos tan bien, por venir a predicar aquí? Si se ha de juzgar de sus habitantes por sus casas, no vamos a tener por oyentes sino gentualla. ¿Es esta la ciudad celebrada de Guatemala, la capital de un distrito de trescientas leguas de extensión, y donde nos han dicho hay una real audiencia, independiente de la de Méjico, con un regente que sin tener el título de virrey goza de toda la autoridad de este empleo, como si lo fuese? En verdad que no alcanzó cómo es esto.

—Ni yo tampoco—decía Fr. Bonifacio—. Poco me falta para creer que se han burlado de nosotros.

Sin embargo, no duró mucho nuestra admiración. Después de haber pasado las casas cubiertas de paja vimos otras más hermosas, y asimismo dos edificios suntuosos que están en un arrabal, esto es, el convento de religiosos de nuestra Orden y el de las monjas de la Concepción. Este último, sobre todo, cercado de altas paredes, las cuales encierran un terreno de inmensa extensión, entretuvo largo rato nuestra vista. Se nos figuraba ver una ciudad particular encerrada en la de Guatemala. Con efecto, en aquella casa hay hasta mil mujeres entre monjas, pensionistas y negras que las sirven.

Conforme íbamos entrando en aquella capital descubríamos casas que la honraban más que las primeras. Finalmente, llega-

mos a la portería del convento de nuestros padres, quienes nos recibieron como a personas de cuya llegada se alegraban mucho. El P. Fr. Valentín Tiraquello, que era entonces prelado, luego que leyó la carta que le entregué de parte del P. Fr. Isidoro, tuvo mil atenciones con nosotros, y especialmente conmigo, porque el pliego contenía un elogio magnífico del P. Fr. Cirilo. Nos dieron muy bien de comer y dejaron descansar algunos días.

Entre tanto se esparció por la ciudad el rumor que acababan de llegar de España dos grandes predicadores. No fué necesario más para poner en movimiento a todas las familias españolas, y principalmente a las mujeres. «¿Cuándo los veremos?—decía una—. ¡Qué impaciencia tengo de oír a estos nuevos apóstoles!»

—Fray Cirilo—me dijo un día el prelado—, yo no puedo resistir más tiempo a la curiosidad del público. Los caballeros, los empleados de la Audiencia, los particulares, toda la ciudad, desean con ansia veros en el púlpito para juzgar si vuestro talento corresponde a vuestra celebridad. Me estrechan a que les conceda esta satisfacción, y yo no he podido excusarme a ofrecerles que la lograrán sin pérdida de tiempo.

—Cumpliré vuestra palabra, mi reverendo padre—le respondí—. Mañana mismo predicaré, si queréis, en nuestra iglesia para contentarlos.





CAPITULO III

Predica Fr. Cirilo a gusto de un numeroso auditorio. Come el día siguiente con el obispo de Gutemala, quien le hace varias honras. Danle un curato, y lo que hizo en él.

 SIÉNDOME el superior en esta disposición, envió inmediatamente a avisar a las casas principales que al otro día el reverendo P. Fr. Cirilo predicaría el primer sermón en su convento. Esta noticia se extendió al instante por Guatemala, de manera que el día inmediato se halló llena nuestra iglesia de todas las personas decentes que había en la ciudad. Por una parte honraba el concurso la venerable presencia de don Francisco de Castro, obispo de Guatemala, y por otra la de todas las personas de la Audiencia, desde el presidente hasta el escribano de cámara, sin hablar de las señoras principales de la ciudad, que se habían compuesto magníficamente. Así que me vieron en el púlpito, se levantó en el auditorio un murmullo, que contemplé nacería de ver mi figura de pigmeo, porque todo se observa; mas no bien hube concluido la salutación, cuando a aquel susurro desapacible siguió otro más suave, y olvidando cada uno, digámoslo así, que me veía, me prestó atención.

Si en Cádiz tuve la fortuna de agradar, más gusté aún en Guatemala. Para decirlo todo en una palabra, yo conseguí la aprobación de mis oyentes y me granjeé la estimación del obispo, quien a la mañana siguiente me envió a convidar a comer en compañía del prelado en el palacio episcopal.

Este afable obispo, que, aunque va sesentón, no mostraba todavía un aspecto de antigüedad, me hizo mil agasajos. Dió la enhorabuena al P. Fr. Valentín de tener un sujeto tan capaz como yo lo era de dar honra a su Orden. Pensad si las alabanzas de su ilustrísima harían cosquillas en un corazón vizcaíno. Yo me saboreaba con ellas interiormente; pero cuanto más li-

sonjeada conocía yo mi vanidad tanto más afectaba el mostrarme modesto, así como lo hacen todos los autores a quienes se alaba en su cara.

Además de la estimación de este prelado, capté la de los ministros de la Audiencia, quienes me elogiaron todos unánimemente, de manera que quedó resuelto que el pequeño Fr. Cirilo era el corifeo de los predicadores en las Indias. No solamente agradé a las personas del siglo, sino que, noticiosas las monjas del convento de la Concepción, quisieron también oírme, y habiéndolo conseguido, quedaron muy contentas de mi modo de predicar. Continué predicando en diversas festividades, logrando siempre de igual aceptación y aplausos; pero fuese por la fatiga y trabajo preciso en este ministerio, fuese por la calidad del clima de aquella tierra o por otra causa, empecé a quebrar de salud, y para restablecerla me pareció sería bueno mudar de aires.

Comuniqué este parecer a mi superior, quien, juzgando del mismo modo que yo, me dijo:

—Fray Cirilo, soy de vuestro dictamen. Haréis bien en eso; y durante vuestra ausencia, fray Bonifacio, que es después de vos el mejor predicador de nuestra Orden, predicará los sermones que se ofrezcan. Tengo—prosiguió—un acomodo seguro que proponeros. Ya sabéis que somos los que damos casi todos los curatos de las cercanías de Guatemala; yo os ofrezco el mayor, que es el de Petapa, lugar grande a seis leguas de aquí. Fray Esteban, religioso nuestro, que hace más de treinta años que está en él, necesita descansar y pide un sucesor. Id allá a servirle de coadjutor hasta que os deje la plaza, lo que pienso hará inmediatamente que os enseñe la lengua de los indios, y os prometo que os irá allí muy bien, por ser aquel país uno de los más amenos de América.

Partí, pues, de Guatemala con una carta que me dió Fr. Valentín para el cura antiguo de Petapa. Iba caballero en una mula del convento, y llevaba por mozo de espuela un indio. A efecto de seguir puntualmente las instrucciones que había dado el prelado, me detuve en Mixco, lugar vecino de Petapa, donde me mantuve hasta el día siguiente, a fin de dar tiempo a los alcaldes y a los regidores, a quienes hice avisar de mi llegada, para que se dispusiesen a recibirme del modo con que reciben comúnmente a los sacerdotes seculares o regulares que van a ser sus pastores, quiero decir con una pompa en que manifiestan el gran respeto y atención con que los miran. Salieron, pues, al día siguiente a recibirme a una legua del pueblo con clarines, trom-

petas y cantores. Además de eso me encontré a la entrada con arcos triunfales formados de ramas de árboles, y las calles por donde yo había de pasar, sembradas de flores.

De esta suerte fuí conducido ceremonialmente al presbiterio, donde, después de haber leído Fr. Esteban mi carta credencial, me hizo un acogimiento tal cual se podía apetecer. Aunque era de edad avanzada este religioso, con todo parecía robusto, y lograba de una vejez exenta de achaques. Conservaba, además del buen juicio que había gozado en la flor de su vida, un humor festivo, con que se hacía querer de las gentes.

—Veo bien por esta carta—me dijo—que fray Valentín me ha nombrado un sucesor que hará olvidar dentro de poco mi pérdida a los vecinos de Petapa. Me alegro mucho—prosiguió—, y mañana marcharía de aquí para ir a acabar mis días en alguno de nuestros conventos, si no necesitarais de mí; pero os hago falta para enseñaros el *Proconchi*, que es la lengua de los indios, y que el cura de este pueblo es preciso que sepa, pues en él apenas se habla castellano, siendo casi todos los empleados y nobles de casta de indios. Vuestro talento para predicar de nada os servirá aquí si no aprendéis el *Proconchi*. ¿Pues qué, fray Valentín no os lo ha advertido?

—Por cierto que sí—le respondí—me ha hecho ver la necesidad de saberlo; pero al mismo tiempo me ha dicho que me lo enseñaríais en menos de tres meses.

—Así es la verdad—respondió Fr. Esteban—; yo lo sé de raíz, y tanto, que he compuesto una gramática y un diccionario en lengua indiana, y ambas obras han logrado la honra de que las apruebe la Academia de Petapa.

Al oír yo palabra Academia di una carcajada de risa.

—Cómo es eso—exclamé—; ¿pues qué hay en este pueblo una Academia? ¿Conque ahora ya no hay ciudad, por pequeña que sea, que no la tenga?

—Esta es muy célebre—me replicó Fr. Esteban con gran seriedad—, por señas de que yo soy un individuo antiguo de este respetable cuerpo, en el cual entraréis pronto también, siendo mi ánimo ponerlos sin perder tiempo en estado de predicar a los indios en *Proconchi*, y así que estéis bien instruído de esta lengua, los académicos de Petapa diputarán a dos de sus miembros para que vengan a ofrecer una plaza entre ellos, de lo que os puedo asegurar.

En fuerza de una esperanza tan gustosa, manifesté a Fr. Esteban tal ansia por aprender el *Proconchi*, que sin la menor dilación me enseñó sus primeros rudimentos. Aprovechéme tan

bien de sus lecciones, y me dediqué con tal conato al estudio, que en tres meses pude ya componer en aquella lengua una plática, la que aprendí de memoria y tuve aliento para predicar en público, y tan felizmente, que los indios eruditos ya me empezaron a mirar desde entonces como a un sujeto que llamaba a la puerta de la Academia.

Si me preguntáis qué cosa es el idioma *Proconchi*, os responderé que es una lengua que tiene sus declinaciones y conjugaciones, y se puede aprender con tanta facilidad como la griega y la latina, y aun con mayor, por ser una lengua viva que en breve tiempo se conseguirá el poseer, conversando con los indios cultos. Finalmente, es armoniosa y está más cargada de metáforas y figuras hiperbólicas que la nuestra misma. Si un indiopreciado de hablar bien *Proconchi* os cumplimenta con algún motivo, no usará sino de pensamientos extraños, peregrinos y de expresiones alambicadas. El estilo es obscuro, hinchado, una verbosidad relumbrante, un retumbante gurigay; pero ahí está el primor, y ese es el tono de la Academia de Petapa.

Poco me costó el conformarme, por ser el carácter vizcaíno amigo de la obscuridad. Hice tan rápidos progresos en la lengua de los indios, que viéndome el cura antiguo capaz ya de ocupar dignamente su lugar, me puso en posesión de su curato y se marchó a Guatemala a pasar allí lo que le quedaba de vida.

Después de su ausencia empecé a arreglar a mi gusto el trato de mi casa, porque, a la verdad, hasta entonces había tenido que aguantar el de Fr. Esteban, que me daba unas comidas casi todas guisadas con manteca de cacao, y unas bebidas de tan mal sabor que me daban ganas de vomitar.

Recibí para que me hiciese la comida a un negro llamado Zamor, que estando de marmitón del presidente de Guatemala había aprendido de cocina. Cada día me ponía un nuevo guisado. Unas veces me servía morcillas rellenas de maíz y carne o gallina, o de tocino fresco, y aderezadas con pimentón o pimiento larga, y otras me presentaba a la mesa estofado de erizo, o bien con otro guiso una especie de lagarto que llaman *Iguana*, que tiene cubierto el lomo de unas escamas verdes y negras y es parecido al escorpión.

Viendo mi amigo Fr. Cirilo el gesto que yo hacía al oírle decir esto, no pudo menos de echarse a reír.

—Señor bachiller—me dijo—, me parece que los manjares de que os hablo no os excitan el apetito.

—No a la verdad—le respondí—, porque más sirven para

hacer reventar a un hombre honrado que para halagarle el paladar. Seguro está Zamor de ser nunca mi cocinero.

—Con todo—replicó Fr. Cirilo—, os puedo asegurar que no son tan malos como pensáis, y estoy persuadido a que si una vez los probaseis les haríais más favor. Un erizo y un iguana bien cocidos y sazonados con bastantes especias son un manjar regalado, porque tienen el mismo sabor que conejo. Los españoles, a semejanza de los indios, los comen de buena gana en el país de Guatemala, y los empleados principales de la Audiencia dejan por ellos las codornices, las perdices y los faisanes.

—Sea en hora buena—le repliqué—; con razón dicen que sobre gustos no hay disputa.

—¡Cuerpo de tal!—exclamó el padre, como si no hubiera alabado aún bastante sus erizos y lagartos—. Yo os confieso que para mí eran un bocado sabrosísimo estas viandas. Sabíanme asimismo muy bien las tortugas, así de agua como de tierra, y era para mí un banquete de los Dioses cuando con esta ambrosía bebía néctar, quiero decir una bebida que los indios llamaban *chicha*, la cual se compone de agua, zumo de cañas de azúcar y de un poco de miel. Sin embargo, por más exquisito que sea este brebaje, le cobré repugnancia cuando supe que para darle fuerza echaban en la vasija en donde se hacía hojas de tabaco y a veces un sapo vivo, y que de beberlo con alguna demasia habían muerto muchos. Me dejé, pues, de beber *chicha*, luego que supe el modo de hacerla, y usé de otras bebidas que, a la verdad, no igualaban a los vinos que se beben en España; pero, gracias al cielo, el hombre se hace a todo.

Además de mi cocinero Zamor tenía otros cuatro criados: uno para servirme a la mesa y hacer los recados; otro para ir a recoger mis diezmos, que consistían en huevos, aves y en cierta cantidad de dinero que todos los meses me pagaban puntualmente los regidores; un hortelano, y un mozo de caballeriza que cuidaba de una mula en que iba yo a predicar a un lugarcito llamado Mixto, dependiente de mi parroquia a tres leguas de Petapa. Iba a él con frecuencia, y aunque tenía que hacer con unos oyentes poco capaces de sacar fruto alguno de mi doctrina, no por eso dejaba de subir al púlpito y de predicarles según lo pedía mi obligación, a fin de que viviesen como Dios manda.

Como cada lugar está dedicado a algún santo, cuya fiesta celebran sus vecinos durante la octava, al patrón de Mixco le hacen grandes funciones en los días de ésta, y al cura algunas ofrendas. La cofradía de San Jacinto celebra en aquel tiempo

unas fiestas que juzgo son dignas de que os las refiera sucintamente. El primer día, los cofrades, junto con las mozas más hermosas del lugar, se visten de telas de seda o de lienzo fino, se engalanan con plumas y cintas, y forman entre sí varias danzas bien concertadas, las cuales ejecutan maravillosamente; pero lo que no apruebo de ningún modo, por ser cosa de indios idólatras, es el que empiezan el baile en la iglesia, y van a continuarlo en el cementerio. Después de esto, el resto de la octava lo pasan en banquetes, en los que se consume chicha sin consuelo y otras exquisitas bebidas, de que todos los concurrentes beben hasta reventar.





CAPITULO IV

El P. Fr. Cirilo se hace estimar de los indios e indias. Historia curiosa de dos hermanos y una hermana. Predica en lengua Proconchi, y por la excelencia de sus sermones consigue ser individuo de la Academia de Petapa.



o me iba, pues, mal así en Mixto como en Petapa. Sin embargo de estar obligado a dar trescientos escudos al año a nuestro convento de Guatemala, me quedaba todavía bastante dinero para mantenerme bien.

Los indios de las inmediaciones de Guatemala son de genio dócil y apacible. No apetecen más que vivir en paz, y agradacen el que se les trate con humanidad. Es necesario, no obstante, exceptuar una especie de negros esclavos que viven en las caserías de Indigo. Estos últimos son unas gentes feroces y temibles, y aunque no tienen más armas que una lanza corta, se atreven a arremeter a un toro cerril y bravío o a perseguir en los ríos a los cocodrilos, sin parar hasta que los matan. Semejantes esclavos hacen a veces temblar a sus amos. En cuanto a los indios de Petapa, os puedo decir que son los mejores de América. Lo que los otros tienen de groseros, ellos tienen de atentos, y forman entre sí una agradable sociedad, en la que reina un espíritu de concordia y un cariño fraternal; pero lo que más admira es su buena fe y su integridad, y en prueba de ello os contaré un lance sucedido.

Un indio noble y rico de Petapa murió, dejando una cuantiosa herencia a dos hijos y una hija que tenía. El mayor de los dos hermanos se encargó de dividirla en tres partes iguales, y luego que lo hubo ejecutado le dijo a su hermano menor y a su hermana: «Escoged.» «Tú eres nuestro hermano mayor—le respondieron: a ti te toca escoger.» «No—replicó éste—, pues yo he hecho las divisiones; es justo que toméis las que gustéis.»

El hermano menor y la hermana eligieron, pues, cada uno la suya, y la tercera quedó para el hermano mayor. En la parte que tocó a éste se comprendía una arca fuerte en que había un secreto, donde se encontraron casualmente mil monedas de oro. El hermano mayor, que lo descubrió, convidó a comer a su hermano y hermana, y al fin de la comida les hizo servir de postres todo aquel dinero, diciéndoles: «Mirad lo que había escondido sin que yo lo supiese en la arca que me ha tocado; es preciso que lo hablamos entre nosotros, porque así lo pide la justicia.»

Yo vivía en una unión perfecta con aquellos indios, los cuales me habían cobrado mucha afición. Todos los días me divertía con ellos. Yo hablaba familiarmente y jugaba a los naipes con sus mujeres, de quienes no son celosos, y las más de ellas son tan discretas, que es un gusto oírlas hablar *Proconchi*. De ahí es que los académicos de Petapa las consultan con bastante frecuencia, y cuando en las conferencias de estos señores se hallan divididas las opiniones sobre alguna voz, dicen que es menester preguntar acerca de ella el parecer de las mujeres, lo que prueba que la Academia trata con grandísimo obsequio a las damas.

Estas señoras indias son, pues, las que deciden, y sus decisiones se respetan, y a veces aun con desprecio de la gramática de Fr. Esteban. Yo he conocido entre otras a una señora en cuya casa se juntaban los eruditos del pueblo, y a la cual escuchaban como si fuera un oráculo. Se explicaba con maravillosa elegancia, y juzgaba tan sanamente de las obras de ingenio, que los juicios que pronunciaba no se encontraba ninguno que los contradijese. Era esta dama viuda de un indiano ilustre que la había dejado bastantes riquezas con que vivir con el decoro conveniente a su distinción. Iba yo muchas veces a visitarla, y siempre hallaba con ella académicos, de cuya conversación sacaba provecho. Retenia en mi memoria aquello singular que les oía decir. Ponía cuidado en las construcciones de sus frases, en sus expresiones, y advertía que aquellos hombres pensaban de un modo superior al del común de las gentes. Finalmente, con oírles acabé de aprender todos los primores del lenguaje *Proconchi*.

Luego que ya me pareció que poseía el espíritu y delicadeza de este idioma, llegué a tanto mi temeridad, que quise predicar delante de la Academia congregada; pero para estar más seguro de agradar a aquellos maestros de la lengua india, me valí de un medio con que salió feliz mi osadía. Entre los libros

que Fr. Esteban al volverse a Guatemala me había dejado para que me perfeccionase en el *Proconchi*, encontré, además de su diccionario y gramática, una colección de discursos recién pronunciados en la Academia de Petapa; anduve hojeándola y pescando, digámoslo así, en agua turbia, saqué de ella las frases más relumbronas y las locuciones más modernas, y con ellas compuse un sermón que dejó atónitos a todos los académicos. «Esta oración contiene primores—se decían unos a otros—. Este predicador dice cosas excelentes, y su estilo está señalado con nuestra marca.»

¿Qué podré decir más? Aquellos caballeros quedaron tan satisfechos de mi dicción, o si queréis de la suya, que en la primera junta que tuvieron acordaron asociarme a sus gloriosas tareas. Enviaron dos diputados a anunciarme esta honra. Recurrí otra vez a mi colección para componer un discurso, y llegado que fué el día de mi admisión, di las gracias a mis nuevos compañeros, recitando sin reparo a sus barbas sus propias frases.





CAPITULO V

De las damas indianas de Petapa, y de la grande y santa empresa que ideó Fr. Cirilo, y cómo salió de ella.



L P. Fr. Cirilo iba a continuar su relación; pero antes que pasase adelante le dije:

—Vos acabáis de alabarme la discreción de las indias de Petapa; pero nada me decís acerca de su hermosura. Esto a la verdad no me hace discurrir cosa favorable a sus atractivos.

—No son menos bien parecidas—respondió Fr. Cirilo—ni van vestidas con menos aseo que las mejicanas, aunque su traje es diferente.

Llevan en lugar de camisa una especie de túnica que ellas llaman guepil, que desde encima de los hombros baja hasta las rodillas, con unas mangas muy anchas y tan cortas que sólo cubren la mitad del brazo. Este guepil está adornada en la parte que cae sobre el estómago de alguna obra de plumas o de algodón, que sirve más para engalanar el pecho que para cubrirlo. Gastan además de eso brazaletes y pendientes. Traen la cabeza descubierta, y sólo levantan el pelo con unos listones de seda. Andan con las piernas desnudas, y usan de zapatos atados con una cinta ancha.

Esto se entiende únicamente de las mujeres ricas y de distinción, porque las demás van a pies descalzos y sin más que una simple manta de lana que se atan alrededor del cuerpo, lo que por supuesto nada tiene de vistoso. Sin embargo, aunque la vista de estas últimas no sea atractiva, no falta por eso quien las quiera. Hay algunos indios nobles y españoles de un gusto extravagante que las siguen y van de oculto a verlas a sus chozas cubiertas de paja, donde no hay más vivienda que una estancia baja, en medio de la cual aquellas indias encienden lumbre para cocer la comida, y como no hay abertura alguna en el techo de la choza, todo el cuarto se llena precisamente de humo de ma-

nera que puede decirse que aquellos galanes, hallándose allí como en un horno, se ahogan de amor y de humo.

Volvamos a las mujeres de los indios principales. Estas viven en casas mejor construídas y bien alhajadas. Para ir a la iglesia o a visita van cubiertas con una mantilla de lienzo de Holanda, de España o de la China, que llega hasta los pies; pero así que vuelven a casa se quitan sin reparo el guupil por arriba, de suerte que quedan con el pecho y hombros descubiertos. Es verdad que por decencia o por melindres se echan otra vez el guupil si algún hombre va entonces a visitarlas. Digo por melindre, pues no aborrecen el que las quieran. Muy lejos de armarse de severidad contra los jóvenes que las obsequian, les favorecen en su empresa. Finalmente, ellas son enamoradas como las demás indias, pero al mismo tiempo muy supersticiosas. Por mucha inclinación que tengan a alguno que las enamore, no corresponderán a su afecto sin consultar antes el vuelo y canto de las aves u observar bien el encuentro de los animales que atraviesan los caminos. Si sacan de esto algún agüero favorable, el galán puede concebir esperanzas; pero si es desgraciado el presagio, entonces no tiene más que ir a probar fortuna a otra parte.

Algunas de estas indias son todavía más supersticiosas, porque se valen de medios aún más ridículos e inútiles para lograr sus intentos. Oí contar que una de ellas, queriendo inspirar amor a un indio joven que tenía puesta la voluntad en otra, creyó neciamente que con cierta bebida que le diese conseguiría el que dejase a ésta.

Para acabar de pintaros a las indias de Petapa—prosiguió el religioso—, debo deciros que no profesan sino en apariencia la religión católica. Son incrédulas en todo lo que excede su comprensión. Mis esfuerzos para convertirlas han sido inútiles, aunque a fin de conseguirlo he apurado las expresiones más enérgicas de la lengua *Proconchi*. Estos ánimos indóciles y supersticiosos adoran a escondidas ídolos de madera y de piedra, y conservan con religioso cuidado en sus casas un sapo u otro animal semejante, de cuya vida creen firmemente que depende la suya.

El adorar secretamente a sus ídolos es porque no se atreven a darles culto público. Los españoles se lo impiden justamente y dan mal trato a sus falsas deidades cuando tienen la desgracia de caer entre sus manos, lo cual procuran mucho precaver los idólatras. Ocultan comúnmente estos ídolos en alguna cueva, cuya entrada tapan, y en la cual se juntan de noche como

en un templo para adorarlos. Si, desgraciadamente para ellos, el cura párroco llega a saber estas juntas nocturnas, a él le toca poner remedio, lo que puede hacer pidiendo auxilio a los alcaldes y regidores, los cuales, como celosos católicos, no dejan de acudirles con tropa que los escolte y destruya los ídolos; pero esta clase de expediciones no carece de riesgo para un párroco, pues se expone en ellas a ganar la corona del martirio dejándose hacer pedazos por los indios.

No todos los curas se determinan a tener un fin tan glorioso. El P. Fr. Esteban había tenido siempre cuidado de evitarlo, contentándose solamente con predicar la palabra de Dios a sus feligreses, sin ir a echar por tierra sus ídolos; pero yo, más valeroso, me animé a llevar al cabo esta santa empresa. Habiendo sabido que al pie de un monte entre Mixco y Petapa había una cueva en donde habían escondido un ídolo y se tenían frecuentes asambleas furtivas, di parte a los alcaldes, ofreciéndome esforzadamente a destruir aquel ídolo. Alabaron mi celo y valor aquellos jueces, y me suministraron una escolta de veinte españoles bien armados, al frente de los cuales marché con denuedo a la caverna en medio de las tinieblas de la noche.

Hallamos alumbrada la cueva con un número prodigioso de cirios y como unas cincuenta personas entre indios e indias, de los cuales algunos incensaban al ídolo mientras los otros bailaban cantando sus alabanzas. Aquel ídolo no era otra cosa que un sol grande de madera pintada puesto en un altar de piedra. Nuestra llegada turbó la fiesta, y al ver a nuestros soldados que todos entraron con espada en mano, se asustaron tanto los idólatras, que lejos de prepararse para defender a su deidad, no pensaron sino en huir de nosotros.

Mandé que no les impidiesen la fuga ni les hiciesen mal alguno. Entregué después el ídolo a mi escolta, quien lo hizo añicos, con lo cual volví triunfante a Petapa, contento de haber ejecutado este servicio tan importante a la iglesia.



CAPITULO VI

Resulta de esta gloriosa expedición. Del peligro que corrió Fr. Cirilo y del medio acertado que tomó para libertarse de él. Retirase a su convento. Recibe orden de su provincial para pasar a Méjico.



NA ejecución tan esforzada hizo gran ruido en aquella tierra. Los indios verdaderamente conversos no la desaprobaron; pero los demás, que eran en mucho mayor número, mirándola como un sacrilegio que no debían dejar sin castigo, celebraron entre sí un gran consejo, en el que quedó resuelto asesinarme una noche en mi casa.

Ya estaban tomadas todas las medidas para ejecutar el golpe, y mi muerte era infalible si el cielo no hubiese puesto la mano en ello; pero como lo que tenía determinado acerca de mí no dejaba a su bondad el desampararme, prometió que la víspera del día del insulto proyectado recibiese yo un papel anónimo en que me avisaban del peligro que me amenazaba, sin callarme la más leve circunstancia de él. Esta caritativa noticia me la daba una india a quien uno de los conjurados había revelado la conspiración, y que con todo de ser idólatra había antepuesto la vida de un hombre de bien al desagravio de su ídolo.

Luego que leí el papel, que me pareció merecía atención, formé un lío de mi ropa y recogí mi dinero, y sin decir una palabra a mis criados, por donde pudiesen entrar en sospecha de mi designio, monté en mi mula y tomé el camino de Guatemala, no queriendo que me acompañase más que el ángel de mi guarda, el cual, aunque me preservó del fatal suceso que me amenazaba, no me libertó del miedo. Volvería mil veces la cabeza por ver si alguno venía en mi seguimiento, y tuve, en fin, tal dicha, que llegué sano y salvo a nuestro convento.

Conté al prelado mi santa proeza, la cual, después de haber alabado:

—Fray Cirilo—me dijo—, ya que no habéis logrado la corona del martirio que los idólatras os tenían destinada, pasaréis a Méjico, donde hace falta un religioso de nuestra Orden dotado del talento de predicar. Noticioso nuestro provincial de los aplausos que le he contado habéis recibido en Guatemala por vuestros sermones, ha resuelto enviaros a Méjico. Ya estaba yo para escribiros de orden suya y deciros os restituyeseis de Petapa. No podías haber venido más a tiempo.

Esta noticia me agradó mucho. Preparéme en consecuencia a obedecer al P. Provincial, el cual, en una conversación que tuvimos antes de marcharme, me exhortó a que continuase con el mismo esmero y celo que hasta entonces había manifestado, asegurándome que con el tiempo serían premiadas mis tareas, y me dió también una carta en que me recomendaba al padre superior de nuestro convento de Méjico. Echóme su bendición, con la cual me puse en marcha para esta gran ciudad. Servíame de guía un indio que tenía medido a palmos el camino, y que tuvo maña para hacerme evitar el encuentro de los negros cimarrones que habitan en los montes y roban a los caminantes. A no ser por él, aquellas gentes honradas se hubieran apoderado tal vez de mis diezmos y de un reloj que me había regalado el señor obispo. También le pagué su cuidado grandemente.

Habiendo llegado a Méjico, fuí a saludar al prelado, que se llamaba Fr. Atanasio, y le entregué la obediencia del provincial. Antes de abrirla la besó con mucho respeto. Leyóla para sí atentamente, y le noté sorprendido y contento al leerla.

—Fray Cirilo—me dijo después de haberla leído—, aun cuando este permiso no viniese de parte del padre provincial, él por sí contiene un elogio tan bello de vuestro mérito, que no me sería posible negarme a recibiros como a un sujeto enviado del cielo para conservar la gloria de nuestra Orden. No podemos alegrarnos bastante de vuestra llegada.

Yo respondí a un cumplimiento tan atento y lisonjero con la modestia correspondiente; y después de una conversación bastante larga, en la cual el prelado me manifestó vivas ansias de oírme predicar, me dispuse a darle ese gusto. Subí al púlpito de allí a ocho días, y desde mi primer sermón hice ya ruido en la ciudad. Más os diré: este ruido va cada día en aumento, a pesar de los celosos, y he venido a ser el predicador más afamado de esta capital.



CAPITULO VII

Lo que hicieron don Querubin y Fr. Cirilo después de haberse contado sus aventuras. Retrato que hace el último de su prelado. Don Querubin es recibido de él con agrado. Lo que pasó en esta visita.

sí que Fr. Cirilo acabó la relación de su viaje, le manifesté la complacencia que me causaba el volverle a ver, después de nuestra larga ausencia, tan distinguido y estimado en la capital del reino de Méjico. Dile la enhorabuena del feliz éxito de sus sermones, sin declararle lo que yo pensaba acerca de ellos, o más bien diciéndole lo que yo no pensaba, porque le alabé en términos de llamarle el *Orador* de Cicerón, proceder que algún lector podrá reprendirme. «Señor bachiller—me dirá—, no se debe adular a nadie, y especialmente a sus amigos.» Así es; pero yo responderé a eso que no es necesario ser sincero fuera de tiempo, y que más vale celebrar los elogios que recibe un amigo nuestro que el irle a decir secamente que no los merece. Fuera de eso, el ánimo de Fr. Cirilo, acostumbrado a las alabanzas, había ya hecho pliegue, digámoslo así, de aquel lado, y mi franqueza, además de inútil, hubiera sido imprudente si me hubiese querido meter en darle consejos.

Después de felicitarle de la fama de gran predicador que se había adquirido, le pregunté si le iba bien con su prelado.

—¿Aprecia mucho—le dije—la dicha de teneros? ¿Cómo se porta con vos?

—No puede ser mejor?—respondió el vizcaíno—. No tengo motivo sino para hablar bien de fray Atanasio. Me honra con su confianza. Me consulta y da noticia de mil menudencias, lo que prueba que me trata con amistad. Más diré: no hay diversión a que no me llame; si convida a comer algunos seglares en su celda, yo asisto para ayudarle a hacer los honores de la

mesa con mi conversación, que sin vanidad no es de las más pesadas. Si va a ver a algunas monjas, me lleva por compañero. En una palabra, yo participo de todos sus placeres.

—Según veo—le repliqué—, ese padre Atanasio debe ser de humor festivo.

—Sin duda—respondió Carambola—. Para hacer os su retrato os diré que no tiene aún cuarenta y dos años cumplidos; que es alto, robusto, de bella presencia y muy agradable en su conversación, de manera que es bien recibido en las casas adonde va y que le acompaña el ser buen poeta, lo cual no se debe contar por nada. Es menester—prosiguió—que yo os haga conocer a su reverendísima.

—Me haréis favor en eso—le dije—; un religioso semejante me parece un conocimiento muy bueno.

—Pues bien—replicó—; voy a dároslo inmediatamente.

Al mismo tiempo me cogió de la mano y me condujo a la celda de Fr. Atanasio. Al ir, decía yo entre mí mismo: «Veamos si este prelado tiene tan bien amueblada la celda como los religiosos de Jalapa.»

Con efecto, Fr. Atanasio tenía ocho o nueve piezas a un mismo piso, adornadas todas de pinturas y ricos muebles. Por todas partes lucían las obras más exquisitas, hechas de pluma de Mechoacán. Había mesas cubiertas con tapetes de seda y escaparates llenos de vasijas de la más preciosa porcelana de la China y del Japón. Finalmente, quedé deslumbrado de ver las bellezas de las cosas que me suspendieron, las cuales ciertamente hubieran hecho honor al palacio de un cardenal. Encontramos al padre superior que estaba entretenido en tocar un laúd.

—Mi reverendo padre—le dijo mi conductor—, ¿permite vuestra reverendísima que yo le presente uno de mis mayores amigos, al señor don Querubín de la Ronda, ilustre ayo del señorito don Alejo de Velges, hijo del virrey?

Fray Atanasio, por atención a mi amigo Carambola, usó conmigo de cuantas son imaginables. Me festejó también con una merienda, y mientras duró, no habló sino de música, a la cual era sumamente aficionado.

Por allí conocí en dónde le apretaba el zapato. Celebré lo que dijo, y cogiéndole por su flaco:

—Mi reverendo padre—le dije—, mi amigo me ha alabado vuestra voz en tal grado, que me ha inspirado un vivo deseo de oír cantar; temo que tal vez ha exagerado un poco.

—Vos lo vais a juzgar por vos mismo—me respondió mo-

destamente—. Tenéis razón para desconfiaros de fray Cirilo, pues además de la mucha amistad que me profesa, no tiene el oído delicado.

Dicho esto, se levantó para ir a coger el laúd, y sin detención se puso a tocar y a cantar una tonadilla, de que él mismo nos dijo había compuesto la música y la letra. En ella se quejaba un amante de una dama cruel, y procuraba moverla con expresiones amorosas. Era menester ver cómo el religioso se revestía del afecto y hacía pasos tiernos con la garganta, moviendo los ojos como un enamorado derretido, lo cual hacía con sus hábitos un juego opuesto muy divertido.

—Señor don Querubín—me dijo Fr. Cirilo después que dejó de cantar el prelado—, ya veis las inocentes recreaciones de su reverendísima. ¿Qué os parece su voz? ¿No la halláis muy suave, y no sería delito el no ejercitarla?

Yo me guardé muy bien de responderle que la voz de un sacerdote y de un religioso debía estar únicamente consagrada a alabar al Señor. Al contrario, aplaudí en gran manera los pasatiempos del padre, y aun le hice repetir la tonadilla, diciéndole que su voz, su música y su poesía me habían embelesado. Sin embargo, no dejé de decir aparte a Fr. Cirilo mi modo de pensar sobre ello; pero él tomó el partido de su superior, y para hacer al mismo tiempo, en dos palabras, la apología de los frailes americanos, me dijo:

—Si los religiosos de esta tierra no tienen un semblante que predique mortificación, no os opreocupéis contra ellos; aunque su aspecto no es melancólico, no son por eso menos virtuosos.

Después de haber pasado lo demás del día con aquellos dos religiosos, me despedí de ellos, ofreciéndole volver a verlos algunas veces y rogándoles me honrasen con sus visitas cuando sus ocupaciones se lo permitiesen.





CAPITULO VIII

Va don Querubin a ver los penitentes del desierto y conoce entre ellos a don Gabriel de Monchique, el robador de doña Paula, su mujer. De la conversación que hubo entre estos dos caballeros enemigos y cómo se separaron.

Impresión que hizo en el corazón de don Querubin la relación del robo de su esposa.



ALLÁNDOME una tarde en una concurrencia en que se hablaba de la hermosura de los alrededores de Méjico, oí decir, y todos convenían en ello, que el sitio más divertido era el que llaman el Yermo o el Desierto.

Como yo no había estado nunca en aquel paraje, aunque muchas veces había oído alabar su amenidad, determiné ir allá al día siguiente con Tostón, que no tenía menos curiosidad que yo de ver aquel lugar. Enderezamos hacia él, montados ambos en caballos de las caballerizas del virrey, y en poco tiempo anduvimos las tres leguas que hay desde la ciudad hasta llegar a aquella morada solitaria, que merece bien se haga una descripción de ella. Es un monte cercado de peñas, y sobre el cual hay un convento que los PP. Carmelitas Descalzos han hecho edificar para retirarse a él como a una ermita.

Al pie, y por toda la circunferencia de aquel monte, se ven muchas capillas, y en cada una de ellas un huerto lleno de frutas y flores. Salen asimismo de las peñas, en más de un paraje, fuentes que, juntas con la sombra de las palmas, hacen muy deleitoso aquel sitio. Las ermitas están interiormente adornadas de pinturas al fresco, que representan los diferentes linajes de tormentos que padecieron los mártires, y además están puestas a la vista disciplinas, cilicios y otros instrumentos de mortificación, para mostrar la vida penitente y austera que se lleva en

aquel desierto, y en cada capilla hay una especie de ermitaño que se deshace el pellejo con disciplinas de hierro.

Aquellos penitentes están tenidos por santos. Yo los miraba con admiración, y habiendo observado que algunos de los espectadores les daban limosna para tener parte en sus oraciones, quise imitarlos, y con esta intención me llegué a una ermita a dar un doblón al santo personaje que se estaba azotando de un modo extraño; pero imaginaos cuál fué mi espanto al ver en aquel pobre ermitaño, por más desfigurado que estaba, a don Gabriel de Monchique, el robador de doña Paula. Yo dudé al principio de lo que me decían mis ojos, y díjele a Tostón:

—Mira con cuidado a ese penitente. ¿No distingues en él las facciones del pérfido don Gabriel? ¿Será acaso esta una ilusión?

—No, señor—me respondió—, no se engaña usted; es nuestro enemigo en persona; no se me puede despintar por cubierto que esté de sangre y casi desconocido.

Mintras yo andaba recorriendo con la vista a este mal hombre, cuya presencia, despertando mi enojo, parecía prohibirme el satisfacerlo, él, por su parte, me conoció. Luego que cayó en mí, arrojó las disciplinas con que se azotaba cruelmente y vino a presentarme el pecho todo ensangrentado, diciéndome:

—Don Querubín, hiere, venga la afrenta que te he hecho; muy lejos de querer huir de tus golpes, imploro el favor de ellos; con atravesarme el corazón me librarás de los remordimientos que me despedazan continuamente, o por mejor decir, de las furias que me persiguen sin cesar ya hace dos años.

—¿Y qué has hecho de mi esposa?—le dije con aceleración—. ¿En qué ha parado? Habla, malvado. Explícame que es de su suerte.

—Doña Paula no vive—respondió—; la muerte me la arrebató un mes después que la robé. Apenas gozé de mi delito, cuando el cielo me envió el castigo. Si quieres saber más—prosiguió—, entra en mi ermita: te informaré de cuanto desees saber, y también yo debo hacerte esta relación para sincerar la conducta de doña Paula, que no tuvo culpa.

Dichas estas palabras, nos habló a Tostón y a mí de esta manera:

Estame atento, don Querubín; voy a hacerte una relación verdadera de la seducción y del robo de tu esposa. Luego que me propuse agradarla, gané con regalos a la vieja Antonia, su criada, la cual me enteró de que doña Paula te amaba tanto, que no era capaz de faltarte a la fidelidad. Con esto, en vez de dejarme de mi loca afición, como hubiera debido hacerlo, me

entregué a ella de tal manera, que no me detuve en usar de cuantos medios me sugirió mi infame pasión para seducirla, y estimulándola, viendo que éstos habían sido inútiles; por último, la incliné a que, acompañada de su criada, saliese una tarde a cierta diversión fuera del pueblo, en la que yo tuve cuidado de hallarme prevenido ya para robarla; y así, a la caída de la tarde, sin que nadie lo echase de ver, conseguí mi depravado intento.

Llegamos en breve al lugar de Villaverde, que dista de allí sólo dos leguas. Estuvimos ocultos en la quinta de un caballero con quien yo había trabado amistad, que era pariente de don Ambrosio de Lorca, y por consiguiente enemigo de don Manuel y tuyo. Este caballero se alegró de darnos asilo y favorecer una acción que os deshonoraba a los dos. Permanecimos cerca de quince días en nuestro retiro, sin temer vuestras pesquisas, porque estábamos en casa de un caballero que no tenía sino criados callados y fieles. Después de esto, continuando nuestro camino de noche para acercarnos a la costa de Cartagena, llegamos a un puerto pequeño, en el que nos aguardaba un barco que nos había de conducir a Ibiza. Aquí nos embarcamos en un bajel que había hecho yo fletar para Génova, mi patria, adonde hacía ánimo de ir a esconder mi presa; pero cansado el cielo de los desórdenes de mi vida, no quiso permitirlo. Doña Paula cayó enferma y murió en la travesía, por más remedios que se hicieron para curarla.

Este funesto acontecimiento—prosiguió Monchique—me hizo entrar en mí mismo. Reprendíme mi delito, del cual vi entonces toda la enormidad, y tomé la resolución de expiarle, si era posible, consagrando lo que me restaba de vida a la más rigurosa penitencia. Habiendo arribado con este propósito a Génova, vendí todos mis bienes, y su precio lo empleé en dar algo a la vieja Antonia para que fuese a llorar a un convento de recogidas la culpa que en parte había tenido del robo de su ama. Pagué y despedí a mis criados, y repartiendo entre los pobres lo que me quedaba, salí de Génova en hábito de ermitaño, determinado a hacer asiento en algún bosque u otro sitio que me pareciese acomodado para servir de morada a un anacoreta, lo que hallé dentro de poco.

Pero, don Querubín—prosiguió—, creo que no es necesario decirte más, ni que te cuente cómo vine de Italia a Méjico, porque eso no te es del caso. Me basta haberte referido los pasajes que te importan, y me parece te he dicho lo suficiente para excitarte a la venganza. Esconde, pues—añadió, presentándome

otra vez el pecho—, esconde tu espada en el corazón de un indigno que a tus ojos debe parecer un monstruo.

—No, no—le respondí—; sea la que quiera la ofensa que me hayas hecho, no puedo resolverme a vengarla con un homicidio, y prefiero el dejarte en el desierto a fin de que alcances con una larga y áspera penitencia que el cielo se apiade de ti.

Dicho esto, salí de allí y tomé otra vez el camino de Méjico, haciendo en él varias reflexiones sobre aquel suceso. Eran tristes las que hacía cuando me representaba que doña Paula, no habiendo faltado a su deber sino en fuerza de un engaño, era disculpable, y nacía en mi alma un gozo secreto de pensar que con su muerte ya podía aspirar a casarme con doña Blanca. Tostón, que por su lado no encontraba en aquel lance sino motivo de divertirse, iba con el ánimo risueño. Si veía que me enternecía de considerar la suerte que había tenido doña Paula, me hablaba de la hija de Salcedo de tal manera, que, todo bien reflexionado, la alegría venció al pesar.





CAPITULO IX

Cómo don Querubín, volviendo del desierto, se detuvo en un lugar, y encuentro inopinado que le sucedió en él. Historia de un cura y de una peregrina. Admirables efectos de la semejanza y singular generosidad de aquel cura.

Yo me volvía del desierto con mi criado, ocupado el espíritu todavía de lo que don Gabriel de Monchi que me había referido, cuando me sucedió un encuentro bastante singular, que desvaneció por algún tiempo la tristeza en que me sepultaba de nuevo el contemplar en el fin trágico de mi desventurada esposa, cuya muerte me pesaba en el alma.

Habiendo hecho parada en un lugar, o más bien villa, para que descansasen los caballos, me causó grandísima novedad el ver mucho populacho junto a la puerta de la casa del señor cura. Envié a Tostón a saber lo que era y la causa de aquella bulla. Fué y volvió en un momento, exclamando como fuera de sí:

—¡Ah, señor, qué graciosa aventura sucede aquí! El cura de este pueblo, al dar limosna a una peregrina, ha conocido que era su mujer, y la gente, con el deseo de verla, está aguardando a que salga de esa casa.

Mi criado, riéndose a carcajadas de este caso, me pidió nos detuviésemos hasta saber el fin de aquella aventura. No obstante, le hice callar, disgustándome hiciese locuras en medio de un pueblo donde podían conocerme. Esta catástrofe me hizo reflexionar sobre la situación de aquel cura, que yo cotejaba con la mía. Yo decía entre mí mismo: «¿Cuánta diferencia no hay entre la suerte de este hombre y la mía? Yo he perdido para siempre a mi mujer sin esperanza de verla más, y el cura vuelve a encontrar la suya cuando menos lo esperaba.» Deseoso de saber esta historia más por menor, atravesé por la multitud, y dije que quería hablar con el cura. Al principio tuvieron alguna

dificultad para dejarme entrar; pero viendo mi porte y equipaje, me abrieron inmediatamente la puerta. Entré, diciendo a Tostón se fuese a la posada. Observé en una sala bastante grande congregados los sujetos principales del pueblo alrededor de su venerable pastor, a quien procuraban persuadir que la peregrina no era su mujer, y que aun ésta no le conocía ni le había visto en los días de su vida. El cura, que se afligía porque la peregrina no quería conocerle, se levantó al verme, y agradándole sin duda mi fisonomía, me suplicó le hiciese el favor de escucharle, lo que le ofrecí, diciéndole algunas palabras para consolarle y darle esperanza. Recibió mi cortesanía con las lágrimas en los ojos y me dijo:

—Señor, oiréis cuál es mi desgracia. Quince años habré que viajando por mar con esa mujer que veis rodeada de mis amigos, y que ahora me desconoce, tuvimos la fatalidad de experimentar una horrible tormenta. Nuestra embarcación se hizo mil pedazos, y yo mismo hubiera quedado rendido a la violencia de las olas y de las corrientes impetuosas sin un socorro especial del cielo. Después de haber luchado mucho tiempo con las aguas agitadas, que ya me hacían ver lo profundo de los mares, y ya me levantaban hasta lo alto de las nubes, tuve la fortuna de divisar un basco vacío que flotaba como yo al arbitrio de los vientos: Metíme en él, y aunque hacía obscuro, me hallé por casualidad con dos remos, los que al instante así, dando a Dios mil gracias; y sin saber adónde iba, anduve remando dos o tres horas, hasta que advertí que el mar estaba sereno y el barco detenido. Esperando el día, hacía al cielo mil plegarias por mi esposa y dos hijos que se habían embarcado conmigo. Apenas se dejó ver la aurora, cuando me quedé atónito al hallarme en un puerto cubierto de navios; sin duda que Dios había conducido allí mi barco y cuidado de mi vida. Algunos marineros que me vieron de lejos acudieron a socorrerme y se quedaron muy espantados de ver que me había salvado en la borrasca deshecha que acababa de padecer. Lastimáronse de mi estado, y me prestaron con qué mudarme de pies a cabeza, porque mis vestidos estaban chorreando agua. Libre de aquel tremendo peligro, me fui a una iglesia a encomendarme al Señor. Hice propósito de no volver jamás a embarcarme, pero, no obstante, me causaba sentimiento haber perdido una esposa tan querida y dos hijos a quienes yo amaba tiernamente. Habiendo preguntado a varios pasajeros si tenían noticia de un navío llamado la *Estrella del Pastor*, y sabido de ellos que había perecido enteramente, y que yo era el único que se había

salvado de aquel horroroso naufragio, anduve corriendo de puerto en puerto con el dinero que hice de algunas alhajas que llevaba sobre mí, y de dos sortijas que me habían quedado en los dedos. No oyendo hablar nada de mi mujer, tomé la determinación de consagrar mi vida al servicio de Dios, no pudiendo darle sobradas gracias del favor que me había hecho. Volví a seguir mis estudios, que no se me habían olvidado todavía; entré en breve en un seminario; al cabo de cuatro años recibí muy contento las órdenes sagradas, y después de haber sido algún tiempo cura ecónomo de esta parroquia, me dieron el curato en propiedad. Más hace de seis años que estoy en él, y esta mañana, dando limosna a la peregrina que veis, me pareció que sus facciones eran las de mi mujer, y me sobresalté tanto, que di un grito, al cual acudieron todas las gentes de mi casa. Atónita la peregrina de ver mi accidente, y sin saber la causa, entró conmigo para socorrerme. Vuelto en mi acuerdo, y mirándola con más cuidado, hice retirar a los circunstantes y, hallándome solo con ella, le pregunté si era la hija de don Blasco Nise de Mendoza, a lo que dijo que sí al instante, preguntándome por su parte de dónde la conocía yo. Mi respuesta fué darla un abrazo y decirla que en mí veía a su desventurado marido don Andrés de Rojas, que se había libertado con el favor de Dios del furor del mar; pero juzgad cual sería mi admiración cuando, retirándose de mis brazos, me dijo que yo deliraba, que ella nunca había sido casada, y que yo no podía por menos que yo estuviese loco. Quiso, dicho esto, salir; pero yo la hice detener, y sus gritos repetidos son los que han atraído a mi puerta toda la gente de este pueblo. ¿No soy bien desdichado—prosiguió aquel buen sacerdote—de que no me conozca la persona a quien más quería en esta vida? Nombro a ustedes, señores, por jueces de esto que me sucede.

Por lo que mira a mí, con la curiosidad de saber lo demás de la aventura, le dije era propio de su prudencia el no divulgar semejante historia, atendiendo al decoro de su carácter, y que debía caminar con pies de plomo en un lance de aquella naturaleza; que si me lo permitía, yo hablaría a solas con la peregrina, y que por este medio podría descubrir quién era. Condescendió en ello, y mandó que me dejasen solo con ella. Lleguéme, con efecto, a hablarla, ¡pero cuál fué, cielos, mi suspensión al conocer en traje de peregrina a Nise, aquella con quien tuve mis primeros amores! No se quedó ella menos turbada al verme, y preguntándome por qué accidente me hallaba yo allí, la conté lo que decían de ella, y que la curiosidad era

la que me había movido a entrar en casa de aquel cura. Exhortéla a que me dijese la verdad y causa de hallarse en aquella tierra y traje; y luego me satisfizo diciendo era cierto no haber sido nunca casada, y que verdaderamente era la hija de don Blasco Nise de Mendoza, que había pasado a aquellas tierras en compañía del señor D. Antonio Oleaga, que con su esposa fué a servir un gobierno. Preguntéla su nombre de bautismo, y me dijo se llamaba Teresa, y que, teniendo ya años y no pudiendo seguir sirviendo por un achaque que padecía mucho tiempo hacía y la iba acabando, que era reliquia de su licenciosa vida pasada, se había echado a pedir limosna en aquel traje de peregrina, con lo que lo pasaba bastante bien.

—¿Pero no teníais una hermana?—la dije.

—¡Ay! sí, señor—me respondió—; pero habiendo sido separada de ella en mi niñez porque la casaron, no sé si vive todavía, ni dónde para.

—¿Cómo se llamaba?—proseguí.

—Doña Francisca—me respondió.

—Bien está—la dije dejándola—; no quería saber más.

Con esto volví a buscar al señor cura, quien luego que me vió quiso al instante saber si aquella peregrina era su esposa, como no lo dudaba. Respondíle que yo no creía que lo fuese, y que la semejanza de aquella mujer con su esposa era la que le había sobresaltado y agitado la imaginación.

—¿Cómo—le pregunté—se llamaba tu mujer?

—Doña Francisca—respondió el cura.

—Pues bien—le dije entonces dándole la mano—, venid conmigo, y en esta peregrina abrazad a doña Teresa, vuestra cuñada.

—¡Mi cuñada! ¿Es posible—dijo el cura arrojándose a ella—que vos seáis la Teresa que me había hablado tantas veces mi esposa?

La peregrina le aseguró ser así, y yo por mi parte confirmé que lo era, y que la había conocido.

A este efecto le conté dónde la había visto, callándole haber sido el objeto de mi primera inclinación; pero lo que acabó de convencerle fué el que nuestra peregrina sacó de una caja de hoja de lata que llevaba pendiente a un lado su fe de bautismo y, enseñándosela al señor cura, éste ya no pudo dudar de la verdad y abrazó otra vez a su cuñada. Después de enterarse del estado en que se hallaba, le aseguró que en adelante vivirían juntos, y sólo los separaría la muerte. Esparcióse inmediatamente por el pueblo el rumor de que la peregrina era cuñada

del señor cura, y que era tan parecida a su mujer, que no era extraña la equivocación.

Me ha parecido tan singular esta aventura, que he querido referirla menudamente en esta historia, y discurro que mis lectores no lo llevarán a mal. Despedíme del señor cura, quien no me dejó marchar sin que admitiese antes una merienda frugal que me dió, haciéndome por este medio testigo de la alegría que le causaba el ver a una hermana a quien no conocía. Derramaba tiernas lágrimas y, mirando a Nise, no cesaba de suspirar, acordándose de su esposa. Un espectáculo como este me enternecía; y si muy gustoso quedé de ver el fin de aquel suceso, todavía me agradó más la generosidad de que usó aquel buen pastor. ¡Cuántos hay más ricos que no él, pues sólo gozaba quinientos pesos al año, que dejan pasar a sus parientes una extrema miseria, pudiendo socorrerlos con traerlos a su casa o a lo menos ayudando a su manutención!

El cura, deseoso de saber quién era yo, me lo preguntó. Yo no se lo callé, y desde entonces me manifestó más respeto. Me pidió le permitiese irme a visitar, a lo que consentí gustoso. La acción loable de recibir en su compañía a su cuñada, me pareció tan bella, que de allí a poco le hice dar por medio de mi amigo D. Juan de Salcedo, a algunas leguas de Méjico del lado de Petapa, un buen beneficio que pasaba de dos mil pesos al año.

El cura no cesa de darme las gracias todos los días y demostrarme su agradecimiento. He puesto aquí la conclusión de esta historia, porque no se hará más mención de ella en la continuación de la mía. Separéme de él y eché bien de ver que la ama del señor cura miraba con malos ojos a su nueva huésped, siendo ella la única persona a quien vi pesarosa de aquel suceso.

Volví a Méjico con Tostón, tan ocupada la imaginación de aquella aventura, que a mi llegada se la referí a D. Juan de Salcedo, olvidándome enteramente de contarle la que más me importaba y de que me propuse de veras hacerle relación el día siguiente.

Parte sexta

CAPITULO PRIMERO

Restituido a Méjico, don Querubín da cuenta de su viaje a don Juan de Salcedo. De la alegría que causó a este secretario el verle en estado de ser su yerno. Del nuevo empleo que le proporcionó y de los buenos consejos que le dió.



uí con ansia a buscar a Salcedo para informarle del encuentro impensado que había tenido y se me había olvidado contarle la víspera. Llegué a él con tal turbación, que conoció de antemano que yo tenía alguna nueva importante que participarle.

—¿Qué os sucede, don Querubín—me dijo—para estar tan agitado? ¿Os ha pasado algún lance extraordinario?

—Sí, señor—le respondí—, y vos no discurriréis la narración estupenda que tengo que haceros.

En seguida le referí punto por punto lo que me acababa de pasar con Monchique en el desierto.

Don Juan estuvo atento escuchándome sin interrumpirme, y al fin, abrazándome lleno de gozo, me dijo:

—¡Cuán gustosa me es esa noticia! ¿Conque ya está quitado el obstáculo que se oponía al descanso de mi vida? Nada es ya capaz de estorbar la unión de los vínculos de la sangre con los de la amistad. Os hablo en estos términos, prosiguió, porque camino en el supuesto de que en cuanto a mi hija, *tuum semper sauciat pectus amor*; pero si después que dejásteis de verla, habéis puesto los ojos en otra, sería cosa triste para ella vivir con un marido que no la quisiese.

Yo protesté a Salcedo que me mantenía en el mismo parecer, con lo cual me prometió de nuevo la mano de doña Blanca. Díle, como podéis discurrir, las gracias que debía a un sujeto que no pudiendo casar a su hija con algún señor de la corte o con algún consejero, no se desdeñaba de mi alianza, o, por

mejor decir, que la deseaba con tanto ardor como si le hubiera traído grandísima ventaja.

Manifesté mi gratitud con palabras que le hicieron comprender que más me movía el cariño que me mostraba que no el dote de Blanca por grande que fuese.

—Estoy persuadido—me dijo—de la sinceridad de vuestros afectos; y si yo escuchase sólo mis deseos, antes de ocho días seriais el esposo de mi hija; pero una razón que os voy a decir me precisa a diferir por algunos meses este casamiento. Don Alejo se pondrá pronto la ropa viril, quiero decir que no necesitará ya de ayo. Estoy aguardando esta ocasión para procuraros un puesto más importante que ese, y con vuestra licencia os diré, más digno de un caballero que ha de ser mi yerno. Entretanto—añadió—os permito volváis a visitar mi hija para tratar con ella lo que conduce a dos personas que están en vísperas de unirse una a otra con lazos eternos.

No desperdiicé el permiso; y así fuí otra vez a visitar a Blanca, que, recibéndome como a un amante que tenía licencia de su padre, recobró un poco de amor hacia mí, inspirándome mucho para con ella.

Yo estaba inquieto por saber cuál era el nuevo acomodo que deseaba procurarme mi futuro suegro, para merecer el honor que quería hacerme; cuando he aquí que entra en mi cuarto una mañana, diciéndome con semblante alegre:

—¡Hijo mío (porque ya no me llamaba de otro), *albo dies notanda lapillo!* Ya no sois ayo de don Alejo. Este señorito es al presente dueño de sus acciones, y vos mi compañero. Para recompensar el virrey vuestro cuidado en la educación de su hijo ha tenido a bien que os asocie a mis ocupaciones y que dividáis conmigo el título de primer secretario del virreinato. Esta es la gracia que le he pedido y acabo de conseguir. No salgáis ahora con decirme que no sintiéndoos capaz de desempeñar dignamente mi empleo halláis reparo en encargaros de él. No os espanten mis quehaceres; creed que no son la magia negra. Para cumplir con mi encargo basta tener método y una sana comprensión. No os inquietéis por eso; en breve os impondré en el manejo de los negocios más arduos.

En esta seguridad perdí todo de un golpe la aversión que había tenido hasta entonces a las oficinas, y respondí a Salcedo que ciertamente mi incapacidad me tenía acobardado; pero que una vez que a él no le asustaba, haría cuanto él quisiese, en el supuesto seguro de que me ayudaría con sus consejos, o por hablar con más propiedad, me llevaría de los andadores. Luego

que me vió dispuesto a cumplir con lo que deseaba, me llevó a presencia del virrey, a quien me presentó en clase de compañero y yerno suyo. Aprobó S. E. el pensamiento de agregarme a su ministerio y casarme con Blanca, no creyendo, le dijo cortésmente aquel señor, que pudiese hallar una persona más del caso que yo para ser su yerno y su sustituto. Después de unas palabras tan halagüeñas me dijo el conde que me exhortaba a tomar por modelo a mi suegro, lo que hubiera podido muy bien dejar de recomendarme, pues se hallaba enterado de que yo conocía todo el mérito de Salcedo.

Y así es que luego que nos despedimos del virrey, le dije a aquel secretario:

—Su excelencia no necesitaba aconsejarme siguiese vuestras pisadas, pues ¿a quién-sino a vos pudiera yo pensar en imitar? ¿Qué guía puede mejor que vos conducirme por el camino que me abris, y en el cual no entro sino temblando? ¡Ay de mí, que temo es muy limitado mi entendimiento e incapaz de llenar vuestras esperanzas!

—Os vuelvo a decir—me replicó don Juan—que este oficio es más fácil de lo que pensáis. Sólo os daré un aviso de la mayor consecuencia, y es que seáis accesible, atento, y recibáis con agrado a todo el mundo. No hay duda de que un aire circunspecto cae bien en el jefe de una oficina, pero ha de ser sin nada de orgullo. La gravedad y la necia altanería, dice un autor castellano, son dos hermanas muy parecidas; pero con todo se pueden distinguir: la una corresponde atenta a la urbanidad con que se le trata, y la otra cobra con ella más insolencia.





CAPITULO II

Don Querubín de la Ronda ejerce a medias las funciones de Salcedo, y las desempeña pasmosamente. Cásase con doña Blanca. Historia trágica de tres hermanos indianos.

A sí que me declararon por acompañado de don Juan de Salcedo, todos los oficiales de las oficinas del virreinato fueron solícitos a felicitarme como a jefe suyo, y además de eso los más de los caballeros y vecinos principales de Méjico pasaron a darme la enhorabuena, a fin de hacer conocimiento con un sujeto que sabían que era el mayor amigo de Salcedo y su yerno futuro.

A los principios fui paso a paso sin hacer nada que no consultase antes con mi oráculo, quiero decir con mi amigo, que recibiendo en enseñarme un placer que me encantaba, me inspiraba cada día mayor inclinación a los negocios. Apliquéme a ellos con tanta eficacia, que dentro de poco no necesité de director. Al cabo de tres meses de práctica cualquiera hubiera dicho que yo no había en toda mi vida hecho más oficio que aquél. Es verdad que ponía todo mi conato en imitar mi modelo, lo que logré de tan buena manera, que en la ciudad me llamaban por excelencia el mono de Salcedo. Yo no sé también si excedía a mi original en el arte de recibir con afabilidad a los que recurrían a nuestro ministerio; pero lo que no admite duda es que don Juan nada tuvo que reprenderme sobre este punto; antes bien, habiendo advertido un día el agasajo con que traté a un simple particular, me dijo:

—Muy bien, hijo mío, muy bien: ese es el modo de acoger a todos los ciudadanos que acuden a nosotros. Concédaseles o niégueseles lo que pretenden, debemos siempre dejarlos ir alabando nuestros buenos modales.

Yo no padecía, pues, el defecto que se nota con frecuencia

en los secretarios, y algunas veces en los últimos empleados de las secretarías; es decir, que no ostentaba ser un pequeño jefe. Más diré: unía con un semblante apacible y cortés un corazón amigo de hacer bien. Hacía cuantos servicios dependían de mí, con especialidad a los miserables que llegaban a implorar mi favor. De este modo cobré fama de hombre de bien, y me granjeé la estimación y afecto de toda la ciudad.

Mi compañero se daba el parabién de lo que había hecho. Estaba muy gozoso de ver cuán bien acreditaba yo de acertada su elección; y llegado el tiempo de darme su hija, dispuso que nos casásemos solemnemente en la Iglesia Catedral de Méjico, en presencia del conde y de la condesa de Velges y de todos los dependientes de la cancillería. Los caballeros principales de la ciudad asistieron también a aquella ceremonia, y entre ellos don Andrés de Alvarado, mi amigo, y don José de Sandoval, descendientes ambos de aquellos esforzados capitanes de Hernán Cortés cuyos nombres celebra la fama. Concurrió asimismo don Cristóbal, nieto del insigne García Holguín, que se apoderó de la canoa y de la persona del rey Guatimozín, sucesor de Moteczuma. En una palabra, allí se hallaron con sus mujeres los caballeros más ilustres, lo que hizo muy lucido el concurso. Blanca y yo, después que fuimos desposados por mano del arzobispo, nos restituímos al palacio, en donde se celebraron con esplendor nuestras bodas por espacio de tres días. Banquetes, bailes, conciertos y comedias, todo se empleó para que fuesen magníficas.

Acabados los regocijos, me apliqué a los negocios aún más que antes: y en breve se pagó tanto de mí S. E., que casi no hacía ya diferencia entre el suegro y el yerno. Nos consultaba a los dos acerca de las órdenes importantes que recibía de la corte, y a veces sucedía que mi parecer era más atendido que el de don Juan, que, lejos de concebir envidia, mostraba alegrarse en extremo de ello.

El conde hacía mucho aprecio de nuestros dictámenes; pero no siempre los seguía, y cuando se le ponía alguna cosa en la cabeza, no podíamos ni uno ni otro apearle de su opinión. Me es preciso contar un ejemplo de su terquedad, por el que se vendrá en conocimiento de lo que era aquel señor. Supo en cierta ocasión que en la provincia de Mechoacán había tres caballeros indios hermanos, que vivían a la orilla de un río, donde en algunos parajes se encontraba oro, los cuales no ignoraban ellos, pues habían traficado en polvo de este metal con un mercader de Sevilla. El conde de Velges, pronto a pillar las

ocasiones de aumentar sus riquezas, destacó al país de Mechoacán una tropa de soldados españoles con orden de prender a aquellos tres hermanos y conducirlos a Méjico, lo que ejecutaron con igual puntualidad que presteza. Metiéronlos en la cárcel del palacio, y el virrey mismo les tomó la declaración. Negaron ellos tener noticia alguna de los parajes del río donde se pensaba hubiese oro. Para obligarles a que lo descubriesen, se les trató desde luego con blandura, y usó de grandes promesas, y después de amenazas y tormentos; pero todo en vano, porque no fué posible arrancarles el secreto.

Si S. E. hubiera querido creernos a Salcedo y a mí, el asunto hubiera quedado en tal estado, enviando a aquellos infelices a su tierra y contentándose con haberlos tratado inhumanamente. Este fué nuestro parecer, que, sin embargo, no se siguió, aunque era tan juicioso. No pudiendo el virrey perder la esperanza de sacar oro de aquellos presos, tomó el partido de escribir a la corte para informar de lo ocurrido al primer ministro y preguntarle lo que debía hacer con aquellos tres caballeros indianos. El duque de Vailores, imaginándose ya tener veinte toneles de oro, respondió prontamente al conde, mandando hiciese sin más ceremonias cortar la cabeza a los tres hermanos si se obstinaban en guardar silencio.

Bien que esta orden le pareció cruel al virrey, con todo eso no dejó de dar disposiciones para que se ejecutase aquella sangrienta sentencia, por más que mi compañero y yo le representamos, para impedirlo, se cubriese de la sangre de tres hombres que acaso persistían en callar porque no tenían nada que decir. Oponía a nuestras reflexiones dos motivos, a los cuales nos vimos obligados a ceder. El primero, que él conocía el carácter del duque, ministro altivo y amigo de que le obedeciesen sin réplica; y el segundo, que le contemplaba para que le continuase en su empleo algunos años después de acabada la comisión, la cual estaba para expirar, porque había ya cuatro años que gobernaba el reino de Méjico, cuyo virreinato no dura más que cinco años, bien que algunas veces se prorroga hasta diez.

Cuando yo vi amenazadas de una muerte cercana las tres víctimas de la avaricia del duque y del virrey, tuve lástima de ellas, y así le dije a S. E.:

—Señor, antes de derramar la sangre de estos indios, valgámonos de la maña, ya que el tormento ha sido inútil. Yo conozco un religioso que es muy elocuente y habla perfectamente la lengua indiana. Creo que si viese a los presos y conver-

sase con ellos muchas veces llegaría a conseguir que le revelasen lo que callan con tanta tenacidad.

—Apruebo el pensamiento—respondió el conde—, y así, nada os debe estorbar el ponerlo en práctica. Id desde ahora a buscar a ese religioso y traédmele aquí; si sale bien de la empresa, que cuente con que le haré dar un obispado.

Tomé al instante el coche y fui al convento del religioso, diciendo entre mí: «¡Voto a tantos! Si mi amigo Carambola pudiese llegar a ser obispo, sería esto una cosa muy graciosa.»

—¿Qué os trae aquí?—exclamó Fr. Cirilo luego que me vió—. ¿En qué puedo servirlos?

—Más bien se trata de servirlos a vos—le respondi—, pues se trata de una mitra que os quieren plantar en la cabeza.

—Hacedme el favor de explicaros—me dijo—, porque no os entiendo. Yo no creo que soy de la masa de que hacen los obispos, aunque todos los días elevan a esa dignidad a individuos de nuestra Orden.

Enteréle del motivo de mi visita y de la condición con que prometían hacerle príncipe de la Iglesia.

—¡Oh! Todavía no tengo la mitra—replicó él meneando la cabeza—. Lo que esperan de mí no es fácil de hacer.

—Vos os burláis, señor Carneades—le dije yo riendo—. Vos que poseéis el feliz talento de persuadir; vos, que habláis tan bien la lengua *Proconchi*, ¿teméis el no poder mover a los tres presos a que correspondan a las intenciones de la corte para librar su vida?

—Sí—respondió Fr. Cirilo—; temo que no lo he de lograr. Vos no conocéis a los indios. Hay algunos tan firmes en las resoluciones que toman, que los más crueles suplicios no son capaces de amedrentarlos. Si éstos se han convenido entre ellos en morir antes que descubrir lo que quieren ocultar, es en vano lisonjearse de que se les precisará a ello. Sin embargo—añadió—, haré enhorabuena la experiencia por contentar al virrey, pero dudo muchísimo que su excelencia quede satisfecho de las resultas.

Conduje a palacio al religioso y se lo presenté a S. E., el cual le dijo:

—Padre, ya sabéis el asunto de que se trata. Don Querubín debe haberos enterado de él; y como me ha alabado en gran manera vuestra persuasiva, tengo pleno motivo para lisonjearme de que moveréis a los tres indios a romper un silencio que se obstinan en guardar, y que les será funesto si no se rinden a vuestras amonestaciones. Pasad a verlos, os pido; habladles

en su propia lengua, y haced de modo, si es posible, que obedezcan las órdenes del rey señalando los parajes del río donde haya oro. Hacedles presente que sin esta manifestación es cierta su muerte; pero que si declaran de buena voluntad se lo estimaré y les haré grandes beneficios. Por lo que a vos toca, padre—prosiguió—, estad seguro que si lo conseguís la corte reconocerá este servicio.

—Señor—respondió Fr. Cirilo—, yo estoy pronto a coadyuvar el celo de vuestra excelencia por el servicio del rey, y nada omitiré por complacerle; pero ya se lo he dicho a don Querubín: no sé si mis exhortaciones tendrán el éxito favorable que vuestra excelencia se promete.

Al mismo tiempo, para mostrar nuestro religioso que no quería otra cosa que contribuir al cumplimiento de los deseos del conde, hizo que le llevasen a la cárcel en que estaban presos los tres indios, y se mantuvo cuatro horas con ellos. Su excelencia y yo pronosticábamos favorablemente de una conferencia tan larga, y no podíamos imaginarnos que los indios fuesen tan insensatos que quisiesen preferir la muerte a la vida.

Sin embargo, nos engañábamos, pues el académico de Petapa volvió a nosotros con semblante triste, diciéndonos:

—Estos malvados no son capaces de hacerse cargo de la razón en la desesperación de que están poseídos. Yo les he exhortado inútilmente a que se conformen a la voluntad de la corte; pero mis razones no han hecho otro efecto que irritar su furor. Se mantienen firmes en decir que no saben si hay oro en ese río donde se han empeñado en asegurar que se encuentra; y a ello añaden que aun cuando lo supiesen, no lo confesarían, por castigar la codicia de la corte y del virrey.

—Pues bien—dijo entonces S. E. indignado de la constancia de los presos—, morirán, ya que quieren apropiarse riquezas que corresponden al rey.

Después de haber el conde dicho esto, dió un decreto de muerte contra ellos en conformidad de la orden sanguinaria de la corte, sin que lo contradijesen los jueces de la cancillería, aunque estos magistrados tengan facultad de oponerse a los procederes injustos de los virreyes, lo que se debe sin duda atribuir al temor que tenían de desagradar al ministro, cuyo espíritu vengativo conocían.

Levantaron, pues, en la plaza del Mercado un cadalso, al cual hicieron subir primero al hermano mayor de los tres. Acompañábale Fr. Cirilo, que iba exhortándole en *Proconchi* a que contentase al virrey, y por otro lado el verdugo llevaba en

la mano un ancho alfanje, haciendo relucir con estudio la hoja, a fin de que la viesen los desdichados para cuyo suplicio había de servir; pero aquel indio, mirando con semblante intrépido todo el aparato de éste, y más cansado que movido de exhortación del religioso, se dió prisa a presentar la garganta al verdugo, que le hirió con el golpe mortal.

Trajeron inmediatamente al hermano segundo, a quien el religioso quería persuadir que no debía imitar el ejemplo de su hermano mayor.

—Palabras en balde—le dijo el indio, que hablaba un poco el castellano—. Amigo mío—prosiguió, hablando con el verdugo—, haz pronto tu obligación; consume la obra bárbara e injusta de tus superiores.

En esto reclinó la cabeza sobre el tajo y el verdugo se la cortó. Quedaba solo por ajusticiar el más pequeño de los tres hermanos. No bien hubo éste presentádose en el tablado, cuando se oyó entre los concurrentes, que eran en muy crecido número, un rumor nacido de la compasión que a todos les causaba el verle. Es constante que no se le podía mirar sin lamentarse de su desgracia. Era un mozo de veinte años a lo más, de bella estatura y buena fisonomía. Las damas, como naturalmente son piadosas, se lastimaban de ver su juventud, y deseaban no imitase a sus hermanos. Todos los circunstantes rogaban por él al cielo. Yo por mí esperaba, y S. E. se prometía también que aquel joven se horrorizaría cuando viese levantado el acero sobre su garganta y los cadáveres de sus hermanos tendidos en el caldoso. El mismo Fr. Cirilo, a pesar del conocimiento que tenía de la tenacidad de los indios, no perdía las esperanzas de sacar a éste de entre las garras de la muerte; y así, aumentando sus esfuerzos, apuró los pasajes más elocuentes de su colección académica; pero no salió con su empresa, pues habiendo el mancebo indio visto en tierra separadas de los cuerpos las cabezas de sus hermanos, las agarró con furia, y besándolas con ansia una después de otra, exclamó en su lengua:

—Esperad, amados hermanos míos; esperad, que voy a seguirlos. No me asusta la muerte; antes, me será deliciosa, pues va a reunirme con vosotros.

Juzgando el religioso por estas palabras que aquel frenético apetecía la muerte, cesó de exhortarle a vivir y le abandonó al verdugo, quien le separó la cabeza de los hombros.

Oyóse inmediatamente en la plaza del Mercado un grito general de horror; todo el pueblo prorrumpió en un murmullo confuso, y lastimado de aquellos tres indios, acusaba de injus-

tos a sus jueces. Es cierto que aquel suceso hizo poco honor al virrey y al primer ministro; pero creo que estos dos señores no sintieron tanto el haber hecho quitar injustamente la vida a aquellos tres caballeros como el haber cometido una acción tan mala sin sacar fruto alguno de ella. A don Juan de Salcedo y a mí nos causó una verdadera pesadumbre, e igualmente al P. Fr. Cirilo, que se volvió triste y cabizbajo a su convento al ver que había empleado en vano su retórica.





CAPITULO III

Por qué accidente hizo Tostón una fortuna rápida, y de la loable determinación que tomó en breve después. Don Alejo no siente ver marchar a su criolla, mujer de Tostón.



El siguiente día de este trágico acontecimiento sucedió otro muy divertido en Palacio. Habiendo conocido Blandina que don Alejo había abusado de la inclinación que le había tenido, declaró en confianza a Tostón el estado en que se hallaba, y este criado fué a decírselo al instante a la virreina.

Esta señora se admiró tanto de oírlo como si no hubiese debido prever semejante lance.

—¡Ay, amigo!—le dijo—. ¿Qué vienes a decirme? Esa noticia me atraviesa el corazón. Yo nunca hubiera creído capaz a Blandina de caer en igual deslíz.

—Señora—la respondió Tostón—, bien sabe vuestra excelencia que un tierno afecto va más lejos de lo que se piensa. Cuando una mujer amada se muestra fina con quien la está ciegamente apasionado, entonces el juicio y la virtud pierden fácilmente su mando sobre ellos.

—¡Ay, frágil Blandina!—continuó la condesa—. ¿Qué es lo que has hecho? ¿Por qué dejaste tomar a mi hijo unas libertades que sólo le son lícitas a un esposo? Pero, ¿para qué es reprenderte, si mi imprudencia es la única causa a que se debe imputar tu desgracia? ¡Ay de mí! Yo soy la que te he perdido, exponiéndote a un riesgo en que ha quedado vencido tu recato.

Después de toda esta retaila de demostraciones de sentimiento, prosiguió, mudando de tono:

—No habría consuelo para mí si el mal careciese de remedio; pero, por fortuna, lo tiene; es constante que se halla un medio seguro de salvar la honra de Blandina. No hay más que

casarla, sin perder tiempo, con algún hombre honrado; contigo, por ejemplo; tú me pareces acomodado para ella.

—Señora—la replicó Tostón—, muchas gracias por la preferencia.

—Tienes razón de dárme las—exclamó la virreina—. Sabe, amigo, que no harás mal negocio en unirme con Blandina. Además de ser esta criolla muy bonita y de que la daré un gran dote, te ofrezco un famoso empleo y, lo que no se debe contar por nada, mi protección.

—Hablando sencillamente, señora—dijo Tostón con mucha prontitud—; vuestra excelencia me llena de favores; era preciso que yo fuese enemigo de mi fortuna para rehusar una proporción semejante. Delo vuestra excelencia por hecho; estoy enteramente dispuesto a conservar la honra de Blandina a costa de la mía.

Gozosa la virreina de oír pensar así a aquel mozo, se dió prisa a casarle con su criolla, cuya estimación por medio de este matrimonio no padeció nada, porque a nadie le causó novedad el ver que un ayuda de cámara de don Alejo se casase con una criada de la condesa. Lo que hubo de bueno para el novio en aquella acelerada boda fué que percibió mil doblones que la virreina le mandó entregar. Añádase a esto tres mil escudos que yo le di en recompensa de los servicios que me había hecho.

Después de verse tan bien provisto de dinero, le entró el deseo de volverse a su tierra y llevar consigo a su mujer, de quien estaba enamorado mucho tiempo hacía y más querido que don Alejo; de manera que podía lisonjearse tanto como este señorito de ser el verdadero padre del niño que había de nacer de Blandina. Comunicóme su pensamiento, diciéndome:

—Señor, aunque Méjico es quizá la mejor morada que hay sobre la tierra habitable, he determinado dejarla por volver a ver a mi patria y a mis padres. Mi padre, que como sabéis es maestro de niños en Alcaraz, vive todavía, y también mi madre, a no ser que después de mi ausencia no me los haya llevado la muerte a los dos. No siendo ricos, os haréis cargo de que les será muy gustosa la vuelta de un hijo que ha hecho fortuna y es generoso. Además del contento que me causará—prosiguió— el aliviar en algo su pobreza, conozco que lo tendré igual en llevar noticias de vos al señor don Manuel de Pedrilla, vuestro cuñado y amigo, que debe de estar con una ansia mortal de saberlas.

—No hay que dudar de ello—le dije—, porque es tanto lo

que me quiere don Manuel, que no puedo menos de tenerle con cuidado, y, por mi parte, sería indigno de su amistad si tardase más en informarle de la feliz situación en que me hallo. Por eso mi ánimo es darle parte de ella lo más pronto que pueda, escribiéndole una carta y refiriéndole menudamente todo.

—No hay necesidad de eso, señor—replicó Tostón—; que el informe queda a mi cargo. Yo le enteraré mejor de palabra que pudierais vos hacerlo por escrito de todo cuanto os ha sucedido desde vuestra partida de Alcaraz. Fuera de eso, yo estoy en estado de responderle a cuantas preguntas quiera hacerme. que bien conocéis no tendrán cuento.

—Es constante—le dije—que una relación de tu parte es más de apreciar que el más prolijo escrito; pero temo una cosa, y es que don Alejo no consentirá que se marche Blandina.

—Perded cuidado—dijo Tostón—; el amor de este señor se ha entibiado mucho. Empieza a desasirse de su criolla, y, siguiendo los pasos de padre, se va encaprichando a ojos vistas, a pesar de lo que hemos trabajado la virreina y yo para estorbárselo, de una india locuela con quien un paje suyo le ha hecho hacer conocimiento. Yo me alegro en el alma de que haya dado en ser inconstante, porque Blandina me tiene más cariño que no a él; y así dejará gustosa a Méjico por ir conmigo a mi tierra, donde viviremos con comodidad y criaremos honradamente los hijuelos que nos promete su fecundidad.

Así sucedió, pues muy ajeno don Alejo de impedir a su criolla que se marchase, la recibió muy sereno cuando fué a despedirse de él; pero a falta del sentimiento que era natural tuviese de ver ir a una persona que había comido el pan de su casa y tanta inclinación le había tenido, la regaló algunas pedrerías.

Habiéndose encargado Tostón de las cartas que le di para don Manuel y mi hermana, se puso en camino con Blandina con los arrieros para Veracruz.





CAPITULO IV

De la confianza que hizo don Juan de Salcedo a su yerno de un proyecto formado por el virrey. Qué proyecto era éste y cómo se ejeculó. El arzobispo de Méjico abraza la defensa del pueblo y excomulga al virrey. Atentado violento cometido por éste para hacerle conducir a Veracruz.

POR poco envidioso y celoso que hubiera sido mi suegro, no podría menos de desagradarle el ver lo solícito que andaban los caballeros por granjearse mi amistad más bien que no la suya; pero digamos que era un buen hombre que se complacía en que me estimase y honrase todo el mundo. Puede suceder también que atribuyendo allá en su interior el respeto que me mostraba al que le tenían a él, su vanidad no perdía nada en su cuenta. Como quiera que sea, lo cierto es que me quería tanto como si fuese yo su hijo. No guardaba secreto conmigo, y a veces me confiaba asuntos de muchísima importancia. Referiré en prueba uno de ellos.

—El conde de Velges—me dijo un día—empieza a perder las esperanzas de que le prorroguen en el gobierno. Un cortesano amigo suyo, bien enterado de los pasos que dan muchos señores en la corte por lograr el virreinato de Méjico, le escribe que el duque de Vallores parece tiene deseo de que recaiga la elección en el marqués de Cervoral. Otro que no fuese tan avaro como lo es nuestro virrey—prosiguió—, se consolaría y volvería contento a Madrid con la pesca que ha cogido; pero no puede contenerse y quiere sacar una buena redada. Es de opinión que con encarecer la sal ganará sumas inmensas, y a fin de que el odio público que causará precisamente semejante monopolio no se dirija contra él, tiene a mano un hombre nacido para ejecutar empresas de esta clase. Llámase éste don Pedro Mejío, uno de los caballeros más ricos de Méjico y quizá de los hombres

más audaces. Queriendo yo bien a su excelencia—prosiguió don Juan—, y estimando tanto su gloria y reputación, no he aplaudido su pensamiento cuando me lo ha comunicado. Le he contradicho como amigo sincero y como criado celoso; pero aunque el conde regularmente escucha y sigue mis consejos, os diré que hay ocasiones en que, a ejemplo de la presente, no quiere que se le opongan, de tal manera que está resuelto a hacer poner por obra su designio, suceda lo que quiera.

Así se explicó mi suegro, y en seguida me preguntó qué decía yo de semejante proyecto. Yo le respondí que me horrorizaba y que podía tener resultas muy pesadas, así para S. E. como para nosotros.

—Eso es lo que temo—replicó—, y me aflige mucho el no poderlas precaver.

Nosotros, pues, Salcedo y yo, desaprobamos aquella empresa y sentíamos infinito ver que se daban disposiciones para ejecutarla. Voy a explicar por menor de qué modo los proyectistas empezaron esta obra de iniquidad. El lector verá, por lo que sucedió, verificado el proverbio *La codicia rompe el saco*.

Don Pedro Mejío, según el convenio que había hecho con el conde, compró toda cuanta sal pudo encontrar en el país y llenó los almacenes que a este fin había alquilado. Por este medio la sal fué escaseando y encareciendo de día en día. Entonces, vendiendo don Pedro la suya, aumentó poco a poco su precio, de suerte que los pobres empezaron a quejarse y los ricos a murmurar, tanto más cuanto sabían bien unos y otros lo que debían pensar de aquella carestía. No quedó esto en quejas y murmuraciones, sino que hicieron recurso en nombre del pueblo en general a los jueces de la Audiencia, pidiendo se restituyese la sal a su precio ordinario; pero el virrey, que como presidente se hallaba allí, expuso a aquellos señores oidores, de quienes la mayor parte no se atrevía a contradecirle, que aquel sobreprecio no duraría mucho tiempo, y que era menester tener paciencia; de modo que no teniendo nadie espíritu para resistir a su codicia, dejaron a Mejío que continuase robando, sin que ninguno se lo estorbase.

Finalmente, cansado el pueblo de ver que no cesaba aquel monopolio, acudió con un memorial a implorar el auxilio del arzobispo, haciendo presente a S. I. que debía interponer su autoridad pastoral para libertar a sus ovejas de la tiranía de don Pedro. Compadecido de su miseria aquel pastor, determinó usar de las censuras de la Iglesia contra Mejío, mandando fijarlas a las puertas de todas las iglesias; pero éste, luego que

lo supo, se burló del arzobispo, y para manifestarle el poco caso que hacía de su excomunión, siguió vendiendo la sal, y aun la puso más cara.

Irritado el arzobispo de semejante osadía, publicó un entredicho, con el cual, cesando la celebración de los oficios divinos en los templos, cuyas puertas se cierran en aquel caso, el pueblo quedó consternado y deseoso de ver removida la causa que había dado lugar a una demostración tan tremenda y pesadosa.

Conociendo bien don Pedro que el pueblo, viéndose así, le aborrecería, y notando que empezaban a insultarle en la calle, perdió parte de su firmeza, y se retiró al palacio del virrey para suplicar a S. E. que le protegiese, pues en la realidad no había hecho sino lo que le había mandado. En vista de ello, el conde dispuso que la mayor parte de sus criados fuesen a arrancar de las puertas de las iglesias los edictos de excomunión y entredicho. Envió luego a decir a los superiores de los conventos que les mandaba abriesen sus iglesias e hiciesen celebrar misa pena de desobediencia; pero éstos respondieron que en aquella ocasión les parecía debían antes obedecer a su pastor que no a S. E. Vista por él aquella repugnancia, me llamó y me dijo:

—Don Querubín, id inmediatamente a decir de mi parte al arzobispo que yo le mando revoque sus censuras.

Fuí con diligencia al palacio arzobispal, y expuse el asunto de mi comisión al prelado, quien me dijo que no podía condescender con la petición del conde sin que Mejío, que era el perturbador de la tranquilidad pública, se humillase antes a la Iglesia y satisficiera a los sacerdotes los perjuicios que les había causado. Hice presente a S. I. irritada se hiciese cargo que era desobedecer al rey el negarse a obedecer las órdenes de su ministro, pero me respondió con enfado:

—Callad, amigo; yo no necesito de vuestras advertencias; sé lo que debo a un virrey que usa tan mal de su autoridad y que merecería ser tratado como don Pedro.

No juzgué conveniente replicarle, por más ganas que tenía de ello, y así bajé mis orejas y me retiré.

El virrey, que era también de genio vivo, montó en cólera al oírme referir la respuesta de S. I., y dejándose arrebatado del primer movimiento mandó llamar al capitán de su guardia, a quien dijo:

—Tirol, os doy orden de ir a prender la persona del arzobispo, esté donde estuviere, sin que os detenga el respeto a la in-

munidad de las iglesias. Llevaréis después a ese cura a Veracruz y le pondréis custodiado en el castillo hasta que haya ocasión de embarcarlo para España.

En tanto que Tirol juntaba sus gentes para ir a ejecutar el mandato de S. E., tuvo aviso el arzobispo de lo que pasaba, e inmediatamente se salió de la ciudad y refugió en el arrabal de Guadalupe, acompañado de muchos eclesiásticos. Allí extendió él mismo una paulina contra el virrey, encargando a un sacerdote familiar suyo la hiciese fijar en la puerta de la catedral. Después, con la noticia que le dieron de que le perseguían, se puso en salvo, retirándose a una iglesia, donde hizo encender luces en el altar mayor y se revisió de sus ornamentos pontificales, persuadido sin la menor duda a que viéndole así ninguno se atrevería a poner en él la mano. Sin embargo, en breve salió de su engaño, pues Tirol, a la frente de sus gentes, entró en la iglesia, y acercándose respetuosamente al prelado, le suplicó oyese la lectura de una orden del rey que le traía, y la obedeciese sin resistencia por evitar el escándalo. El arzobispo que tal oyó, empezó a clamar que violaban la inmunidad de la Iglesia, y dijo a los sacerdotes que estaban presentes fuesen testigos de la violencia que se le hacía. No obstante, después de haber declamado bastante contra el virrey, se desnudó de sus vestiduras y se dió dócilmente a Tirol, quien le condujo inmediatamente a Veracruz.





CAPITULO V

De las tristes y fatales consecuencias que tuvo la prisión del arzobispo. El virrey se ve obligado a retirarse al convento de los PP. Franciscos. Don Querubin, su mujer y su suegro se refugian en él también. Vase de Méjico don Querubin.

DON Juan y yo sentimos aquel lance, porque preveíamos bien que tendría funestas resultas. Habíamos puesto espías, las cuales nos daban razón puntual de cuanto se hablaba en la ciudad, y por sus relaciones veníamos a conocer que sus vecinos no aprobaban el modo con que había procedido el conde, y que asimismo le echaban la culpa.

Pronto supimos que había quien infundía en el populacho ideas de sedición y excitaba a los criollos, a los indios y a los mulatos a que principiasen el alboroto. Fué creciendo insensiblemente en tales términos el número de los descontentos, que parecía que toda la ciudad había tomado partido contra el virrey. Sus criados no podían dejarse ver en público sin exponerse a ser insultados. El mismo Salcedo y yo fuimos también el objeto del enojo del pueblo, el cual se imaginaba sin duda que habíamos sido cómplices en el monopolio de la sal. Finalmente, todo anunciaba la próxima revolución que el regreso de Tirol a Méjico hizo empezar. Viéndole uno pasar a caballo por la plaza del Mercado, levantó el primer grito, diciendo:

—Mirad al que ha osado poner sus manos impías en el ministro del Señor.

A esta voz se conmueve el populacho, se junta y persigue a pedradas hasta el palacio del virrey a Tirol, quien, temiendo una sublevación general, hace cerrar las puertas. Esta precaución no fué inútil, porque el asunto tomó un aspecto serio. En menos de un cuarto de hora habían ya acudido a la plaza más de seis mil personas de todos estados, que llenando de oprobios

a Tirol se pusieron a gritar a cual más podía que era necesario acabar con él.

Hasta entonces los amotinados no habían hecho sino meter ruido, y creyendo el virrey que para aquietarlos bastaba enviarles a rogar de su parte que se retirasen a sus casas y asegurarles que Tirol había huído del palacio por una puerta falsa, me dió a mí este encargo, del cual hubiera yo cedido gustoso el honor a otro, bien que con todo lo desempeñé con bastante valor para un hombre que se exponía a que le apedreasen, lo que estuvo por sucederme, porque habiendo salido a una ventana a hablar a los sublevados, empezaron a tirarme muchas piedras, de las cuales, por fortuna, ninguna me tocó. Como allí no había que ganar más que golpes queriendo reducir a la razón a aquellos furiosos, me retiré prudentemente, y de ese modo me libré de padecer igual suerte que el emperador Moctezuma (1).

El asunto no paró aquí, pues irritado más el furor de los mal contentos con las instigaciones de ciertas personas, los que llevaban escopetas empezaron a tirar a las ventanas y hacer silbar las balas por el palacio, mientras otros con palancas intentaban derribar la pared para entrar dentro. En el discurso de cinco o seis horas que duró el motín, un paje y dos guardias del conde que salieron con carabinas a las ventanas para oponerse a los que tiraban desde la calle tuvieron la desgracia de perder la vida, después de haber por su parte quitádosela a algunos sediciosos. Hubiéramos hecho una gran carnicería con haber tenido algunos cañones de artillería; pero no los había ni en el palacio ni en la ciudad, porque los españoles no temen vayan a acometerlos las naciones extranjeras.

A falta de artillería, mandó el conde de Velges enarbolar en el balcón el estandarte real y tocar la trompeta para apellidar a los moradores al socorro de su rey, cuya persona representaba. Esto fué también inútil, pues ningún amigo suyo ni dependiente de la Audiencia acudió en su defensa. Entretanto la noche se iba acercando, y los descontentos la esperaban con impaciencia para aumentar el desorden. Como habían observado que la puerta de la cárcel era fácil de quebrantar, la echaron

(1) Habiendo Moctezuma, preso en su palacio por Hernán Cortés, salido a un balcón a arengar a sus vasallos, que tenían sitiado el palacio, a fin de libertarle, fué desgraciadamente muerto de una pedrada, en vez de Cortés, que estaba a su lado, y a quien los mejicanos querían apedrear.

con efecto abajo, o por mejor decir, el carcelero se la abrió. Pusieron en libertad a los presos, los cuales, arrimándose a ellos, les ayudaron a pegar fuego a la cárcel y a quemar parte del palacio. Entonces los vecinos principales, temiendo que la ciudad fuese reducida a cenizas, salieron de sus casas, y por su propio interés apaciguaron al populacho. Hiciéronle apagar el fuego, sin lo cual Méjico hubiera experimentado la suerte de la ciudad de Troya.

Pero aunque tuvieron bastante autoridad para estorbar que la canalla abrasase el palacio del virrey, no alcanzó su poder a preservar del pillaje todos los efectos de aquel señor. Cargaron con parte de sus muebles, y él mismo, para poner en cobro su persona, se vió obligado a refugiarse con su esposa e hijo en el convento de los PP. Franciscos, que eran los únicos frailes que no fuesen enemigos suyos. Aquellos religiosos le dieron un alojamiento bastante cómodo. Era la celda del padre provincial de la Orden, ausente a la sazón de Méjico, la cual se componía de muchas piezas muy reducidas y muy sencillamente muebles.

Salcedo, Blanca y yo fuimos por la noche a buscar al conde. Sus principales sirvientes y los míos fueron también, y, en fin, nos hallamos todos medianamente alojados en la hospedería de los frailes. Al amanecer del día siguiente, S. E. nos hizo llamar a mi suegro y a mí para resolver entre los tres lo que convenía practicar en tan triste coyuntura.

—No hay otro partido que tomar—dijo don Juan—que el despachar prontamente a un sujeto capaz y de confianza que informe al duque de Vailores de esta revolución, y creo que no se puede echar mano de ninguno más a propósito para desempeñar esta comisión que de don Querubín.

—De este mismo parecer soy yo, Salcedo—dijo el conde—; es preciso que don Querubín marche sin perder tiempo a Madrid. No sobra ninguna brevedad en el asunto.

El virrey gastó todo aquel día en escribir pliegos a la corte y en darme instrucciones, y al siguiente tomé el camino de Veracruz con un ayuda de cámara y un lacayo. Dejé, pues, a su excelencia, a mi señora la condesa, a don Juan y a mi mujer en la hospedería de los Franciscos de Méjico, y haciendo toda la diligencia posible, llegué a Veracruz, donde supe que el arzobispo había partido dos días antes a España. Como siempre hay en el puerto de aquella ciudad un navío pronto para el servicio del virrey, me embarqué en él y tomé el rumbo de Cádiz, adonde arribé después de una corta y feliz navegación.



CAPITULO VI

Habiendo llegado a Madrid don Querubin, va a ver al duque de Vailores, y le hace relación puntual del levantamiento de Méjico. Efecto que causó en este ministro el oír aquella novedad y providencias que en consecuencia se tomaron en el consejo de S. M. El virrey vuelve triunfante a su palacio. Su desgracia. Se restituye a Madrid, acompañado de don Querubin y de la familia de éste.

HUBE apenas puesto el pie en tierra en Cádiz, cuando atravesando aceleradamente la Andalucía y Castilla la Nueva, llegué en breve a Madrid. Mi primera diligencia fué ir volando a casa del primer ministro, quien me hizo entrar así que le hice noticiar mi llegada. Puse en sus manos los despachos de que venía encargado. Leyólos con toda la atención que merecían, y viendo que el conde de Velges le decía que yo podría enterarle de todas las particularidades de la sedición, no dejó de pedirme una menuda relación de ellas. Yo le obedecí como hombre que iba bien enterado del suceso. Confesaré de buena fe que en mi narración no hice ningún favor al arzobispo, pintándole con los colores más feos, y concluí mi informe imputando a orgullo del prelado toda la culpa de aquel funesto acaecimiento.

El duque de Vailores leyó en consejo pleno el pliego del virrey, y a todos les pareció de muchísima consideración el asunto. Determinóse que era absolutamente necesario castigar a los más culpados de entre los revoltosos, para evitar con este escarmiento igual caso en adelante; y a este fin se dispuso enviar por comisionado a Méjico a don Martín Llocarri, presbítero e inquisidor, para que, haciendo las pesquisas necesarias, castigase severamente a algunos de los vecinos principales por no haber acudido al son de la trompeta a ponerse bajo del estandarte real. Resolvióse asimismo mudar los empleados de la

Audiencia que habían dejado al virrey en el peligro sin practicar la menor diligencia para librarle de él.

En cuanto al arzobispo, por más que solicitó en la corte, ninguno del consejo quiso emprender su defensa: tan digna de censura les pareció su conducta. Pasáronle asimismo del arzobispado de Méjico al obispado de Zamora, que valía cuatro mil ducados de renta. Esto en algún modo era pasar de obispo a sacristán; pero aún pareció que la corte mostraba bastante atención a la ilustre casa de aquel prelado.

El primer ministro, a quien la sedición de los mejicanos traía inquieto, no me detuvo mucho tiempo en Madrid, volviéndome a enviar prontamente con un pliego para el virrey. Restituíme a Méjico con don Martín, cuya llegada esparció terror por la ciudad. Los más de los ciudadanos, conociéndose reos, temían ser castigados. Todo el mundo juzgaba que la corte quería hacer un ejemplo, y cada uno temblaba por sí o por sus amigos; pero no les costó más que el miedo. Don Martín les alentó, manifestándoles de parte del rey que queriendo S. M. escuchar más su clemencia que su justicia, les concedía un perdón general.

Semejante declaración produjo un efecto maravilloso, porque el pueblo, que en todas partes se muda como el viento, exclamó movido de la benignidad del soberano: *¡Viva nuestro buen rey Felipe! ¡Viva el conde de Velges, su virrey!* Hubierais visto entonces a aquellos mismos sediciosos que habían querido asesinar a este caballero acudir de tropel a su alojamiento y pedirle a voces para acompañarle a su palacio con aclamaciones y demostraciones extremadas de gozo.

El virrey, que hasta entonces no había salido de su asilo, conociendo que podía sin riesgo parecer en público, se volvió a su casa, en donde lo que le suspendió con mucho gusto suyo fué el hallar sus bienes conforme los había dejado cuando huyó al convento, pues, por la mayor fortuna del mundo, los caballeros que habían podido calmar el furor del pueblo y hacerle que apagara el fuego movieron a los mismos amotinados a que guardasen las puertas del palacio, prohibiéndoles robar cosa alguna de miedo que no fuesen órdenes de la corte que les hiciesen arrepentir de ello. De esta suerte todo en el palacio recobró su primer estado.

Se me ha olvidado decir que a mi regreso de la corte, al dar cuenta de mi viaje al virrey, me hizo S. El. esta pregunta: —¿Cómo os ha recibido el duque de Vaillores? ¿En qué concepto os parece estoy con él?

—Me ha recibido—le respondí—con agrado; y según puedo

conjeturar, me ha parecido profesa grande estimación y amistad a vuestra excelencia, y aun diré que le he oído elogiar vuestra persona en términos...

—Tanto peor—interrumpió acelerado el virrey—; eso me da en qué sospechar, como también la carta que me habéis traído de su parte, la cual, por ser demasiado lisonjera, no puede menos de darme recelo. No sé qué me diga; pero preveo que quiere poner en mi lugar al marqués de Larvocer, y paréceme que no haga un pronóstico falso.

—Vuestra excelencia quizá se engaña—le dije—; antes bien, el duque piensa prorrogaros en el empleo.

—No me atrevería—respondió dando un suspiro que no pudo reprimir—, no me atrevería a lisonjearme de semejante esperanza, y lo que sí aguardo son órdenes de restituirme a Madrid.

Con efecto, tenía razón, pues al cabo de tres meses llegó un correo de la corte con un despacho para él de parte del ministro, en el que le hacía saber que deseando S. M. tenerle cerca de su persona, le había destinado para uno de los primeros empleos de su palacio, y que acababa de nombrar al marqués de Larvocer para sucederle en el virreinato de Nueva España. Perdiendo entonces el conde toda esperanza de continuar en su puesto, se conformó de buena voluntad, y no pensó en más que en volver a Madrid con todas sus riquezas y en disponer su viaje. Salcedo y yo nos dispusimos también para acompañarle con nuestros cortos efectos, que bien valían sus doscientos mil escudos. Inferid de aquí lo que podía traer S. E. Por último, partimos de Méjico, y puede decirse que aquel día mostramos a los americanos un espectáculo que dió campo bastante para murmurar. Los chuzones, viendo desfilar cerca de cien acémilas cargadas de fardos, se divirtieron algo a costa nuestra; pero nosotros a buena cuenta llegamos con su moneda a Veracruz.

En esta ciudad estuvimos esperando el arribo del nuevo virrey, para embarcarnos en el mismo navío que había de conducirle. Este señor no tardó mucho en parecer. Luego que desembarcó, se avocaron uno con otro el conde y él, y tuvieron durante dos días varias conferencias sobre el estado de los negocios de Nueva España, con lo cual se despidieron con más fingida que verdadera atención, marchándose el uno muy flaco a Méjico, y volviéndose el otro muy gordo a Madrid.



CAPITULO VII

Cómo fué recibido el conde en la corte. Su visita al primer ministro. El duque de Vailores le hace caballero mayor del rey. Rumbo que tomaron Salcedo y don Querubin. Llega el primero a ser director de la casa del conde, y secretario de éste el segundo.

HICIMONOS, pues, a la vela para Cádiz. Si en el viaje nos hubiera encontrado algún bajel grande de Argel o de Salé, como a veces sucede, habría encontrado un buen hallazgo; pero tuvimos la fortuna de empezar y acabar nuestra navegación sin ver ningún navío de mal agüero. Llegamos a Cádiz; no nos detuvimos allí sino el tiempo preciso para disponernos a tomar el camino de Madrid, el que hicimos a cortas jornadas. Fuimos a apearnos a casa del conde de Velges, en la plazuela de la Cebada, cerca de la iglesia de Nuestra Señora de Gracia. La casa, aunque no es la más hermosa de Madrid, es cómoda, y nos hallamos allí mejor alojados que lo habíamos estado en los Franciscos de Méjico.

Al día siguiente de nuestra llegada fué el conde a visitar al primer ministro, quien le recibió con distinción. Hizole entrar en su despacho, en donde abrazándole con semblante de mucho aprecio y afecto, le dijo:

—Vos creéis, sin duda, que yo he sido el que he colocado en vuestro empleo al marqués de Larvocer; pues estáis equivocado. El no haber seguido en vuestro virreinato no lo atribuyáis sino a vos; ningún otro tiene la culpa. Todo el consejo a una vez ha censurado tanto vuestro proceder como el del arzobispo, y habiéndose impuesto castigo a este prelado, se ha considerado por justo el castigaros a vos también, a fin de contentar a los mejicanos, que tienen clavado en el corazón el asunto de la sal. Yo no me he atrevido—continuó el duque—a abrazar vuestra defensa, porque, lejos de salir de ella con lucimiento,

hubiera irritado al consejo queriendo disculparos; pero una vez que no he podido manteneros en vuestro gobierno, he logrado a lo menos el beneplácito del rey para conferiros el empleo de caballero mayor, lo cual os debe servir de consuelo de la pérdida del virreinato, que habéis ejercido, no sin fruto, durante cinco años bien cumplidos.

El conde de Velges, no obstante lo desconfiado que era por naturaleza, creyó al ministro sobre su palabra, y discurriendo que no le tocaba otra cosa que darle gracias, le consagró una eterna inclinación, y vino a ser uno de sus más estrechos amigos.

El duque le condujo al cuarto del rey, a quien al presentarse lo le dijo:

—Aquí tenéis, señor, uno de vuestros más celosos servidores, y quien entre todos los virreyes de Vuestra Majestad ha sabido quizá mejor hacer respetar vuestra autoridad real en Indias. Viene a rendir gracias a Vuestra Majestad de haberle distinguido dándole el empleo de caballero mayor, con el cual está tanto más contento cuanto le procurará la dicha de ver todos los días a su amo.

El joven monarca recibió al conde con la mayor afabilidad; y siendo de sí muy curioso, le hizo muchas preguntas acerca de los mejicanos, y entre otras, la que voy a contar.

—Conde—le dijo el rey—, ¿es posible que entre las indias haya algunas tan graciosas que merezcan llevarse la atención de los naturales de Europa?

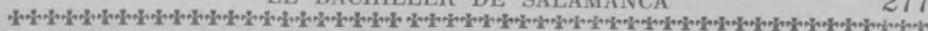
Púsose colorado nuestro virrey al oír semejante pregunta, creyendo que el soberano se la hacía con estudio, para afearle su afición a las negras.

—Señor—le respondió algo turbado—, hay de ellas que se pueden mirar sin horror; pero bien reflexionando, la más linda es un objeto desapacible a los ojos que están acostumbrados a ver la hermosura de las damas de Madrid.

Si la condesa de Velges hubiese oído entonces hablar de aquella manera a su esposo, creo que no hubiera salido por fiadora de su sinceridad.

Habiendo el conde tomado posesión del empleo de caballero mayor, recibió más familia, aunque ya tenía mucha; y nada omitió para hacer en la corte una figura correspondiente a su estado. Don Juan Salcedo y yo le suplicamos nos diese su licencia para poner casa aparte en Madrid, ya que, gracias a sus beneficios, teníamos bastante con que pasarlo honradamente; pero S. E. no admitió nuestra súplica, y antes bien nos dijo:

—Amigos, no nos separaremos; he contraído un hábito tan



gustoso de estar en vuestra compañía, que no puedo consentir en que ésta se deshaga. No me desamparéis; hacedme ambos a dos el favor de correr con mis negocios; os lo pido encarecidamente. Encargaos el uno de administrar mis rentas, y sea el otro mi secretario.

No fué posible resistirnos a ello, y así nos rendimos a sus instancias. Mi suegro quedó por administrador y yo por secretario. En verdad que estando yo tan rico como lo estaba, ninguna falta me hacía semejante empleo; pero lo admití por complacer a Salcedo, que, como era tan adicto a aquel señor, no podía negarle cosa alguna, y se alegraba al mismo tiempo de tener consigo a su hija y a su yerno.





CAPITULO VIII

Encuentra don Querubin a Tostón en Madrid. Conversación que tuvieron y lance fatal sucedido a Tostón. Don Querubin le hace un servicio importante.

ADEMÁS de la razón que he dicho, me obligó a seguir aquel partido el que Blanca había sabido obséquiar tan bien a la condesa, que llegó a ser su favorita. La virreina hubiera sentido amargamente el verse sin ella, y mi esposa, por su lado, agradecida en extremo a las atenciones que debía a esta señora, se las pagaba con el más fino y sincero afecto. Esta fué la causa principal de sacrificar yo al conde el gusto de volver a mi vida privada.

Como mi empleo no me daba mucho que hacer, pasaba el tiempo bastante divertido. Casi todas las mañanas iba a la hora de corte a Palacio a ver el concurso de señores que van a ella a rendir respetos al monarca, y por las tardes me bajaba al Prado de San Jerónimo, donde me entretenía en contemplar a las damas, entre las cuales algunas me parecía igualaban en hermosura a las de Méjico. Una tarde, al salir de casa para ir a aquel paseo, no fué poco lo suspenso que me quedé de encontrar en la calle a Tostón.

—¿Qué es eso?—le dije—. ¿Eres tú? ¿Qué haces en Madrid? Yo te hacía en Alcaraz.

—Amo de mi alma—me respondió—, bien sabéis que los proyectos que uno hace no siempre salen a medida de nuestro deseo. Yo había hecho ánimo de volverme a mi pueblo para pasar allí con Blandina los días que me quedaban de vida; pero el cielo no quiso darme este contento. Me hallé en Cádiz con otro Gabriel de Monchique, el cual me robó mi mujer sin poder yo estorbárselo.

—¿Es posible—exclamé—que te haya sucedido esa desgracia? Cuéntame, te ruego, de qué suerte te robaron a Blandina.

—Eso voy a hacer en pocas palabras—dijo Tostón—. Al desembarcar en Cádiz quise por mis pecados ir a alojar a la calle de San Francisco, al mesón del Pelicano. Hallábase en él también un capitán joven, inglés, cuyo navío estaba en ánco-ras. Luego que el bribón vió a mi mujer, se prendó de ella, y formando el designio de soplárnela, veréis cómo lo ejecutó. Se guardó bien de mostrarse apasionado, temiendo que yo llega-se a conocer su intención y me mudase a otra parte, lo que sin duda hubiera hecho sin perder tiempo. Fingió un aire tan com-puesto, que me causaba admiración. «Cómo es—decía yo entre mí—que un oficial de Marina de esta nación tenga un semblan-te tan atento y apacible?» El tal capitán, llamado Cope, me hizo mil agasajos, sin mostrar le causase la menor complacencia el ver a Blandina, y aun apenas mirándola. Yo caí en la trampa que me armó. Correspondí a sus atenciones y cenamos juntos la primera noche, con tanta familiaridad como si hubiésemos sido los mayores amigos del mundo. Durante la cena me pre-guntó de qué paraje era de España. «De la ciudad de Alcaraz—le respondí—, junto al reino de Murcia.» «Esta casualidad es feliz—replicó el capitán—; de aquí a dos días salgo de Cádiz para Alicante; si gustáis, os dejaré al paso en Vera, que creo no está lejos de vuestro pueblo.» Admití gustoso la oferta, creyen-do no podía hacer cosa mejor, y di gracias al cielo de haber encontrado una ocasión tan favorable de volver a ver en breve mi patria. Conduje, pues, al cabo de los dos días a Blandina a bordo del navío de Cope, quien nos recibió con tanta corte-sía, que yo me daba a mí mismo el parabién de haber hecho un conocimiento tan bueno. «Vamos—nos dijo, luego que estuvi-mos en alta mar—, comamos y bebamos bien. Yo llevo consigo un abundante repuesto de víveres y vinos exquisitos. Estemos siempre a la mesa, que ese es el modo para que no nos fastidie el viaje.» Vos, que ya conocéis mi flaco—prosiguió Tostón—, que es ser glotón, discurriréis que no le costó dificultad al ca-pitán el hacerme comer y beber, y ello fué que me embriagué como un alemán. Luego que me vió en aquella bella disposi-ción, dispuso que sus marineros me llevasen a tierra, lo que ejecutaron, dejándome en ella tendido cuan largo era. Dióme un sueño muy profundo, del que habiendo despertado al salir el sol, y no viendo navío alguno, tuve bastante lugar para re-flexionar sobre las cortesías del inglés; renegué de él con tan-ta mayor razón cuanto tenía en su poder, además de mi mujer, un cofre en que iba mi dinero, y por no quedarme más recur-so que algunos doblones que llevaba en el bolsillo; y aún fui so-

brado dichoso en que los marineros no me los robasen en recompensa del trabajo de haberme conducido a tierra y abandonándome a la Providencia. No sabiendo dónde me hallaba ni hacia qué parte encaminar mis pasos, seguí a ciegas una senda que me condujo a Alcira, junto a Gibraltar, y de allí seguí andando hasta llegar a la ciudad de Ronda. Descansé en ella dos o tres días, y luego, en lugar de volver a casa de mis padres, a quienes ya no me veía en estado de poder ser útil, marché en una mula de alquiler a Sevilla, con la determinación de ponerme de nuevo a servir si encontraba algún amo que me conviniere. No se me proporcionó ninguno, y discurriendo que en Madrid era adonde necesitaba ir a buscarle, me vine a esta villa, en la que he vuelto a ser lacayo, después de haber sido ayuda de cámara del hijo de un virrey.

—Lástima te tengo, amigo—le dije a Tostón, luego que acabó su historia—, y deploro aún más la desgracia de Blandina. ¡Qué espantoso lance para ella! Contemplo cuánta sería su pena cuando el fementido Cope descubrió su traición; quizá este pesar la habrá quitado la vida.

—No lo creáis, señor—me respondió—; Blandina no es mujer capaz de imitar a aquellas heroínas de quien nos cuentan las novelas que viéndose entre las garras de los corsarios, más querían morir que no rendirse a sus deseos. O yo conozco mal a la criolla, o a Cope le ha costado poco trabajo el persuadirla; y no creo, sea esto dicho entre nosotros, que haya necesitado para vencer su recato valerse de ningún medio extraordinario.

—¿Qué es lo que dices, hombre?—exclamé—. Conque, según esa cuenta, ¿Blandina es amiga de que la cortejen?

—Así es—replicó Tostón—; yo lo dudaba en Méjico, pero convertió mi duda en certeza en el viaje de Veracruz a Cádiz. Entre los pasajeros venía un caballero que la miraba con cuidado, y observé, y no una vez sola, que ella correspondía a sus gestos con miradas halagüeñas. Ahorrando las palabras, era una personita cuya guarda me hubiera dado bastante que hacer en Alcaraz, donde los caballeros son alegres y obsequiadores de las damas. En fin, me consuelo de haberla perdido; lo que únicamente quisiera es que Cope hubiera partido la diferencia por mitad, volviéndome mi cofre y quedándose con mi mujer.

—Me alegro mucho, querido Tostón—le dije—de que no te cause mayor pesadumbre el robo de tu esposa, y en la realidad no tienes motivo para afligirte, más si Blandina es como me pintas. En cuanto a tu cofre, cuya pérdida sientes con más razón, hablaré de ello a mi señora la condesa, y me atrevo a

prometerte que se dolerá de tus trabajos. Por lo que toca a mí, puedes contar con que yo no me negaré a contribuir a remediarte, de suerte que puedas ir a Alcaraz del modo que desees; y estoy también persuadido a que don Alejo no dejará de compadecerse de tu infortunio. Puede suceder asimismo que te vuelva a recibir de criado, aunque tal vez has tomado tanta ley al amo a quien sirves ahora que no querrás dejarle.

—Por eso no—exclamó riendo—; mi amo, que se llama don Tomás Trasco, es un original sin copia. Es un extravagante que ha dado en un género de locura del todo graciosa. Dice y cree realmente que tiene, como Sócrates, un genio familiar. El día que entré en su casa, me dijo: «Amigo, sabe que tengo un espíritu que se ha dado a mí por predilección, el cual me entera de cuanto quiero saber. Converso con él todas las mañanas y, te prevengo, que cuando nos oigas discurrir juntos, te retires, porque él gusta hablarme sin testigos.» Con efecto, estando don Tomás en su cuarto—prosiguió Tostón—, le oí que hablaba recio. Yo pensé que estaba con alguno. Pues no era así, y él solo era el que se hablaba y respondía a sí mismo, creyendo de veras conversar con un Genio.

Yo solté una carcajada de risa al oír esta pintura ridícula, y en seguida me despedí de Tostón, diciéndole fuese al siguiente día a casa a presentarse, lo que ejecutó, confiado en que le harían quedar en ella. Hizo desde luego entrar recado de estar allí a la condesa, quien no tuvo reparo en recibirle. Refirióla su desventura, de la que se mostró lastimada, aunque allá en su interior la hiciese poca impresión.

—Amigo—le dijo a Tostón—, haremos algo por ti; basta que hayas comido el pan de casa para que no te dejemos en la calle. Ve a ver a Alejo, que no dudo esté dispuesto a favorecerte.

Don Alejo, a quien ya tenía yo prevenido y movido a que le recibiese otra vez sobre el pie de antes, le manifestó mucho agrado.

—Seáis bien venido, señor Tostón—le dijo en tono burlón—; ¿cómo os va con el capitán Cope? Os ha pegado, me parece, un chasco harto pesado; pero tened paciencia, que podrá volveros vuestra mujer y vuestro dinero. Quizá no os ha jugado esa mala pasada sino de mentirillas y por ver cómo lo tomabais. Contadme el lance, que me gusta oír referir casos graciosos, pues os da el naípe para ello.

—¡Ay, señor!—le respondió Tostón—. ¿A qué fin es querer que cuente una historia que ya sabéis y cuya narración ha de renovar en mí el dolor?

—No importa—replicó don Alejo—; yo lo quiero absolutamente, porque me divertirá oyéndola de tu boca.

Tostón, por complacerle, hizo lo que deseaba, y entretuvo en extremo a aquel señorito, quien le cortó el hilo más de una vez para reír sin duelo, como si el suceso de que se trataba hubiese sido el más divertido del mundo.

Luego que don Alejo se cansó de regocijarse a costa de Tostón, recobró su seriedad, y le dijo:

—Anda, amigo, para consolarte del desastre que te ha sucedido, me servirás como antes de casarte. Vuelve a ser mi primer ayuda de cámara, y el archivo de mis secretos. En breve—añadió—te daré en qué ocuparte; tengo empezados unos amores, y para acabarlos, necesito de tus consejos.

Estas palabras causaron gran gozo en Tostón, quien desde aquel mismo día dejó a don Tomás y a su espíritu por ir a vivir en casa del conde de Velges.





CAPITULO IX

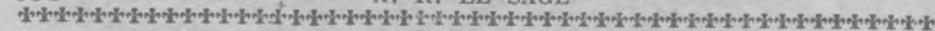
Por qué accidente encontró Tostón a su mujer, en la que ya no pensaba. Cuéntale ésta la aventura de su robo, y le hace ver su inocencia. Mutación que aquella relación hizo en su ánimo. Sus asuntos van mejor.

DUEGO que se levantó don Alejo, al día siguiente, de la cama, le dijo a Tostón:
—Sabe, Tostón, que he hecho conocimiento con una linda señorita. Andando una mañana paseándome solo por el prado, vi salir de un jardín una dama con manto, y cuyo garbo y majestad mostraban lo ilustre de su nacimiento. Dió unos cuantos pasos, y advirtiéndome que yo me acercaba a ella para verla mejor, tomó hacia el jardín con ánimo de volverse a meter dentro, y engañar mi curiosidad; pero sea que mis pasos acelerados no la dejaran lugar para ello, o sea que quisiera darme tiempo para alcanzarla, lo cierto es que yo me hallé antes que no ella a la puerta del jardín. «Señora—la dije saludándola con respeto—, era preciso que fuese yo muy poco cortés si encontrándome a una dama del todo hechicera, no la manifestase el placer que me causa el verla.» «Caballero—respondió la señora—, no sois escaso de requiebros; lejos de negaros a echar incienso a las damas que son dignas de él, tenéis bien traza de ofrecerlo a las que no lo merecen.» Respondíla sobre esto; ella replicó, y de esta suerte nos separamos al cabo de una conversación bastante larga.

—¿Y la habéis vuelto a ver desde entonces?—dijo Tostón.

—No—respondió el condesito—, aunque todas las mañanas voy al Prado. Si no ha salido al jardín después de aquel día es a la cuenta porque quiere experimentarme, pues, sin vanidad, creo que la he parecido bien.

—No hay que dudarle—replicó el criado—; un caballero tan gallardo como vos está cierto de agradar. ¿Cómo se llama?



—Todavía no lo sé—respondió don Alejo—, habiéndome prohibido informarme de su persona; y yo, de miedo de disgustarla, no me he atrevido a hacer ninguna diligencia por conocerla.

—¡Cuerpo de tal!—exclamó Tostón—. Vos sois un rígido observador de los preceptos de las damas; pero habéis de saber que ellas llevan a bien algunas veces que no las obedezcan. A fe, señor—prosiguió—, que os falta mucho para vuestra cuenta. Yo veo claramente que es preciso me mezcle en este asunto, pues sin eso no sacaría nada en limpio. Vamos ahora mismo al Prado, y me enseñaréis el jardín de donde visteis salir a vuestra reina; no os pido más.

Don Alejo le cogió la palabra, y le llevó hasta la puerta del jardín. Así que llegaron a ella, Tostón le dijo a su amo:

—Dejadme aquí solo y volvedos a casa, que en breve voy allá, y estad cierto de que os diré qué personas viven en ésta; y según veamos echaremos nuestras líneas.

Con esta seguridad se retiró don Juan, y su confidente se sentó al lado de la puerta del jardín aguardando a que saliese algún criado con quien tomar conversación.

Más había de una hora que estaba allí, cuando abren de repente la puerta, y se ofrece a su vista una mujer moza que conoció era Blandina, como en la realidad ella misma fué la que se le puso delante. Conocióla ella al punto, y fué corriendo a él tan anegada de gozo, que cayó desmayada entre sus brazos. La mala opinión que tenía entonces de la fidelidad de su esposa, le impidió acompañarla en el júbilo que le causaba el encontrarla. No dejó con todo de socorrerla, y luego que ella se recobró de la congoja, le dijo:

—¿Eres tú, querido esposo, eres tú a quien veo? ¡Tú, que creía estabas en el fondo del mar! ¡Tú, a quien contaba entre los muertos!

Al decir esto abrazaba a su marido con muestras de cariño, que, a tenerlas por sinceras, hubieran causado muchísima impresión en él; mas, en lugar de recibirlas con agrado, apartó de sí blandamente a su mujer, y con rostro serio la dijo:

—Déjate de zalamerías, Blandina. ¿A qué vienen todos esos impulsos de alegría, o más bien, todas esas falsas demostraciones de afecto? ¿Me vas acaso a referir alguna ingeniosa novela para persuadirme que Copé soltó tontamente su presa? No, no te lisonjees de que sea yo tan crédulo que te crea sobre tu palabra. Una de dos: o tú te rendiste a las solicitudes de este capitán, o cediste a su violencia.

—Tostón—respondió la criolla—, escúchame hasta el fin.

Yo puedo sin rubor parecer en tu presencia. Si mi hora se ha visto en un gran peligro, sabe que no ha quedado vencida. Voy a contarte fielmente lo ocurrido entre Cope y yo, por donde verás que, en vez de ofenderte, he llegado a rayar en la honestidad más alto que Lucrecia. Acuérdate—prosiguió—de aquella astuta cena que este inglés nos dió a bordo. Mientras tú estabas divirtiéndote en comer y beber con él, me retiré a un camarote que él decía haber hecho disponer para ti y para mí, y estuve durmiendo reposadamente hasta por la mañana. Cuando desperté y no te vi a mi lado me levanté en busca tuya; pero a aquella sazón entró Cope en mi cuarto aparentando un aire triste y diciéndome: «Señora, estoy sin mí, pues ha sucedido esta noche una desgracia, de que no hallo consuelo. El señor Tostón, vuestro esposo, habiendo ido, embriagado como estaba sobre la cubierta del navío a algún menester, se ha caído en el mar, y se ha ahogado. No puedo volver en mí de este funesto suceso.» Al oír yo tan fatal nueva alboroté a gritos el navío. Arranquéme los cabellos, y estaba como una endiablada. En este tiempo, el bueno de mi capitán, haciendo el papel de un hombre apesadumbrado, suspiraba y gemía tanto, que parecía que su angustia excedía a la mía. Tuvo durante dos días la paciencia de oírme lamentar, y de ver correr mis lágrimas sin atreverse a decirme cosa alguna para consolarme; antes al contrario, el traidor aumentaba mi pena con el sentimiento y disgusto que me manifestaba de haberte movido a embarcarte en su bastimento. Acusábase a sí propio de ser la causa de tu muerte, la que él no cesaba de reprenderse. Pero al tercer día ya no le pareció conveniente disimular, y representando otro personaje: «Hermosa Blandina—me dijo con semblante afable—, muy de sentir es sin duda el perder lo que se ama; con todo, por mucho motivo que haya para llorar su pérdida, vale más esforzarse para consolarse de ella que negarse a escuchar todo consuelo. Y bien mirado, ¿es en vuestra edad cuando la muerte de un marido debe causar tanto pesar? Siendo como sois moza y bien parecida, no os puede faltar esposo; yo tengo uno que proponeros, y ése soy yo; y así, si no miráis con repugnancia mi persona, os pido me prefiráis a otro. Dile gracias a Cope de la honra que quería hacerme, y deseché sin parar su propuesta. Además de no gustarme nada su figura, mi ánimo estaba en una disposición poco favorable para un amante. El inglés gastó cinco o seis días en manifestarme cortesamente su inclinación; pero discurriendo que para lograr su fin era aquel el camino más largo, trocó de repente su corte-sía por modales marinos; y confieso que necesité valerme enton-

ces de toda la fuerza que el cielo me prestó para contrarrestar su violencia. Quiso la fortuna que en vez de irritar con mi resistencia su frenesí, lo aplaqué, y en un instante se convirtió su amor en desprecio. Dejó de atormentarme, y mirándome con aire desdeñoso, me dijo: «Cierto que para ser una criada fingís bien el papel de cruel. No tengáis miedo, querida, que yo no quiero deber a mis esfuerzos una victoria de que no hago caso.» Al mismo tiempo mandó llevarme con mis efectos a tierra por dos marineros, previniéndoles me condujesen hasta el lugar inmediato y allí me dejaran. Los marineros no cumplieron como hombres de bien la orden de su capitán, pues aunque a la verdad me acompañaron hasta el pueblo y allí me desampararon, con todo, considerando que yo era una mujer a quien verosímilmente no volverían a ver más en toda su vida, me robaron el cofre en que iba nuestro dinero. Yo tenía, por fortuna, en un bolsillo unos treinta doblones, y llevaba puesta una sortija de un grueso diamante. Con semejantes auxilios se encuentra asistencia en todas partes donde hay gentes. El huésped y la huéspeda de la posada del lugar donde me hallaba sintieron mis trabajos. Así que les conté mi suceso tuvieron lástima de mí y me ofrecieron sus servicios, maldiciendo al capitán Cope y a sus marineros. Preguntéles qué paraje de España era aquél. «El lugar de Molina—me respondió el huésped—, en la costa de Granada, entre Marbella y Granada, a doce leguas de la ciudad de Antequera, a la que si gustáis os conduciré yo mismo.» «Me haréis favor en ello—le dije—, pues siendo mi ánimo volver a ponerme a servir a alguna persona de título, podré hallar allí algún acomodo.» «No pongáis duda en eso—replicó—, porque Antequera es una ciudad populosa en la que hay principalmente muchísima nobleza. Tengo allí muchísimos conocimientos—añadió—, y entre ellos una buena señora que en lo pasado estuvo de dueña en una casa en que yo servía: os llevaré a verla, y no tardará en encontraros una conveniencia.» Partí, pues, con mi huésped a Antequera, en donde así que llegamos pasó a ver a la dueña. Contóla mi desgracia, la que la enterneció de modo que le dijo: «Traedme a esa infeliz mujer, que yo la ofrezco alojar y mantenerla; abrazo sus intereses y la recibo debajo de mi protección.» Para suprimir las circunstancias superfluas, aquella señora me acomodó con doña Leonor de Pedrera, hija de un caballero de Antequera, con la que después de la muerte de éste he venido a Madrid a casa de doña Elena de Torralba, su tía, de quien es heredera única. No tengo más que decirte—

continué Blandina—. He acabado de darte cuenta de mi vida y creo debes estar contento con tu esposa.

—Lo estoy en extremo—exclamó Tostón—; y siendo las cosas así como acabas de referir, haría mal en no estarlo; pero también te confesaré, y perdona mi sinceridad, que no hubiera creído yo de ti tanta resistencia; y aquí que estamos solos, te digo que el miramiento que guardó contigo Cope me causa muchísima admiración; por eso, si tu relación es verdadera, no es del todo verosímil.

—No niego—replicó Blandina—que me escapé de una buena.

—Bien lo puedes decir—dijo el marido—. Mientras has estado contándome el caso, me ha dado un sudor frío que no se me ha quitado todavía. Además del riesgo en que estuviste con el capitán inglés, corriste también peligro con aquellos dos bribones de marineros que te llevaron a Molina, y tuviste la fortuna de que no te pillasen más que el dinero. Ahora bien, querida esposa, no hablemos más de eso. En fin; nos volvemos a ver, excepto en cuanto a nuestros bienes, en el mismo estado en que estábamos a nuestra salida de Cádiz. Loado sea el cielo. Lo que nos debe, hija, consolar es que vamos a hacer dentro de poco una nueva fortuna. El conde de Velges ha vuelto de Indias con inmenso caudal, y le han nombrado caballero mayor. Don Querubín de la Ronda, mi amo antiguo, es secretario suyo, y yo me hallo otra vez de ayuda de cámara de don Alejo. Conforme va creciendo en edad este señorito, le suministran más dinero para sus diversiones, y como yo soy el que gobierno su bolsillo, mi puesto irá mejorando cada día.

—¿Es todavía enamorado don Alejo?—preguntó Blandina.

—Cual nunca—respondió Tostón—; ahora se ha apasionado de una dama que días pasados vió salir de ese jardín, la que quizá es tu ama Leonor.

—La misma—replicó la criolla—, pues me ha dicho que una de estas mañanas un caballero se llegó a ella aquí en el prado y que había tenido una conversación bastante larga.

—¿Y qué efecto piensas que la ha causado ésta?—dijo Tostón.

—No ha sido malo—replicó la criada—, y puedo asegurarte que si tuviera otras con ella podría hacerse querer, y aun te diré que no sé si mi ama teme el volver a ver a ese caballero. No ha salido del jardín desde el día en que le hablé, de miedo quizá de encontrarse otra vez con él.

—¡Oh, qué buena noticia para mi amo!—exclamó Tostón—. Voy a dársela al momento. ¡Con qué alegría la recibirá! Hasta

otra vez, querida Blandina, esposa fiel mía; ya nos veremos; mantente con Leonor, por así lo pide el interés de don Alejo. Ayuda con tus buenos oficios los pasos que vamos a dar para agradarla.

En seguida de esto los dos esposos se separaron, protestando uno y otro que perdonaban a la fortuna la pieza que les había jugado en recompensa del contento que les daba en volverlos a juntar.





CAPITULO X

Prosigue el capítulo anterior. Blandina presenta su marido a sus amas; de qué hablaron, y de lo que determinaron hacer Tostón y su mujer en favor del condesito.



TOSTÓN, antes de que fuese a participar la noticia a don Alejo, pasó a contarme cómo había encontrado a Blandina, y después de relatarme menudamente su conversación con ella:

—Y bien, señor—me dijo—, ¿qué pensáis de todo eso? ¿Creéis que cuanto me ha dicho del capitán Cope sea cierto? Yo por mí, si he de decir lo que siento, no creo palabra.

—Es verdad—le respondí—, que sin que le tengan a uno por incrédulo, se puede dudar en ello; mas con todo, el más acertado partido que un marido puede tomar en semejante caso es imaginarse que su mujer le ha dicho la verdad, y este dictamen abrazaría yo si me hallase en tu pellejo. Pero, amigo—proseguí—, tú no has mentado en tu relación a la criatura que Blandina daría a luz después de tu salida de Méjico.

—Tenéis cierta razón; ahora me hacéis recordar—replicó Tostón—; a mi mujer se la olvidó decírmelo y a mí preguntárselo. Cuando vuelva a verla no dejaré de informarme acerca de la tal criatura, aunque es verdad que la naturaleza me inspira sólo un cariño a medias hacia ella.

Con esto se despidió de mí Tostón, diciendo:

—Dadme, señor, licencia de retirarme para ir a ver a don Alejo, el que creo muy bien me está esperando con impaciencia. Se ha de quedar embelesado cuando le diga lo que Blandina me ha contado de su ama.

—Anda, corre—le dije—, querido, pues nunca sobra la prisa en punto de llevar nuevas gustosas a los amantes. Yo no pongo duda en que don Alejo contará dentro de poco en el número

de sus victorias la de doña Leonor de Pedrera, pues tiene en su ayuda a ti y a tu esposa.

Al instante que don Alejo vió venir a su confidente, se adelantó a él presuroso y le dijo:

—¿Qué es eso? ¿Has descubierto quiénes son las personas que viven en el jardín de donde vi salir aquella deidad mía?

—Más he hecho—respondió el ayuda de cámara—, pues he averiguado cómo se llama esa vuestra diosa y su calidad. Doña Leonor de Pedrera es su nombre, y es hija de un caballero de Antequera, por muerte de quien ha venido a Madrid, y habita en la casa de aquel jardín en compañía de su tía doña Elena de Torralba, de quien es única heredera.

—A la verdad que en poco tiempo has apurado muchísimo—le dijo el condesito.

—Pues aún no os he dicho todo lo que sé—replicó Tostón—; sé de buena parte que Leonor os ha cobrado afecto.

—¿Y cómo diablos—exclamó don Alejo—has podido averiguar hasta los pensamientos de esa dama? ¿Por dónde has llegado a adquirir tantas noticias?

Por una casualidad—respondió el criado—, la que me ha servido más que no mi maña, si puede llamarse servicio el haberme presentado a la vista de mi mujer cuando yo no lo pensaba.

—¿Qué dices?—replicó admirado don Alejo—. ¿Has encontrado a Blandina?

—Sí, señor; el cielo me ha favorecido con volvérmela sin pedírsela yo—respondió el confidente—, y lo que hay de ventaja en el caso para vos es que está de criada de Leonor.

—Tú me llenas de gozo—replicó fuera de sí don Alejo—con decirme que Blandina tiene proporción de complacerme. Estoy persuadido a que no se rehusará a entregar un papel mío a Leonor.

—Decís bien; yo os respondo de ello—dijo el ayuda de cámara—, y os aseguro que podéis esperar de ella cuantos servicios dependan de su ministerio.

Entonces el condesito, queriendo aprovecharse de la ocasión que se le presentaba de declarar su pasión a Leonor, la escribió un billete, encargando a Tostón lo hiciese dar a aquella dama. El confidente volvió, pues, la mañana inmediata al Prado, donde halló a su esposa a la puerta del jardín, y llegándose a ella con un semblante rendido y afectuoso:

—Blandina—la dijo—, antes de que hablemos de las cosas de mi amo, séame lícito, si no lo llevas a mal, el discurrir un

instante acerca de las mías. Harás memoria de que ayer no me dijiste siquiera una palabra de la criatura que llevabas en el vientre al tiempo que la mala suerte nos separó a los dos cerca de Gibraltar.

—¡Ay de mí!—respondió ella dando un suspiro—. La pobre niña murió casi al nacer, y a poco que entré a servir a doña Leonor; y su muerte hubiera infaliblemente causado la mía a no ser por el gran cuidado que tuvieron conmigo, pues mi ama, que me había tomado cariño, no dejó cosa por hacer para mi salud. A ella la debo la vida, y en agradecimiento la he consagrado el afecto más verdadero.

—Muy bien has hecho—replicó Tostón—, porque un ama semejante merece que la quieras. ¿Sabe que has vuelto a encontrar a tu esposo?

—Se lo he dicho—respondió Blandina—, y me ha dado licencia para que os presente a ella, lo que quiera sea ahora mismo. Ven conmigo.

Dicho esto, le hizo entrar en el jardín, y enseñándole las dos señoras que se andaban paseando en él:

—Mira—le dijo—a doña Leonor y su tía. Acerquémonos a ellas, que deseo vean que no me he casado con ningún hombre mal dispuesto y sin mérito.

Yendo en esta conversación, le cogió de la mano, y conduciéndole adonde estaban las señoras, con aire de chanza las dijo:

—Señoras, aquí tenéis al esposo a quien daba por muerto y tanto he llorado. Miradle bien; ¿no os parece digno de las lágrimas que he vertido por él?

—Así es—respondió doña Elena—; a veces causan llantos maridos menos amables.

Tostón, oídas estas palabras, hizo una profunda cortesía a la señora que acababa de decirlas, y bajó modestamente los ojos, guardando un respetuoso silencio.

—Buena pareja hacen los dos—dijo entonces doña Leonor—, y me alegró mucho de que el cielo los haya juntado.

Doña Elena, que deseaba oír hablar a Tostón, le preguntó:

—¿Conque estáis en casa del conde de Velgas?

—Sí, señora—le respondió—; tengo la honra de ser primer ayuda de cámara de don Alejo, su único hijo.

—¿Supongo que estáis contento—replicó ella—con vuestra conveniencia?

—Contentísimo, señora—le respondió Tostón—. Mi amo es un caballero completo. No sé que tenga ningún pero; aunque

mozo, es de una prudencia consumada, cuerdo sin hacer el papel de un Catón, vivo sin ser atolondrado; en fin, es un dechado de señoritos. Además de mil buenas prendas que le acompañan—prosiguió—, gozará con el tiempo de cuantiosos bienes, porque el conde su padre ha acumulado grandes riquezas en el virreinato de Nueva España, y así, dichosa la señorita ilustre para quien esté destinada su mano.

Cuando estaba haciendo el astuto Tostón este singular elogio de su amo examinaba atentamente a Leonor, y le parecía que la gustaba su conversación, aunque fingía escucharle con indiferencia. Estimulado de esta observación a proseguir alabando a don Alejo, hizo de él un retrato tan lisonjero, que doña Elena no pudo menos de decirle:

—Amigo, vos ponderáis, vos exageráis. No es posible que el condesito de Velges tenga todo el mérito que decís.

—Perdonad, señora—replicó Tostón—; es un sujeto perfecto, un compendio de todas las virtudes.

Aquí llegaban con su conversación, cuando les interrumpió un paje que entró a dar un billete a doña Elena. Leyólo ésta, y como pedía pronta respuesta, se marchó a su cuarto a escribirla. Doña Leonor la siguió, dejando a su criada con su marido en el jardín. Viéndose solos estos dos esposos, se pusieron a reír sin poderlo remediar, y Blandina le dijo a Tostón:

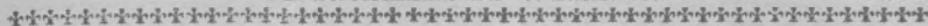
—No se puede negar que sabes hacer unos retratos primorosos; pero, aquí para los dos, apenas se parecen a su original.

—No niego—respondió él—que he favorecido a don Alejo; pero discurro que esto ha producido buen efecto; estoy cierto de que a la hora presente está tu ama prendada de mi amo, porque aunque tú no me has dicho palabra, apostarí a algo de bueno a que la has avisado que don Alejo es el caballero que la habló una mañana en el Prado.

—Verdad es—replicó Blandina—. Ahora haré yo a solas conversación con ella de este caballero; veré lo que hay en su pecho, y te lo diré mañana.

—Muy bien—dijo Tostón—, y si por casualidad encuentras dispuesto su ánimo a recibir favorablemente un papel de mi amo, ve aquí uno (mostrándole el billete de don Alejo) en el cual la declara su inclinación con estilo muy elegante, pues yo he puesto en él la mano.

Blandina cogió el papel, diciendo a su marido que podía asegurar a su amo que haría sus buenos oficios con doña Leonor, con lo cual se separaron marido y mujer, prometiéndose el hallarse en aquel mismo sitio la mañana siguiente.



Así lo hicieron.

—¡Victoria!—exclamó la criolla viendo a Tostón—. ¡Victoria! He hablado a mi ama, y la he hecho el retrato de don Alejo semejante casi al tuyo de ayer. Al pronto hizo la disimulada; pero la acometí por tantos lados, que no tuvo fuerzas para ocultarme su interior.

—Sí, querida Blandina—me dijo—, yo amo a don Alejo, sin que se me haya apartado del pensamiento desde que le vi a la puerta del jardín; y todo el bien que oigo decir de él acaba de inflamar mi corazón.

—Tratemos ahora del billete de mi amo—dijo Tostón—; ¿lo ha leído doña Leonor?

—Con ansia—respondió la criada, y a las dos nos ha admirado. Bien me dijiste que habías ayudado a componerlo; bien lo he conocido. El tal papel ha hecho una viva impresión en mi ama.

—¡Viva!—replicó el ayuda de cámara enajenado de gozo—. Las cosas no pueden ir mejor. Vamos adelante y busquemos el modo de que nuestros amantes tengan un coloquio nocturno, que es el único que les falta para que queden ciegameente enamorados el uno del otro. Persuade a doña Leonor a que se pasee esta noche en el jardín; yo vendré con don Alejo, y podrán hablar largamente, de manera que después no desearán sino casarse.





CAPITULO XI

*De la vista que tuvieron entre si el condesito y doña Leonor.
El conde de Velges propone una boda ventajosa a su hijo.
Segunda vista de los dos amantes, y de lo que pasó
en ella. Buen consejo que da Blandina, y sigue
don Alejo. Con qué persona querian casarle.*



Blandina la pareció bien la idea, y así se ejecutó. El condesito, acompañado de su confidente, llegó entre once y doce de la noche a la puerta del jardín, en el que les hicieron entrar doña Leonor y su criada, que los estaban esperando ansiosamente. Don Alejo se acercó con respeto a la dama, la que le recibió del mismo modo, y pasados algunos cumplimientos de pura urbanidad que mediaron entre los dos, empezaron a usar del lenguaje de los enamorados; y como Tostón y su criolla vieron que iban a meterse en una lierna conversación, se retiraron a hablar a solas también de sus cosillas.

El amor, que tan largas hace parecer las horas a los amantes cuando no tienen presente la persona amada, se las representa bien cortas cuando se hallan juntos. Ya había amanecido, y don Alejo y doña Leonor no pensaban aún en despedirse, por lo que fué preciso que los confidentes se lo advirtiesen, cuidando que tomó a su cargo voluntariamente Tostón, a quien la noche no se le había figurado tan corta como a su amo. Los dos enamorados se despidieron por último, quedando citados para la noche siguiente.

Aquella vista acrecentó la pasión de don Alejo, según lo había pronosticado el marido de la criolla. Luego que don Alejo salió del jardín, se puso a alabar las gracias de doña Leonor, y con especialidad su discreción, machacando sobre lo mismo toda la mañana. Durante aquel día no pensó sino en el contento que tendría de volverla a ver; mas antes que pudiese gozar de tan gustosa conversación le fué preciso oír oír que

le agradó poco. El conde, su padre, después de la cena, cerrándose con él en su despacho, le habló de esta manera:

—Hijo, tengo que comunicarte un asunto de la mayor importancia. El primer ministro, para acreditarme la sincera y verdadera amistad que me profesa, me ha dicho que quería casarte y darte una mujer escogida por su mano.

Turbóse don Alejo al oír semejantes razones, y se quedó atónito.

—¿Qué es eso?—continuó su padre—. ¿Te atemoriza el matrimonio? ¡Ah! Cuando sepas la persona que propone, estoy persuadido a que no pondrás repugnancia en casarte con ella.

Recobrado algo de su turbación, don Alejo le dijo:

—Padre, yo estoy siempre pronto a obedecer ciegamente lo que me mandéis; pero os ruego me dejéis decir que tengo al matrimonio una aversión...

—Me engañas—replicó S. E.—. Veo que disimulas; yo bien sé por qué te opones al matrimonio propuesto; eso es que tienes empleada la voluntad en otra parte. Te has apasionado locamente de alguna aventurera, y haces punto de honor el mantenerte fiel a ella.

—No, señor—respondió don Alejo—, yo no he puesto los ojos en ninguna mujer ruin. Es cierto que estoy enamorado; pero el objeto de mi amor no es de un nacimiento que pueda hacerme avergonzar de la pasión que me ha inspirado. Si gustáis, os diré cuál es su familia...

—Te dispenso de ello—replicó segunda vez su padre—; no me mueve la curiosidad a querer conocer a esa señora, y si te mando que no pienses más en ella. No quiero otra nuera sino la que me ofrece el ministro, la cual has de saber que une en sí la juventud y hermosura con un esclarecido origen y grandes bienes. Anda—añadió—y aconséjate sobre ello de don Querubín de la Ronda, tu ayo, que estoy cierto de que sus consejos no discreparán de mis intenciones.

El hijo salió al instante del despacho sin replicar; pero en vez de irme a buscar, le pareció más del caso pasar a verse con Tostón. Contóle la violencia que su padre quería hacer a su voluntad, y después de haberse quejado de aquella tiranía:

—Amigo—le dijo a su confidente—, ¿cómo haré para ser esposo de Leonor? ¿Cómo saldré de este atolladero?

—Señor—respondió Tostón—, la cosa no es fácil. Su excelencia vuestro padre es de un genio muy tenaz; y si ha resuelto casaros con la señora propuesta por el primer ministro, no desistirá de ello. Pero todavía no estamos en tiempo de desma-

yar. Usemos por ahora de maña. Fingid, aparentad que consentís en ese casamiento, mientras yo discurro un medio para desbaratarlo.

—¡Ay, Tostón!—exclamó don Alejo oyéndole decir aquellas palabras que parecían lisonjear su amor con alguna esperanza—. Como lo consigas, puedes prometerte cuanto quieras de mi agradecimiento. Corramos, vamos volando al lugar de la cita—prosiguió—, que quiero participar a doña Leonar la fatalidad que nos amenaza, asegurarla que haré cuanto sea dable para precaverla, y finalmente renovarla mi palabra de no ser jamás de otra sino de ella.

Volvieron, pues, al jardín, en donde doña Leonor y su criada se entretenían, esperándoles, en hablar de las apreciables circunstancias de don Alejo; y Blandina, que las sabía como nadie, ensalzaba hasta las nubes a aquel señorito. Los dos amantes se fueron a un cenador, donde habían pasado la noche antes; y retirados los criados a otro sitio, Tostón comenzó a decir a Blandina:

—Hija, esta vida es una sucesión continuada de bien y de mal, de alegría y de pesar. Ayer noche, por ejemplo, mi amo y yo vinimos aquí contentos como una pascua, y hoy venimos más tristes que un entierro.

—¿Pues qué motivo de tristeza es el vuestro?—le dijo su mujer—. ¿Os han dado alguna mala noticia?

—¡La más funesta que pudiéramos recibir!—replicó él—. Quieren apartar para siempre a don Alejo de doña Leonor.

Y entonces la contó lo que acababa de pasar entre el conde y su hijo. A Blandina la causó un fuerte sentimiento aquella relación, y así le dijo a su marido:

—Mucha razón tienes, no hay duda, para affligirte; no puede darse caso más sensible que el que dices. ¡Oh desgraciada doña Leonor!—prosiguió, como si hablase con su ama—. ¡Qué trago este tan amargo para vos! ¿Pero no habrá modo de evitarlo? Tostón, que es astuto e ingenioso, ¿no hará alguna tentativa para preservar a nuestros amantes de la suerte espantosa que les está prevenida?

—No te dé eso cuidado—respondió él—; ando buscando en mi cabeza algún medio de evitarla; pero te confieso que no me ocurre ninguno que me cuadre.

—A mí se me ofrece en este instante uno—replicó la criolla—que creo no es de desechar. Ya sabes que la condesa ama entrañablemente a su hijo; ¿te parece que no hay nada que tocar por ese lado?

—Todo al contrario, por cierto—exclamó Tostón—; digo que me place esa ocurrencia. Mañana por la mañana iré a ver a la condesa y haré que la digan que tengo que hablarla a solas. La expondré con expresiones patéticas la situación de don Alejo, y podrá ser que la enternezca de manera que abrace el interés de doña Leonor y de su hijo.

Mientras los confidentes estaban en esta conversación, los dos amantes se prometían recíprocamente un amor capaz de resistir a cuantos obstáculos pudiese oponerse la suerte para impedirlo, y con este pensamiento se despidieron el uno del otro. El señorito se volvió a casa con Tostón, quien le contó la intención que tenía de valerse de su elocuencia para mover a la condesa su madre a que protegiese su inclinación.

—Me parece bien tu designio—le dijo don Alejo—, y para añadirle fuerza quiero ir contigo. Me echaré a los pies de mi madre y me mantendré en aquella postura mientras tú peroras a mi favor. Estoy seguro de que la ganaremos la voluntad.

Fundados en este concepto determinaron dar aquel paso, como en efecto lo dieron al otro día por la mañana. El hecho pasó de esta manera. Estaba la condesa sentada al tocador. Así que vio entrar a don Alejo y a su confidente, mandó salir a todas las criadas, y dirigiendo desde luego la palabra a Tostón:

—Amigo—le dijo—, ¿con qué ánimo viene aquí mi hijo? ¿Conserva todavía su repugnancia a unir su suerte con la de una señorita amable que le ofrece el primer ministro?

—Señora—la respondió Tostón—, mi amo os ha consagrado una ciega obediencia y está pronto a hacer cuanto le mandéis; pero si le hacéis que se case con la persona que le proponen, no contéis más con vuestro hijo único.

—Sí, madre mía—dijo entonces don Alejo arrojándose a sus pies y besándola la mano—; Tostón dice la verdad; si me caso contra mi voluntad, yo muero.

—¡Cosa extraña!—exclamó la condesa—. ¿Es posible dejarse preocupar tanto contra quien aún no se ha visto? Ve primero la dama de que se habla, y si te pareciese fea, yo, como buena madre, no consentiré una unión contraria a tu sosiego, bien que entre nuestros iguales la cara apenas es motivo de impedir los matrimonios. Pero—añadió—si me atengo a la pintura que me han hecho de la señorita, no hay duda que es una hermosura.

—Aunque fuese más bella que la diosa Venus, señora—dijo Tostón—, no hay que hablar más de ella. El amor le ha cogido

la delantera al ministro, ofreciéndonos a la vista una que parece una deidad y de que estamos hechizados por extremo.

—Es preciso, a la verdad—replicó la condesa—, que sea muy singular su belleza para haberos causado tan grande impresión. ¿Y corresponde su nacimiento a sus gracias? Pues temo tenga por ese lado motivo de quejarse de la naturaleza.

—No lo crea vuestra excelencia—replicó Tostón—; antes bien, es una señorita ilustre. Doña Leonor de Pedrera, que así se llama, es hija de un caballero de Antequera, y además de eso sobrina de doña Elena de Torralba.

No bien acabó de oír estas últimas palabras la madre de don Alejo, cuando dando grandes carcajadas de risa dejó confusos a su hijo y a Tostón.

—Madre—la dijo aquél con semblante admirado—, os ruego me digáis lo que os excita a tanta risa. ¿Sospecháis acaso que os queremos engañar acerca de la condición de doña Leonor?

—Dejadme reír cuanto quiera—exclamó la condesa.

Y con esto volvió a dar nuevas carcajadas de risa, mientras el amo y el criado, que no sabían qué pensar de ellas, se miraban uno a otro guardando un estúpido silencio.

Finalmente quiso el cielo que acabase de reír y que, recordando su gravedad, dijese:

—Hijo, depón tu temor. No te verás obligado a dejar a tu querida doña Leonor, pues esa misma dama es la que el ministro te destina para esposa. Doña Elena de Torralba es parienta de la mujer de éste, y estas dos señoras son las que han hecho proponer por el duque este casamiento al conde de Velges. ¿No he tenido razón para reirme? ¿No te parece gracioso el lance?

Dicho esto, soltó otra vez la risa, y a ejemplo suyo, don Alejo y Tostón dieron también en reír, marchándose luego rebotando de alegría a casa de doña Elena, donde hallaron de buen humor a todos, porque ya se había esparcido en ella el rumor de la boda inmediata de doña Leonor con don Alejo. Para decir lo demás en dos palabras, el casamiento se celebró de allí a poco con grandes regocijos así en casa del conde como en la de doña Elena de Torralba.



CAPITULO XII

De lo que sucedió después de casado don Alejo. Del viaje de Tostón a Alcaraz y de su vuelta a Madrid. Don Querubín se alegra de las noticias que le dan de don Manuel y de su familia.

DOÑA Elena, en cuya morada se habían celebrado las bodas, amaba a su sobrina como una madre ama a una hija única; y así, no queriendo apartarse de ella, cedió la mitad de su casa a los recién casados. El primer cuidado de don Alejo fué regalar a Tostón por lo que había contribuído a su felicidad. No se contentó con darle trescientos doblones, sino que le nombró por administrador de su casa, puesto apetecible, no tanto por lo que valía entonces como por lo que podía valer más adelante. No se portó con menos bizarría doña Leonor con Blandina, la cual, más agradecida al cariño que su ama la tenía que llevada del interés, la era afecta de veras y la profesaba inclinación, lo que es de admirar en una criada.

Una mañana que fué Tostón a verme me dijo:

—Señor don Querubín, vengo a despedirme y a que usted me mande. Dentro de dos días marchó a Alcaraz para satisfacer el deseo de volver a ver a mis padres. Mi amo don Alejo me ha dado licencia de hacer este viaje con tal que esté de vuelta de aquí a dos meses.

—Hijo—le dije—, el motivo que te estimula es loable y puesto en razón que logres el fin; pero luego que pases algunos días con personas tan amadas, no tardes en restituirte a Madrid. Ya conoces la inconstancia de los señores; pudieras tal vez perder tu acomodo, que no dejará de encaminarte a una gran fortuna.

—No temáis—replicó—que yo me entretenga en pasar el tiempo con mis antiguos amigos. Ya he tomado el sabor a la corte, y no podré acostumbrarme a vivir fuera de ella.

—¿Y en qué haces ánimos de ir?—le dije.

—En uno de los mejores caballos de nuestras caballerizas—me respondió—, seguido de un lacayo de casa con librea de Velges, que irá también montado como yo. El administrador de la casa de un grande no ha de viajar como un pelón.

Cumplidos, pues, los dos días, partió Tostón caballero en un arrogante caballo con un lacayo que llevaba una lucida librea y encargado de los pliegos que le entregué para mis cuñados.

Durante su ausencia acaecieron felices novedades en casa de Velges, porque habiéndose dedicado don Alejo a hacer continuamente la corte al duque de Vailores, tuvo la fortuna de agradarle tanto, que este ministro le hizo nombrar gentilhombre de cámara del rey, lo cual era la prueba más verdadera de afecto que podía darle, siendo S. E. de un genio que no quería poner al lado del monarca sino sujetos de su confianza. No paró en eso, pues doña Leonor fué al mismo tiempo nombrada dama de la reina por empeño de la duquesa de Vailores, que era camarera mayor; de suerte que cuando volvió Tostón halló a sus amos colocados en palacio en unos empleos que no gozaban a su partida.

El deseo que acosaba a este nuevo administrador de contarme su viaje no le dió lugar para ir a ver desde luego ni a su mujer ni aun a don Alejo. Fué en derechura a mi cuarto con una celeridad que mostraba bien lo mucho que me quería. No dejé de asustarme al verle entrar, y no sabiendo lo que iba a anunciarme, le pregunté temblando si lo que tenía que decirme era cosa triste o alegre.

—No os traigo sino buenas noticias—me respondió—. Don Manuel y don Gregorio gozan de cabal salud, y lo mismo sus esposas. Estas señoras, que conservan siempre su muy buen parecer, han aumentado aún la prole desde que dejasteis a Alcaraz. Vuestra hermana, además de Paquito y las dos niñas que conocéis, tiene ahora otro niño dado a criar; y su buena amiga, sin contar el muchacho que tuvo al principio de su matrimonio, le ha producido a don Manuel dos hijas en menos de veinte meses. Todos estos hijos, tanto varones como hembras, son todos lindos y robustos. Vuestra hija, entre otras, es más bonita que el sol.

—Todo eso me sirve de gusto—interrumpí yo—, amigo; pero hazme el favor de decirme qué efecto causó en mi hermana y mis cuñados la relación que sin duda les hiciste de mis sucesos. ¿Te parece que se alegraron mucho de mi fortuna?

—Seguramente que sí—respondió Tostón—; me hicieron infinitas preguntas, y no fué poco lo que tuve que hacer en con-

tentar su curiosidad, preguntándome cada uno por su turno, y algunas veces todos juntos; pero cuando llegó el caso de referirles el encuentro de Monchique y el medio de que nos dijo haberse valido para engañar a doña Paula, mis oyentes empezaron a derretirse en lágrimas, y con particularidad las damas, quienes viendo plenamente probada la inocencia de vuestra esposa, deploraron amargamente su desventura. Después de esto me hablaron de doña Blanca, preguntándome cuál era su genio, y con la descripción que de él les hice tuvieron bastante motivo para juzgar que de cuantos beneficios os ha hecho don Juan de Salcedo, no es el menos importante el haberos dejado su hija. No me falta más ahora—añadió Tostón—que entregaros las cartas de vuestros parientes, y luego me daréis el permiso de dejaros para ir en casa de mi amo. Voy a saber si acaso mi ausencia me ha hecho perjuicio en su ánimo.

—No, hijo mío—le dije—; encontrarás a don Alejo conforme le dejaste. Mientras ha estado fuera he procurado mantenerte en su gracia, y aún me queda por darte la buena noticia de que el rey le ha hecho gentilhombre de cámara, lo cual no es poco lo que realza el empleo que gozas en su casa.

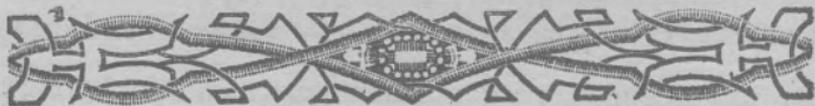
Díjele también al señor administrador cómo doña Leonor era dama de la reina.

—¡Lindo!—exclamó Tostón—. Ve ahí a mi mujer metida ya en la corte, y de ese modo me establezco en Madrid.

—Así lo deseo—le dije—, y que no te dé gana de volver a tu tierra.

—¡Oh, señor!—me respondió—. Ese punto está ya resuelto; me he despedido de ella para siempre. El haber ido allá fué, como vos sabéis, por ver a mi padre y a mi madre; pero me sucedió encontrarlos muertos y enterrados a los dos. Vertí sobre su sepulcro las lágrimas propias de un hijo, y me desprendí de mi patria.

Acabado esto, me entregó las cartas que traía y se marchó.



CAPITULO XIII

De la secreta y curiosa conversación que tuvo cierto día don Querubín con el conde de Velges. Descripción de la entrada que hizo en Madrid el duque de Nuaso y de lo que le perdió.

UNQUE el conde de Velges trajo, como va dicho, de Indias grandes riquezas, afectó por avaricia y disimulo el no imitar a los virreyes que vuelven de sus gobiernos. No se presentaba en la calle sino acompañado de pocos criados, y volvía las visitas sin ostentación y en un tren harto modesto para un gobernador de Méjico. En cuanto a los presentes que hizo así a S. M. como a los Serenísimos Infantes, no hay para qué mencionarlos, pues sólo consistieron en obras hechas de plumas y otras frioleras a este tenor. Y así, el público, que a veces todo lo censura sin examen, no le alababa por hombre liberal.

No ignoraba este señor lo que pensaban de él las gentes, y un día me dijo:

—Más quiero que me tengan por codicioso que no exponerme a perder con gastar fausto, que sólo sirve para excitar la envidia. El ejemplar del duque de Nuaso, que acaba de morir en una prisión, es una lección para los virreyes. Este insigne sujeto viviría quizá todavía si no hubiera tenido la imprudencia de hacer su entrada en Madrid con una pompa más propia de un monarca que de un gobernador que había sido llamado a dar cuenta de su administración; si no hubiera hecho tan ricos presentes, y finalmente si no hubiera ostentado sus riquezas a los ojos de sus enemigos y envidiosos. Puede que no tengas noticia de esta soberbia entrada. Es preciso que te la describa, no tanto para que te admires de la grandeza de ella como para manifestarte la magnificencia de este virrey de Sicilia y de Nápoles. Iban delante cuatro clarineros con doce guardias napolitanos y otros tantos sicilianos. Seguían el despense-

ro del duque a caballo y veinticuatro acémilas cubiertas de reposteros bordados de oro, y conducidas por veinte palafreneros; luego, tres literas y tres suntuosas carrozas de la duquesa su esposa, y detrás el despensero de ésta y el de su hijo y varios caballos de mano que llevaban otros veinte palafreneros. Iba después el mayordomo del virrey, acompañado de doce pajes a caballo, vestido a la española, y de doce alabarderos en traje italiano. Don Juan Elzetel caminaba en seguida a la cabeza de treinta caballeros españoles, napolitanos o sicilianos, todos con ricos vestidos a la húngara y montados en caballos de gran precio. Venía después el duque vestido de la misma manera, en una carroza del mayor coste, con doña Isabel, su nuera, y al lado de cada estribo se veían cuatro estaferos y veinte alabarderos seguidos de treinta coches, y dentro los amigos y parientes, sin contar otros de respeto. Por último, cerraba esta imprudente y loca entrada una multitud de empleados, pajes y esclavos turcos. Ahí verás—prosiguió—cómo entró aquel virrey en Madrid, en medio de las aclamaciones de un concurso prodigioso de gente que había acudido de todas partes a verle. Ya discurrirás que una entrada semejante no disminuyó el número de los enemigos ocultos que tenía de antemano; y para aumento de indiscreción expuso en su casa por espacio de quince días a la curiosidad pública las riquezas que había traído de Italia, fundando un vano placer en enseñárselas a los españoles como despojos de los turcos y gloriosos monumentos de las victorias conseguidas por él contra los infieles. Yo no he hecho, pues, mal—añadió el caballerizo mayor—en observar una conducta opuesta a la suya; yo, con especialidad, que salgo de un gobierno en que todo el mundo sospecha he acumulado inmensos tesoros. Con mi entrada modesta he precavido la envidia que ostentando opulencia no hubiera dejado de despertar contra mí.





CAPITULO XIV

De la llegada de don Manuel a Madrid y extrema alegría que este caballero y don Querubín tuvieron de volverse a ver al cabo de tanto tiempo. Qué medios tomaron para no separarse jamás el uno del otro.

No se habían pasado todavía ocho días después de la vuelta de Tostón, cuando estando yo una mañana ocupado en mi despacho, me entraron un recado de que estaba allí don Manuel de Pedrilla. Levantéme inmediatamente para salir a recibir a una persona a quien yo estimaba tanto. Nos mantuvimos mucho tiempo abrazados los dos, y manifestamos con llantos más que con palabras el gozo que nos daba el volvernos a ver. El acordarnos de doña Paula nos enterneció desde luego, sin que pudiésemos negar nuestras lágrimas a la memoria de esta adúltera inocente, a pesar de los sentimientos que nos había causado a entrambos; pero en breve pasamos de la tristeza a la alegría con hablar de nuestra familia.

—Tenemos unos lindos niños—me dijo don Manuel—. Si Tostón os ha hecho un retrato fiel de ellos, os habrá dicho sin duda que doña Teresa, vuestra hija, es muy graciosa, y que don Ignacio, mi hijo, es un precioso chico. En cuanto a vuestro sobrino Paquito, que ahora se llama don Francisco de Cleவில், ya no es niño, sino un caballero de bella estatura, y se halla muy en estado de servir al rey. Después de haber hablado de los hijos—prosiguió don Manuel—, trataremos de las madres. Ismenia y doña Francisca conservan su belleza. Yo estoy prendado más que nunca de la una, y don Gregorio tiene a la otra un cariño que de día en día parece que va en aumento.

—Sumo placer me dais, amigo—le interrumpí—, con informarme de que vivís todos cuatro en la más estrecha unión. ¡Cuánto me alegraría poder ir a participar con vosotros de las dulzuras de vuestra compañía!

—¿Pues quién os lo impide?—me dijo Pedrilla—. ¿No sois dueño de vuestras acciones?

—No—le respondí—, porque el conde de Velges no quiere que mi suegro le deje, y como éste está obediente a su voluntad, tiene la complacencia de sacrificarle el deseo que tuviera de descansar después de sus largas fatigas. Por lo que a mí toca, la gratitud y la amistad me enlazan fuertemente con Salcedo, que miro como obligación el no desampararle.

—Yo os reconozco en ese modo de pensar—replicó don Manuel—. De esa suerte, pues, aquellas damas y yo nos hemos lisonjeado en vano de vivir juntos con vos y vuestra esposa.

—No apetecería yo otra cosa—le respondí—que el pasar con ellas y vos el resto de mi vida; pero ya veis el inconveniente que hay por medio.

—Pues bien—dijo don Manuel después de haber estado pensativo un poco—; ya que no puedo arrancaros de Madrid, es menester que mueva yo a aquellas damas a que vengan a vivir aquí; esto hago ánimo de proponerlas, y creo que admitirán gustosas la propuesta.

—Celebro el pensamiento—le dije a don Manuel—y me alegraré de que las agrade el proyecto. Si vuestra elocuencia es bastante persuasiva para conseguirlo, yo me encargo de comprar una casa capaz de alojar toda nuestra familia. Tengo posibles para ello, y aun para costear todo el gasto doméstico. Volved, pues, cuanto antes a la ciudad de Alcaraz; persuadid a las mujeres a que vengan a vivir a Madrid, y traedlas con vos. Pasaremos en nuestra morada una vida agradable; en ella se verá reinar la alegría y lograremos de la concurrencia de gentes decentes.

Impaciente don Manuel con el deseo de ver llegar un tiempo tan dichoso, apresuró la vuelta a su tierra; pero antes de marchar se lo presenté a Salcedo, quien le recibió de un modo que le dejó encantado.

No menor contento le causó el agasajo con que le trató mi esposa, la cual, mirándole como mi más íntimo amigo, creyó no podía hacerle bastante acatamiento. Y así, al partir, me dijo él:

—En verdad, don Querubín, que estoy admirado de vuestra felicidad. Habéis emparentado con una familia muy amable; tenéis una mujer que se merece todas las atenciones con que la tratáis. Voy a hacer de estas dos personas unos retratos tan bellos a Clevillente y a nuestras mujeres, que esto no contribuirá poco a favorecerme en el logro de mi empresa.



CAPITULO XV

Por qué accidente no tuvo efecto el designio de don Manuel y de don Querubín. Nombran a don Juan de Salcedo para el corregimiento de la ciudad de Alcaraz.



o esperaba, o por mejor decir, no dudaba de ningún modo que Pedrilla conseguiría convencer a las mujeres, y andaba ya buscando una hermosa casa que estuviere de venta; pero esto era tomarme un trabajo inútil, como se verá. Un día que el conde de Velges había ido a ver al primer ministro, se encerró en su despacho con Salcedo, a quien habló en estos términos:

—Don Juan, os vais a quedar parado de lo que voy a decir. Vengo de casa del primer ministro, que me ha tenido acerca de vos esta conversación: «Conde—me ha dicho—, en vuestra compañía está un sujeto que no me agrada, que es don Juan de Salcedo. Ha sido secretario del duque de Remal, y después, del duque de Cueda; en una palabra, es hechura de la casa de Valdosán; creo que con esto os digo bastante para obligaros a apartarle de vuestro lado; pero como sé que le queréis y que merece se le recompensen los servicios que ha hecho al Estado, el rey le ha nombrado corregidor de la ciudad de Alcaraz en Castilla la Nueva.» Vos conocéis a este ministro—prosiguió el caballero mayor—. Sabéis que es de un carácter lleno de caprichos, y que quiere absolutamente se ejecute cuanto se le pone en la cabeza. Si no mirando más que a la afición que os tengo me negase a contentarle, era preciso hacer ánimo a malquistarme con él para siempre, lo cual pudiera acarrearle malas resultas, siendo peligroso tener por enemigo a un ministro que gobierna la monarquía y al monarca. Siento el que nos separemos—añadió—; pero es forzoso. Ya veis que no tiene remedio.

—Señor—le dijo Salcedo—, nada tengo que replicar a eso. No es razón que por tan poca cosa se ponga vuestra excelencia mal con un hombre que lo puede todo. En cuanto al empleo con que me honra, puedo pasar sin él, como sin otro cualquier puesto, pues gracias a vuestra excelencia me hallo en un estado en que nada tengo que desear. Con todo eso, me asisten motivos para no renunciarlo. Alcaraz es una ciudad muy conocida de mi yerno; allí habitan sus parientes y amigos, los cuales harán cuanto puedan para que me sea gustosa la estancia en ella. Ya que es fuerza irme de Madrid y dejar a vuestra excelencia, me sirve de consuelo el que me envían al paraje de España que yo escogería para mi retiro.

—Me alegro—replicó el conde—; si experimento el pesar de no veros más, a lo menos tendré la satisfacción de creeros feliz.

Concluida esta conversación, vino a buscarme don Juan.

—Muchas novedades hay—me dijo.

Y al mismo tiempo me contó lo que el caballero mayor acababa de decirle. Preguntóme después cómo pensaba yo en aquel caso.

—Me parece—le respondí—que el conde teme fuertemente el caer de la gracia del primer ministro, y que sería hombre capaz de sacrificarlo todo a este temor. Finalmente, nosotros debemos alegrarnos de este suceso. Ya hace mucho tiempo que sólo el deseo de complacer es el que nos tiene adictos a este señor; y una vez que él nos da ocasión de salir de su casa con estimación, aprovechémonos de ella al punto. Marchemos a Alcaraz lo más pronto que podamos a unirnos con don Gregorio y don Manuel, mis cuñados, los cuales se alegrarán en el alma de ver aumentar su compañía con tres personas que no la harán más molesta. Voy, si gustáis, a enviar desde hoy un propio a don Manuel para avisarle que, habiéndoo recompensado Su Majestad con el cargo de corregidor de Alcaraz, os disponéis a partir a tomar su posesión. Le agradará muchísimo la noticia, porque estoy cierto de que querrá mejor las disposiciones para admitirnos en aquella ciudad que no venir a vivir a Madrid.

No bien me hubo manifestado mi suegro su intención de ponerse en camino, cuando despaché un expreso a Pedrilla a fin de enterarle de nuestro designio, y en la carta le advertí que pasaríamos por Cuenca.



CAPITULO XVI

Don Juan de Salcedo marcha de Madrid con su hija y don Querubin. Su llegada a Alcaraz y cómo fueron recibidos. Fin de la historia del bachiller de Salamanca.

DON Juan de Salcedo, después de haber dado gracias al primer ministro y prestado el juramento por su empleo de corregidor, dispuso su viaje en corto tiempo. Nuestra salida de Madrid no fué tan ostentosa como la entrada del duque de Nuaso; pero con todo, no dejó de tener un ligero aspecto de opulencia que nos daba honor. A tres literas, en una de las cuales iba el señor corregidor, *plena ipso*, en la otra mi mujer y yo, y en la tercera dos doncellas, seguían doce acémilas cargadas de nuestro bagaje y adornadas de ruidosas campanillas; añádase a esto cinco o seis criados, montados en hermosísimos caballos que el caballero mayor nos había regalado. A la verdad, nuestro equipaje se parecía al de un virrey que va a tomar posesión de su virreinato.

Llegamos caminando a cortas jornadas a Cuenca, donde encontramos a don Manuel, que dos días había nos estaba esperando. Después de mil abrazos de una y otra parte, este caballero nos dijo que así que tuvo mi carta había salido a recibirnos hasta Cuenca, con ánimo de acompañarnos desde allí al lugar de Bonillo, a una hacienda suya, en la que quedaba su esposa con mi hermana y don Gregorio. Para llegar más pronto a aquella hacienda, apretamos el paso, y, con efecto, encontramos a Clevillente y a las dos damas, que estaban tan ansiosas de volverme a ver como yo de abrazarlas. Allí fué donde no hubo tasa en los abrazos y en los cumplimientos.

—Señor don Juan—le dijo mi hermana a Salcedo—, ¡qué alegría no es para mí el ver a un caballero a quien mi hermano debe tantas obligaciones! Pero de cuantos favores le ha-

béis hecho, el que más os agradezco es el de haber unido su suerte con esta amable señorita.

Dicho esto, echó los brazos al cuello de Blanca, a quien más de una vez había ya abrazado. Ismenia acarició también a mi esposa, la cual, por no quedarse atrás, volvió abrazo por abrazo a estas dos damas.

Por otra parte, don Gregorio, don Manuel, Salcedo y yo imitamos casi la misma escena. Una hora se nos pasó en hablar confusamente y en repetir de cuando en cuando nuestros abrazos.

Después volvimos a nuestra seriedad, y el nuevo corregidor tuvo bastante motivo de estar satisfecho de las expresiones obsequiosas que le dijeron así las damas como los caballeros; por eso, hablando conmigo a solas, me expresó algunas veces estaba hechizado de mis cuñados, y más aún de sus mujeres, que le parecía, decía, tenían modales de princesas. Yo me reí interiormente de este juicio, o por mejor decir, de lo que me ocurrió en el asunto, porque al instante me acordé de las escuelas en que habían aprendido aquel aire de señorío. Descansamos algunos días en la quinta, donde, por el cuidado de don Manuel, no carecimos de nada, y llegamos por fin a la ciudad de Alcaraz, que dista de allí sólo cinco o seis leguas.

Nuestro equipaje deslumbró a los vecinos de Alcaraz. Uno decía: «Este no es como nuestro pobre corregidor difunto don Martín Chinchilla, que no tenía en su caballeriza más que dos mulas viejas.» «Así es—decía otro—; nos han enviado no un corregidor común, sino un virrey.» El pueblo, que se había puesto sobre las armas para recibir con más distinción a su nuevo magistrado, hizo una triple descarga de mosquetería. Fuimos a apearnos a casa de Pedrilla, en la que apenas entramos, cuando todos los prelados de las Ordenes religiosas vinieron a cumplimentar en latín a mi suegro, quien para hacerles ver con quién trataban les respondió a cada uno en el mismo idioma, lo que hizo formar en los oyentes un alto concepto del señor corregidor. Después de los religiosos le cumplimentó la nobleza, a la que contestó como hombre de corte.

Para abreviar en lo demás, diré que tomó posesión de su empleo y que en breve tiempo, con su prudencia, su vigilancia, su integridad, su desinterés y con sus decisiones equitativas y grandes luces, mostró a los moradores de Alcaraz que tenían por corregidor un sujeto capaz de gobernar un Estado. Como además de ser buen juez trataba afablemente a las gentes, se granjeó con facilidad la estimación y amistad de todo el mundo.

Con un suegro semejante es con quien tengo la dicha de vivir actualmente, unas veces en Alcaraz, en casa de don Manuel, y otras en la quinta de Elche, distante tres leguas cortas de la ciudad, y la cual hemos comprado con el dinero de los mejicanos, o bien en la de don Gregorio de Clevillente, cuya esposa se aviene maravillosamente con la mía, aunque son cuñadas.

FIN DE LA SEXTA PARTE Y DE LA OBRA

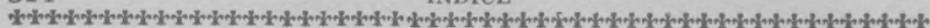
ÍNDICE

INDICE

Prólogo del editor.....	5
-------------------------	---

PARTE PRIMERA

CAPÍTULO I.—De la familia y crianza de don Querubín. Muerto su padre, un pariente le recibe en su casa. Sus adelantamientos en los estudios. Marcha a Madrid, donde hace conocimiento con un cura. Conversación que le tuvo éste sobre la carrera que quería tomar.....	9
CAPÍTULO II.—De la primer casa en que entró de preceptor don Querubín. Carácter de los niños, sus discípulos, e imprudencia de su padre.....	13
CAPÍTULO III.—Pretende don Querubín entrar de preceptor en casa de un consejero. Conversación extraña que éste tuvo, y respuesta de don Querubín.....	16
CAPÍTULO IV.—El Padre Fray Tomás acomoda al bachiller en casa del marqués de Buendía. Carácter de su nuevo discípulo. Sálese de allí y por qué.....	18
CAPÍTULO V.—Pasa el bachiller de Salamanca a ser preceptor del hijo de un contador. Su alegría de entrar en una casa tan buena. Páganle el sueldo adelantado. Enamórase de una criada joven, y su competidor es causa de que le despidan.	22
CAPÍTULO VI.—Adónde fué después a parar el bachiller. Reflexiones que hace sobre su conducta. Su huésped le busca la casa de una señora viuda. Carácter de ésta. Llega don Querubín a ser director de sus negocios. Inclinación que le tomó la misma y conversación que le tuvo doña Rodríguez, su asunto y fruto.....	25
CAPÍTULO VII.—Estando ya don Querubín para casarse con doña Luisa, pierde de repente la esperanza de ello. Asáltanle, y le prenden, unos espadachines. Descripción de la cena que tuvo, y de los convidados. Sale de noche de Madrid.....	30
CAPÍTULO VIII.—Que trata de la llegada de don Querubín a Toledo; de la casa en que entró a ser preceptor; de la mala índole de su discípulo, que le tomó aversión, y del modo que le despidieron	33
CAPÍTULO IX.—Conversación curiosa de don Querubín con un preceptor vizcaíno amigo suyo, y fruto que saca de ella. En-	



tra en casa de una marquesa. Capricho y extraña afición de esta señora a leer libros de caballerías. Apasionase con extremo de ella don Querubín. Efecto que produjo su amor. Con todo, la deja, y por qué motivos.....	37
CAPÍTULO X.—Entra de preceptor nuestro bachiller en casa de un platero de Cuenca. Con sus diligencias y las del señor Diego Cintillo consigue que su discípulo se meta fraile. Encuentro desagradable que tuvo. Vuelve a Madrid.....	43
CAPÍTULO XI.—Vuelve don Querubín a Madrid, donde encuentra casualmente a uno que le da noticias de doña Luisa de Padilla. Esta señora le coloca en casa del duque de Cuenda por segundo secretario. Conocimiento que hace con don Juan. Descripción de un baile adonde asistió don Querubín. Marcha a Nápoles en calidad de correo extraordinario del conde Eruña	46
CAPÍTULO XII.—De qué modo recibió el virrey de Nápoles a don Querubín y le las conversaciones que tuvieron. El duque y la duquesa le hacen grandes presentes, lo que le colmó de gozo. Restitúyese a Madrid.....	51
CAPÍTULO XIII.—Del casamiento de don Juan con doña Isabel, y sus resultas. Nuevo partido que tomó don Querubín.....	55
CAPÍTULO XIV.—Encuentra don Querubín al licenciadillo Carambola. Conversación que tuvieron. Paso gracioso que le sucedió al último, y sus resultas.....	57
CAPÍTULO XV.—Hace conocimiento don Querubín con un amable caballero, llamado don Manuel de Pedrilla. De qué modo pasaban el tiempo juntos. De la gustosa novedad con que se halló don Querubín cenando con unas damas. Quiénes eran éstas, y de lo que hablaron.....	60

PARTE SEGUNDA

CAPÍTULO I.—Va don Querubín de la Ronda a comer con su hermana, y se cuentan lo que les había sucedido después de su separación. Historia y aventuras amorosas de doña Francisca	63
CAPÍTULO II.—Entra a servir doña Francisca a la condesa de Santañi, quien la recibe con agrado, y conversación que tuvieron. Genio de la condesa. Hereda mil doblones doña Francisca. Sentimiento de la muerte de su ama. Determinación que toman ella y Damiana.....	70



<p>CAPÍTULO III.—A qué ciudad determinaron ir a vivir Francisca y Damiana, y de las aventuras que allí la sucedieron. Llevan robada a doña Francisca, y resultas de aquel robo.....</p>	75
<p>CAPÍTULO IV.—De los nuevos apasionados que tuvo en Córdoba. Es infiel a su primer amante por irse a Granada con un criado fingido de un comendador.....</p>	80
<p>CAPÍTULO V.—Qué sujeto era don Pompeyo. De la sincera declaración y de la propuesta que hizo a doña Francisca después de casado con ella, la cual se consuela fácilmente del engaño de su marido y consiente en lo que le propone.....</p>	87
<p>CAPÍTULO VI.—Entra doña Francisca en la compañía de los cómicos de Granada. Cómo le pareció al público. De los muchos señores que se prendaron de su habilidad y gracias. Su marido la busca al conde de Piedrallana para que la corteje, y ella, por obedecer a su esposo, admite sus visitas.....</p>	90
<p>CAPÍTULO VII.—De otros varios regalos que el conde de Piedrallana hizo a doña Francisca, y de las atenciones que le mereció. Otro apasionado la regala diferentes joyas preciosas de diamantes, y ella no las admite, de lo que, agradecido el conde, la hace donación de una magnífica casa de campo. Cómo acabó una amistad tan cariñosa.....</p>	95
<p>CAPÍTULO VIII.—De lo que hizo doña Francisca después de ido el conde de Piedrallana. Va con su marido a tomar posesión de su quinta. Lance extraño que le sucedió y quién la obsequió</p>	101
<p>CAPÍTULO IX.—De la desgracia que sucedió en la quinta de Cazalla y sus resultas. Determina doña Francisca ir a Madrid con doña Manuela, su compañera de teatro, y allí se dieron a conocer por mujeres de forma.....</p>	105
<p>CAPÍTULO X.—De la conversación que tuvo doña Francisca con don Querubín después de haberle contado su historia. Propónele que vaya a vivir con ellas, y él lo admite.....</p>	107
<p>CAPÍTULO XI.—Va don Querubín a vivir con su hermana. De los nuevos conocimientos que allí hizo y del mucho aprecio que les debió así que supieron tenía la dicha de ser hermano de Basilisa. Procura don Andrés hacerse amigo de don Querubín, y lo consigue, y motivos que tenía para ello.....</p>	108
<p>CAPÍTULO XII.—Del desgraciado éxito que tuvo el servicio que don Querubín quiso hacer a su amigo don Andrés. Sale de casa de</p>	

su hermana con ánimo de no volverla jamás a ver. Doña Francisca se casa con don Pedro. Quién era éste..... 111

PARTE TERCERA

CAPÍTULO I.—Viéndose don Manuel de Pedrilla en la precisión de volver a su tierra, consigue que su amigo don Querubín se vaya con él. De su llegada a Alcaraz..... 113

CAPÍTULO II.—Don Querubín se hace querer de doña Paula. Don Ambrosio de Lorca, su rival, estrecha a don Manuel para que se efectúe la boda, a lo que se niega éste. Funesta resulta de esta repugnancia. Don Manuel y don Querubín salen a reñir con él, y quedan vencedores..... 116

CAPÍTULO III.—De lo que hicieron don Manuel y don Querubín después de este lance. Perseguidos por los parientes de don Ambrosio de Lorca, se ven precisados a retirarse a un convento. Retrato de su prelado..... 119

CAPÍTULO IV.—En qué paró el asunto de don Querubín y de don Manuel por la mediación y empeños del P. Teodoro. De la determinación que de repente tomó el primero, y cómo la ejecutó. Acompaña a un religioso que fué a agonizar a un enfermo, y queda edificado de oírle. Declara su resolución a don Manuel y se separan..... 122

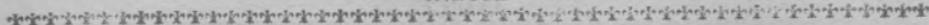
CAPÍTULO V.—Cómo al cabo de seis meses de noviciado se entibió el fervor de don Querubín. Deja el hábito, y del nuevo partido que toma. Encuentra casualmente al licenciado Carambola. Conversación que tuvieron. Determina volver a ser preceptor de algún niño, y qué fué lo que le hizo mudar de parecer... 127

CAPÍTULO VI.—Del sueño que tuvo don Querubín y de la repentina mutación que hubo en su fortuna. Hereda una grande hacienda. Su inclinación a Narcisa..... 131

CAPÍTULO VII.—Va don Querubín a Salamanca y vuelve a Sevilla con sus papeles. Entréganle la herencia de su hermano. De las honras que hace celebrar por su alma. Resulta de su inclinación a Narcisa..... 135

CAPÍTULO VIII.—Don Querubín encuentra a Mileno. Qué es lo que éste le cuenta, y noticia que le impide casarse con la hija del maestro Gaspar, por cuyo motivo se marcha de Sevilla con tanta precipitación como si hubiera cometido algún delito.... 137

CAPÍTULO IX.—Llega don Querubín a Alcaraz, y en qué estado encontró a don Manuel de Pedrilla y a doña Paula, su her-

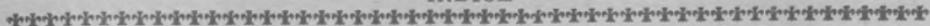


mana. De lo bien que le recibieron. Renuévase su amor a la hermana de don Manuel.....	139
CAPÍTULO X.—Por qué casualidad tiene don Querubín noticias de su hermana doña Francisca, y qué impresión le causaron. Cásase con doña Paula, y honras que le hacen.....	141
CAPÍTULO XI.—Con qué caballero hizo conocimiento don Querubín, y sus resultas. Marcha con don Manuel al alcázar de Clevillente, y lo que allí vió.....	143
CAPÍTULO XII.—Del viaje que los tres caballeros hicieron al alcázar de Villardesaz. Disfrázanse de peregrinos para entrar en él. De qué suerte fueron recibidos. Conversación singular de un criado de doña Francisca. Sorpresa inesperada que experimentó ésta. Reconócense.....	147
CAPÍTULO XIII.—Cenan los tres viajantes con doña Francisca y doña Ismenia. Don Querubín habla a solas con su hermana, la cual se casa con su primer querido don Gregorio. Doña Ismenia se casa también con don Manuel de Pedrilla. Don Querubín y don Manuel se retiran del alcázar de Clevillente y marchan con sus mujeres a Alcaraz. Convenio que hicieron.	153
CAPÍTULO XIV.—De una aventura graciosa en que se halló don Querubín. Seria reflexión sobre su fortuna y la de su hermana. A don Manuel y a él les roba uno de sus criados. Reciben otro en su lugar. Declárase quién era éste. Admiración de don Querubín y de su amigo cuando le conocieron.....	157
CAPÍTULO XV.—Historia trágica de don Carlos y de doña Sofía.	161

PARTE CUARTA

CAPÍTULO I.—Don Querubín de la Ronda llega a ser, después de quince meses de casado, el marido más infeliz. Llévale don Gabriel robada a su mujer, y aunque don Querubín le persigue, es en vano. Conversación que tuvo con su criado. Deja de buscar a la que huye de él y determina marchar a Méjico.	165
CAPÍTULO II.—Sale de Cádiz don Querubín y arriba a Veracruz, donde toma mulas de alquiler para ir por tierra a Méjico. De la curiosa conversación que tuvo en la primera jornada con el arriero. Historias singulares que le contó Tobías. Lo que sabe de Méjico le da muchas esperanzas.....	171
CAPÍTULO III.—De la llegada de don Querubín a Méjico. Adónde fué a hospedarse. Se prenda de la mujer del mesonero, aunque era mulata.....	180

CAPÍTULO IV.—Va don Querubín a ver el palacio del virrey, en el que encuentra a don Juan de Salcedo, quien le conoció. De lo bien que le recibió este secretario y de la primera conversación entre ellos, de la que quedó muy pagado don Querubín	183
CAPÍTULO V.—De la visita que hizo después de comer a don Juan de Salcedo, y de su segunda conversación con él. Cuál fué el fruto de ella. Entra don Querubín de la Ronda por ayo de don Alejo, hijo del virrey. Gozo de Tostón cuando supo esta gustosa noticia	187
CAPÍTULO VI.—Don Querubín, ayo de don Alejo de Gelves, hijo único del virrey, hace una visita a la virreina. Conversación que tuvo con el preceptor de don Alejo. Retrato de este último. 192	192
CAPÍTULO VII.—Va don Querubín a pasearse con su discípulo al campo llamado la Alameda, que es el principal paseo de Méjico. Cosas que allí notó y la grande admiración que le causaron. Suceso trágico que presenció.....	195
CAPÍTULO VIII.—De qué modo logró tener entendimiento don Alejo. Conversación de don Querubín con su criado. Admirase de lo que le cuentan de su discípulo. Consejos prudentes que da a Tostón, de los cuales se aprovecha éste.....	197
CAPÍTULO IX.—Don Querubín de la Ronda nada en el oro y en la plata. Gasta su dinero en diversiones con señoras conocidas suyas. Va a ver representar una comedia. Cuál era ésta e impresión que le causó.....	200
CAPÍTULO X.—Del mayor apuro en que se vió jamás don Querubín, y cómo salió de él. Salcedo le propone su hija en casamiento, y él no lo admite. Admiración de su amigo.....	203
CAPÍTULO XI.—Historia de don Andrés de Alvarado y de doña Cintia de la Carrera. Parecer de don Querubín, que agrada a don Andrés, quien se determina a seguirle.....	207
CAPÍTULO XII.—Prosigue la historia de don Andrés de Alvarado y de doña Cintia de la Carrera. Feliz éxito de los consejos de don Querubín, a quien da gracias don Andrés.....	211
CAPÍTULO XIII.—Don Querubín va por curiosidad a oír predicar a un religioso. Quién era éste. Su admiración cuando le reconoció, y de la conversación que pasó entre los dos.....	215

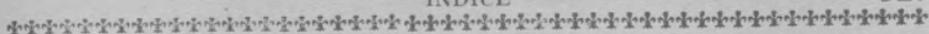


PARTE QUINTA

CAPÍTULO I.—Empieza a contar el licenciado Carambola la historia de su viaje a las Indias Occidentales. Encuentra a uno de sus concolegas, y quién era éste. Determina ir con él y se mete religioso.....	218
CAPÍTULO II.—Embárcase el licenciado Carambola con los buenos religiosos. Entra de novicio. Recibe las órdenes sagradas. De qué modo predicó su primer sermón. Sube segunda vez al púlpito, y lo bien que se portó. Marcha a Indias. De su admiración cuando llegó allá.....	221
CAPÍTULO III.—Predica Fr. Cirilo a gusto de un numeroso auditorio. Come el día siguiente con el obispo de Guatemala, quien le hace varias honras. Danle un curato, y lo que hizo en él	226
CAPÍTULO IV.—El P. Fr. Cirilo se hace estimar de los indios e indias. Historia curiosa de dos hermanos y una hermana. Predica en lengua <i>Proconchi</i> , y por la excelencia de sus sermones consigue ser individuo de la Academia de Petapa.	232
CAPÍTULO V.—De las damas indianas de Petapa, y de la grande y santa empresa que ideó Fr. Cirilo, y cómo salió de ella.....	235
CAPÍTULO VI.—Resulta de esta gloriosa expedición. Del peligro que corrió Fr. Cirilo y del medio acertado que tomó para libertarse de él. Retírase a su convento. Reciben orden de su provincial para pasar a Méjico.....	238
CAPÍTULO VII.—Lo que hicieron don Querubín y Fr. Cirilo después de haberse contado sus aventuras. Retrato que hace el último de su prelado. Don Querubín es recibido de él con agrado. Lo que pasó en esta visita.....	240
CAPÍTULO VIII.—Va don Querubín a ver los penitentes del desierto y conoce entre ellos a don Gabriel de Monchique, el robador de doña Paula, su mujer. De la conversación que hubo entre estos dos caballeros enemigos y cómo se separaron. Impresión que hizo en el corazón de don Querubín la relación del robo de su esposa.....	243
CAPÍTULO IX.—Cómo don Querubín, volviendo del desierto, se detuvo en un lugar, y encuentro inopinado que le sucedió en él. Historia de un cura y de una peregrina. Admirables efectos de la semejanza y singular generosidad de aquel cura...	247

PARTE SEXTA

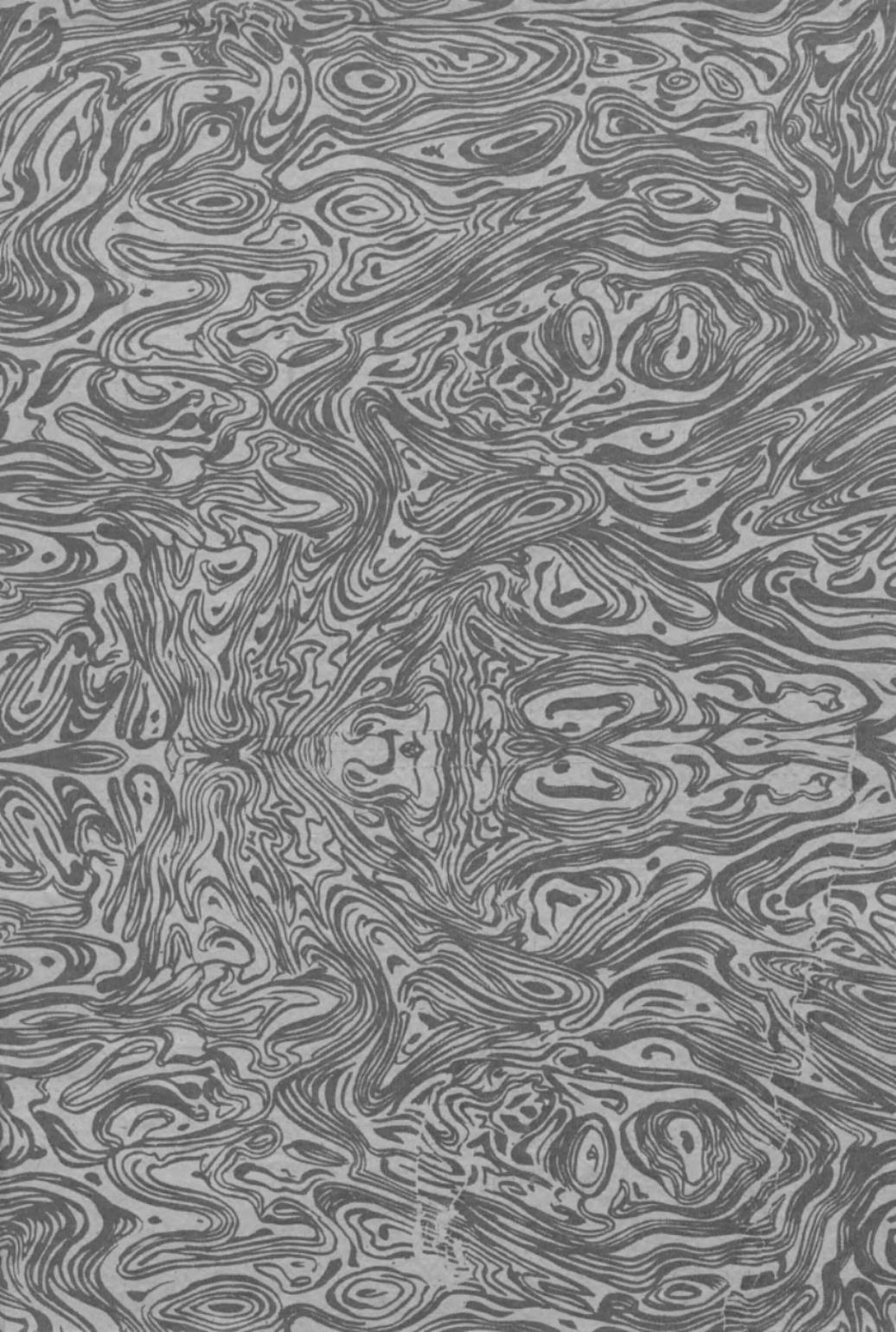
- CAPÍTULO I.—Restituído a Méjico, don Querubín da cuenta de su viaje a don Juan de Salcedo. De la alegría que causó a este secretario el verle en estado de ser su yerno. Del nuevo empleo que le proporcionó y de los buenos consejos que le dió... 252
- CAPÍTULO II.—Don Querubín de la Ronda ejerce a medias las funciones de Salcedo, y las desempeña pasmosamente. Cásase con doña Blanca. Historia trágica de tres hermanos indianos. 255
- CAPÍTULO III.—Por qué accidente hizo Tostón una fortuna rápida, y de la loable determinación que tomó en breve después. Don Alejo no siente ver marchar a su criolla, mujer de Tostón. 262
- CAPÍTULO IV.—De la confianza que hizo don Juan de Salcedo a su yerno de un proyecto formado por el virrey. Qué proyecto era éste y cómo se ejecutó. El arzobispo de Méjico abraza la defensa del pueblo y excomulga al virrey. Atentado violento cometido por éste para hacerle conducir a Veracruz..... 265
- CAPÍTULO V.—De las tristes y fatales consecuencias que tuvo la prisión del arzobispo. El virrey se ve obligado a retirarse al convento de los PP. Franciscos. Don Querubín, su mujer y su suegro se refugian en él también. Vase de Méjico don Querubín 269
- CAPÍTULO VI.—Habiendo llegado a Madrid don Querubín, va a ver al duque de Vailores, y le hace relación puntual del levantamiento de Méjico. Efecto que causó en este ministro el oír aquella novedad y providencias que en su consecuencia se tomaron en el consejo de S. M. El virrey vuelve triunfante a su palacio. Su desgracia. Se restituye a Madrid, acompañado de don Querubín y de la familia de éste..... 272
- CAPÍTULO VII.—Cómo fué recibido el conde en la corte. Su visita al primer ministro. El duque de Vailores le hace caballero mayor del rey. Rumbo que tomaron Salcedo y don Querubín. Llega el primero a ser director de la casa del conde, y secretario de éste el segundo..... 275
- CAPÍTULO VIII.—Encuentra don Querubín a Tostón en Madrid. Conversación que tuvieron y lance fatal sucedido a Tostón. Don Querubín le hace un servicio importante..... 278
- CAPÍTULO IX.—Por qué accidente encontró Tostón a su mujer, en la que ya no pensaba. Cuéntale ésta la aventura de su robo, y le hace ver su inocencia. Mutación que aquella relación hizo en su ánimo. Sus asuntos van mejor..... 283



CAPÍTULO X.—Prosigue el capítulo anterior. Blandina presenta su marido a sus amas; de qué hablaron, y de lo que determinaron hacer Tostón y su mujer en favor del condesito....	289
CAPÍTULO XI.—De la vista que tuvieron entre sí el condesito y doña Leonor. El conde de Velges propone una boda ventajosa a su hijo. Segunda vista de los dos amantes, y de lo que pasó en ella. Buen consejo que da Blandina, y sigue don Alejo. Con qué persona querían casarle.....	294
CAPÍTULO XII.—De lo que sucedió después de casado don Alejo. Del viaje de Tostón a Alcaraz y de su vuelta a Madrid. Don Querubín se alegra de las noticias que le dan de don Manuel y de su familia.....	299
CAPÍTULO XIII.—De la secreta y curiosa conversación que tuvo cierto día don Querubín con el conde de Velges. Descripción de la entrada que hizo en Madrid el duque de Nuaso y de lo que le perdió.....	302
CAPÍTULO XIV.—De la llegada de don Manuel a Madrid y extrema alegría que este caballero y don Querubín tuvieron de volverse a ver al cabo de tanto tiempo. Qué medios tomaron para no separarse jamás el uno del otro.....	304
CAPÍTULO XV.—Por qué accidente no tuvo efecto el designio de don Manuel y de don Querubín. Nombran a don Juan de Salcedo para el corregimiento de la ciudad de Alcaraz.....	306
CAPÍTULO XVI.—Don Juan de Salcedo marcha de Madrid con su hija y don Querubín. Su llegada a Alcaraz y cómo fueron recibidos. Fin de la historia del bachiller de Salamanca.....	308

ACABÓSE DE IMPRIMIR ESTA
EDICIÓN EN LA TIPOGRAFÍA YAGÜES,
PLAZA DEL CONDE DE BARAJAS, 5, MADRID,
EL DÍA VEINTIOCHO DE FEBRERO
DE MIL NOVECIENTOS
VEINTINUEVE







LE SAGE

QUERUBIN

G 333638